HISTORIA DE LA ANTIGÜEDAD

POR

MÁXIMO DUNCKER

VERTIDA DEL ALEMÁN POR

D. F. GARCÍA AYUSO

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO X

Comprende desde el reinado de Cleomenes hasta la expedición de Mardonio

MADRID
LIBRERÍA DE FRANCISCO IRAVEDRA
calle del Arenal, núm. 6

1897

I.

ESPARTA BAJO EL REINADO DE CLEOMENES.

Hacia algun tiempo que Esparta se regia por aquella Constitucion que establecia una autoridad suprema del Estado, compuesta de los indivíduos más distinguidos de la nacion, elegidos anualmente por el cuerpo de la nobleza y á la cual estaban sometidos los mismos reyes. Ya sabemos que tan radical reforma se llevó á efecto bajo el reinado de Leon, de la familia agida, y Agasicles, de la casa de Eurypon, en cuya época obtuvieron tambien los espartanos aquellos brillantes triunfos sobre pisates y argivos, que á tan gran altura elevaron el poder de Esparta y fueron la verdadera base de la simaquia, que puso en sus manos el dominio del Peloponeso y del mar Egeo. Porque si bien es cierto que á los mencionados triunfos siguieron descalabros de consideracion sufridos en la contienda con Tegea, tanto más pujante aparece la reaccion cuando, bajo el comun reinado de Anaxandridas y de Ariston, trocada la suerte de las armas, empezó á formarse la poderosa liga espartana con la adhesion de los cantones de Arcadia, de Corinto y de las ciudades que constituian el lote de Temenos, bajo tan buenos auspicios, que muy luego se vió reco-

nocida Esparta como el primer estado de toda la Grecia. Tal era á la sazon el prestigio de las armas espartanas que los mismos reyes de Lidia y de Egipto solicitaron su apoyo; la liga argiva, poco há señora de la mitad de Grecia, se desbarató como por encanto, y hasta la expedicion contra Samos, al parecer infructuosa, dió mejor resultado del que se esperaba.

Segun hace notar Herodoto amaban los espartanos á Ariston mucho más que á ninguno de sus predecesores; por lo cual se entregó voluntariamente á la tutela de los eforos. Ni él ni su compartícipe en el trono, Anaxandridas tenian sucesion. Viendo los eforos lo que á su rey acontecia, le reconvinieron hablándole en esta forma: «Tú mismo ves por esperiencia que no te da hijos esa mujer con quien estás casado; nosotros queremos que tomes otra esposa.» Á tal amonestacion de los eforos respondió Anaxandridas que ni uno ni otro haria, pues le daban un consejo indiscreto. Los eforos y los guerontes se presentan á él de nuevo y le dicen: «no pretendemos ya que te divorcies; mas absolutamente queremos de tí que, á más de esa mujer esteril tomes otra.» Cedió, por fin, Anaxandridas á esta representacion y, casado con dos mujeres, tuvo desde entonces dos habitaciones establecidas, yendo en ello contra la costumbre de Esparta. La nueva esposa, que era hija de Prinetades, dió á luz á Cleomenes, al mismo tiempo que Creso pedia el auxilio de Esparta para oponerse á los persas.

No pasó mucho tiempo, cuando la primera mujer, antes por largos años infecunda, se sintió embarazada, sabido lo cual por los parientes de la otra esposa, gritaban que aquella se fingia en cinta para simular un parto. Entonces, movidos los eforos de la sospecha de algun engaño, llegado el tiempo, quisieron asistir en

persona al acto del alumbramiento. En efecto, dió á luz á Dorieo y luego tuvo aún otros dos hijos: á Leonidas y á Cleombroto.

Siendo Cleomenes mayor de edad á la muerte de Anaxandridas, debió nacer hácia el 550. Hé aquí el árbol genealógico de este príncipe (1):

Anaxandridas (2.ª mujer).	Anaxandridas (1.ª mujer).			
Cleomenes	Dorieo.		Leonidas.	Cleombroto.
Gorgo	Euryanax.	Plistarjo.	Pausanias.	Nicomedes

La falta de sucesion de Ariston no les daba tanto cuidado á los espartanos, porque en la familia de Eurypon habia una rama segunda con numerosa prole. Mas este príncipe no era tan escrupuloso como su colega y no sólo repudió una sino dos mujeres, porque no le dieron hijos, no sin valerse de un ardid de mala ley para arrebatar á su amigo Ageto su esposa, que era la mujer más hermosa de cuantas en Esparta se conocian, y llevársela á su casa. «Puntualmente se hallaba Ariston celebrando consejo con los eforos, cuando uno de sus criados vino á darle la nueva de que acababa de nacerle un hijo. Al oir el aviso, pónese Ariston á recordar el tiempo que habia trascurrido desde que estaba casado con su tercera mujer, contando los meses por los dedos, y luego, ¡por Júpiter! exclama, que no puede ser mio el hijo de mi mujer.» No obstante, persuadióse de que era hijo suyo, no sin arrepentirse de que se le hubiera deslizado la lengua, y le reconoció como tal, poniéndole por nombre Damarato, ó sea el deseado del pueblo, en recuerdo de los votos que los espartanos habian hecho para que le naciera un hijo (2).

La fecha del nacimiento de este príncipe se ha deter-

(1) Herod. V, 39—41.
(2) Herod. VI, 61—63.

minado por comparacion con dos hechos conocidos. Efectivamente; ¡se sabe que era ya rey el año 506, al verificarse la excursion contra la democracia ateniense y que aún vivia el 465, cuando Temístocles hizo su viaje al Asia (1); de donde se infiere que su nacimiento debió acaecer hácia el año 535.

Por el año 520 siguió Cleomenes á su padre Anaxandridas en el trono de Esparta, y, segun la expresion de Herodoto, «los lacedemonios, por obedecer las leyes, le recònocieron como rey, en atencion á ser el hijo mayor de Anaxandridas.» Entre tanto, Dorieo aventajaba tanto á Cleomenes por sus prendas y dotes naturales, que hasta entonces habia vivido confiado de que la corona recaeria en su cabeza, por ser tambien hijo de su primera mujer, única que podia reputarse legítima. Al verse engañado en sus esperanzas, y desdeñándose de tener un soberano ilegítimo por su nacimiento y al que aventajaba por todos los dotes de la naturaleza y del arte, pues no se hallaba un jóven más cabal en toda Esparta, pidió permiso para abandonar el país, si es que no se le tomó por la fuerza. Si los espartanos le habian excluido del trono, él sabria erigir otro por su propio esfuerzo. A semejanza de los parthenios, resolvió, pues, ir á fundar una colonia, á la cabeza de aquellos que reconocian sus derechos; de esta manera alcanzó lo que difícilmente hubiera podido evitarse sin acudir á la guerra civil. Entre sus partidarios se contaban algunas de las más distinguidas familias de Esparta que se embarcaron con él para la Libia, donde esperaban conquistar el territorio suficiente para fundar una colonia (2).

Cleomenes tenia miras muy diferentes sobre este

(1) Plut. Themist. 29.
(2) Herod. V, 42. Pausan. 3, 16, 4. 5.

particular. En su opinion, lejos de convenir á Esparta comprometerse en aparatosas expediciones á lejanas tierras que pudieran complicar su situacion en el exterior, la era mucho más provechoso asegurar su predominio en el Peloponeso y mantener unidas sus fuerzas, tanto para realizar esta obra, como para terminar la disolucion de la liga argiva. Fiel á este pensamiento le vemos oponerse á la pretension que se suscitó ahora nuevamente de emprender una nueva expedicion contra Samos, cuando aun estaba reciente la memoria del descalabro sufrido delante de sus muros.

Meandrio, obligado á huir de la persecucion de los persas, fué el que se presentó ahora en Lacedemonia, con la pretension de que se le prestára auxilio. A la verdad era descabellada la idea de colocar á este Meandrio en lugar de Syloson, envolviéndose Esparta en una peligrosa lucha con los persas, cuando habia presenciado impasible la heróica resistencia de los jónios y sus derrotas y aun se habia aventurado á atacar á Polícrates en vez de unirse á él para rechazar la invasion de los persas, igualmente peligrosa para todos. Habia salvado Meandrio una parte de los tesoros de Polícrates y, enseñando á Cleomenes las más valiosas preciosidades de oro y plata que llevaba en su equipaje, bríndale con ellas, y le insta á que tome cuanto le agrade; mas el severo espartano nada quiso aceptar de todo cuanto se le ofrecia. Aun más; comprendiendo que el huésped, regalando á algunos ciudadanos, no dejaria de hallar protectores en el cohecho, fué en derechura á verse con los eforos y les propuso que se expulsara del Peloponeso al desterrado de Samos; prevenidos así los eforos publicaron un bando en que se mandaba salir de sus dominios á Meandrio (1).

(4) Herod. 3, 148. 6, 86.

Herodoto hace mencion de otra embajada que enviaron á Esparta los escitas el año 513, es decir, poco tiempo despues de la de Meandrio, y con análogo objeto. Pero ya digimos antes que la supuesta persecucion de los escitas al ejército de Dario carece de fundamento histórico, y por consecuencia la proposicion que se supone les hicieron de que penetrasen ellos por Efeso, en tanto que los escitas caian por el Fasis sobre el Asia superior, para reunirse con los espartanos en Media, es pura fantasía. Sin duda Herodoto se dejó sorprender en Esparta con alguna leyenda, imaginada con el fin de hacer patente la importancia de Esparta y poner de manifiesto la vanidad de Cleomenes.

***

Otros asuntos reclamaban la atencion del gobierno espartano. El primero de todos era prestar auxilio á los nobles desterrados de Megara y de Atenas, empresa ménos arriesgada y más favorable á los intereses del pais. Por este tiempo (515 antes de J. C.), se realizó la restauracion del régimen aristocrático en Megara por Theognides y sus colegas, despues de llevar á cabo los preparativos necesarios, al amparo del gobierno espartano, que de esta manera adquirió un nuevo aliado, se hizo dueño de la vía del Istmo y estendió hasta el Atica las fronteras de su liga. No tardó mucho en ofrecerse ocasion á los ambiciosos lacones de intervenir directamente en los asuntos de sus nuevos vecinos, para lo cual fueron invitados por los mismos nobles atenienses, despues de la derrota que sufrieron en Leipsydrio, á consecuencia de la cual fracasó su intento de destronar a Hippias.

Este no podia desconocer el peligro que le amenazaba si Esparta accedia á los deseos de los aristócratas,

ya que su prestigio habia decrecido no poco y se habia mermado el número de sus adeptos, á causa de las tiranías y crueldades con que castigó la muerte de Hipparco y la rebelion sofocada, efecto de la cual, apenas podia esperar reunir suficientes fuerzas para oponerse á las de Esparta y de los nobles ateniense reunidas. Es verdad que podia contar con el apoyo de los príncipes tésalos y de Thoracs de Larisa, si la aristocracia tésala no le era adversa, así como con el de Amintas de Macedonia y aun con la benevolencia de los persas que parecian asegurarle las gestiones de su hermano Hegesistrato, príncipe de Sigeo, y de su cuñado Hippoclo de Lampsaco; mas todos estos auxiliares vivian demasiado lejos para contrarestar un ataque imprevisto. Sin duda esta consideracion le sugerió la idea de apartar el peligro por un golpe de mano astuto, y adelantándose él mismo á los espartanos «les ofreció mantener en su devocion y obediencia la ciudad de Atenas» (1).

Esparta se vió en la alternativa de escojer entre la amistad de los nobles desterrados y la del tirano, y se decidió por el último. Tal resolucion demuestra bien á las claras que Esparta atendia en su política más á sus propios intereses que á los principios. En rigor, estos exigian que combatiesen la tiranía donde quiera que levantase la cabeza y favoreciesen, por el contrario, la restauracion del régimen aristocrático; para lo cual debieron rechazar enérgicamente la antipatriótica proposicion de Hippias. Aun haciendo abstraccion de los principios estaba en sus intereses rehusar tal oferta, ya que la misma aristocracia, tan necesitada de apoyo como Hippias, hubiera hecho entrar á Atenas en la confederacion Espartana. Pero sea que en esta república predo-

(1) Herod. V, 91.

minase la opinion de no estender la liga mas allá del Peloponeso, sea que triunfasen las ideas que expresa Herodoto, cuando dice: «previendo, por otra parte, que la gente ática, si quedaba en estado republicano se les igualaría en el poder, al paso que si volvia á verse oprimida con la tiranía, se mantendria débil y pronta á dejarse gobernar por ellos, llamaron á Esparta á Hippias...» con la mira de llevar al terreno de la práctica su ofrecimiento.

De esta manera logró Hippias que los espartanos reconociesen formalmente su soberanía sobre Atenas, hecho que compró con su honra y la de su patria, descendiendo, por un acto voluntario, de la posicion á que subió Pisistrato y en la que se mantuvo mientras duró su alianza con Lygdamis y Polícrates. Desde entonces los pisistratidas, «amigos y aliados de Esparta», no fueron más que representantes oficiales de los intereses de està República en Atenas. Pero se habia conjurado el peligro de un ataque por parte de los desterrados aristócratas, ya solos, ya auxiliados por Esparta, se habia asegurado la dinastía de los pisistratridas y sobre todo se habia consolidado la soberanía personal de Hippias y á esto se reducian por ahora todas sus aspiraciones. Inútil es advertir que esta alianza de Hippias con Esparta, no pudo tener lugar antes del asesinato de Hipparco, ó de la jornada de Leipsydrio y que, principalmente, fué motivado por las tentativas que hicieron los desterrados atenienses para ganar la amistad de Esparta (1).

***

Indudablemente el acto de sumision realizado por Hippias habia quitado á los emigrados toda esperanza de recibir socorro de Esparta, reduciéndolos á completa

(1) Herod. V. 63. 90. 91.

impotencia, ya que el descalabro de Leipsydrio habia aniquilado casi todas sus fuerzas; pero los alcmeonidas, que estaban á la cabeza de la emigracion, no juzgaron definitivamente perdida su causa. Muy al contrario, continuaron la lucha contra los pisistratidas, particularmente en Esparta. Ya hemos dado noticia de la influencia que esta familia ejercia en Atica, por los servicios prestados á su patria en la llamada guerra santa primero y por la cuantiosa suma con que contribuyó á la reedificacion del Santuario délfico más tarde, cuya obra dirigieron personalmente, por especial encargo de la anficcionía, habiendo sobrepujado con mucho en su ejecucion las condiciones ofrecidas. Si toda la Grecia les estaba obligada y agradecida por acto tan generoso, mucho más profunda era la gratitud del colegio de sacerdotes del ídolo délfico. Esto nos explica cómo pudo Clistenes inclinar al oráculo en favor de los desterrados atenienses y en contra de la alianza de Hippias con Esparta; hecho que confirma Herodoto cuando dice: «estando de asiento en Delfos los alcmeonidas obtuvieron de la Pitia, sobornada á fuerza de dinero, que siempre que vinieran los espartanos á consultar al oráculo, les diera por respuesta que la voluntad de los dioses era que libertasen á Atenas.» Y aunque apenas hubiera sido necesaria una órden tan terminante, con ella se precipitaron más los sucesos (1).

Las repetidas amonestaciones del oráculo vencieron por fin la repugnancia de los espartanos: los alcmeonidas alcanzaron el primer triunfo sobre los pisistratidas, y les arrebataron la amistad de Esparta tres años despues de celebrado el convenio entre Hippias y esta República. El año 510 enviaron al frente de un ejército á uno de los principales personajes de su ciudad y le die-

(1) Herod. V, 63. 90.

ron órden de que echasen de Atenas á los hijos de Pisistrato, aunque eran estos sus mayores amigos y aliados, «teniendo más cuenta con la voluntad de Dios que con la amistad de los hombres.» Pero informados á tiempo los pisistratidas de la espedicion contra ellos prevenida, se aprestaron á la defensa. Despues de proveer de víveres y de agua la Acropolis, llamaron las tropas auxiliares de la Tesalia, y los nobles de este país les enviaron, de comun acuerdo, mil caballos conducidos por su rey Cineas. Los hoplitas espartanos, al mando de Anquimolio, hicieron por mar la travesia al Atica; á lo que parece para esquivar el encuentro de la caballería tésala en la llanura triásica y atacar la ciudad de improviso, resguardados por el espeso bosque de olivos que habia entre ella y el Falero, donde desembarcaron. Pero Hippias, conociendo sin duda su intento, tomó el espediente de arrasar cuantos árboles habia en las llanuras de los falereos, con la mira de dejar aquel campo libre para que pudiese maniobrar en él la caballeria. En efecto, habiendo embestido esta por aquel paraje y dejándose caer sobre el enemigo, le derrotó completamente, no sin obligar á los lacedemonios á refugiarse en sus naves. Entre los muertos, que fueron muchos, estaba el general espartano Anquimolio, cuyo sepulcro vió el mismo Herodoto en Alopecas, cerca de Cynosargos (3).

Aunque en un principio los espartanos habian emprendido esta expedicion más por agradar al númen que por derribar á Hippias, ahora estaba comprometida la honra de sus armas y resolvieron enviar contra Atenas un ejército más numeroso al mando de su rey Cleomenes. Al decir de algunos historiadores, le acompañaban los nobles emigrados de Atica, dirigidos por sus caudi-

(3) Herod. V, 63. Aristóteles in Schol. Aristoph. Lysistr. 1153.

llos Clistenes, Hippócrates, y los jefes de las principales familias aristócratas: Alcibiades, de la casa de los eurysacidas, Leogoras y Jarias de la familia de los hierocerryces. Mas Herodoto no hace mencion de este refuerzo.

«De resultas de este destrozo enviaron, pues, los lacedemonios contra Atenas un segundo ejército más numeroso que el primero, conducido por su rey Cleomenes, quien atacó al enemigo por tierra. Fué tambien la caballería tésala la primera en trabar el choque con los espartanos, en cuanto pisaron el territorio ateniense, pero sin hacerles mucha resistencia volvió luego grupas y, dejando en el campo más de cuarenta de los suyos, volvieron los demás en derechura á Tesalia. Llegando Cleomenes á la ciudad de Atenas, empezó á sitiar á los tiranos que se habian retirado al fuerte pelásgico, auxiliado por los atenienses que se habian declarado por la libertad de la República.

»No era natural que los pisistratidas fueran, en aquella sazon, expulsados de su patria por los lacedemonios; así porque estos no llevaban el intento de emprender un largo sitio, como porque sabian que los sitiados se hallaban bien apercibidos de víveres para resistirle; por consecuencia era lo más probable que, despues de unos cuantos dias de asedio partieran otra vez para Esparta. Mas en este intervalo ocurrió un suceso que ocasionó la ruina de los sitiados y dió á los sitiadores la victoria, y fué que los hijos de los pisistratidas, al ser conducidos fuera del pais para su seguridad, dieron en manos de los enemigos. Tal contratiempo desconcertó á los sitiados y abatió sus brios en términos, que vinieron en ajustar el rescate y libertad de sus hijos, con las condiciones que quisieran imponerles los atenienses. Estos ofrecieron la entrega de los ilustres prisioneros bajo la esplícita condicion de que en el tér-

mino de cinco dias salieran de Atica los sitiados. Hiciéronlo así y se retiraron á Sigeo, ciudad situada sobre el Escamandro» (1).

Segun Tucidides, «Hippias fué derribado del trono por los espartanos y los alcmeonidas, al cuarto año despues del asesinato de Hipparco,» pero Isócrates hace á los nobles desterrados únicos autores del hecho (2). «En cuarenta años que duró la lucha de los alcmeonidas contra los pisistratidas, comprendidos entre la segunda tiranía de Pisístrato y el destronamiento de Hippias, depositaron los nobles emigrados tal confianza en los alcmeonidas que ni un sólo instante dejaron estos de figurar á la cabeza del partido. Por fin, logró Clistenes convencer á los anficciones para que le adelantasen dinero del tesoro del númen, se pusc con Alcibiades al frente de los emigrados y echó del pais á los tiranos» (3). Andócides supone que los desterrados conducidos por sus antepasados Leogoras y Jarias triunfaron sobre los tiranos en el Pallenio. Tambien Demóstenes dice: «asegúrase que los alcmeonidas, hallándose desterrados, contrajeron un empréstito en Delfos y libertaron la ciudad de Atenas, arrojando de ella á los hijos de Pisístrato» (4).

Hay poderosos motivos para creer que la lucha contra Hippias no fué tan fácil como nos la presenta Herodoto, quien es seguro que se equivoca al dar el número de los tésalos que sucumbieron en la contienda, aun suponiendo que las fuerzas espartanas, sumadas con el contingente de los nobles emigrados y de todos los ad-

(1) Herod. V, 64, 65.

(2) Tucid. V, 59.

(3) De permutatione 232. 233. De bigis 20.

(4) Andoc. De mysteriis, I, 106. Demosthen. in Midiam. p. 561. Philochor. fragm. 70.

versarios de los pisistratidas que se hallaban en la ciudad, y aun dentro de la fortaleza, eran muy superiores á las de Hippias. El mismo historiador hace notar esta última circunstancia cuando dice que Isàgoras, el personaje más notable entre todos los nobles atenienses que no habian abandonado el pais, hizo amistad con el rey Cleomenes durante el bloqueo de la ciudadela; y del hecho mismo de que Hippias no tratase directamente con dicho príncipe para ajustar la entrega de la ciudadela sino con los aristócratas que acompañaban á la expedicion, se deduce que el número de estos era de alguna importancia y que los atenienses, en general, tuvieron una parte muy principal en el éxito de la empresa. Sin embargo, Aristófanes les recuerda, en una ocasion, que sin el auxilio de los espartanos no hubieran llegado al término de sus deseos, poniendo en boca de Lisistrato estas palabras: «Habeis olvidado que los lacones vinieron con la lanza, en ocasion en que vosotros llevabais el vellon labriego; que ellos dieron muerte á muchos guerreros tésalos, á muchos compañeros y soldados de Hippias, que en aquella jornada no tuvisteis más auxiliares que ellos y que les debeis, por consiguiente, el haber trocado el vellon labriego por la capa que ahora cubre vuestros hombros?» (1)

La caida de Hippias tuvo lugar cuatro años despues de la muerte de Hipparco. Ni este ni Tésalo dejaron descendencia. Hippias tuvo en Myrrine cinco hijos: el mayor, llamado Pisistrato, habia llegado ya á la edad viril al ocurrir los sucesos que hemos reseñado, y su hermana mayor Arjedice estaba casada con Eantides de Lampsaco. Por consiguiente, es probable que el ensayo que hizo Hippias para poner en salvo á sus hijos y li-

(1) Lysistr. 1150 sqq.

brarlos de la catástrofe que le amenazaba, sólo se refiera á sus tres hijos menores.

Dos invitaciones habia recibido Hippias, ofreciéndole asilo en el caso de ser destronado: de los príncipes aleuadas, que se le ofrecieron en Jolcos, y del rey Amintas que le cedia toda la comarca de Antemas que acababa de conquistar en el golfo de Thermae. Rehusando ambas invitaciones y sin perder de vista su proyecto de alianza con Pérsia, se retiró con sus hijos y con Tésalo á Sigeo, al lado de su hermano Hegesistrato, no sin visitar al propio tiempo á su cuñado Hippoclo de Lampsaco y á su yerno Eantides, con cuyo auxilio esperaba ganar la amistad del gran rey y obtener los medios para recuperar su perdida soberanía.

***

Al propio tiempo que Esparta formaba su confederacion en el Peloponeso, estableció Tebas una liga semejante con las ciudades beocias, siquiera no alcanzáse las proporciones de la simaquia espartana. Tebas pretendió para sí la direccion de esta liga, fundándose en que ella fué la residencia de los reyes de Beocia y en que la conquista del pais por los arneos, se hizo bajo la direccion de sus caudillos. Unida ya antes en alianza militar con Tespiae, Tanagra y Coronea, empezó á organizar y estender su confederacion precisamente en los momentos en que Esparta daba los primeros pasos para organizar su simaquia despues del triunfo alcanzado sobre los tésalos en Cerezo el año 575 antes de la Era cristiana.

El cambio constitucional realizado por Solon en Atenas, reavivando las tendencias democráticas en las ciudades beocias, facilitó sin duda las aspiraciones de Tebas, ya que los nobles que residian en pequeñas pobla-

ciones aceptarian con gusto el apoyo con que les brindaban los de las grandes ciudades, bajo la condicion de adherirse al régimen de los linajes que se habia conservado en Tebas en toda su primitiva pureza. No todas las ciudades aceptaron de buen grado las proposiciones de la capital de Beocia. A lo menos es seguro que se opuso resueltamente á ellas Platea, situada en la parte Sur; no lejos de Tebas, sobre la falda septentrional del Citeron. Tal resistencia debió parecer tanto menos fundada á los nobles tebanos cuanto que la ciudad rebelde era la más moderna de toda la provincia ó sea la última levantada por los emigrados y la que menos derechos tenia, por consecuencia, á imponer su voluntad á las demás (1). Su posicion acusa efectivamente la posterioridad de su orígen.

Para llevar á efecto sus planes pidieron los tebanos que se rectificaran los límites de su territorio, en la parte confinante con el de Platea, so pretexto de no estar bien definidos, y con tal motivo oprimieron á los plateenses. Estendida á la sazon la simaquia espartana hasta Megara, y hallándose su victorioso ejército en Atica, provincia limítrofe de Platea, concibió esta la esperanza de hallar en Esparta un apoyo contra su rival Tebas. A este fin pidieron efectivamente los plateenses á Cleomenes que les socorriese en su contienda con Tebas, anunciándole que se hallaban prontos á someterse á los espartanos.

Cleomenes rechazó la proposicion de los plateenses, no sin darles el consejo de que se entregasen á los atenienses. Hé aquí la contestacion que Herodoto pone en boca del caudillo espartano: «nosotros vivimos muy lejos; seria nuestro socorro un triste consuelo para vos-

(1) Tucid. 3, 61.

otros, ya que muchas veces os veriais presos y esclavos, antes que nosotros pudiéramos saber lo que pasase. El consejo que os damos es que os entregueis á los atenienses; son vuestros vecinos y no desaventajados para protectores.» El consejo de los lacedemonios no tanto nacia de afecto que tuviesen á los de Platea, cuanto del deseo de inquietar á los atenienses, enemistándoles con los beocios, y de su propósito de no estender su confederacion más allá del istmo, sobre todo si, como en el caso presente, la adhesion de un estado tan pequeño como Platea, habia de costarles la amistad de toda la nobleza de Beocia. Sin duda era este un medio espedito para debilitar las fuerzas de Atenas, á pesar de haber expulsado á los tiranos. Porque si esta República admitia el protectorado de Platea para defenderla de las miras ambiciosas de Tebas, tenia por precision que declararse enemiga de la primera ciudad de Beocia. Esto daria lugar á hostilidades, de las que se proponian los espartanos sacar todo el provecho posible, porque si eran vencidos los atenienses no les quedaba otro recurso que el de pedir auxilio á Esparta, con lo cual tanto Platea como Atenas estarian más ó menos bajo la dependencia de los lacedemonios (1). Otro de los resultados inmediatos de tal política fué evitar que se coaligase la aristocracia ateniense con la de Beocia, cuya amistad no era posible mientras subsistiese el antagonismo creado por las pretensiones de Platea, favorecidas por Atenas.

***

En tanto que ocurrian estos hechos en Atenas, un hermano de Hippias, Dorieo, echaba en occidente los fundamentos de una ciudad que habia de ser capital de

(1) Herod. 6, 108. 9, 15. Strab. p. 408.

un pequeño estado, cuyo gobierno se reservaba para sí. Los thereos que dirigian la flota de los colonistas atenienses, conocian á maravilla la costa septentrional de Africa, con la cual sostenia Therea activo comercio, desde el tiempo de la fundacion de Cirene. Dejando á Oriente las ciudades de Cirene, Barca y Euhesperides, desembarcaron en la comarca habitada por la tríbu libia de los macas, por la desembocadura del Cinyps, rio que baja de una montaña poblada de bosque para regar una llanura estrecha pero fertil en extremo, que termina en la playa. Tal es el valle que escogió Dorieo para fundar la nueva colonia griega.

Pero muy luego le salieron al encuentro dificultades inesperadas. Ya vimos antes que hacía poco más de veinte años habian celebrado un convenio cartagineses y barceos, en virtud del cual no podrian traspasar, los unos al Este y al Oeste los otros, el límite marcado por los altares erigidos á la memoria de los Filaenos, en el fondo mismo de la Gran Syrte. El trozo de costa en que habia desembarcado el príncipe heleno con su gente, pertenecia precisamente, en virtud de este convenio, á los cartagineses, y la desembocadura del Cinyps distaba sólo algunas horas del antiguo puerto fenicio de Gran Leptis. Los cartagineses estaban resueltos á no consentir que se estableciesen los griegos en este punto y no tardaron en atacarlos en union con los indígenas, enemigos naturales de todos los colonos griegos. Por espacio de tres años logró Dorieo mantener su puesto en constante lucha con sus adversarios, mas al fin vióse precisado á retirarse. Herodoto tiene cuidado de advertir que Dorieo habia omitido pedir el consejo del oráculo délfico respecto de su proyectada colonia.

De vuelta en Grecia llegó á sus oidos un oráculo, segun el cual, «todo el territorio de Erix, por haberlo an-

tes poseido Hércules, era propiedad de los Heráclidas.»
El derecho de Hércules sobre la region ericina proviene, segun una tradicion griega de que hace mencion Diodoro Sículo, de haber aquel héroe vencido en la lucha á Erix, rey del pais, con lo cual quedó el héroe griego señor del territorio que dejó en fideicomiso á los naturales ó sucesores de Erix, hasta tanto que algun hijo ó descendiente suyo viniera á reclamarle.

En la costa Noroeste de Sicilia destacábase el monte Erix; donde los fenicios daban culto á sus ídolos Ashera y Melkarth, desde su establecimiento en la comarca, culto que aceptaron tambien con el tiempo los elimeos que ocupaban las vertientes del Erix. Es preciso no olvidar que en Ashera adoraban los griegos á su Afrodita y en Melkarth á Hércules; el rey de los elimeos llevaba el nombre de la montaña y los santuarios erigidos á Melkarth no eran, en sentir de los griegos, otra cosa que las señales de los puntos en que descansó Hércules al conducir los toros de Gerion, desde Erithea á Mycena. Por donde se vé que Dorieo invocaba, para ocupar este pais, el mismo derecho que habian hecho valer los espartanos para incautarse de las mejores comarcas del Peloponeso.

Acabados los preparativos y mejorado el equipo de la espedicion, en aquello que la esperiencia le aconsejaba, tomó de nuevo Dorieo el convoy que habia primero conducido á Libia y partió con él para Erix, esperando que el favor de la Pitia daria fuerzas á su colonia para rechazar el ataque de los cartagineses, dueños del pais. Al pasar por la costa de Italia estaban cabalmente los sibaritas para emprender una espedicion contra la ciudad de Crotona, cuyos vecinos con sus ruegos, alcanzaron de Dorieo que fuera á socorrerlos, y fué el auxilio tan eficaz y oportuno que derrotaron á sus poderosos ri-

vales en el Treis y, llevando sus armas contra la misma Sibaris, rindieron la plaza, hazaña que los sibaritas atribuyen á Dorieo. Tomada la ciudad, el año 510, consagró el caudillo espartano un recinto y edificó en él un templo cerca del rio Cratis, que dedicó á Minerva.

Habiendo arribado la colonia á Sicilia, levantó en el sitio mencionado una ciudad, que llamó Heraclea, en honor de su antepasado, en quien fundaba sus derechos sobre el pais. Segun parece adquirió en poco tiempo un rápido desarrollo; pero esta misma circunstancia despertó más la animadversion de los cartagineses que se dieron tanta prisa para destruirla como Dorieo para fundarla. Unidos con los elimeos de Egesta, derrotaron á los griegos tan completamente que el mismo Dorieo sucumbió en la batalla, sufriendo igual suerte casi todos los jefes de la colonia. Inútil es advertir que la nueva ciudad fué arrasada.

Uno de los conductores, llamado Eurileon, logró recojer los restos que del ejército quedaban salvos, se apoderó con ellos de Minoa, ciudad fundada por los fenicios y á la sazon colonia de los selinuntios, conocida entre los griegos por el nombre de Heraclea-Minoa. La ambicion trajo la ruina de Eurileon, porque, no satisfecho con su primera conquista, se apoderó de Selinunte, donde por algun tiempo reinó como soberano; hasta que, amotinados contra él los selinuntios, le quitaron la vida, sin que le valiese haberse refugiado en el ara de Júpiter Agoreo. Algun tiempo despues, Gelon príncipe de Gela y Siracusa, despachó un mensaje á los espartanos particularmente á Leonidas, hermano de Dorieo, pidiéndoles auxilio para vengar la muerte de este príncipe contra los egesteos y cartagineses, pero nadie quiso comprometerse en semejante empresa (1).

(1) Herod. V, 43-48. VII, 158. 205 Diodor. 4, 23. Pausan 3, 16. 4, 5.

II.

INTERVENCION DE ESPARTA EN ATENAS CONTRA LA DEMOCRACIA.

Habia terminado el poder monárquico que Pisístrato é Hippias ejercieran sin interrupcion, sobre Atenas, durante veintiocho años, y la constitucion de Solon, ahogada pero no abolida, puesto que sus formas subsistieron bajo el principado y al lado de él, debia reaparecer en todo su vigor, y la nobleza ática, reivindicar para sí con perfecto derecho, la no escasa importancia que dicha constitucion le dejara bajo nuevos títulos. Precisamente contrariando su espíritu y disposiciones se habia creado el principado, que siempre tuvo por contrarios á los nobles y se enajenó despues la adhesion del pueblo, con el intransigente gobierno de los últimos años, no obstante las ventajas que hallaran las clases populares, en el movimiento comercial, bajo el poder de sus príncipes, en tanto que la nobleza sólo encontró estrechez y perjuicios.

¿No fué la nobleza la que en un dia se opuso en Palena á Pisístrato; la que despues, fugitiva ante él ó por él desterrada, comió el pan de la pobreza y de la emigracion casi durante treinta años, en tanto que sus hijos, los que permanecieron en el pais, fueron tenidos

en prision en Naxos, en calidad de rehenes? ¿No fué la nobleza, de cuyo seno partiera la conspiracion de Harmodio y Aristogiton, la que más amargamente sintió sus consecuencias, y la que derramó su sangre en Leipsidrion? Pero á quien éstas alcanzaron con mayor rigor fué á las familias más ilustres, á los Alcmeonidas, Filaidas, Eurisacidas y Hierocérices; pues no fué únicamente con Cimon con quien acabaron los sicarios del tirano.

Con razon debia recaer el premio de la victoria en aquellos sobre quienes más duramente pesara el gobierno de los príncipes, sobre los que más habian trabajado para derribarlos. Tambien podian reivindicar este servicio las grandes familias que reunieron á los espatriados en torno suyo y volvieron á su cabeza, poniendo á Esparta en movimiento, sobre todo los alcmeonidas; pues Herodoto, que no es seguramente muy imparcial respecto de esta casa, hace notar: «Los alcmeonidas, que permanecieron todo este tiempo en el destierro, y merced á cuyas maquinaciones perdieron los pisistratidas la tiranía, fueron, á mi juicio, los libertadores de Atenas, más bien que Harmodio y Aristogiton, que irritaron á los demás pisistratidas con el asesinato de Hipparco, sin derrocarlos; es indudable que fueron los alcmeonidas, pues positivamente á ellos fué á quienes la Pitonisa excitó á traer á los espartanos para libertar á Atenas» (1).

Clistenes, que era entonces el jefe de los alcmeonidas, era seguramente de la misma opinion y con razon podia atribuirse el haber decidido la caida del tirano y hallar tambien por esto evidente que le correspondia el primer lugar, la más poderosa influencia, el gobierno,

(1) Herod. 6, 123.

en fin, de la República por él libertada. Pero tambien la parte de la nobleza que habia permanecido en el pais bajo el gobierno de los príncipes, tenia su historia de sufrimiento; tambien habia prestado servicios á la emancipacion, pues Harmodio y Aristogiton á ella habian pertenecido, y ella se habia alzado contra Hippias á la llegada de los espartanos y en el momento de la emigracion. Por esto se opuso à Clistenes, Iságoras, hijo de Tisandro, quien unido á Cleomenes, á la cabeza de los nobles que permanecieron en el pais, y secundado por los emigrados, puso sitio á la acrópolis. Y así ambas partes de la nobleza, los partidarios de la emigracion y los de la permanencia, contendieron entre sí, disputándose la parte que les correspondia en la direccion del Estado (1).

Siguiendo el consejo dado por Cleomenes á los Plateenses á su partida de Atenas, buscaron éstos el auxilio de dicha República contra Tebas, que se disponia á mermar el territorio de Platea, venciendo su resistencia. Presentóse la demanda en la más solemne forma: los atenienses ofrecieron, en el gran altar que el hijo de Hippias erigiera á los doce dioses, un sacrificio que presentaron los diputados de Platea, colocándose éstos ante el altar en actitud de implorar proteccion, y poniendo además su ciudad bajo el amparo de Atenas, que por decision de la Asamblea tomó á su cargo protejerla. Mas los tebanos, que no se hallaban dispuestos á sufrir la formal separacion de Platea de su alianza para pasar á la de Atenas, penetraron con un ejército en su territorio, apresurándose los atenienses á acudir en su auxilio. Y ya se hallaban frente á frente ambos ejércitos, cuando los corintios interpusieron su mediacion,

---

(1) Herod. 5, 66.

conviniendo ambas partes beligerantes en someterse á su arbitraje. Entonces los corintios, determinando los límites entre el territorio de Tebas y el de Platea, declararon justificada la separacion de esta última de la liga beocia, pronunciando la sentencia de que «los tebanos dejarian tranquilos á los beocios que no quisieran pertenecer á su liga.»

Parecia terminada la contienda, y el ejército ático regresaba ya á su pais, cuando fué repentinamente acometido por los tebanos, que no querian asentir á una decision que les perjudicaba en extremo, estableciendo no sólo la independencia de Platea respecto de Tebas, sino tambien la de toda otra ciudad beocia, que quisiera apartarse de la liga. Aunque el ataque fué imprevisto, no por eso dejó de ser rechazado, esperimentando los tebanos una derrota; y despues de una ruptura tan escandalosa del pacto, determinaron los atenienses por su parte no permanecer tampoco fieles á él, sino que, persiguiendo á los derrotados tebanos, penetraron en su pais, estableciendo como límite entre Platea y Tebas la corriente del Asopo, y tomaron posesion, en nombre de su República, de Hisiae al otro lado del Citeron, en 509 antes de J. C. (1); de este modo, Eleutera al Sur

(1) Herod. 6, 108. Puesto que la peticion de los plateenses fué rechazada por Cleomenes en el año 510, «cuando se hallaban acosados por los Tebanos,» y que Hisiae estaba en poder de los atenienses en 506, durante la guerra de espartanos y beocios unidos contra Atenas (Herod. 5, 74), pertenece esta conquista al año 509 ó á la primavera del 508. La segunda mitad del 508 y la primera del 507, se llenan con el arcontado de Iságoras y la reaccion de la nobleza. El colocar todas las reformas de Clistenes antes del arcontado de Iságoras, contradiria la narracion de Herodoto. La nueva division de tribus corresponde, indudablemente, al año 508/7, puesto que precisamente la subsiguiente emancipacion de las elecciones, que fué su consecuencia, provocó la reaccion de la nobleza.

y la posesion de Hisiae al N. del Citeron, aseguraron á los atenienses el paso por aquella montaña, es decir, el camino del Peloponeso á Tebas, ó sea á la Helada central y del Norte.

Mas, por favorable que fuera este resultado de sus armas á la nueva autonomía de Atenas, no era suficiente para conciliar la querella de los dos partidos de la nobleza, que no disputaban sobre cosas, sino sobre personalidades. Se habian puesto de acuerdo acerca de la conservacion y acrecimiento del preponderante influjo de la nobleza, pues, segun dice Herodoto, «el pueblo fué desposeido de todo derecho político,» como natural consecuencia de la victoria de los nobles sobre el principado democrático, y se trataba sólo entre ambos bandos aristocráticos de determinar á qué manos debia ir á parar el gobierno (1), pero Clistenes llevaba la peor parte en la lucha con Iságoras, pues en las elecciones verificadas en la primavera del año 508, antes de J. C., fué elegido Iságoras primer arconte (2).

Comprendió Clistenes que su partido, el partido de la emigracion, no seria suficiente para oponerse al de Iságoras; mas no se resignaba á haber sufrido trece años de expatriacion para contentarse ahora con el segundo ó tercer puesto de Atenas. Su casa nunca tuvo principios políticos fijos, ni fué escrupulosa en la eleccion de los medios, pues su bisabuelo mandó degollar á los ciloneos; su padre obtuvo por ello la mano de la hija del tirano, y trató de compartir la tiranía con los pisistrátidas, y su abuelo, á la cabeza del pueblo de Sicyon, quebrantó el gobierno de los linajes dóricos, logrando sustituirles en la tiranía. Así, viendo que no era suficiente su partido entre los nobles para ponerle á la ca-

(1) Herod. 5, 66. 69.
(2) Marm. Par. ep. 46. Dionys. Halic. 1, 74, 5, 1.

beza de Atenas, buscó el apoyo de las clases populares, á fin de que la nobleza sufriera con esto el castigo de haber hecho que su mayoría siguiera á otro jefe y no á él (1).

En efecto, si ofrecia á las clases media é inferior, á los labradores y ciudadanos del Atica, la perspectiva de una notable amplificacion de sus derechos, seguro estaba de conquistarse su adhesion y de triunfar al frente de ellos de sus adversarios. ¿Por qué no habian podido las clases inferiores antes de la época de Pisístrato abrirse paso en la eleccion de cargos? ¿Por qué habia sido posible ahora á la mayoría de la nobleza traer sus hombres á ocuparlos y hacer á Iságoras primer arconte? Pues solamente mediante el influjo que la nobleza, como representante de las corporaciones de las tríbus, fratrias y linajes, podia ejercer sobre los labradores y ciudadanos adictos á sus respectivos linajes.

Esta dependencia fundada en el organismo de corporacion, santificada por el culto nacional, arraigada, tanto por la inveterada costumbre como por las prerogativas que los linajes tenian para hacer valer la representacion de su capacidad personal, y con ella el respectivo derecho hereditario y de familia, unida al peso efectivo anejo á la dignidad sacerdotal, á la fortuna y á la representacion social de la nobleza, fué la que hizo ilusoria la libertad en las elecciones de funcionarios y su responsabilidad, segun ordenara Solón, abriéndose de este modo á Pisístrato el camino de la soberanía.

La eleccion de Iságoras y su partido mostró que tambien, en este caso, las mismas causas producian iguales efectos; la mayoría de la nobleza determinó su absoluta preponderancia en la eleccion; pero los linajes fueran

(1) *Hessoumenos ho Kleiszênês tón dêmon prosetairitsetai*; Herod. 5, 66.

seguramente vencidos, si la eleccion hubiera sido libre, es decir, si se hubiera tenido la perspectiva de poder ser elegidos individuos no pertenecientes á la nobleza. ¿Por qué medio habia asegurado el abuelo de Clistenes su tiranía en Sicyon y quebrantado el poder de los linajes dóricos? Pues tan sólo derribando la antigua organizacion de las tríbus é introduciendo en ella un cambio completo. Clistenes siguió el ejemplo de su abuelo, aunque procediendo de distinto modo.

Hacia siglo y medio que existian, al lado de las cuatro tríbus áticas de los Geleontes, Hopletes, Argadeos y Egicoreos, las naucrarias, sociedades locales conservadas por Solón, formadas en provecho de la contribucion, del censo y del cumplimiento regular del servicio marítimo; pues ajustadas al modelo de constitucion de estas asociaciones debian aparecer nuevas tríbus en lugar de las cuatro antiguas. Ya vimos que se habian desarrollado en el Atica las aldeas, pueblos y villas, mediante la anexion de los bienes de los labradores á los de los caballeros que confinaban con ellos. Pues estos antiguos *demos*, debian reunirse en mayores agrupaciones de municipios, ó más bien, las antiguas relaciones de vecinos debian elevarse á estas agrupaciones comunales, que ya solamente debian llevar el nombre de *demos;* y de estas comunidades locales, provistas de suficientes facultades, debian constituirse las nuevas tríbus, de suerte que se unieron para formar una tríbu cierto número de demos, aún de los que no formaban un mismo complexo. Las antiguas tríbus, fratrias y federaciones de linajes, pudieron seguir existiendo como corporaciones religiosas, y celebrar como antes sus sacrificios y fiestas anuales; pero en adelante, sobre el derecho de ciudadano y sobre el estado de las personas, debian decidir los demarjos, elegidos por los ciudadanos del demos y los avecindados

en él, los demotes; y de este modo las antiguas asociaciones, las tríbus y con ellas la descendencia y el parentesco de la sangre, quedaron relegadas á un papel secundario; la federacion política apareció en lugar de la organizacion patriarcal y la municipalidad en lugar de la asociacion local, fijando Clistenes en diez el número de las nuevas tríbus, y eligiendo cada una cincuenta consejeros, con lo que introdujo, en vez del consejo de los cuatrocientos, uno de quinientos con facultades gubernativas.

«Para restablecer la democracia, dice Aristóteles, en la que todos tienen parte en todo, y que no toda ciudad puede soportar ni hacer duradera, si no está bien ordenada, tanto por la ley como por la costumbre, debe aumentarse la plebe tanto, que sea mayor en número que los nobles y que los de mediana fortuna, pero no demasiado. Y tambien es útil á esta democracia lo que Clistenes hizo cuando quiso fortalecer al pueblo y ayudar á los que erigieron en Cirene la soberanía popular, á saber, la formacion de más y más tríbus y fratrias, la modificacion del culto privado; esto es, de los cultos particulares de tríbu y de familia, reduciéndolos á menor número, y dándoles un carácter más general; debiendo pensarse además en la manera de mezclarlas unas con otras lo más posible y en romper sus primitivas asociaciones» (1).

Las cuatro tríbus del Atica eran de antigua y sagrada institucion, pasando por sus antepasados los hijos de Ion, nieto de Apolo. ¿Quién se atreveria, quién podria tocar á cosas tan estrechamente ligadas al culto de Apolo *pátros*, de Jove *herkeios*, de Jove *fratrios* y de Athena *fratria?* Sólo debian modificarse cuando el mis

(1) Polit. 6. 2. 11.

mo Apolo lo ordenara así á los atenienses; mas si Solón habia obtenido el apoyo de Delfos, antes y despues de libertarle del poder de Crisa, Clistenes fué más poderoso aún en el consejo délfico que el mismo Solón.

«Clístenes», nos dice Herodoto, «imitó, á mi parecer, en lo de la modificacion de las tríbus á su abuelo materno Clistenes de Sicyon.» «Puso al pueblo completamente de su parte y fué superior con mucho á sus contrarios» (1). En efecto, en vano luchó Iságoras y luchó la nobleza contra la innovacion, contra la destruccion de antiguos y sagrados preceptos, contra una revolucion tan fundamental, siendo así mismo impotente contra el oráculo de Delfos (2), y contra el empuje de las clases inferiores. Aún bajo el arcontado de Iságoras nacieron á la vida política nuevas tríbus, en cuyas elecciones, en la primavera del año 507, antes de J. C., los diputados elegidos fueron en su mayor parte adictos á la innovacion.

Podrá parecernos vengativa la determinacion de la nobleza; mas el caudillo que tan largo tiempo estuviera á la cabeza de su emigracion habia abandonado la causa de «los hermosos y buenos» y habia cometido la más miserable traicion. Y despues de todo no se habia luchado tanto tiempo contra la tiranía, ni se habia sufrido tanto, ni derramado sangre, para entregar ahora el poder en manos del pueblo y cambiar la tiranía de Hippias por la de Clistenes. Aún era Iságoras primer arconte, y debia aprovecharse el tiempo hasta la terminacion de su mandato, en Julio, despachándose al punto la demanda de auxilio á Esparta, la que ¡no por amor á la democracia habia prestado auxilio á los expulsados de

(1) Herod. 5, 66, 69.

(2) Pausan. 10, 10. 1.

Atenas, ni tampoco con tal fin aprestó dos ejércitos contra dicha ciudad, para derribar su gobierno aristocrático!

Con no poca sorpresa, asombro y disgusto se recibiria en Esparta la noticia de las medidas adoptadas por Clistenes para hacer triunfar la democracia en Atica; y seria tanto mayor su enojo, cuanto ménos podia esperarse tal proceder de Clistenes, que defraudaba todas las esperanzas que debian fundarse y se fundaron siempre en su agradecimiento. Al mismo tiempo debió decirse en Esparta, que este importantísimo y adverso cambio de cosas era, no obstante, consecuencia de la ineficacia de las medidas adoptadas, y de la falta de tacto con que se habian impulsado los acontecimientos; pues si hubieran atacado á Hippias con suficientes fuerzas y le hubieran expulsado, habrian merecido el vivo agradecimiento de los libertados, ó á lo ménos de una gran parte de ellos, se hubiera erijido con ésto más sólidamente el poder de la nobleza y hubiera podido enlazarse de un modo duradero á la política de Esparta. Si Cleomenes creyó dar un golpe magistral al desligar á los plateenses de Atenas, más bien esto refluyó ante todo en favor y gloria de esta ciudad; de modo que todo habia salido desgraciadamente.

Apresuráronse á recuperar lo perdido. El rey Cleomenes se puso en camino hácia Atica con un cuerpo de ejército, para sostener á Iságoras, si necesario fuese, con la fuerza de sus armas. Se habia despachado un heraldo para llevar al gobierno de Atenas la pretension de Esparta, de que alejase de ella á aquellos sobre quienes pesaba la maldicion; siendo Iságoras quien puso en su mano esta arma, que debia quitar al partido popular su poderoso caudillo y á las proyectadas instituciones su autor y apoyo, pues recaia sobre Clistenes y su casa el antiguo asesinato que echara sobre sí su bisabuelo el

primer Megacles, cuando atrajo fuera del santuario de Athena á los compañeros de Cilon para matarlos, y mandó quitar la vida hasta á los que se ampararon en los altares de las Erinnyas. Y despues de haber impuesto Esparta esta exigencia, se abrogó el derecho de hacer conservar la religiosa legalidad en Hellada, como tambien el de ejercer, en nombre de dicha legalidad, una policía religiosa hasta fuera de su confederacion.

A pesar de que gozaba Clistenes por completo del favor del pueblo, no se arriesgó á esperar la llegada de Cleomenes con sus guerreros espartanos, sino que huyó de Atica, y con él todos los que se vieron incluidos en la disposicion ó se creyeron amenazados. «Aliado con parte de los atenienses, nos dice Tucidides (1), arrojó Cleomenes á los malditos.»

Dueños de Atenas Iságoras y Cleomenes, nunca podria hallarse momento más favorable que este para herir mortalmente á la democracia y aniquilarla para siempre. Para aprovechar el golpe de Estado, designó Iságoras á Cleomenes nada ménos que seiscientas familias principales, que, á su parecer, debian ser desterradas, si el gobierno de la nobleza habia de subsistir en Atica, y los hoplitas de Cleomenes condujeron al otro lado de las fronteras á los designados con sus mujeres é hijos, acto de intransigencia que jamás llevaron á cabo los pisistratidas. Al mismo tiempo volvió Isagoras sobre la constitucion de Solon; el antiguo consejo presolónico aristocrático de los 300 debia renovarse, y cada una de las doce fratrias debia elegir veinticinco representantes; de suerte, que cada una de las cuatro antiguas tríbus debia estar representada en el consejo de gobierno por setenta y cinco miembros.

(1) Tucid. 1, 125.

Quizá esperaba Iságoras, que el destierro de todos los hombres de ideas democráticas, dotados de inteligencia é importancia, imposibilitaria de tal modo toda oposicion, que la multitud, una vez privada de su jefe, se someteria sin resistencia; pero se habia engañado. El consejo de los quinientos que acababa de ser elegido no quiso acceder á las pretensiones del primer arconte y del partido de Iságoras; se mantuvo firme en su puesto, y la multitud pareció inclinada á apoyar esta oposicion. Visto que sin tomar medidas militares no se podia lograr el fin apetecido, Cleomenes é Iságoras decidieron guarnecer la acrópolis, y el primer arconte, el primer funcionario de Atenas, abrió la ciudadela á extranjeras tropas y les entregó los santuarios de su pátria.

Cuando el rey de Esparta apareció en la puerta del *erejtheo* para venerar á la divinidad tutelar de la ciudad, levantóse de su trípode la doncella sacerdotisa de Athena, descendiente de Butes, y pronunció estas palabras: «Atrás, extranjero de Lacedemonia, no consiente la ley divina que un dorio penetre aquí.» «¡Oh mujer! no soy dorio, replicó Cleomenes, sino aqueo.» Dijo esto, porque como descendientes de Hércules pudieron las casas reales de Esparta llamarse tambien Aqueas, segun las circunstancias; pero no consintió Cleomenes en que le detuvieran, sino que halló y tomó el libro de los oráculos de Museo, coleccionados por Onomácrito, que Hippias habia depositado en el *erejtheo* y confiado á la guarda de la sacerdotisa.

La guarnicion de la acrópolis por tropas extranjeras dió lugar no á tímidas asonadas, sino que como un siglo ántes, en tiempo de Cilon, dió la señal de una abierta resistencia á los ciudadanos y labradores. Estalló un violento levantamiento; Iságoras tuvo que buscar asilo con sus parciales tras los muros de la acrópolis.

Espesas masas se estrechaban en torno de la fortaleza, y al tercer dia, segun refiere Herodoto, se desanimaron los espartanos, empezando Cleomenes las negociaciones para que le permitieran retirarse libremente; á lo que los atenienses accedian con tal que los espartanos depusieran las armas y les entregaran los nobles que se habian refugiado en la ciudadela. Sin víveres ni agua no vió Cleomenes otro camino que el de comprar la salvacion no sólo deponiendo las armas, sino tambien entregando en cambio á los refugiados, esto es, á los más celosos partidarios de Iságoras, alcanzando sólo para este último la excepcion de que consintieran que él, el más culpable de todos, saliese con los espartanos. Y Cleomenes que habia venido en auxilio de los aristócratas, que verificaron el golpe de Estado de acuerdo con él, confiando en él y en los espartanos, los entregó á los sitiadores.

Despues que los espartanos entregaron las armas, salieron tan solamente envueltos en sus mantos. Los nobles entregados, fueron encarcelados, condenados á muerte por traicion á la pátria y ejecutados (1). En Aristófanes canta el coro de ancianos atenienses: «Tambien vino Cleomenes, cuando ocupó la ciudadela no sin llevar su merecido. Aunque henchido de lacónica vanidad, me entregó las armas y salió tan sólo con su pequeño manto, súcio, cubierto de manchas, con los cabellos hirsutos, pues hacia seis años que no se habia lavado. Tan poderoso fuí que le obligué á capitular, estando yo situado á diez y siete broqueles de distancia de las puertas» (2).

Los nobles y los espartanos habian expulsado á Hippias, el pueblo sólo habia coadyuvado á ello en se–

(1) Herod. 5, 72. 73.

(2) Aristoph. Lysistr. v. 274 seqq. y los escolios.

gundo término; pero ahora se habia vencido y derribado, sin la direccion de Clistenes, á los aristócratas juntamente con los espartanos, sin más que por un movimiento completamente libre y espontáneo. Clistenes y todos los expulsados fueronnu evamente llamados, obteniéndose una gran victoria, pero no sin que tuvieran que sostener una encarnizada guerra con Esparta.

La primera expedicion de Cleomenes contra Hippias le habia reportado gloria y buena fama (1); pero ahora habia sufrido la injuria de una vergonzosa capitulacion y la humillacion de la nobleza espartana, obligada á deponer las armas ante los labradores áticos exigia venganza; pues Esparta no podia conformarse con la derrota de sus armas y con la ruina de su partido en Atica. La guerra de Esparta era la guerra de todas las fuerzas unidas del Peloponeso contra Atenas; pero los espartanos no se contentaron aún con estas fuerzas sino que, intimidados por la última experiencia, pensaron asegurarse cuanto pudieran, con objeto de aplastar á Atenas bajo el peso de las masas. Abriéronse negociaciones con la liga beocia, y con Calcis, la ciudad más poderosa de Eubea é invitó Esparta á los tebanos á que hicieran causa comun con ella, para vengar la derrota sufrida en su contienda con Atenas, y la desmembracion de su territorio, producida por la separacion de los plateenses de la liga beocia. Los tebanos prometieron su celosa y decidida cooperacion, y la nobleza que dominaba en Calcis, prometió tambien, ya por envidia del engrandecimiento de Atenas ó ya por ódio aristocrático hácia el nuevo gobierno popular del Atica, penetrar en ella, al mismo tiempo que la invadiera el ejército espartano.

Amenazados por todas partes, esperando la invasion de muy superiores fuerzas, en vano tendian la vista los

(1) Pausan. 3, 4, 2.

atenienses en busca de auxilio en Hellada. Y como su perdicion era cierta si lograba tambien Hippias de Sigeo poner en movimiento contra Atenas el poder de los persas, marchó á Sardis una embajada ateniense á poner en conocimiento de Artafernes, lugar teniente de Dario, que Atenas estaba pronta á concluir un tratado con el rey de los persas, y á ponerse de comun acuerdo con él para que la protegiera mediante alianza ofensiva y defensiva. Artafernes exigió la sumision de Atenas, y los embajadores la ofrecieron bajo su responsabilidad; mas el pueblo ático no quiso aprobar tal acto y sometió á la barra á los embajadores, que de tal modo traspasaron los límites de sus poderes (1).

Era el año 506, antes de J. C., cuando los espartanos convocaron á sus aliados, de todo el Peloponeso, sin declarar el intento de tales preparativos (2), para no mostrar demasiado pronto á los atenienses el objeto de la expedicion. Dividió Cleomenes el mando supremo con su colega el rey Demarato, que entre tanto habia sucedido en el trono á su padre Ariston. A lo que parece, á la llegada de este ejército al istmo, sucedió que el demos de Sicyon se puso en inteligencia con la nobleza dórica, por tanto tiempo y tan duramente oprimida (3), y las disposiciones de Clistenes cayeron por tierra con

---

(1) Herod 5, 73, 74.

(2) Herod. loc. cit. No puede establecerse esta empresa guerrera antes, ni aún en el año 507, puesto que debió trascurrir mucho tiempo despues de los pactos entre Tebas y Calcis, si los aliados habian de presentarse simultáneamente en campaña con importantes aprestos militares.

(3) Los escólios á Esquines, dicen claramente *parapresb* 77): ***La-kedaimónioi—exébalon—toùs dè apò Kleiszénous ek Sicüônos:*** Herodot. (5, 68) afirma categóricamente que la reforma constitucional se llevó á cabo por mútua conveniencia de las tribus.

fatal presagio para la pátria y las instituciones de sus antepasados. Era la primera vez que, no sólo un ejército espartano, sino un ejército peloponesio, dirigido por Esparta, atravesaba el istmo; y mientras este ejército acampaba en Eleusis, tomaban los tebanos á Hysiae, que los atenienses les quitaron algunos años antes; atravesaban el Citeron por el paso de las cabezas de las encinas y se adelantaban del lado de acá del mismo, por el camino de Atenas, hasta cerca de Oenoe, en Eleucera, en tanto que, al propio tiempo, los de Calcis trasponian el estrecho y asolaban las costas.

Parecia como si hubiera vuelto el tiempo de las emigraciones en que Atenas se veia acosada al N. por los Arneos y al S. por los Dorios, mas ahora penetraban en el país los ejércitos por todas partes, siguiendo un plan convenido por el S., por el N. y por el E. Y el Atica que habia necesitado cuarenta años para recobrar á Salamina del poder de los megarenses, tenia ahora que resistir á las fuerzas unidas de los peloponesios, de los beocios y de la ciudad más guerrera de Eubea. Y no sólo estaba rodeada de enemigos por todas partes, sino que Iságoras se hallaba en el campamento de Eleusis, pues era la expresa intencion de los espartanos restablecer en Atica el poder de la nobleza y ponerle á su frente (1); contándose además con una sublevacion de los nobles atenienses más irritados que deseaban vengar la ejecucion de sus caudillos y compañeros, y podian cohonestar su traicion con la necesidad de salvar al Atica de su ruina.

La situacion era desesperada; pero ni Clistenes ni los ciudadanos y labradores pensaban en capitular ni en rendirse; estaban decididos á resistir hasta el último extremo. Mientras que los ciudadanos de la cuarta clase

(1) Herod. 5, 74.

quedaron á retaguardia para defender la ciudad, la totalidad del ejército consistente entonces en unos 6.000 á 7.000 hoplitas, se dirigia con ánimo decidido contra el más poderoso de los aliados. Situóse éste frente á los peloponesios para presentarles batalla en la llanura de Eleusis; y si se necesitara un estímulo para encender en los atenienses el deseo de pelear, allí le encontraron, pues Cleomenes, para satisfacer su sed de venganza contra Atenas habia profanado el santuario de Demeter y Core en Eleusis, talado con el hacha el santo bosque y hecho asolar el sagrado campo que diera en Grecia la primer cebada y el sacro prado donde se celebraban las danzas en los misterios (1). Ambos ejércitos estaban frente á frente dispuestos á la lucha, cuando, de repente, un cuerpo del ejército peloponesio abandonó el órden de batalla, lo cual hizo retroceder á los demás hasta el campamento.

Era el contingente de Corinto, que habia abandonado su puesto y regresaba á su pais. Herodoto cuenta que, habiendo comprendido los corintios que no habian abrazado una causa justa, se retiraron. La nobleza de Corinto al entrar en la liga guerrera de los espartanos habia buscado un apoyo para su gobierno y un auxilio para el comercio de su ciudad, pero nó un señor. Y desde el momento en que Esparta logró por completo el mando supremo de la liga, tiempo era de pensar si este poder supremo no vendria á convertirse en una dictadura. Si ahora contribuian á poner á Atenas bajo el dominio de Esparta, no habria Estado alguno vecino en el que Corinto pudiese hallar apoyo contra la agresion de Laconia. La sumision de Hippias á los espartanos en los últimos años de su gobierno, habia seguramente

(1) Herod. 6, 75. Pausan. 3, 4, 2. Aristoph. Lysistr. 271 y los escolios.

desagradado muchísimo á los corintios, pues inmediatamente les vemos trabajar por separarse de él, para hacer por Atenas lo que pudieran, sin romper abiertamente con Esparta.

Ellos tomaron pacíficamente á su cargo el arreglo de la cuestion de Platea suscitada entre Atenas y los beocios y su arbitraje fué decididamente favorable á aquella. Ahora los espartanos habian convocado á los peloponesios sin hacer que precediera á ello la decision de los miembros de la liga, y hasta sin manifestarles el objeto de la expedicion; pues se habian visto en el suelo ático antes de saber á qué atenerse. Sin embargo, la cooperacion de los beocios y calcidios ponia fuera de duda, que se pensaba poner en ejecucion un vasto plan combinado para acabar con la autonomía del Atica. Y en el momento mismo en que Esparta hizo sentir por doquiera que era la presidenta de la liga, debia Corinto por su parte cooperar tambien á la destruccion del único punto de apoyo que pudiera tener para oponerse á ella. Fácil es, pues, comprender que los estrategos de Corinto habian decidido hacer fracasar, en cuanto estuviera en su mano, el éxito de la empresa, y la asolacion del santuario de Demeter, que despertaba en el ánimo del ejército coaligado el temor de la cólera de los dioses, dió indudablemente á su retirada, si nó justificacion, al ménos suficiente disculpa.

La retirada de los corintios trajo otra division al campamento de los peloponesios. El rey Demarato, que hasta aquí habia estado en buena inteligencia con Cleomenes, culpó á su proceder de este suceso, y no queriendo escuchar explicacion alguna, ni responder de lo que pudiera ocurrir, se volvió á Esparta para seguridad de su persona. Viendo los estrategos de los contingentes coligados en tal desunion á los reyes de Esparta, si-

guieron el ejemplo que habian dado los corintios y marcharon hacia su pais. Y Cleomenes que habia quedado sólo con los espartanos, á pesar de la presencia de los calcidios en el suelo del Atica, y de que los beocios se hallaban en Oenoe á algunas horas de Eleusis, no se atrevió á atacar al ejército ático; y en vez de realizar la anhelada venganza, se volvió á Esparta á la cabeza de sus hoplitas, abrigando en su corazon profundo ódio contra el rey su colega, sobre cuya conducta hacia recaer el desaliento de los restantes aliados y el haberse estrellado por completo una empresa tan bien combinada y tan cuidadosamente dispuesta. Pensó, que Demarato no habia tenido otra mira en este asunto, que la de impedirle tomar satisfaccion, en los atenienses, de la capitulacion y salida de la acropolis.

Viéronse los atenienses con asombro, libres del gran ejército poloponesio, su más peligroso adversario, habiéndoles bastado su constancia, sin desenvainar la espada. Volviéronse entonces rápidamente de la costa O. á la de E. de su pais, partiendo apresuradamente de Eleusis contra los calcidios. Pero como el ejército beocio seguia este movimiento hácia el E.; puesto que marchaba contra Euripon, para no dejar siquiera luchar á los calcidios, atacaron primeramente los atenienses á los beocios, que ya habian llegado cerca del estrecho, y consiguieron una brillante victoria. Gran parte de los beocios pereció en la batalla y quedaron prisioneros setecientos hoplitas. Los calcidios se habian retirado por el estrecho antes que volviera el ejército ático, pero los atenienses «aprovechando la victoria obtenida,» se pretende que aun pasaron el estrecho, en el mismo dia en que derrotaron á los beocios, y sus armas fueron tambien afortunadas en Eubea, pues los calcidios fueron completamente vencidos y perdieron muchos pri-

sioneros, pudiendo los atenienses devastar el territorio de Calcis hasta la costa E. de la isla y destruir en ella la ciudad marítima de Cerintho, apoderándose no mucho despues de la de Calcis, cuya nobleza, los hipobotes, tuvo que aceptar la paz que los atenienses les prescribieron, bajo duras condiciones, pues debian asegurar al Atica, en lo porvenir, de todo ataque por parte de Calcis. La constitucion política de ésta debia modificarse en sentido democrático; y por último debia cederse á Atenas la mejor parte de su territorio, la llanura de Lelanto cubierta de viñedos, por la que tan obstinadamente habian luchado con los de Eretria, y por último, toda la propiedad territorial de la nobleza (1).

Aunque los atenienses impusieron duras condiciones á los de Calcis, no por eso sus prisioneros ni los de los beocios fueron tratados con dureza. No fueron muertos, segun lo permitia el derecho de guerra en Grecia, sino que los tuvieron aherrojados, hasta que se rescató á cada uno de ellos por dos minas (unos 810 reales.) Y con el diezmo de este rescate, que era la parte correspondiente al botin de guerra, se costeó la construccion de una carroza de bronce y un tiro de cuatro caballos del mismo metal, que se dedicó á Athena en la acrópolis, en accion de gracias por la victoria alcanzada sobre los beocios y calcidios, la cual se veia despues, á la izquierda de la entrada de la ciudadela por los propyleos, donde aseguran haberla visto Herodoto y despues de él Pausanias (2); y cuya inscripcion, redactada por aquel Simónides de Ceos que Hipparco llamó á Atenas, dice: «Cuando los hijos de los atenienses hubieron domado con sus hechos de armas á los pueblos beocios y

(1) Herod. 5, 77. 6. 100. Diod. Exc. Virt.—558.

(2) Herod. 5. 77.

calcidios, amortigüaron su orgullo por medio de férreas ligaduras y calabozos. Con el diezmo de éstos se erigieron estos caballos en honor de Palas.»

Dos fragmentos de esta inscripcion se han hallado últimamente en la acrópolis, trazados sobre una mutilada losa de mármol pentélico; el carácter de la letra prueba que tuvo lugar una renovacion del monumento despues de la segundo victoria de Eubea, en el 446, antes de J. C. Hasta los hierros que llevaron los prisioneros, estuvieron colgados en el muro de la acrópolis que da frente al erejtheo, habiéndolos visto Herodoto sobre aquellos muros ennegrecidos por el incendio de los persas (1).

Mediante la decision y heroismo de sus ciudadanos habia salido Atenas con felicidad del mayor de los peligros. Habíase defendido victoriosamente la nueva libertad, y sus armas habian reportado á los atenienses victorias y ventajas que nunca antes tuvieran. La impresion de estos acontecimientos, el haber sometido á una ciudad de tan antiguas glorias como Calcis, era un lauro de importancia. Theognides de Megara, quien quince ó veinte años antes, durante su emigracion, habia encontrado amistosa acojida entre la nobleza de Calcis, y quien probablemente estuvo en el campamento de Eleusis, entre el pueblo guerrero de Megara, lamenta la ruina de Calcis y la del gobierno aristocrático en ella en los siguientes versos: «¡Oh cobardia, Cerintho rodó por tierra, los excelentes viñedos de Lelanto fueron asolados; los nobles partieron al destierro, y domina la democracia! ¡Aniquile Jove la descendencia de Cypselo! En su indignacion, hace Theognides á los corintios descendientes del mismo Cypselo, atribuyéndolos la culpa

(1) Herod. loc. cit. Pausan. 1, 28, 2. 3. Simonid fragm. 132 Bergk 2.ª ed. C. Inscr. Att. I N.º 334.

de todas estas desgracias» (1). Mas no todos los caballeros partieron al destierro, si bien los que quedaron, tuvieron que someterse al nuevo régimen democrático del Estado (2).

Atenas habia fijado firmemente su planta en Eubea entre Calcis y Eretria. El territorio cedido por Calcis: tanto el campo de Lelanto como las praderas de pasteo pertenecientes á los hipobotes, despues que se deslindó el recinto consagrado á Athena, fué dividido en cuatro mil granjas de más de 150 medimnos de renta cada una, y estas suertes de tierra (kleros) fueron repartidas entre cuatro mil ciudadanos áticos de la cuarta, es decir, de la ínfima clase contribuyente. Con esto fueron roturadas las tierras dedicadas á pastos, la mejor parte de Eubea fué territorio ático, un gran número de trabajadores de este pais obtuvo excelentes dotaciones y la clase de los yunteros, es decir, de los labradores bien acomodados se aumentó notablemente, y con ellas las fuerzas militares se elevaron en igual proporcion, pues el poseedor de una de estas granjas conservaba sus derechos y deberes de ciudadano (3). Al mismo tiempo ganó

---

(1) Teogn. fragm. 891—894 Bergk. 2.ª ed.

(2) Plut. Pericl. 23.

(3) Herod. 5, 77. Aelian. Var. Hist. 6, 1. Böckh, Economía política 1, 557, 2.ª ed. En la guerra del Peloponeso se formaron despues de la rendicion de Lesbos 3.000 suertes de tierras, de las cuales 300 se asignaron á los dioses y se repartieron las demás; los lesbios las adquirieron á razon de dos minas (810 rs.) anuales cada una; Tucid. 3, 50. La extension de los *kleros* en Eubea se calcula por la circunstancia de que los klerujos de esta isla ejercian el servicio de hoplitas; Herod. 6. 100. Segun un dato de Eliano (loc. cit.) los contratos de arrendamiento de estos *kleros* eran inscritos en piedras conmemorativas colocadas delante del pórtico real. Nos quedan listas grabadas en piedra de proveedores de *kleros* más tarde repartidos, por ej. de los *klerujos* de Mirina en Lemnos; C. Inscript. Attic. I. Número 443. El tratado concluido por Atenas con Calcis despues del

Atenas, con haberse establecido en el centro de Eubea, no sólo buenos pastos, sino la perspectiva de un creciente influjo, del dominio de toda la comarca de Tracia y Sicilia con sus colonias, mientras que Calcis descendió al rango de una ciudad de segundo ó tercer ór-

---

levantamiento de las ciudades eubeas en el año 445, sometió completamente á Cálcis á los atenienses; los calcidios, á excepcion de algunos derechos municipales que conservaron, vinieron á ser súbdito de Atenas; véanse documentos en las Comunicaciones de Köhler. Arch. Instit. 1, 184 sigüientes. En el indicador de los sabios, (de Goetinga 1864, página 1361 siguientes) H Vischer ha suscitado dudas respecto á la referencia de los versos de Theognides á la guerra de Atenas contra Calcis. Si los versos no pertenecen á Theognides la referencia cae evidentemente por su base, pero sí solamente puede cuestionarse acerca de la palabra *Kupselidôn* ó *Kupselizôn*, me parece más racional mantener en pié dicha referencia, que nó deducir de estos versos una guerra de Cypselo ó Periandro contra Calcis ó Cerintho. Que Theognides visitó en tiempo de su destierro el *ampelóen pedíon* de Eubea y que halló en esta isla amistosa acojida (v. 784 sqq.), él mismo nos lo dice, por lo cual tenia motivos para lamentar la ruina de Calcis. El que Herodoto no menciona la toma de Cerintho, no prueba nada; Estrabon (p. 445) llama Cerintho á un protector de la ciudad (polidion). Afirmar que la guerra haya sido extremadamente corta y no diera tiempo para marchar sobre Cerintho, es una consecuencia de la concision empleada por Herodoto, al cual opongo yo otra exposicion suya, la de que los atenienses libertaron con el tiempo á los calcidios.

Seguramente no fueron puestos en libertad despues de la conclusion del tratado, y llevaron los famosos hierros más de dos dias, en pró de lo cual habla tambien la inscripcion de la cuadriga. El resúmen del fragmento tomado de Diodoro dice solamente, que los atenienses inmediatamente despues de la batalla «quedaron dueños de Calcis»; pero de esto no se sigue que las victorias de Atenas no se hubiera extendido hasta Eubea ya que las dos mil suertes de tierra de Eliano y, las cuatro mil de Herodoto hablan evidentemente en pró de más extensos triunfos alcanzados en la isla; pues el *Klero* se calcula en más 30 yugadas, resulta, que los 4.000 repartidos median como unas seis millas cuadradas.

den. Desde entonces no podia tripular más que unos veinte triereos, ni mandar á campaña más que unos centenares de hoplitas (1).

Tanto los beocios como los espartanos determinaron continuar la guerra; y los tebanos, deseosos de vengar la importante derrota que habian experimentado, interrogaron al oráculo de Delfos, por qué medio podrian vencer á los atenienses, á lo cual replicó el dios: «pidiendo auxilio á los más próximos.» Discutióse, por tanto, en Tebas, quienes eran los más próximos y dominó la idea de que la indicacion del dios se referia á los de Egína; pues el antiguo héroe Asopo decíase que habia tenido dos hijas, Teba y Egina, la primera de las cuales dió nombre á la ciudad de Tebas, y la segunda parecia haber sido la madre de Eaco (2); por lo que los eginetas resultaban los más emparentados con los tebanos. Invitados por estos á que les prestasen auxilio contra Atenas, enviáronles los de Egina las imágenes de sus héroes, las de los eacidas, de Peleo y Telamon, de Aquiles y de Ayax; apesar de cuya presencia en el campamento de los tebanos, fueron éstos nuevamente derrotados por los atenienses, por lo cual aquellos volvieron á enviar las imágenes y pidieron hombres.

La marina egineta se habia desarrollado desde la ruina de las ciudades jónicas que coincidió con la caida de Polícrates; como tambien el comercio marítimo de Atenas se habia aumentado muy considerablemente bajo los pisistratidas. Los celos y el temor que sentia Egina ante el extraordinario y creciente poder de la democracia ateniense, inducia á la nobleza egineta, que tenia que poner á raya en su misma isla á una burguesía llena de aspiraciones, en contra de Atenas. Y como

(1) Herod. 8, 1. En Platea lucharon 400 hoplitas de Calcis.
(2) Pind Isthm. 7, 16.

Egina estaba situada sólo á unas cuatro millas de la costa ática, un desembarco ateniense podia conducir á la muchedumbre ciudadana á un peligroso levantamiento, por lo cual, se decidió someter por fuerza á la ley vigente á aquella inquieta democracia.

La participacion de Egina en la guerra compens por completo la retirada de Calcis de la coalicion contra Atenas, y mientras los atenienses hacian la guerra á los beocios, la flota de aquellos penetró, sin prévia declaracion de guerra, en el puerto de Atenas, en el Falereo, le destruyó, taló muchas aldeas en toda la extension de la costa ática é hizo grandes daños á esta República (1).

Las sentencias del óráculo de Delfos, para que se arrojara á Hippias de Atenas, habian jugado una mala pasada á la política de los espartanos, obligándolos á dar una série de golpes en falso. Estaban seriamente arrepentidos de haber llevado á cabo las indicaciones de la Pitonisa; porque ¡cuán sumisa les habia estado Atenas en los últimos años de Hippias, y que bien les habia pagado éste su victoria! (2) En las luchas que determinaron inmediatamente su caida, no habia recojido Esparta ningunos singulares laureles; y ahora se habia hecho imposible toda tentativa de restablecimiento del poder de la nobleza en el ática con la nueva derrota, el acrecentamiento del poder de là democracia y el afianzamiento del poder de Atenas. ¿No se habia sometido ya Platea á la jefatura de esta ciudad y por ella habia sido activamente defendida contra Tebas? ¿No dió á los atenienses la sumision de Calcis el señorío de la isla de Eubea? Era preciso atajar tales progresos, debiendo ser derrocada Atenas de la nueva é influyente situacion

(1) Herod. 5, 81. 89.
(2) Herod. 5, 90.

que mediante tales victorias habia adquirido. No se dudaba en Esparta, de poder conseguirlo, mediante una nueva expedicion guerrera, con tal que se evitasen las causas del mal éxito de las anteriores; creyéndose segura la cooperacion de todos los aliados, con tal que no se les volviera á llamar á campaña sin indicarles el enemigo contra quien la expedicion se dirigia, y que la direccion del ejército no se confiara otra vez en comun á los dos reyes; pues por más que fuese deseada su desunion, esta producia visiblemente en el campo de batalla los más deplorables frutos.

Enriquecióse la constitucion de Esparta con una nueva prescripcion, que establecia, que nunca saldrian á campaña los dos reyes al frente del ejército aliado (1). Mas era la segunda cuestion, qué debia hacerse con Atenas, una vez que fuera vencida? La aristocracia ática no se habia podido asegurar en el gobierno y aferrarse á él, ni á la expulsion de Hippias ni con el auxilio de Cleomenes; pues estaba fuera de duda que Iságoras no poseyó en Atica suficientes partidarios. Pero lo cierto es que en la última expedicion ningun noble ateniense quiso ó pudo alzarse en armas en pro de Esparta. En todo caso, Atenas sometida á un tirano, que tuviera que temer al mismo tiempo de la nobleza y del pueblo, era aún más débil que sometida á la nobleza, y seria aún mucho más débil sometida á un tirano impuesto por Esparta, y que no tuviera ningun otro apoyo que ella. Mas solo se podia elevar á semejante puesto á un hombre que se hallara igualmente enemistado con la nobleza y el pueblo áticos; que hubiera dado pruebas de

(1) Herod. 5, 75. Xenoph. Hellen. 5, 3, 10. Pero en oposicion á esto está el testimonio de 7, 149, 6, 50. 65. 73; parece que sólo se quiere decir que nunca más hayan de ponerse los dos reyes juntos á la cabeza del ejército aliado.

su fidelidad á Esparta, y que hubiera demostrado que sabria gobernar á Atenas.

Solo Hippias reunia tales circunstancias, y Esparta se propuso posponer á los más altos principios de su propia existencia como Estado, la política de la tendencia aristocrática, á la que era esencialmente deudora de sus grandes éxitos, á la vez que de su eminente situacion en el Peloponeso, y la misma que habia seguido en oposicion á Ligdamis y á Polícrates. Se habia propuesto sostener una política contraria á la que hacia cinco años observaba respecto de Atenas, con el fin de ponerse cuanto antes de nuevo en relacion con Hippias, en interés del aumento de su poder y de la humillacion de Atenas. Habia decidido, en fin, quebrantar el creciente poder de esta republica, imponiéndola por la fuerza de las armas á aquel Hippias á quien ántes del mismo modo derribara; lo más contradictorio y odioso que pudiera emprenderse.

Herodoto hace notar que despues de la expedicion de Cleomenes y Demarato contra Atenas, se llegó á co nocer, de qué modo se habian cumplido las sentencias de la Pitonisa contra Hippias. Además, en el libro de los oráculos de Museo, que dos años antes hallara Cleomenes en el *Erejtheo*, conduciéndole felizmente á Esparta, se habian encontrado profecías que revelaron á los espartanos muchas desgracias futuras de Atenas. Pero no se ocultó á Herodoto la verdadera causa del cambio de táctica de Esparta. «Los espartanos—dice—reflexionaron que el pueblo ático, si se le dejaba llegar libremente al poder, se la echaba de tirano, pero siempre seria débil y estaba dispuesto á la obediencia.» De las fronteras del reino de Pérsia, de Sigeo, la ciudad de su hermano Hegesistrato donde Hippias se hallaba, fué llamado á Esparta y buscado por ella, pisó un tirano el

suelo de la orgullosa nobleza de Esparta; los aliados fueron llamados á ésta á celebrar consejo, habiéndose decidido que una gran expedicion militar condujera nuevamente á Hippias á Atenas en 505, antes de Jesucristo.

Cuando llegaron á Esparta los representantes de los aliados, fué Hippias conducido en medio de ellos, y Esparta hizo la declaracion de que, mediante engañosos oráculos se habia inducido á sus muy adictos huéspedes á arrojar injustamente de su pátria á los pisistratidas; que despues, en pago de haber libertado á la ciudad, á lo que les ayudó Esparta, los atenienses habian arrojado ignominiosamente del Atica al rey Cleomenes y á sus guerreros y se habian infatuado extraordinariamente, como sus vecinos los beocios y calcidios sabian bien por propia experiencia, y como lo experimentarian otros, si sucesos imprevistos no lo impedian; y puesto que entonces faltaron, querian ahora hallar manera, con el auxilio de sus aliados, de reparar su yerro; á cuyo fin habian llamado á Hippias, para conducirle á Atenas por decision general y sostenerle todos ellos, á fin de que recobrara el poder de que ántes habia sido despojado.

***

Era mucho lo que Esparta exijia de sus aliados. No bastaba hacerles juguete de los cambios y veleidades de su política, sino que, en oposicion á los principios profesados por élla, á la constitucion de sus propios Estados y al sistema político en que se fundaba la liga de los espartanos, y sólo en pró de un interés que en aquel momento predominaba en Esparta, debian guerrear contra Atenas y restaurar en ella la dominacion de un príncipe que habia sometido á la nobleza y que en los últimos años de su gobierno se habia ensañado incon-

testablemente contra ella. Los nobles de Corinto, de Sicyon, de Epidauro y de Megara habian sufrido todos, más ó ménos ó mayor ó menor tiempo, siendo á veces duramente tratados bajo la dominacion de los tiranos; pues por doquiera habia sido contra los nobles, contra los que se habia alzado el nuevo principado; á ellos era, á los que habia oprimido y perseguido. Habíase experimentado lo que significa la tiranía de hombres, que no siempre tienen reparo en disponer, en sus prescripciones, de la propiedad, cuerpo y vida, mujer é hijo del contrario; y desde la caida de los tiranos se habian portado con templanza los gobiernos restauradores de la nobleza, pues habian comprendidc que el oprimir rudamente á las clases inferiores conduce á sacudimientos y hace surgir caudillos; reconocieron la superioridad de la ley y admitieron á su lado funcionarios responsables.

Si hubiera convocado Esparta á los miembros de la liga para restablecer el dominio de la nobleza en Atenas, seguramente los hubiera hallado propicios; pero era un contra sentido querer servirse de una liga, fundada en la conservacion de la aristocracia, para implantar un tirano. Además pudo ocurrírsele la reflexion de que una expedicion militar al otro lado del istmo pudiera serles gravosa, y que el influjo de Esparta en aquellos parajes pudiera conducirle á aumentar su superioridad al lado de acá del mismo. Bien claramente comprendió Corinto todo lo que interesaba el que Atenas no viniera á quedar dependiente de Esparta, é impulsados por los corintios, negáronse los aliados á contribuir á la realizacion del artificioso cálculo que motivara el cambio de la política espartana.

Al verificarse la reunion no dejaban ya los representantes de estar preparados respecto á la proposicion que aquella iba á presentar. Ya se habia sabido en el Pelo-

poneso que Hippias habia sido llamado de Asia á Esparta (1). Y segun la narracion de Herodoto tomó la palabra Sosicles, representante de Corinto y uno de los más importantes miembros de la liga, al que el historiador hace expresar con la mayor energía el asombro con que Corinto escuchó los designios de Esparta: «Tanto valdria—dice—asegurar que el cielo habia caido debajo de la tierra, que la tierra flotaba en el aire por encima del cielo, que los hombres vivian en el mar y los peces en seco, como asegurar que los espartanos se disponian á restablecer la dominacion de un tirano. Si parece bien á los espartanos que las ciudades se sometan á tiranos, podian empezar ellos por imponerse á sí mismos uno. Pero aunque ellos mismos no han experimentado nunca la tiranía, han procurado con el mayor rigor que no exista despotismo alguno en su seno, y quieren ahora servirse de sus aliados para crearlos. Si Esparta hubiera sufrido la tiranía como Corintio, hubiera presentado mejores proposiciones al consejo. Corintio conoce la tiranía y sabe que no existe entre los hombres nada más sangriento é injusto que ella. Nosotros, los corintios, quedamos asombrados en extremo, cuando supimos que habiais mandado venir á Hippias, pero aún nos han asombrado más vuestras palabras. Os conjuramos por los dioses de los helenos á que nó restablezcais ninguna tiranía. Pero si vosotros no desistís y procurais reponer á Hippias contra derecho, sabed que los corintios no asentirán á ello.» Hippias replicó, despues de invocar como Sosicles á los dioses helenos, que los corintios serian los que más echarian de menos á los pisistratidas, si llegara el dia en que tuvieran que sufrir daños de parte de los atenienses. Dijo ésto, observa Herodoto, «como hombre que conoce mejor que na-

(1) Herod. 5, 92.

die la voluntad de los dioses» (1). «Los demás representantes de los estados coaligados habian guardado silencio hasta entonces, pero despues que Sosicles habló tan francamente, tomaron sucesivamente la palabra para desenvolver su pensamiento y conjuraron á los lacedemonios á no emprender nada en perjuicio de ninguna ciudad helénica.»

El vasto plan de los espartanos habia fracasado. Al querer obtener el auxilio de la liga se hubieran enredado á sabiendas en una série de lamentables discordias, siendo fácil se llegara con ellas á derribar todo el edificio de aquella, y se viera á sus más importantes miembros y á Corinto á la cabeza, ponerse de parte de los atenienses. Así pues, no quedaba otra salida que protejer la reinstalacion de Hippias con las solas fuerzas de Esparta. Pero el resultado de esta conducta aparecia más que dudoso, despues de lo realizado por los atenienses contra Calcis y los beocios; y puesto que ya se habia reclamado la fuerza de la liga, se ponian con esta empresa en odiosa contradiccion con la unánime repugnancia hácia ella manifestada por los coaligados, abriéndose una peligrosa brecha en la coalicion. Los peligros que se habian corrido, al obstinarse en reponer á Hippias, eran evidentemente más inminentes y mayores que los perjuicios que podia acarrear la actual situacion política de Atenas, y decidióse Esparta á desistir de su plan, á remediar las consecuencias de la derrota experimentada y, ante todo, á dejar que las cosas siguieran su curso. Aún estaba Atenas en guerra con poderosos contrarios, tales como los beocios y eginetas; podian estos últimos exigir el auxilio de la liga, y podian presentar-

(1) Ya nos ocupamos suficientemente acerca del ejemplo de la tiranía de Cypselo y Periandro, que Herodoto hace citar aquí á Sosicles.

se otras circunstancias. Engañado Hippias en su espe ranza, habia vuelto á asirse á su propósito de ganar á Pérsia; se volvió á Sigio y allí trabajó con constancia y no sin buenas bases, á fin de lograr en el señor del Asia un auxiliar más decidido que el que habia perdido en los espartanos.

Si el año anterior, la caida de Corinto ahorró á los atenienses el tener que luchar con las fuerzas militares del Peloponeso, ahora la general oposicion de los aliados al designio de Esparta, les habia librado de una nueva invasion del ejército de la liga por ella formada. Ya estaban dispuestos á resistir una nueva irrupcion del Peloponeso en Atica (1), pero ahora podian volver todas sus fuerzas contra los beocios y contra Egina; aunque no era en verdad este sólo el peligro de que se habia salvado. Si Esparta habia retrocedido por el momento, no lo habia hecho sin segunda intencion, y pronto se supo en Atenas que Hippias lo ponia todo en juego para excitar á Artafernes contra Atenas, conseguir su vuelta y poner al Atica bajo la soberanía de Dario; así es que la embajada que los atenienses enviaron á Sardes, con objeto de trabajar para hacer fracasar los planes de Hippias, no trajo menos graves noticias que la primera; pues Artafernes habia contestado: «que los atenienses recibirian á Hippias de nuevo, si querian tenerle de su parte.» Era una franca declaracion de que Pérsia habia tomado partido por el tirano; de no seguir este consejo, «ya podian considerarse como en guerra declarada contra Pérsia» (2).

Al ménos Atenas no fué perjudicada en su lucha con Beocia y Egina; pues la ayuda de los de esta última ciudad no bastó, contra las esperanzas de los tebanos, á

(1) Herod. 5, 90.
(2) Herod. 5, 96.

poner á Tebas en situacion de poder afrontar á Atenas. Los atenienses no se dejaron contener por los desembarcos y las devastaciones de los de Egina y continuaron con energía la guerra contra Beocia; y aunque poseemos detalles acerca de la marcha de la guerra, sabemos que los atenienses lograron protejer suficientemente contra los beocios, tanto á los plateenses, como el territorio que les habian conquistado; de suerte que continuó siendo el Asopo límite entre Platea y Tebas (1). Sin embargo, desde un principio se vió que la flota ática no podia hacer frente á la de Egina, por cuya razon las costas áticas tuvieron que sentir rudamente su preponderancia. Un oráculo del dios délfico, abiertamente favorable á Egina, y que parecia haberse inspirado en el recuerdo de la larga lucha de Salamina, condenaba tambien á los atenienses á sufrir durante treinta años el saqueo de los eginetas, pero quedarian victoriosos á los treinta y uno si erigian un templo á Eaco, génio tutelar de Egina. La profecía era para decidir á Atenas á ajustar la paz; mas prefirieron los atenienses construir al punto junto á la plaza un santuario á Eaco, y se procuraron además medios más eficaces para afrontar á un enemigo, al cual no habian dado motivo alguno para que les atacase, y que les causaba graves daños.

No se podian evitar los desembarcos de los de Egina á no ser que se les atacara en mar abierto, mas ésto era imposible, á causa del mayor número de los triereos de aquella y de la mayor pericia de sus marinos, á no ser que el número de los buques de línea de ambas partes fuera al menos próximamente igual. Egina poseia ochenta triereos disponibles, Atenas sólo cincuenta; para tener alguna perspectiva de éxito, deberia pues constar

(1) Herod. 9, 15.

la escuadra ática á lo menos de setenta triereos. La construccion de veinte buques de linea exijia al mismo tiempo medios y arsenales que no poseia Atenas, y un tiempo, durante el cual quedaria expuesta al pillaje de los de Egina, por lo qué hácia el año 504, antes de Jesucristo, se dirigieron los atenienses á Corinto para obtener lo más pronto posible dichos veinte buques.

***

A consecuencia del arbitraje que Corinto pronunció en el conflicto habido entre Platea y Tebas, de la retirada del contingente corintio del campamento de Eleusis, y de la actitud que dicha ciudad adoptó en la asamblea de Esparta, se habia establecido una amistosa inteligencia entre Atenas y Corinto. Veia celosa esta última el rápido y siempre creciente florecimiento de Egina, que ya eclipsaba su antiguo comercio y poder marítimos; sentíase inclinada á condescender á los deseos de Atenas, pero su calidad de aliada de Esparta la obligaba á guardar consideraciones con ella; pues era apenas admisible, que un miembro de la liga guerrera de los espartanos apoyara á un estado que se hallaba fuera de ella contra otro miembro de la misma. Buscaron, pues, los corintios una especiosa salida, y como nada arriesgaban en vender á los atenienses los deseados veinte triereos, ofreciéronse á prestárselos á plazo indeterminado y á un precio puramente nominal; trato que en un momento dado podia deshacerse. Por cada barco debian pagarse como intereses del préstamo cinco dracmas, y los atenienses aceptaron tal proposicion que les daba tiempo para reforzar en el ínterin su propia flota, arriesgándose con estos setenta buques á hacer frente en mar abierto á los de Egina, supliendo lo que les faltaba de esperiencia con su celo y su abnegacion.

La suerte de las armas estuvo largo tiempo indecisa, pero esta guerra dió á los atenienses la práctica que les faltaba en las luchas marítimas, familiarizando con el mar á mayor número de guerreros áticos del que hasta entonces lo estaban; y á los tres años de guerra se vieron en posesion de una flota propia de setenta barcos, con la ventaja de que con ella podian tomar represalias de los saqueos y rapiñas de los de Egina, y protejer en cierto modo sus puertos y su comercio (1).

---

(1) Tucid 1. 41. Que la guerra de Egina contra Atenas comenzó en el año 505, antes de J. C., se desprende sin género alguno de duda del dato de Herodoto. Despues que las expediciones de Demarato y Cleomenes fracasaron, fueron derrotados los tebanos y calcidios, queriendo los primeros usar represalias sobre el Atica, demandando el auxilio de Egina (5, 79, 80). Recibieron las imágenes de los eacidas y fueron nuevamente batidos (5, 81). Pidieron entonces hombres de Egina. y éstos cayeron sobre el Atica y saquearon el Falereo. Los atenienses se preparan para castigar á los de Egina, pero se ven embarazados para ello: *es timôriên dè paraskeuazoménoisi autoisi ek Lakedaimoniôn prègma egeirómenon empódion egéneto* (5, 90). No tenemos razon alguna para admitir que, despues del mal éxito de la expedicion del año 506, retardara Esparta hasta el año siguiente el llevar á cabo la en que pretendia tomar el desquite. El préstamo de los buques corintios, mediante el cual, llegó á reunir 70 la flota ateniense, le refiere Herodoto (6. 89) al tiempo de la declaracion de la segunda guerra contra Egina, esto es, al 488; y debia referirla tambien más atrás 5, 90. Tucidides en otro lugar, fija este préstamo expresamente «antes de los acontecimientos médicos» esto es, por lo ménos antes del 490. Herodoto afirma tambien en otro pasaje, que este hecho es anterior al combate de Maraton, haciendo navegar á Milciades en 489 hácia Paros (6, 132) con 70 buques áticos. El aumento de la flota ateniense debe, pues, corresponder á la primera guerra contra Egina, que duró de 505 á 491 Los 20 buques que Atenas envió al Asia á pesar de esta guerra, prueban que habia tenido lugar en este espacio de tiempo y quizá ya antes del 500, así como que Atenas progresaba, lo cual atestigua tambien Tucidides en otro lugar. La observacion de Herodoto (6, 89), de que al tiempo en que prestaron los corintios los buques á los atenienses estaban «á punto de aliarse» á ellos, explica la proximidad de los acontecimientos en que Corinto fué sojuzgada por Atenas, ocurridos entre 510 y 505.

III.

REFORMA DE CLISTENES.

Habia salido el Atica feliz y gloriosamente de una difícil crisis; los ciudadanos atenienses habian hecho frente á la reaccion de la nobleza, á la intervencion de Esparta, á los ataques de todas partes; habia acudido sin vacilar à rechazarla, la mayor parte de los propietarios rurales, y su constancia habia sido premiada. Mas en tal actitud debemos seguramente ver la bienhechora influencia de las medidas adoptadas por Solón, que no sólo se extendian á las disposiciones relativas al desenvolvimiento de las fuerzas militares mediante la apertura de los gimnasios, instruccion escolar y de los eforos y los honores tributados á los muertos en campaña, sosteniendo á sus huérfanos á expensas del Estado, sino mucho más aún al sostenimiento de los medianos y pequeños propietarios rurales, instituciones, cuyo resultado se hizo más eficaz en virtud de la proteccion acordada por el principado de los pisistratidas á la clase más débil de los terratenientes. Bajo su amparo y en tales disposiciones, la clase làbradora no solo habia mantenido sus fuerzas sino que las habia concentrado y su actitud tanto frente á Iságoras, como frente á los espartanos, peloponesios, beocios, calcidios y eginetas, ates-

tiguó que se habian dado cuenta de su fuerza, y los hoplitas, es decir, la mayor parte de los labradores áticos, habian peleado con un vigor, con una constancia y un desprecio de la muerte que dejaron muy atrás todas las anteriores glorias militares de Atenas.

Precisamente á la actitud de los medianos propietarios era á la que tanto Clistenes como los fugitivos representantes de su partido tenian que agradecer su vuelta y la restauracion de su poder. La cuestion era saber si Clistenes que habia sido caudillo de la emigracion de la nobleza, y despues en la lucha con Iságoras se habia hecho demócrata, ahora, una vez aniquilado su contrario y despues de haber atraido á su antiguo partido el más principal de los adeptos de aquél, pensaria á su cabeza apoderarse del gobierno del Estado, ó si acaso acordándose de su padre y de su abuelo, querria conservar su popularidad, para con su auxilio extender el brazo á la tiranía. ¿Quién podria oponerse á un hombre que lo mismo disponia de la inclinacion del pueblo que del oráculo de Delfos? Aun le estaba abierto un tercer camino: despues de haberse desembarazado de Iságoras, podia perseverar contra él en la direccion emprendida, y tambien de éste modo seguir siendo el hombre más importante de Atenas. Así lo hizo; conservóse en la misma tendencia, en la que habia emprendido al reformar la organizacion de las tríbus; y de este modo, adquirió Clistenes en el Atica una grande é incontestable popularidad, pues, cualquier otra conducta hubiera renovado el ciclo de las antiguas luchas de partido.

Solón habia preservado al pueblo Atico de la explotacion y opresion de los linajes, dispensándole la proteccion necesaria contra la preponderancia de aquellos y nivelando derechos y deberes. Habia preferido hacer inútil una reaccion antes que abrir la puerta á la cor-

riente democrática que caracterizaba las luchas de partido de las ciudades jónicas, especialmente de Mileto. Verificóse, pues, una reaccion de la antigua clase dominadora; habiéndose determinado suficientemente la esfera de derecho reservada por Solón al pueblo, á los ciudadanos y labradores para hacer supérfluo el amparo de un gobierno protector, de un príncipe, pensaba Clistenes amplificar el derecho de las clases inferiores, y darles una representacion en el Estado, para que en lo futuro ni necesitasen la proteccion de un gobierno, ni volviesen á caer bajo el yugo aristocrático. «Clistenes, nos dice Aristóteles, volvió á erigir sobre nuevas bases la constitucion de Solón» (1). En efecto, eran muy esenciales las modificaciones que en su organizacion introdujo.

El fundamento de su reforma estribaba en la nueva organizacion del municipio. De las anteriores comunidades locales, formando agrupaciones más numerosas, constituyó los actuales demos del pais, es decir, las inferiores agrupaciones políticas, base de la vida pública y de la administracion del Estado. La misma ciudad de Atenas se dividió de éste modo en demos, de suerte que no llegó á poseer una administracion municipal unitaria que correspondiese como capital á la organizacion central del Estado (2). Cada ciudadano ateniense per-

(1) Areopag. 16.

(2) El testimonio de Aristóteles (Schol. Aristoph. Nub. 37): «Clistenes sustituyó las *naucrarias* por los *demos* y dió á los demarjos la administracion de las primitivas naucrarias,» es todo lo explícito que puede desearse. La objecion que se saca de los guias itinerarias de Hipparco para indicar la direccion hácia los «demos», es nula puesto que evidentemente existian ántes de Clistenes jurisdicciones territoriales y comunidades locales, aunque no como municipios constituidos. Demos, de *dam*, significa *cultivo* ó *asociacion*. No es probable, como pretende Sauppe, que cada una de las diez tribus

tenecia á un demos, quizá á aquel en cuya demarcacion radicaba su hacienda: el que no tenia bienes raíces era inscrito en la lista de los ciudadanos del demos, en cuya demarcacion tenia su domicilio. Todos los habitantes de la demarcacion del demos, que eran mayores de edad y se hallaban en posesion del derecho de ciudadanía, eran miembros del comun del mismo con derecho electoral, elegian el prepósito del demos, demarjo ó jefe de la comunidad, siendo de creer que se verificaba esta eleccion de demarjo sólo en épocas determinadas, de un modo análogo á lo que ocurria con la eleccion de los magistrados del Estado.

La colectividad del demos despachaba independientemente sus propios asuntos, legislando sobre la propiedad del comun, como tierra de propios, pastos de aprovechamientos comun y demás haciendas de esta naturaleza; determinaba la inversion de ingresos y decretaba los gastos especiales. De esta manera tomaban sus acuerdos los demotes reunidos bajo la presidencia del demarjo; cuya asamblea de demotes hacia tambien rendir cuentas á los funcionarios de la comunidad.

Incumbian al jefe de la colectividad, además del despacho de los asuntos generales del demos, los deberes relativos al Estado; él representaba al demos ante aquel, é inspeccionaba la policía local. Además del padron de los vecinos del demos, y del de los ciudadanos

---

(fylê) hubiera equivalido á un demos de la ciudad. Dice Herodoto que formó Clistenes cien demos (5, 69) para acomodarlos al número de los cien héroes que habian llevado el mismo nombre; *Sauppe, De demis urbanis* p. 5. Puesto que se formaron agrupaciones de comunidades, se disponia de número suficiente, y más tarde debieron aumentar. Polemon (en Estrabon p. 396) da ciento setenta y cuatro demos; segun el cálculo de Gelzer ascienden á 182 los nombres de demos comprobados.

del mismo, tenia que llevar el demarjo la lista de los obligados al servicio militar, que formar la lista de los contribuyentes, ó sea el censo, y redactar el catastro ó amillaramiento; era su deber dividir la poblacion en las cuatro clases de contribuyentes del censo, recaudar, satisfacer el tributo de la cosecha á la divinidad de Eleusis, sobre medio *hecteò* (4 1[3 azumbres) de cada cien *medimnos* de trigo, y un *hecteo* (8 2[3 azumbres) de cada cien *medimnos* de cebada y recaudar y satisfacer los tributos extraordinarios exijidos con arreglo á la division establecida.

Desde el establecimiento de los municipios quedaron sin objeto las naucrarias y sus prepósitos; por cuya razon las atribuciones de los pritaneos de las naucrarias pasaron á los demarjos. Esta constitucion municipal disolvió las asociaciones religiosas y desligó á los clientes de los linajes, de sus inveterados lazos patriarcales, respecto á sus derechos de ciudadanía. Los demotes debian resolver las cuestiones de derecho civil; el estado de las personas no dependia ya del voto de los jefes del linaje de la fratria, del voto de los fratrores. A la entrada de los *efebos* en la escuela militar, segun la inscripcion del jóven ciudadano en la lista del demos, en el *lexiarjicon grammateion*, en virtud de prueba prévia y de votacion de los demotes declaraban antes bajo juramento, su intencion de obrar conforme á justicia (1). Tambien si se suscitaba alguna duda acerca de la legitimidad con que algun miembro del demos ejercia su derecho de ciudadano, decidian los demotes (2). Como el estado de las personas, dependia de éstos, tambien la contribucion, la determinacion de

(1) Aeschin. in Ctesiph. 122 y los escolios; Arnoldo Shaefer, Demóstenes 3, 2, 43 siguientes

(2) Demosthen. c. Eubulid. p. 1301—1303 R.

la clase á que cada uno pertenecia; la cuota de impues to extraordinario se fundaba en la série de servicios prestados por tierra ó por mar á la colectividad del demos; pudiendo todos cerciorarse de si estaban bien clasificados y gravados, ó de si habian sido recargados, y en caso de necesario reparo, en la reunion de los demotes, en el acto del rendimiento de cuentas, reclamaban ante el demarjo.

* * *

Entre los medios aptos para restablecer «la democracia, en la que todos tienen parte en todo, nos cita Aristóteles tambien la aminoracion de los cultos privados, la reduccion de muchos á pocos y su conversion en generales ó públicos; y éste medio le empleó Clistenes. Cada fratria, cada linaje tenian su culto especial, y su particular patrono; las familias nobles, con cuyos bienes formaban hasta entonces los labradores vecinos jurisdiccion territorial y comunidad local, debian tambien tener su culto propio, pero con la nueva organizacion de comunes, cada municipio debia sustituir á su culto el de un héroe á quien en adelante habia de honrar como á su patrono; y en vez de muchos cultos y privados se establecieron un pequeño número de ellos y públicos (1).

Era claramente el objeto que Clistenes se proponia, el de que las diez nuevas tríbus se formaran de un com-

(1) Una inscripcion de la isla de Quíos perteneciente al siglo IV nos enseña que, en virtud de mandato del oráculo, debian construir los Cliciadas un templo á Jove *patroos*, al cual llevarian los santuarios de las casas particulares *(ek tôn idiôtikôn oikiôn)*, que debian quedar en él. Solo podian asistir al nuevo templo los Cliciadas fijándose en 1.000 dracmas de multa y anatema el castigo del que usare ó dejara usar de él: B. Schöll Satura philolog. H. Sauppio p. 175 sqq.

plejo de munipios no contiguos, á fin de romper las determinadas influencias del predominio de la propiedad, el de la posicion social, y hacer desaparecer la conexion que aún habian conservado las antiguas tríbus, y al mismo tiempo evitar que, en la nueva organizacion, que debia conservar, como base de estabilidad, cierto carácter de origen patriarcal, no llegase á ocurrir que se hicieran rivales las diversas partes del territorio. Una segunda ventaja de esta forma de organizacion de las tríbus, era la de que con la mayor facilidad se podia saber el número de ciudadanos que en cada una habia, debiendo las tribus tener los mismos derechos y cumplir los mismos deberes.

El oráculo de Delfos habia designado como patronos de las nuevas tríbus á Cecrops, á Erejtheo, á Pandion, á Egeo, á Acamas, á Hippothoo, á Antioco y á Eneo, á Leos y á Ayax. Cecrops, Erejtheo, Pandion y Egeo eran los primitivos reyes del pais ático, puesto que la tradicion ática no conocia aún entonces más que estos cuatro nombres antes de Teseo, y estos héroes de los antiguos tiempos, especialmente los cuatro antiguos reyes de Cecropia, puesto que correspondian á las llanuras del Iliso, debian añadirse á los héroes de las restantes comarcas, para ennoblecer el orígen y representacion de las nuevas tríbus restantes.

Se omitió sin duda el nombre de Teseo, porque hubiera eclipsado por completo á los demás patronos, y en su lugar apareció Acamas, hijo suyo y de Fedra, quien peleó ante los muros de Troya, y Leos pretendido compañero de armas de Teseo, cuyas hijas en otro tiempo se decia haber sido sacrificadas en aras de la pátria. El Leocorio, lugar del sacrificio que fundó Epimenides, se ha confundido con el nombre del compañero de Teseo, y de aquí se originó la tradicion del sacrificio espiatorio

de la hija de Leos. Hippothoo, hijo de Neptuno y de la hija de Cercyon, príncipe de Eleusis representó éste territorio porque Teseo le habia hecho rey de Eleusis, despues de vencer á Cercyon en singular combate; en el territorio de Maraton era honrado desde antiguos tiempos Heracles-Melkart, cuyo culto habian traido aquí los fenicios, y Antioco, su hijo, representó esta comarca en la serie de las tríbus. Eneo, el hombre del vino, hijo del rey Pandion, representó las que se extendian al pié del Citeron ó sea á los distritos de Eleucera, Icaria y Oenoe, que anteriormente, segun se dice, habian venerado á Deourso en Atica; por último, Ayax representó á su pátria, la isla de Salamina (1), venerando las nuevas tríbus asociadas á estos héroes como á sus tutelares, y hallándose en el camino de Atenas á Eleusis un santuario de Pandion, de Egeo y de Hippothoo (2).

A la manera de los demos y las antiguas tríbus formaban las nuevas corporaciones politicas. Ponian á su cabeza por eleccion un filarjo, cuya posterior denominacion fué de administrador de las tríbus, celebraron sus reuniones y establecieron funcionarios tanto para sus santuarios, como para sus demás posesiones y asuntos generales (3). En otro tiempo las cuatro antiguas agru-

(1) Demosthen. Epitaph. p. 1397-99 R. Pausan. 1, 5, 2, 10, 10, 1. Pollux, 7, 110.

(2) Corp. I. Gr. N.º 128. Corp. I. Att. II, 553. 554. 556. 559. Pausan. 1, 38, 4.

(3) Böckh, Economía política. 2.ª ed., 664. Corp. I. Att. I. 93. 103. 113.

La division de las tríbus en *trittyos* debió aparecer más tarde, quizá cuando cada tríbu llegó á formar más de diez municipios. El número diez contradice abiertamente la supuesta division en tres. Los nombres de *trittyos* que hemos recogido en las inscripciones, coinciden con los de los municipios, con la única excepcion del nombre *Epakreôn* (Ross, Demos. p. 8.) Las *triacadas* deben considerarse como asociaciones voluntarias.

paciones de tríbus habian tenido que elejir anualmente cien magistrados, y las diez nuevas elegian cincuenta cada una de entre las tres clases primeras de contribuyentes. Las 48 jurisdicciones territoriales, ó naucrarias ya abolidas, habian tenido que tripular cada una un triereo; en adelante, cada tríbu tenia que tripular cinco, cuyo número total ascendia de este modo á 50.

Al lado de las nuevas tríbus continuaron asociadas las antiguas como corporaciones familiares y religiosas. Los *fylobasíleos*, reyes de las antiguas cuatro tríbus, quedaron como asesores del arconte rey en todos los procesos sobre efusion de sangre (1) y ejercieron además ciertas funciones sagradas; despues, como ántes, fueron elegidos en union de 51 *efetos* por los *eupatridas* de las antiguas asociaciones de linajes; en las cosas religiosas no se osó reformar nada. Igualmente siguieron las hermandades de las antiguas tríbus, las fratrias. Siguieron estas celebrando las *apaturias*, y llevando el registro de los linajes; siendo libre todo ciudadano de inscribir á su hijo en el *frator*, de hacer probar su legitimidad ante el altar, de presentar al niño, y de hacer entrar al hijo más crecido en la *fratria*, sin perjuicio de su inscripcion en la lista de los ciudadanos del *demos*. Habia un especial interés en que se respetara la gerarquía religiosa para la entrada en la *fratria*, consistiendo sólo para las familias nobles en que se atuvieran á su genealogía (2). Tambien continuaron los linajes ofreciendo sus sacrifi–

(1) Segun las leyes de Dracon en el primer Axon de Solón. Pollux 8, 111. 120. Un fragmento de una inscripcion del siglo IV, presenta pagos de sacrificios, entre otros *ek tôn fulobasilikôn*; en la línea siguiente han quedado al menos las letras *ulobasil;* Corresp. hellenig. 3. p. 9.

(2) Philippi, Derecho de ciudadanía ateniense, p. 99 siguientes p. 168-171.

cios á sus númenes protectores y al lado de las familias nobles concurrieron asimismo los coofertores de las clases labradora y ciudadana, los que en otro tiempo fueron clientes de los linajes. Esquines dice á Demóstenes para reprocharle su humilde orígen: «él es del linaje, que tiene parte en el toro que anualmente se sacrifica» (1).

Interesóse Clistenes juntamente con la nueva organizacion en el afianzamiento de la burguesía, que en Atenas llegó á enriquecerse de modo, que dos mil, ó como quiere Herodoto cuatro mil de sus indivíduos antes pobres, se pudieron establecer en Eubea con casas de labranza, y los cuales, sin perder su derecho de ciu-

(1) Aeschines de leg. m. g. 147. Las inscripciones le llaman representante de los linajes de los Ceryces y Eumolpidas; C. I. A. II N.º 597 y 605. Me parece inverosimil que Clistenes hubiera formado nuevas fratrias, cuanto más que hayan subsistido las antiguas al lado de las nuevas, como modernamente se ha asegurado. La tendencia de la reforma iba encaminada á quebrantar los lazos patriarcales, y esto se realizó por medio de los municipios, que las nuebas tríbus formaron en lugar de los antiguos linajes y fatrias ¿podrian apesar de esto fundarse dentro de las nuevas tríbus otra vez nuevas agrupaciones familiares? Pero *fratria* debe ser solamente un nombre de subdivision de la tríbu, y tales precisamente eran las subdivisiones de los demos de Clistenes. Si hubiera introducido fratrias hubiera designado la genealogia de los ciudadanos segun las fratrias, nó segun el demos. Tal afirmacion se apoya exclusivamente en el citado lugar de Aristóteles acerca del refuerzo de la democracia mediante la creacion de más y más tríbus y fratrias y mediante la reduccion de los cultos privados á otros públicos y en menor número; medios de que se sirvieron Clistenes y los que erigieron la democracia en Cyrene. Segun esto muy bien pudo Clistenes haberse contentado con modificar las tríbus y el culto; en Cyrene, donde todavia no existian otras tríbus al lado de los thereos, debieron claramente formarse tambien con las tríbus nuevas subdivisiones, y los antiguos colonos debieron tener el mismo número de fratrias que los nuevos.

dadanía, podian ya explotarlas, ya tambien, bajo ciertas condiciones prescritas por el Estado, darlas, mediante determinado tributo en arrendamiento. Solón habia admitido al derecho de ciudadanía á las familias extranjeras, que en gran número se habian avecindado en Atica para la explotacion de una industria, habiendo aumentado considerablemente el número de los extranjeros establecidos en Atenas (los *metoicos*), á consecuencia del impulso que los pisistratidas dieron á la arquitectura, á la industria y al comercio. Las familias de estos nacionalizados que habian dado pruebas de su adhesion y habilidad, podian en premio ser admitidos al goce de las prerogativas de los demás ciudadanos. Cuanto mayor era el número de los nuevos ciudadanos que tenian que agradecer la posesion de su bienestar y de su derecho á la nueva situacion, más visible se hizo la importancia de esta clase, que se hallaba dispuesta á sostener la situacion reinante con todas sus fuerzas, tanto en el interior como en el exterior. La nobleza y sus gentes se encontraron en una situacion mas normalizada; los yunteros, sin embargo, pocas veces se mostraron inclinados al abandono de sus habituales faenas. Clistenes, dice Aristóteles, admitió en las tríbus á una multitud de extranjeros y metoicos-esclavos (esto es, esclavos emancipados que pasaron al estado de *metoicos*) (1).

Los fundamentos del edificio de la constitucion de Solón, las cuatro clases contribuyentes, la apreciacion de los derechos que correspondia ejercer en el seno del Estado segun la medida de los servicios que se le prestaban, fueron respetados por Clistenes. Dió entrada en el consejo de los cuatrocientos á las tres clases superiores obligadas al servicio de hoplitas, únicas que ahora

(1) Pol 3, 1, 10.

conservaron el derecho de ser elegidas para el consejo de los quinientos, y á los pentacosiomedimnos, de la primera clase, que desempeñaban la trierarquía y la coregia con los demás cargos litúrgicos, á la vez que el servicio de hoplitas les reservó el derecho de ser exclusivamente elegibles para el arcontado y los altos puestos de hacienda. Por el contrario, la representacion oficial que hasta entonces habian tenido los arcontes resultó muy esencialmente perjudicada. Así como Clistenes quebrantó el influjo de los linajes en las elecciones, mediante una nueva organizacion de municipios y de tríbus, así tambien abolió de hecho el poder ejecutivo de los arcontes, haciendo pasar sus atribuciones, ya al consejo, ya á las autoridades financieras y militares que acababa de crear. No quedó menos quebrantada su autoridad judicial con las nuevas atribuciones que se otorgaron al tribunal popular instituido antes por Solón.

***

Mi opinion de que la reforma de Clistenes no habia abolido la eleccion de los arcontes, es hoy la opinion de muchos: por eso puedo limitarme á indicar las principales razones que demuestran que la eleccion por suerte se introdujo al propio tiempo que la abolicion de la prerogativa de los pentakosiomedimnos y que solo podia ser introducida en esta combinacion.

En otro lugar rectificamos el error de Herodoto respecto á la noticia del sorteo del Polemarco en el año 490. ¿Será casualidad ó consecuencia de la suerte, el que encontremos entre los eponymos, antes de la reforma de Arístides, á hombres ilustrados, estadistas importantes, mientras que despues no aparece entre ellos ningun jefe de partido, ni hombre notable? Hipparco, hijo de Carmo, fué primer arconte de 496 á 495, y despues

vive en el ostracismo: Temístocles es primer arconte de 493 á 492. Arístides de 489 á 488. Xantipo de 479 á 478 (1).

¿No es digna de atencion la circunstancia de que los libros sobre las leyes pongan en marcado contraste la *palaia politeia kai ek timematon arjai tines tettaron* existente en la época de las guerras pérsicas con la *pasa eleuzeria* que es posterior, y que Isócrates acentúe de un modo muy especial este contraste, y que Plutarco, despues de la reforma de Arístides, atribuya á Cimon el propósito de reorganizar la aristocracia tal cual existia en tiempo de Clistenes? (2)

Habiendo quedado muy reducidas las atribuciones de los arcontes, no tenia Clistenes interés alguno en introducir el sufragio por suerte, además de que era imposible plantearlo, en tanto que estuviesen en vigor las prerogativas que Clistenes dejara á los arcontes, esto es en tanto que conservasen la jurisdiccion de primera instancia. Cuando la apelacion á la Héliea habia absorbido la primera instancia; cuando el arcontado dejeneró en una institucion meramente representativa; cuando tal cargo no exigia ni especial categoría ni particulares conocimientos, entonces pudo admitirse el sorteo para la eleccion de aspirantes. El privilegio de los pentakosiomedimnos se conservó, y esto nadie lo discute, hasta despues de las guerras pérsicas, y si tiene el sufragio tendencia democrática, lo cual tampoco puede negarse, hubiera sido una contradiccion manifiesta introducir el sorteo antes de anular el privilegio. La gran mayoría de los pentakosiomedimnos que entonces tenian derecho al arcontado eran nobles, y lo principal de esta

(1) Mármoles de Paros ep. 52 y Diodor. 11, 27, contradicen al Xantípides de Plutarco, Arístides 5.

(2) Areopag. 15 sqq. Panath. 143 sqq.—Cimon 15.

mayoria era de inclinaciones verdaderamente aristocráticas. Si de estos procedia el mayor número de los aspirantes, ¿cómo pues, hubieran podido renunciar á la ventaja de la eleccion por el sufragio, admitiendo la suerte que habria resultado beneficiosa para los demócratas, que presentaban la mayoría de los candidatos? Se objeta contra esto, que se vió obligáda á ceder á tal procedimiento la Dokimasia del consejo: pero esta objecion presupone una influencia sobre dicha Dokimasia superior á todas las anomalías áticas; que además hubiera sido supérflua, ya que no podia encontrar otros candidatos para la eleccion. Debo, por tanto, sostener mi opinion de que el sufragio era un absurdo en tanto que los armadores, los capitalistas, los fabricantes y comerciantes de la cuarta clase del censo, quedaran excluidas del concurso.

El sufragio no tenia razon de ser mientras estos no pudiesen presentar suficiente número de candidatos, por más que sea un hecho que facilitaba á los pentakosiomedimnos la renuncia de su privilegio. Así ofrecia la suerte el medio más seguro de que no triunfaran solamente demócratas. sino en el caso de que aquellos tuviesen número suficiente de candidatos.

Se quitó á los arcontes, especialmente al primero, la presidencia del consejo de administracion y de los quinientos, quedando dicho consejo en una posicion de todo punto independiente. Con esto, disminuia de un modo alarmante el elemento monárquico en la administracion, debilitábase la fuerza del poder público y su estabilidad era mas efímera. Segun el reglamento de Solón, los cuatrocientos representantes de cada tríbu, que formaban su consejo. habian constituido durante tres meses la comision permanente del mismo. Por el nuevo reglamento de las tríbus, los cincuenta represen-

tantes de cada una debian constituir la comision permanente, segun un órden que se fijaria anualmente, por medio del sorteo, pues el reglamento antiguo, habia caducado á la vez que las antiguas tríbus. Esta comision permanente actuaba la décima parte del año, y como tal tenia la presidencia por este tiempo en la asamblea del consejo general. Así la funcion de estos cincuenta presidentes, los prytanes, duraba en los años ordinarios 35 ó 36 dias, y en los años bisiestos 38 ó 39.

Pero segun el nuevo reglamento eran más que simples presidentes del consejo; Clistenes los hizo presidentes colectivos de la Republica. Tenian á su cargo la vigilancia sobre el Estado y la obligacion de sostener el órden público (1). Asimismo eran ellos á quienes debian anunciarse todos los asuntos urgentes y para poder juzgar en el acto, estaban siempre reunidos; por cuya razon comian juntos á cargo de la República. Cada dia elegian de su seno un indivíduo que ocupaba la presidencia de la Prytania; el cual era á la vez efímero presidente de la República; tenia por este dia el sello del Estado, con las llaves del tesoro y del archivo, objetos que hasta entonces habian estado encomendados al cuidado del primer arconte (2). De esta manera la administracion pública se halló concentrada en el consejo, que tenia no solamente la obligacion, con arreglo á las prescripciones de Solón, de la preparatoria discusion de todas las leyes y todos los proyectos que la poblacion en general debia votar en las asambleas nacionales, sino que tambien le estaba encomendada la conservacion de la tranquilidad interior del país; la vigilancia de los establecimientos públicos y la direccion é inspec-

(1) Aristoph. Eq. 300. Thesmoph. 654, 767.

(2) Suidas y Harpocration, *Epístatés*.

cion de la administracion financiera. A la vez que la marcha general de la vida interior del Estado, debia dirigir las relaciones exteriores, consignar los medios necesarios para la defensa de la pátria y presidir las asambleas populares. Los cincuenta prytanes del consejo, y nó los arcontes, presidian pues, las asambleas populares y dirigian sus debates lo mismo que las votaciones del consejo y las deliberaciones del municipio, que desde luego se hicieron más frecuentes que antes, El epistates de los prytanes era el director y presidente de las asambleas populares; él concedia y prohibia el uso de la palabra, determinaba ó aplazaba la votacion, si temia votaciones precipitadas (1), debiendo reunirse por lo ménos una vez la asamblea en cada prytania.

Por este nuevo reglamento quedaron suprimidos los prytanes de las naukrarias á la vez que abolidos sus distritos: en su lugar creáronse los demarjos para la tasacion y la recaudacion de las contribuciones extraordinarias; para la administracion central financiera, instituyó Clistenes nuevos servicios en vez de los colakretes, cuyas atribuciones quedaron reducidas al cuidado de las comidas en el prytaneo y, tal vez, á la administracion de los ingresos y gastos relacionados con ciertos antiguos sacrificios y cultos. Tambien se encomendó á nuevos funcionarios la recaudacion de los ingresos del Estado, hasta entonces recibidos y repartidos por los colatretos, tanto del producto de los tribunales, de las aduanas, de las posesiones y minas de la República, como de las contribuciones de las naukrarias. Los encargados de este nuevo servicio fueron los apodectes, ó sea recaudadores, debiendo cada tríbu elegir uno todos

(1) M. H. E. Meier de *epistatês* Ath. La presidencia del epistates en el proceso de Milciades, prueba que tambien esta institucion fué introducida por Clistenes. Sorg. 516.

los años (1). Estos eran ahora los administradores del tesoro público; llevabán el registro de los ingresos y la lista de los deudores del Estado; recibian los capitales que ingresaban en el tesoro, los anotaban en los registros y pasaban los avisos para ordenar los gastos necesarios bajo la vigilancia é inspeccion del consejo. Clistenes creó tambien otra nueva oficina constituida por diez tesoreros que debian ser elegidos todos los años por las tríbus, entre los pentakosiomedimnos, á quienes confió la custodia de las donaciones hechas á los templos de los trofeos de guerra y de las cantidades excedentes de los ingresos anuales sobre los gastos del Estado, todo lo cual habia estado antes á cargo de los colakretes. Era costumbre depositar lo sobrante del tesoro público en un departamento interior del parthenon, edificio erijido por los pisistratidas, debiendo custodiar los tesoreros no solamente esto, sino tambien los donativos hechos á la diosa y las ventas del templo, aumentadas por el cuidado de Hippias; por cuya razon se llamaban ordinariamente dichos funcionarios «tesoreros de la diosa» (2). Hasta entonces habia pertenecido al tercer arconte, al polemarjo, la direccion de los asuntos de la guerra y el mando del ejércíto. Estaba encargado, por consecuencia, de la seguridad del pais y por eso debia tambien dirigir las relaciones exteriores. Ahora se le agregó una comision de diez indivíduos, los diez estrategos, designados, lo mismo que él, por eleccion anual. Cada tríbu tenia que elegir un estratego sin que los electores estu-

---

(1) Androtion en Harpokrat. Apodektai; el sufragio no pudo ser introducido sino con la reforma del Aristides.

(2) Puesto que Herodoto (8, 51) supone que los encargados de las ventas y bienes del santuario se resistieron en la ciudadela, fuerza es atribuir su creacion á Clistenes. Aristóteles en Harpokrat. Tamiai, Pullux, 8, 97.

viesen obligados á buscarle en su propia tribu, pudiendo optar por el que juzgaran mas apropósito entre los indivíduos de las demás tribus. Estaba permitida la reeleccion para un tiempo indeterminado. Como los tiempos que corrian eran azarosos y Atica estaba amenazada por todas partes, fué necesario poner un cuidado exquisito para procurar la seguridad del pais, encomendada á los que se habian distinguido por su valor, al polemarjo, especie de ministro de la guerra y á la mencionada comision de guerra, cuya presidencia desempeñaba. No solamente con su consejo, debian los estrategos ayudar al polemarjo; sino que tambien participaban del mando del ejército, bajo su direccion. Los que tenian la responsabilidad de que el ejército y la armada combatiesen con éxito parecian tambien estar en mejores condiciones para procurar que todos los elementos de guerra, todos los lugares de defensa del pais, tanto los muros de la ciudad como las demás fortificaciones, se hallasen en buen estado. Desde luégo quedó encomendada la custodia del pais al polemarjo y á los estrategos, pues éllos debian evitar que el pais fuese sorprendido ó inesperadamente atacado (1). El polemarjo y los estrategos cuidaban juntos de las relaciones exteriores; los estrategos aprobaban y aceptaban los tratados concluidos con el extranjero y juraban la observancia de estos tratados, ya se hubiesen ajustado con el consejo ó con otras autoridades. Tenian la obligacion de anunciar las declaraciones hostiles del extranjero, lo mismo que las agitaciones sospechosas y las revolucio-

---

(1) Droysen ha estudiado y evidenciado la importancia y la posicion de los estrategos, Hermes, 9, 1—siguiente; á los estrategos pertenece la *fulakê tês poleôs*, la *froura tês jôras*. En las resoluciones sobre Eubea se dice: *peri de fulakês Euboias tûs Strategûs epimelestai ôs au dünôutai árista*; C. I. A. IV N.º 27 a.

nes promovidas en el pais. En union con el consejo tenian que tomar sus medidas preventivas, y del mismo modo el consejo invertia el dinero que se juzgaba necesario para la conservacion de las fortificaciones y de las fuerzas defensivas en general. Asimismo se le encomendó tambien la reparticion de los impuestos destinados á la guerra y tenian derecho á tomar parte en las respectivas sesiones del consejo. Sus proposiciones alcanzaban la preferencia en el órden de los debates de las asambleas populares Estaban facultados para convocar, en circunstancias apremiantes, la asamblea popular é impedir su reunion en caso de peligro, procedente de enemigos exteriores (1). Ellos designaban préviamente, luego que tomaban posesion de su cargo, aquellos indivíduos de la primera clase del censo á quienes tocaba, segun el órden de sucesion para el año corriente, el desempeño de la trierarquía; así mismo convocaban, segun el mismc órden de sucesion, los que estaban obligados á la defensa de la pátria, si nó se llamaban por alguna causa especial todas las fuerzas militares de las superiores clases del censo; los comprendidos entre 20 años hasta 50 para el servicio de campaña, y hasta 60 años para el servicio de guarnicion. Las listas de los convocados se exponian al público en el mercado, al lado de las estátuas de los héroes de las tríbus. Los estrategos debian castigar á los morosos y á los profugos; el conocimiento de todas las faltas cometidas en la milicia eran igualmente de su competencia. En el campo formaban los estrategos el consejo de guerra que asistia al polemarjo, pero en última instancia no decidia la mayoría sino el voto del polemarjo, aunqne cada estratego conducia la gente de tribu, el mando del ejército que mar-

(1) Véanse las inscripciones en Köhler Mitth. D. A I. 1. 24 y 184 siguientes. 2. 139. 144. 201. 211. 212.

chaba al campo, sin perjuicio de la direccion inmediata del polemarjo, alternaba diariamente entre los estrategos, los cuales, prévio mútuo convenio, podian traspasar á uno de sus compañeros este mando que ejercian en comision, equivalente al cargo de jefe de Estado mayor del polemarjo.

Este órden del mando del ejército ático se deduce de la narracion de Herodoto respecto de los acontecimientos ocurridos antes y en la batalla de Maraton. Es muy claro que el polemarjo no podia ser entonces elegido por medio del sorteo, como lo dice Herodoto, pues no podia presidir un cuerpo de indivíduos designados por eleccion, un jefe que saliera por sorteo, y menos todavia podia tener este voto decisivo en semejante corporacion, ya que no podemos suponer tan nécios á los atenienses que fiaran la direccion de sus guerras á la casualidad del sorteo en una de las más graves crisis que amenazó su existencia (1). Despues que Arístides introdujo el sorteo, el polemarjo, como es muy razonable, no salia más á campaña ni tenia voz en el consejo de los estrategos. Desde entonces solo se hace mencion de los estrategos y no figura en las operaciones de campaña el polemarjo. La capa corta, el plumero y la pluma de gallo sobre el casco, eran las insignias distintivas de los estrategos (2). Los hoplitas, segun demuestra la estela de Arístion que data de este tiempo, salian á campaña completamente armados con casco adornado de penacho bajo, pesado escudo, coraza estrechamente ceñida al cuerpo, de la cual pendian dobles correas de cuero que ceñian el bajo vientre, rodilleras que les cubrian hasta

(1) Váase Lugebil en el anuario de Iahns Suplemento 5. 564. siguientes.

(2) Plut. Quaest. Conv. 1, 4, 2. Aristoph Achan. 584 siguientes, Pax 1772 siguientes.

el tobillo y larga lanza que era el arma de ataque, yendo siempre acompañados de un escudero. La reforma del procedimiento judicial se referia en primer lugar á la esfera de accion de los arcontes, en tanto que á ellos juntos competian la justicia penal, y en tanto que los seis hesmotetes debian decidir por sí y ante sí las cuestiones relativas á la propiedad. Solon no habia dado el más alto poder judicial, la última instancia, al pueblo ático más que para causas determinadamente prescritas: una comision del pueblo compuesta de indivíduos de las cuatro clases del censo fallaba sobre acusaciones presentadas contra empleados por actos oficiales, una vez trascurrido el tiempo reglamentario del servicio; en causas graves se podia apelar al tribunal del pueblo, á la heliea del fallo de los arcontes: últimamente, el mismo tribunal resolvia las querellas y delitos que afectaban á la tranquilidad pública y á la seguridad del Estado.

Clistenes amplió considerablemente el poder judicial del pueblo; pues inmediatamente despues de él vemos que se habia despojado á la heliea, esto es, la asamblea de jueces populares, del derecho de juzgar á los acusados por haber ocasionado daños al Estado, en cuyas causas entendia la asamblea de todo el municipio. Además podemos suponer que Clistenes fué quien introdujo el derecho de apelar á la heliea de todas las faltas de los arcontes sobre faltas y delitos contra la propiedad, con excepcion quizás de injurias y de faltas pequeñas, de cuya innovacion parece que se ha hecho algo mas tarde uso más frecuente. La esfera de accion de los heliastes recibió mas ámplia estension por la circunstancia de que en la doquimasia de los empleados, esto es, en el exámen de si reunian las condiciones prescritas para el desempeño de su empleo, que Solon habia encargado al consejo, dependia del parecer de

éste la apelacion á la heliea y más aun porque se aumentó la responsabilidad de los empleados; los cuales además de quedar sujetos á dar cuenta de sus actos despues de cesar en su empleo aun cuando no se formulasen contra ellos ante la heliea acusaciones concretas por actos oficiales, debian prestar garantía con su persona y con sus bienes por cualquier negligencia ó delito que hubieran podido cometer durante su servicio, quedando obligados á dar cuenta de su gestion, á la heliea, aunque no fuesen acusados. Poco despues de Clistenes encontramos en accion autoridades especiales, como los loguistes y euthynes, cuya mision era recibir, de los empleados salientes las cuentas sobre los fondos del Estado que habian pasado por sus manos. La heliea era la encargada de resolver sobre cualquier género de acusaciones que contra ellos se presentasen, debiendo advertir que el empleado conservaba su responsabilidad delante de la heliea, por espacio de treinta dias, al finar los cuales se citaron á todos los que tuviesen que presentar alguna queja, á fin de que la formulasen (1). Nadie podia llegar á otro empleo si no habia dado cuenta de su servicio anterior y sin haber obtenido la reglamentaria absolucion de los heliastas. Segun todas las probabilidades, el juramento que los heliastas debian prestar sobre el ardetos, al entrar en el ejercicio de sus funciones, recibió ahora la siguiente adicion: «y no admitiré á nadie á un empleo, si aun debe dar la cuenta del desempeño de otro cargo» (2).

***

Solón habia dado al consejo, por medio del exámen

(1) Böckh, Economía política, 2.ª ed. I, 272. Andocid. Myst. 70 C. I. A. J 32. 226. Harpocrat. Loguistai. Aesch. c. Ctesiph. 14 sig.

(2) Demosthen. c. Timocrat. pág. 747 R.

preliminar de los empleados elegidos por el pueblo, un veto contra los nuevos funcionarios; cuyo veto fué en parte derogado y en parte confirmado por la nueva reforma, en virtud de la cual quedó á la comision judicial del pueblo el derecho de resolver á cerca de dicho exámen preliminar. Entre tanto, en atencion á lo que Atenas habia esperimentado en los últimos cincuenta años y al ensayo hecho por Iságoras últimamente, los poderes ejecutivo y administrativo estaban ligados de tal modo, que no siempre resultaba ventaja de las exacciones cometidas en la administracion de la Hacienda pública.

El número de heliastas á la sazon existentes no podia ya ser suficiente, dado el gran aumento que habian recibido sus atribuciones, ya que á la vez que tenia la obligacion de verificar el exámen preliminar y analizar las cuentas de todos los empleados, llegó á ser la heliea el tribunal de apelacion para los procesos juzgados por los arcontes con excepcion del derecho de familia, de los delitos en materia religiosa, del derecho criminal que continuó siendo, como antes, de la competencia del arconte basileus, de los efetas y del areopago, así como de las faltas cometidas en el servicio militar, las cuales eran juzgadas por los estrategos. De este tribunal podian formar parte todos los atenienses de más de treinta años que se prestasen voluntariamente á desempeñar este servicio judicial. Solón, como ya digimos antes, habia fijado en mil el número de estos jueces populares, elegidos anualmente entre los que pretendian un puesto en la heliea. Para conservar la importancia y carácter generales del tribunal popular, la apelacion al pueblo, la garantía de integridad y la seguridad que presta el número contra la intimidacion, no se podia reducir la cifra de los jueces que debian formar las numerosas

divisiones de la heliea y que desde luego resultaban ahora insuficientes. Debió por tanto aumentarse su número aunque no sabemos la medida en que se hizo ese aumento. Aristofanes hace notar que, si bien en su tiempo el círculo de los negocios encomendados á los heliastas se habia ensanchado extremadamente en el curso de un año, nunca llegaron á funcionar más de 6.000 (1). Debemos, pues, limitarnos á decir que subsistieron, la presentacion voluntaria, la edad de treinta años y el sorteo entre los pretendientes (2). Mas tarde encontramos que en litigios cuyo valor no llegaba á 1.000 dracmas entendian 200 heliastas, si pasaba de 1.000 dracmas 400; en causas relativas al derecho de ciudadano, en el exámen de las cuentas presentadas por los empleados, en causas promovidas por lesiones y falsos testimonios 500; y en pleitos promovidos por perjuicios hechos al Estado 1.500 (3).

El ensanche de la jurisdiccion popular debia enaltecer la importancia de la poblacion ciudadana contra la poblacion rural en la misma proporcion en que se aumentaba la competencia de los asuntos encomendados á la heliea. Qué habitante de la campiña querria encontrarse á la mañana de cada dia de audiencia en la ciudad, para conocer la proclamacion de los thesmothetes, dirigida á una determinada seccion de la heliea, segun el sorteo que los thesmothetes verificaran en la mañana de dicho dia?

---

(1) Vespae, 660 sqq.

(2) Fränkel ha demostrado que no es seguro el número de 6.000 heliastas para los tribunales áticos. Es casi indudable la existencia del sorteo, segun la espresion terminante de Aristóteles: «*Kürion poièsanta to dikastèrion pantôn, Klerôton on*» Pol. 2, 9, 2.)

(3) Plut. Pericl. 32. Despues de la guerra peloponésica, se mencionan tribunales de 2.000 y 2.500 heliastas; Fränkel l. c.

La clase más inferior del censo era tambien admitida á la heliea. Pero prestaba muy particularmente cierta seguridad para que los que carecieran de bienes no formasen las mayorías de los tribunales populares, la circunstancia de que los armadores y los comerciantes pertenecian á la cuarta clase y de que los que se veian precisados á ocuparse de negocios diarios para sostenerse no estaban en disposicion de prestar servicio, por lo menos todos los dias. Sin embargo, la preeminencia de la ciudad sobre el campo, fundada en las atribuciones dadas á la jurisdiccion popular que Aristóteles declara ser extremadamente desfavorable al buen régimen de la democracia (1) y que en otros tiempos ha traido para otras formas de gobierno más daño que ventajas, debia influir despues tanto más desfavorablemente sobre el desarrollo de la vida pública ática, cuanto mayor aumento se dió luego á la competencia de la heliea. «Algunos vituperan á Solón» dice Aristóteles, «porque habia otorgado una preeminencia absoluta á un tribunal designado por la suerte, y que habia sacrificado á este elemento democrático el oligárquico, ó sea el areopago, y el aristocrático representado en el derecho de elejir los empleados. Parece que no fué tal la intencion de Solón, sino que tal reforma fué introducida por las circunstancias (2). Más bien parece, segun él mismo lo ha confesado, que esas excesivas atribuciones de la jurisdiccion popular, se oponian á los principios de Solón.

La administracion estaba concentrada esencialmente, despues de estas reformas, en el consejo y en la comision de guerra. La presidencia y la direccion del consejo y de las asambleas populares pasaron á los pri-

(1) Pol. 6, 2, 8.
(2) Polit. 2, 9, 3, 4.

tanes; la administracion de la Hacienda formó una dependencia aparte, bajo la inspeccion del mismo consejo; al cual se confiaron las relaciones extranjeras en union con el consejo de guerra, mientras que la justicia se encomendó á la heliea. Los arcontes quedaron en el fondo reducidos á la representacion, al despacho de los asuntos formales, á la instruccion de los procesos y á la ejecucion de las resoluciones del consejo y de la asamblea popular. A los arcontes en comun correspondia la direccion de las elecciones y de las asambleas electorales, el sorteo de los heliastas, el nombramiento de los jueces en las luchas gimnásticas y la sentencia de muerte contra los penados que, desobedeciendo la sentencia impuesta por los tribunales, volviesen al Atica. Al primer arconte quedaba la jurisdiccion de causas de familia y de herencias, la tutela de las viudas y huérfanos, el casamiento de las herederas y ciertas obligaciones religiosas. Tenia el cuidado de los asuntos relativos á las comisiones que se enviaban á Delfos, Delos, y Olimpia, así como de lo concerniente á las grandes Dionisiacas instituidas por los pisistratidas; y por último, era de su incumbencia la antigua fiesta propiciatoria para el Estado, las Targelias. Al arconte Basileus le quedaron sin menoscabo todas las atribuciones que eran especialmente de su cargo y que, en su totalidad, eran de carácter sagrado. Como antes daba audiencia en la galería real para resolver asuntos religiosos y como antes presidia, en el Areopago, el tribunal que entendia en las causas criminales, mientras que en las otras cuatro secciones del derecho criminal resolvia los asuntos en union con los príncipes de las cuatro tríbus y con los efetas. Correspondíale tambien la direccion de las Dionisias del Gamelion, las Leneas, vigilar la celebracion de los misterios, dirigir las carreras de las antor-

chas, en honor de Vulcano y Prometeo, con otras funciones sagradas análogas. Todos los años celebrábanse los desposorios de la reina con Dioniso en la fiesta de las anthesterias, con lo cual se queria significar la consagracion del pais á dicho númen.

La competencia independiente del arconte polemarjo estaba limitada á los sacrificios en honor de Ares y la Artemisa Agrotera, á la direccion de los funerales de los que sucumbian en la guerra juntamente con los asuntos relativos á los metoicos y libertos. A los seis thesmothetes correspondia la instruccion de todos los procesos no pertenecientes á otros ramos de la administracion, así como la decision, en primera instancia, de todas las querellas relativas á la propiedad.

***

Todas las múltiples instituciones de Clistenes; la nueva constitucion municipal y organizacion de las tríbus; la libertad introducida en las elecciones; el fortalecimiento y prosperidad de los estados burgués y rural; la disminucion de la importancia del arcontado por haber repartido sus atribuciones entre el consejo, los estrategos, los empleados de la caja y del tesoro y el tribunal popular; la extricta obligacion impuesta á todos los empleados de dar cuenta de sus actos, la mayor importancia dada á la asamblea popular y al tribunal del pueblo debian garantir suficientemente el gobierno del pueblo ático por sí mismo y hacer desaparecer el existente predominio de la aristocracia, que las leyes de Solón no habia abolido. Aun despues de esta radical reforma democrática quedaban subsistentes algunos elementos antidemocráticos. El sacerdocio del pais pertenecia, lo mismo que hasta entonces, á las familias antiguas: como antes daba la familia de los butadas las

sacerdotisas del Erejtheo, los buzygues guardaban el paladion y el arado sacro, los eumolpidas, dadujos y hierocerices dirigian las fiestas de Eleusis; los fitalidas ejercian las funciones sacerdotales ante el altar de Júpiter Meligio, los hesyjidas en los altares de las Erinnyas, los lycomidas en la fiesta de Céres, los praxierguidas en las plynterias y los thaulonidas en las Düpolias. El arcontado y todos los cargos financieros quedaron reservados como antes á la primera clase del censo, á los grandes propietarios de Atica y los destinos del consejo á las tres clases de mayores contribuyentes; el cargo del polemarjo era desempeñado siempre por descendientes de distinguidos guerreros ó por individuos de las principales familias: el pueblo de la ciudad, incluso los capitalistas, quedó todavía excluido de toda clase de empleos, limitándose sus derechos á la eleccion de diputados para el municipio y á la heliea y como antes quedó encomendada al Areopago la vigilancia sobre los actos religiosos, la inspeccion de la conducta moral de los ciudadanos y la conservacion de las leyes, segun ya prescribian las disposiciones de Solón.

No ofrecia, sin embargo, peligro alguno el predominio de la aristocracia: más temible era la autocracia de los tiranos, principal enemigo de la República, que al mismo tiempo habia sido el amigo del pueblo y que podia llegar á serlo de nuevo, aprovechando todas las ocasiones, para favorecer á la aristocracia.

Los jefes de los partidos se manifestaron en Atica, en los últimos tiempos susceptibles de realizar empresas de este género. Pisístrato ejerció la dictadura, poniéndose á la cabeza del pueblo; Megacles al frente del partido moderado é Iságoras al frente de la aristocracia. Acaso Iságoras esperaba todavia llegar de nuevo al poder con el auxilio de los espartanos en tanto que Hippias

lo esperaba seguramente por el de los persas. Tanto el uno como el otro tenian á su favor un partido numeroso en el pais. Y, abstraccion hecha de los pretendientes que vivian expatriados y de los peligros que sus planes y agitaciones podian acarrear al pais, no era igualmente un peligro para la República la posicion dominante que tomaba en la actualidad Clistenes? ¿No podia cualquier jefe de partido realizar sus aspiraciones autocráticas? ¿No podian otros hombres dominados por la ambicion ponerse, más ó menos tarde, á la cabeza del pueblo ó de la aristocracia con intento de apoderarse del mando? En el supuesto de que un jefe de partido perteneciente á cualquiera de las primeras familias áticas se hubiese ganado, aparte de los medios que ponian en sus manos sus riquezas, sus relaciones de parentesco y su posicion social, el favor de este ó de aquel partido, no faltaba más que el valor para dar un golpe de estado y la sorpresa de una fortaleza para constituirse dueño del mando. Atenas habia esperimentado ya tres veces semejantes sorpresas. La autoridad del Areopago no habia sido capaz de evitar la subida de los tiranos al poder; y la ley de Solón, segun la cual todo ciudadano debia decidirse por uno de los partidos contendientes, se habia mostrado ineficaz para precaver el golpe de Pisístrato, aunque dió resultado contra Iságoras. Pero, ¿debian las cosas llegar á este extremo, á una decision armada, siempre incierta y dependiente del acaso, hasta el asesinato, hasta la guerra civil? A fin de que terminasen de una vez las agitaciones y los cataclismos, los golpes de estado, las usurpaciones y las revoluciones, que tantos males acarrearon á Atenas, era preciso prevenir la posibilidad de semejantes conflictos, haciendo inatacables las leyes fundamentales del Estado. La situacion de Atenas, puesta en peligro por todas partes,

amenazada por enemigos interiores y exteriores reclamaba urgentemente que se tomasen medidas radicales para asegurar la fuerza de la ley y de la tranquilidad del pais.

¿Y qué medios habia para evitar las luchas de los jefes de partido que se combatian entre sí, sus esfuerzos ambiciosos y la ruina de la constitucion? Ni Atica ni ningun otro estado griego poseia un poder ejecutivo capaz de mantener el respeto y la obediencia á las leyes, apoyándose en una policía subordinada y bien retribuida ó en un ejército disciplinado é independiente de los demás ciudadanos. Despues de la caida de la monarquía la aristocracia primero y la democracia despues, habian encontrado seguridad y apoyo en empleados que se cambiaban anualmente. Si un griego hubiera podido concebir la idea de hacer á uno de éstos presidente del Estado, poner en sus manos el poder ejecutivo y á su disposicion los ingresos del tesoro y tropas permanentes, nadie hubiera creido que este hombre dimitiera antes de su año de servicio y se sujetara á la responsabilidad y cuenta de su gestion administrativa; todos hubieran mirado á un empleado investido de tales poderes, no como tutor, sino como destructor de la Constitucion, como tirano de quien todos querrian deshacerse. Precisamente por la posesion de la ciudadela y del tesoro y por una milicia independiente del resto de los ciudadanos, los tiranos habian fundado y conservado su dominio en los cantones de Grecia y en Atenas misma: todo acrecentamiento del poder ejecutivo basado en la empleomanía, hubiera contribuido á acelerar el restablecimiento de la tiranía. Toda la tendencia de la reforma de Clistenes en la esfera administrativa se encaminaba á quitar al presidente de la República, al primer arconte, una parte del prestigio y autoridad de que,

con el indicado objeto, se hallaba investido, para lo cual habia puesto al frente de la República un presidente que se designaba todos los dias.

***

Entre los helenos debian mantener las leyes su prestigio no por violentas medidas del poder ejecutivo, ó de la policía, ni por presion exterior sino por voluntaria obediencia de los ciudadanos, siendo castigadas las faltas de esta obediencia solamente por públicas acusaciones ó por sentencia de los tribunales. Pero ¿y cuando un ciudadano habia alcanzado al frente de su partido tanto prestigio ó infundido temor tal que no osara ningun acusador alzarse contra él, pudiendo hasta sobornar á los tribunales y oponerse á sus designios? Entonces era preciso desarmarlo por una sentencia del tribunal ó del pueblo antes de que llegara á sobreponerse ó á corromper á los encargados de la ejecucion de las leyes y trastornar el órden del estado. Empero no habia sentencia sin falta y sin acusador. El poder preventivo y censor del Areopago se mostró ineficaz contra los pisistratidas, y en el caso de querer aumentar sus atribuciones habia que temer tambien la posibilidad de que, dada la composicion de dicho cuerpo, pudiera servir á la aristocracia contra la democracia y contra los caudillos del demos. No restaba por tanto, más que un medio preventivo, una posibilidad de cerrar el camino á todo intento que tuviese por objeto trastornar el órden establecido y dificultar el advenimiento de la tiranía: ese medio no era otro que el destierro. Mas ¿no se provocaba una lucha más encarnizada de partidos por la sola palabra destierro? ¿No habian Iságoras y sus partidarios tratado de librarse por medio del destierro, primero de Clistenes mismo y de su casa, y luego de todo el parti-

do que les era adverso? Aun limitado al jefe del partido, cuyo prestigio y cuyas intenciones ofrecieran mayor peligro para el Estado, la cuestion del destierro, habia de atizar el fuego de una apasionadísima lucha entre los partidos. En tal situacion, cada grupo hubiera hecho todo lo posible por hacer caer la pena del destierro sobre los rivales de su caudillo. Los jefes ambiciosos de partido habrian entonces acogido el arma del destierro como medio de desembarazarse de su contrario y el que en el momento de la decision tuviera la mayoría, realizando el destierro del adversario, quedaba reconocido dueño del pais, puesto que dicho adversario, obligado por el peligro del momento, no osaria ensayar el golpe de estado. Semejante procedimiento encenderia más y más la lucha, haciendo más inminente el peligro que se queria evitar, y obteniendo un resultado contrario al que se buscaba, pues, en realidad, no podia evitarse que los jefes de partido hicieran lo posible para lograr el destierro de sus adversarios. En general, la cuestion no debia dirigirse contra un determinado jefe de partido, contra una persona señalada. Ninguno de los jefes debia saber, cuando se planteaba la cuestion, contra quien se alzaba la espada del destierro, si contra él ó contra su adversario, de modo que todos se encontrasen amenazados sin tener medios para evitar el golpe. La cuestion del ostracismo quedaba reducida á saber si habia algun individuo que pusiera en peligro la paz del estado, tuviese ó no la mayoría de los ciudadanos. Pero ¿quién habia de señalar al individuo así caracterizado y resolver la cuestion de su ostracismo? Tal fallo correspondia únicamente al pueblo. Mas el pueblo pertenecia á los partidos y á sus jefes; y si se dejaba á su cuidado determinar que caudillo ofrecia peligro, se fraccionaria de nuevo en los antiguos partidos. Tratábase, pues, de resolver la mayor

dificultad que en general puede ofrecer una constitucion republicana, ya que se trataba de encontrar una tercera autoridad imparcial que, hallándose colocada por encima de todos los partidos, diera su decision, lo cual no podia realizar el poder judicial, pues no se trataba de faltas ó delitos, por lo cual fué preciso crear á este objeto, una institucion semejante al tribunal popular.

Consideraciones de este género debieron motivar los proyectos de Clistenes y la introduccion del ostracismo en la constitucion ática (1). Nombróse una comision del pueblo designada por él mismo con el encargo de ejercer las funciones que corresponden á la autoridad superior del Estado, objeto que debia realizarse dictando desde luego medidas protectoras y de precaucion contra determinados abusos. La intervencion directa de esta autoridad en el gobierno de la República debia tener lugar solamente en casos y circunstancias especiales cuando, por iniciativa del consejo, se declarase ventajoso adoptar una resolucion ya iniciada por el soberano ó por la asamblea popular. En medio del año ático, en el invierno, época en la cual los negocios quedaban en completa calma, el consejo de los quinientos que tan eficazmente habia contrarestado la reaccion de Iságoras, debia presentar la cuestion ante la asamblea popular que se celebraba al principio de la sexta ú octava prytania, si el pueblo ático opinaba que existian razones suficientes para el destierro de un ciudadano. Esta cuestion se discutia como los otros asuntos que el consejo sometia al pueblo y los jefes de los partidos no podian hablar en pro ni en contra de la proposicion. Hablando en pro se exponian á procurar ellos mismos su

(1) Philoch. fragm. 79. 6. M. La introduccion del ostracismo no ha podido realizarse despues del año 500, puesto que la ley referente á esa institucion estaba ya en vigor el año 495.

propio destierro, hablando en contra y aconsejando á sus partidarios la votacion en este sentido, mostrarian miedo por su persona y darian motivo para que se desconfiase de sus intenciones; por lo cual quedaba este debate encomendado exclusivamente á los ciudadanos independientes é imparciales. Si la mayoría del pueblo aceptaba la proposicion, se señalaba un dia para la votacion, que se hacia con los cascos de barro llamados *Ostraka*; votacion que tenia lugar no en la plaza ordinaria de las asambleas populares, sino en el mercado: los votos se emitian secretamente y por escrito á fin de poner la votacion á cubierto de cualquier influencia é intimidacion; forma distinta tambien de la usada en la asamblea popular, en cuanto que se hacia por tríbus. A este fin se levantaban al rededor del mercado vallas, estableciéndose diez entradas para los votantes. La votacion se verificaba bajo la presidencia de los nueve arcontes y del consejo de los quinientos; cada votante grababa en los mencionados cascos, ó hacia grabar si es que no sabia escribir, el nombre del ciudadano que creia peligroso para el Estado; los votos de cada tríbu eran depositados en vasos especiales. Despues de la votacion, las autoridades vaciaban las urnas y si resultaban 6.000 cascos con el mismo nombre era desterrado el individuo (1). Habíase establecido la considerable cifra de

(1) Para más detalles véase Plut. Aristid. 7 y Schol. Aristophan. Equit. 855; M. H, E. Meier index lectt. univ. Hal 1835 á 1836. Es indudable que en total debian ser 6.000 votos, esto es, que debian depositarse 6.000 cascos para que fuese válida la resolucion. Lo que no está ciertamente aclarado es si los 6.000 cascos debian contener el mismo nombre ó solamente su mayoría, es decir 3.001, ó si bastaba para la decision una mayoría relativa. Filocoro, en otro lugar, se inclina en favor de la decision más razonable de los 6.000 votos unánimes, de donde procedia el ruido y el tumulto que se originaban cuando se proponia la resolucion del asunto por una mayoría arbitraria. Plutarco (Aristid. 7) contradice esta suposicion. Boeckh, Economía política 1. 2, 325 siguientes, opina que debia existir la unanimidad de los 6.000 votos.

6.000 votos, para que no fueran solamente los indivíduos de la ciudad los que decidiesen el asunto, tomando así parte en la votacion cerca de la tercera parte de los ciudadanos áticos que tenian derecho á votar. El ostracismo, fallado por el voto de estos 6.000 ciudadanos no tenia otras consecuencias más perjudiciales para el desterrado. Clistenes limitó el destierro á un tiempo determinado que podia reducirse al período de peligro, librando al indivíduo de toda consecuencia deshonrosa. Luego se decretó que el ostraciado saliese de Atica dentro de los diez dias inmediatos y estuviese ausente del pais diez años, por término medio, respetándose sus derechos de ciudadano y sus bienes, así como los productos de ellos, durante el destierro. Pasados los diez años entraba de nuevo, sin formalidad ninguna, en la posesion de sus derechos, si bien podia ser revocado el fallo antes de este tiempo por resolucion popular (1). El ostracismo más bien que ser castigo era, la mayor parte de las veces, un gran honor para el desterrado, puesto que 6.000 de sus conciudadanos creian que su tendencia política, su prestigio y su autoridad ponian en peligro la tranquilidad del Estado y eran incompatibles con el bienestar público y con el dominio de las leyes.

Para que los jefes de los partidos no esquivasen ó pudieran hacer ilusoria esta institucion y para que no combatiesen al partido contrario por medio del destierro, como lo hizo Iságoras, procurando que se votasen resoluciones de destierro contra sus adversarios, se completaron las disposiciones acerca del ostracismo por otra ley, que podemos referir tambien á Clistenes: «no hay ley contra un ateniense en particular que no sea válida, al mismo tiempo, para todos, exceptuando la que

(1) M. H. E. Meier de bonis damnator. p. 97 sqq.

sea votada por 6.000 ciudadanos en votacion secreta (1). Todos los atenienses quedaban por esta ley asegurados contra cualquier medida arbitraria, que no podia ser tomada ni por la mayoría del pueblo ni por el mismo soberano. Todas las ventajas ó desventajas que pudie. ran aplicarse á un particular, fuera de la ley, quedaban, de esta manera, completamente libres del terrorismo de los partidos, ya que nadie podia intentar el desprestigio de otro por destierros intencionados. Tampoco podian resolverse cuestiones de esta índole por la mayoría de la asamblea popular, sino únicamente por medio de los 6.000 votos, tales como: el perdon de los castigos impuestos por los tribunales, la condonacion de pagos ya vencidos al Estado, la donacion de derechos honoríficos caducados y la colacion del derecho de ciudadanía á extranjeros. La seguridad del derecho individual que se trataba de sostener por estas disposiciones, hubiera sido completa si, al propio tiempo, se hubiera privado á la asamblea popular de la facultad de sentenciar sobre delitos contra el Estado.

***

Por medio del ostracismo se trató de evitar en Atenas lo que la dictadura de los eforos hacia imposible en Esparta. Era, pues, como el coronamiento de las medidas y disposiciones dictadas para asegurar el cumplimiento de la constitucion y el mantenimiento del órden; una especie de veto que oponia la República contra el excesivo poder ó las miras ambiciosas de un caudillo; una policía discrecional establecida en vista de la insuficiencia de las facultades con que Solón invistió al Areopago, á la que se confió muy particularmente la

(1) Andocid. Myster. 87. Sobre la autenticidad de este trozo, véase Kirchhoff. M. B. Berl. acad. 1865 pág. 545 y I Droysen de Demophont. etc. populiscitis.

mision de evitar todo atentado á la soberanía del pueblo. Segun la expresion de Aristóteles «el ostracismo ofrece una especie de justicia política contra determinados excesos. Mejor seria que el legislador organizase, desde un principio, el Estado de tal suerte que no hubiese menester de estos remedios; y hay menos perfeccion en tener que reformar el estado social, en determinados casos, echando mano de medidas extraordinarias como esta» (1).

Segun autorizados testimonios el objeto principal de esta severa institucion, fué tener á raya á los partidarios de Hippias, y en realidad el primero que sufrió la pena del ostracismo fué un pariente de dicho tirano (2). Pero al dar su aprobacion á esta medida, se habia condenado Clistenes á sí mismo, habia puesto en inminente peligro de ruina su propia autoridad como caudillo del pueblo, ya que el Estado podia emplear contra él mismo el arma terrible del ostracismo que se ponia en sus manos. Mas esto mismo fué una demostracion pràctica de que no era él quien habia arrojado del poder á Hippias, ni el que habia combatido á Iságoras con la nueva reforma, para ocupar el puesto de estos dos caudillos; probó además que no tenia intencion de explotar su posicion de jefe del partido popular para fundar el gobierno de uno solo como lo habia hecho Pisístrato; en una palabra, hizo cuanto pudo para desvanecer toda sospecha de que abrigaba el propósito de imitar la conducta de su abuelo. A lo menos, por la institucion del ostracismo logró Clistenes poner la República á cubierto de la tiranía de los jefes de partido, despues de haberla librado de las manos de los oligarcas, siquiera se dejase llevar en gran parte de móviles puramente personales.

(1) Aristot. Pol. 3, 8, 6.
(2) Philoch. fragm. 79 M. Androcion en Harpocr. *Hipparjos.*

Por este medio se puso tambien un dique infranqueable á las pretensiones dinásticas de las principales familias aristocráticas, sin excluir la de los alcmeonidas. El ensayo de Iságoras es el único atentado que durante un siglo entero se llevó á cabo para derribar el régimen democrático en Atenas. La amenaza de ostracismo que se cernia incesantemente sobre la cabeza de los jefes aristócratas como otra espada de Damocles, era un poderoso estímulo para mantenerles en la obediencia y cortar de raiz las sediciones, dando así tiempo á que las nuevas leyes se arraigasen en los corazones y en las costumbres de los ciudadanos, formando una sola cosa con ellas. Claro está que, por muy meditadas, sensatas y oportunas que fuesen las disposiciones del ostracismo, dependia en gran parte de la actitud y moderacion del pueblo el que no se cometiesen abusos en su aplicacion; pero de todos modos, aparte de las razones que motivasen la aplicacion del ostracismo, no es tarea facil lograr el voto unánime de seis mil ciudadanos en favor del destierro de un patricio.

IV.

SITUACION DE ATENAS BAJO EL REGIMEN DEMOCRÁTICO.

Tras larga y empeñada lucha habia, por fin, triunfado la democracia en uno de los cantones helenos. Más de ciento treinta años habian trascurrido desde que la nobleza hizo á las clases inferiores la primera concesion importante, sobre la manera de elegir los arcontes si bien revocó luego la parte beneficiosa para el pueblo, y sobre ciento diez años habian pasado desde la promulgacion de la ley draconiana, publicada tambien para satisfacer aspiraciones democráticas; todos estos cambios en la constitucion fundamental de la República y sobre todo las reformas de Clistenes presuponen una tremenda lucha en el terreno de las ideas, efecto de la cual adquieren en Atica tan sólida base los principios democráticos y de tal modo se ensancha su círculo de accion, que desde este momento aparece asegurada su participacion en la vida política y su influencia positiva y duradera en los destinos de la República. Estas valiosas conquistas de la democracia, con tan ímprobo trabajo realizadas, parecian tanto más seguras y susceptibles de progreso cuanto que la democracia helena, muy particularmente la ateniense, representada por

Clistenes, nunca llegó á comprender la total masa de la poblacion, aun en aquellos cantones en que alcanzó más ámplio desarrollo. En realidad de verdad la democracia helena conservó siempre marcado carácter de aristocracia, ya que, al lado de la multitud que toma parte activa en el régimen de la República, aparece constantemente una turba más numerosa de nacionalizados y esclavos excluidos de toda participacion en el gobierno.

Con el fin de poner á la minoría gobernante en condiciones de ocuparse con más cuidado en la direccion y despacho de los negocios públicos, se la eximió de ciertos servicios personales y de trabajos duros y viles, encomendados á las últimas clases de la poblacion, por cuyo medio alejó de las esferas del gobierno los elementos más facciosos y fáciles de seducir. La sobriedad del pueblo heleno por un lado y la benignidad de su clima, unidas á una regular fertilidad del suelo por otro, permitian á las familias menos acomodadas adquirir, á costa de poco trabajo, los medios de subsistencia, de suerte que, sin abandonar el cuidado de sus respectivas ocupaciones podian consagrar una parte del tiempo al desempeño de las cargas públicas.

Atica reunia además otras condiciones favorables al desarrollo de la democracia, dentro de los limites indicados. A diferencia de lo que sucedia en otros cantones, donde vivian como rivales y á veces en oposicion marcada dos grupos de poblacion: el de los aristócratas, descendientes de los guerreros que se repartieron el pais por derecho de conquista y el de los vencidos que trabajaban, en provecho ajeno, las tierras que fueron propiedad de su mayores, en Atica no habia más que una clase de habitantes, de idéntico orígen y con iguales destinos, cuya circunstancia imprimia notable unidad

á las tendencias del pueblo y daba más ámplia base al desarrollo de los principios democráticos; además, la relativa pobreza del suelo ponia á los labradores la imprescindible obligacion de consagrarse con particular asiduidad al cultivo de la tierra, formándose de esta manera una poblacion rural laboriosa y endurecida en el trabajo; la misma nobleza mostraba más apego á sus posesiones solariegas del campo que á las casas de la ciudad; y por último, á pesar de los progresos que durante el gobierno de los pisistratidas habian hecho las artes y las industrias y del extraordinario desarrollo que habian alcanzado la navegacion y el comercio, aun conservaba en Atica positivo predominio la agricultura y las industrias que de ella proceden.

En la divisoria del sexto y quinto siglo se componia la poblacion independiente y libre de Atica, burgueses, nobles, labradores, pastores, marineros é industriales de todas clases, de unas 20.000 familias que hacian sobre 100.000 indivíduos, con los que vivian de 30 á 40 mil nacionalizados ó metoicos y sobre 150.000 esclavos. Segun vimos antes, en tiempo de Solón, las tres primeras clases componian un total de 8.000 familias, é igual número próximamente comprendia la cuarta, á las cuales hay que añadir el aumento no despreciable que tuvo la poblacion durante los años prósperos del gobierno pisistratida y el reinado de Clistenes, segun aparece del censo hecho el año 445 (1) y de los datos que ha presentado un economista moderno, que no traspasan, como otros, los límites de un cálculo razonable (2).

El suelo ático en las condiciones más favorables, no producia lo suficiente para sostener esta poblacion

(1) Philoch. fragm. 90. M. Plut. Pericl. 37. Herod. V, 97. Tucid. 2, 31.

(2) Böckh, Economía política, 2.ª ed. I, 47.

relativamente numerosa. De las cuarenta mil millas cuadradas que media la superficie total del pais, sólo una tercera parte podia destinarse al cultivo de cereales, entre los que predominaba la cebada. El resto producia vinos, higos y aceite; en sus montañas se criaban numerosos rebaños de ovejas y cabras y la abeja contribuia tambien á aumentar los rendimientos de la tierra, cuya importancia creció de un modo notable despues de la conquista del valle lelántico que abrazaba, segun algunos 60.000 obradas de tierra de labor y 120.000 segun otros. Gracias á esta nueva adquisicion pudieron los atenienses dar gran impulso á la cria de ganados, especialmente de asnos, mulas, caballos y vacas, cuyos valores se mantuvieron firmes ó crecieron á causa de las facilidades que ofrecian para el trasporte de los productos agrícolas las vias de comunicacion abiertas por Hippias é Hipparco y por el aumento que tuvo la poblacion en aquel período de paz. En tanto que no se extremase la competencia con la importacion de cereales extranjeros, principalmente del Ponto, las industrias agrícolas podian aspirar á un beneficio mayor que el que dejaban en Atica las otras industrias; así se dice que la propiedad rural daba una ganancia de doce por ciento del valor en venta, en el cultivo directo y solo dejaba ocho por ciento de dicho valor en el de arrendamiento (1).

No obstante era más productivo el tráfico de numerario. A pesar de la baja que experimentó el tipo del descuento por efecto de las leyes de Solón, producian los capitales ocho por ciento, interés que subia á diez y ocho por ciento en préstamos al contado y hasta treinta y seis por ciento en los préstamos con riesgo marítimo

(1) Böckh, Economía política, I, 89 sig.

á causa no solamente del mayor peligro que ofrece este comercio si que tambien de la inseguridad de los mares que entonces casi nunca estaban libres de piratas y pocas veces ofrecian seguridad completa.

El vuelo que en esta época adquirió la industria y el impulso que tomaron las construcciones y el comercio marítimo proporcionaron ocupacion á un sinnúmero de brazos, en las obras de mar y tierra, para las cuales suministraban excelentes maderas los bosques de todas sus montañas, piedra caliza el Himeto y hermosos mármoles el Pentelicon.

Entre todas las industrias áticas descuella en esta época la cerámica, para la cual suministraba tierra excelente el llano que rodea el promontorio de Kolias. No solamente el nombre de Cerámicos *(Kerameikos)* ó de los alfareros que se dió á un barrio de la ciudad y sus cercanías, sino tambien los innumerables vasos, de todos tamaños y formas, en estilo ático antiguo, pintados de diferentes colores, que se han encontrado tanto en la metrópoli como en Sicilia y entre las ruinas de las antiguas poblaciones griegas del pais tirreno, procedentes de la sexta centuria, son palpable demostracion de la importancia que alcanzó esta industria en la época de referencia (1).

Pero la industria ática producia además artículos de metal, principalmente de forja, cuyos trabajos se ejecutaban bajo la direccion de esclavos inteligentes, comprados para este objeto por ricos propietarios (2), que á la vez explotaban las minas de plomo argentífero del Laurion, en la forma que en otro lugar expusimos.

Dedúcese de lo que digimos anteriormente que Atica necesitaba suplir con los artefactos de su industria

(1) H. Droysen, Atenas y el Occidente, pág. 34.
(2) Köhler, Mem. de la Academia de Berlin, 1856. p. 512.

el déficit constante que dejaban los productos del suelo en el consumo del pais; para cubrir el cual importaba granos y pescado salado del Bósforo y del Ponto, además cobre y hierro para sus industrias. La alianza de los pisistratidas con Lygdamis y Polícrates, los establecimientos coloniales del Helesponto; del Quersoneso y de Sigeo y la estacion fundada por los mismos pisistratidas en la desembocadura del Strymon fomentaron, de un modo notable, la exportacion ática en términos que, al mediar el sexto siglo, vemos adoptado el sistema monetario de este pais, con la liga establecida por Solón, en todas las ciudades dóricas de Sicilia, cuyo ejemplo siguen al principiar la siguiente centuria las villas calcidias de Naxos, Region y Zancle (1).

La falta de aquella superabundancia de bienes de fortuna que tanto contribuyó al rápido desarrollo de las colonias jónicas y sicilianas, fué más bien útil que perjudicial al pueblo ateniense; porque el rudo trabajo impuesto á las clases bajas, como condicion de subsistencia, fué una excelente escuela donde aprendieron esa moderacion y sobriedad que, á partir de esta época, caracterizan todos los actos del pueblo ático. Hasta en la capital resplandecia la mayor sencillez posible en todo cuanto al trato se referia; lo mismo en el vestido que en las viviendas y en la mesa. El primero se componia de camisa corta de lana que llegaba hasta la rodilla y sin mangas, sobre la cual se usaba en invierno capa de lana; las casas de la ciudad eran pequeñas y estaban construidas de ladrillos y madera. Aún más sencilla era la mesa, ya que en la oficial del Prytaneo, segun precepto soloniano, nunca se ponia pan de trigo, fuera de los dias festivos, costumbre seguida por

(1) Holm, Historia de Sicilia, I, 148. 201.

la gran mayoría de los atenienses, que solo comian pan de cebada. Las personas medianamente acomodadas añadian legumbres y queso, mientras que los pescados y la carne eran manjares reservados á las mesas ricas, en las cuales pocas veces se presentaba la de vaca, fuera de los banquetes con que se solemnizaban las grandes solemnidades.

Por lo demás, la vida era extremadamente barata en Atenas; segun las instrucciones de Solon vendíase el celemin de cebada á un dracma, cuyo precio tenia tambien un carnero y la medida de treinta cuartillos de vino; el joenix de cebada, equivalente á la cantidad necesaria para el consumo cotidiano de un hombre, costaba en el siglo V un cuarto de óbolo ó cuatro céntimos de peseta escasos, y un óbolo ó catorce céntimos próximamente era el coste de la carne y legumbres que podia consumir una persona. Resulta de datos fidedignos, que una familia que viviése ordenadamente en Atenas, cubria todos sus gastos del año con 380 á 400 pesetas (1).

***

Dadas las excelentes condiciones en que se encontraba la democracia para instruirse en el manejo de los negocios públicos y consagrar su atencion á ellos, el éxito de la aplicacion de sus principios dependia, en gran parte de las disposiciones que mostrase la nobleza para prestar su concurso á esta obra. Dos caminos podia seguir la privilegiada clase: ó aceptar la posicion que se la señalaba en el nuevo órden de cosas, ó defender sus antiguas prerogativas declarando la guerra á los demócratas. En realidad conservaba todavía una posicion preeminente en la esfera pública, pero no se resignaba fácilmente á perder su exclusivo derecho á desempeñar

(1) Böckh. Economía, 58. 56. 184.

los cargos públicos, á los que ahora se subia por eleccion; y por otra parte era ya una verdad la obligacion de dar cuenta del desempeño de esas funciones. Y tal ambicion habia demostrado antes, que podia temerse que no creyese compensadas estas pérdidas con las grandes riquezas que conservaba, con el prestigio unido á los nombres ilustres de sus antepasados y con el privilegio del sacerdocio.

Síguese, pues, que la nobleza, sin salirse de las vías legales, no podia conservar y robustecer su natural influencia en la marcha de los negocios, sino poniendo todo el prestigio heredado de sus mayores, y sus riquezas, y sus ocios, y su instruccion y su inteligencia al servicio desinteresado de la República; sólo ayudándo con su voluntad y su consejo al pueblo llano, podria la nobleza continuar al frente del Estado. La nueva evolucion exigia, pues, que la aristocracia se pusiera al servicio de la democracia, ó mejor dicho, que la aristocracia de la sangre y del dinero se trasformase en aristocracia del servicio á la pátria. Lo que ganaba la nobleza era un predominio intelectual y moral, en equivalencia y compensacion de las molestias, de la responsabilidad, de los deberes y de los servicios que tomaba sobre sí en provecho y bien de la pátria. Era este, sin duda, un resultado brillante de las acertadas disposiciones imaginadas por Solón con el intento de limitar los derechos y privilegios de la nobleza y de la prudente administracion de Clistenes que, al conservar la clasificacion catastral del sábio legislador, allanó á la nobleza el camino para aceptar, sin humillaciones, la nueva posicion que se la señalaba en el gran palenque de la vida pública. Así la vemos adherirse con sinceridad y entusiasmo á las nuevas instituciones y trabajar con verdadero cariño en la reconstitucion democrática del Estado.

Solón tuvo el envidiable mérito de echar el puente que, uniendo las dos orillas del abismo que antes separaba las clases ricas de las pobres, puente construido con los derechos otorgados al pueblo llano, con la sábia medida de abrir las puertas de los gimnásios á todos los ciudadanos, con la creacion de una Academia militar para la instruccion de los reclutas, con los privilegios y distinciones que otorgó á la industria y con otras reformas de esta índole, facilitó la union de partidos rivales, cuya fusion parecia antes imposible. La reforma del mencionado legislador puso ya freno al lujo que, á ejemplo de los nobles milesios y samiotas, empezaban á desplegar los eupatridas atenienses de ambos sexos; pero aun continuaron distinguiéndose de los plebeyos por la forma y color de su traje, hasta que la posterior reforma de Clistenes abolió tambien esta perniciosa costumbre, en lo que tenia de privilegio. Por eso leemos en Tucidides: «no hace aun mucho tiempo que los más ancianos de las familias ricas han dejado la costumbre de llevar el Jiton y de adornarse el cabello con agujas de oro» (1). Y en un escrito redactado 60 ó 70 años despues del reinado de Clistenes, se dice, hablando de la situacion de Atenas, que en esta ciudad todo el mundo, ya fuese libre, nacionalizado ó esclavo, usaba, sin distincion, el sencillo traje que hemos descrito anteriormente (2).

***

Así como la nobleza adoptó el traje y los usos populares, de la misma manera el pueblo, gracias á las obligaciones que le imponia la participacion en el gobierno del Estado y al roce con la clase más ilustrada del pais, adquirió sentimientos más nobles y levantados. Si no

(1) Tucid. I, 6.
(2) Resp. Athen. I, 10.

tuviéramos otras pruebas de este cambio operado en la educacion popular, nos le demostrarian los epitafios encontrados en sepulcros de familias plebeyas, procedentes del último tércio del siglo VI y de principios del V, aun aquellos puestos para recordar la memoria de simples trabajadores.

En uno de estos epitafios se pide á los vecinos y amigos que consagren una lágrima al jóven arrebatado, por la espada enemiga, en la flor de su vida, y les excita á la práctica de las buenas obras; en otro se manifiesta que el padre erije aquel monumento como testimonio de amor al hijo arrebatado por la muerte en el vigor de la edad; en un tercero se dice que el padre dedica aquel recuerdo á la hija que murió doncella. Hay monumentos sepulcrales erigidos por un hermano á la memoria de su hermana, por el esposo á la de su amada compañera y aun para perpetuar la memoria de un hombre bueno y prudente (1). En suma; los sentimientas de afeccion y sincero cariño que revelan estos sencillos epitafios, son el testimonio más brillante de las virtudes que adornaban á la familia ateniense, sin distincio de clases, en la época de que venimos hablando.

Vemos, pues, que el pueblo ateniense habia hecho lentos pero seguros progresos en la escuela política, desde que Solón abrió nuevos horizontes á su actividad. Los pisistratidas, aunque más inclinados á los procedimientos monárquicos, no cercenaron sino en parte aquellos derechos consignados en la constitucion y en las leyes solonianas, de suerte que su constitucionalismo sirvió tambien de escuela á los demócratas, cuya instruccion aumentaba á medida que mejoraba la situacion general del pais bajo la inteligente administracion de los mencionados príncipes. La Historia no puede

(1) Corp. I. A. I. Num. 463 488.

menos de consignar que el aspecto de Atica cambió por completo durante los treinta años que mediaron entre la subida de Pisístrato y la expulsion de su hermano Hippias. Aun entre las familias menos acomodadas habia muchos indivíduos que sabian leer y escribir y que, habiendo tomado parte activa en los debates de la asamblea popular, no carecian de la instruccion intelectual necesaria para contribuir al desarrollo de las instituciones democráticas. Aquella particular disposicion de los atenienses para comprender con rapidez los asuntos más complejos, halló ahora excelentes ocasiones de practicarse y desenvolverse; no solamente les vemos aplicarse con interés y con inteligencia á la resolucion de los más árduos negocios; los demócratas atenienses habian dado pruebas de energía, abnegacion y valor al reprimir la reaccion de Iságoras, así como en la guerra contra los tebanos, los peloponesios, los beocios y los calcidios, demostrando en diferentes ocasiones que conocian y sabian cumplir los deberes de hombres de gobierno y que no les faltaba animosidad para afrontar los mayores peligros por la patria.

Las ventajas de la nueva situacion, que ofrecia seguridad y apoyo á todo ciudadano, que garantizaba lo mismo la propiedad que la vida del indivíduo y la honra de la familia, debieron parecer á los atenienses tanto más estimables, cuanto más las comparaban con las crueldades de Hippias en los últimos años de su reinado y con las brutales medidas de Iságoras durante su efímero gobierno; la estricta observancia de las leyes, con la tranquilidad y bienestar que de ella resulta, así para el indivíduo como para la República, debió parecerles tanto más dulce cuanto más refrescaban la memoria con el recuerdo de anteriores luchas.

Todo parecia presagiar un porvenir halagüeño y

sonriente á la democracia ateniense, cuyos brillantes resultados, en los mismos comienzos de su dominacion, la aseguraban un desarrollo tan rápido como seguro. La experiencia de los últimos cinco años habia asentado sobre sólida base la union de los partidos más opuestos en ideas y aspiraciones y probado que todos, los de arriba lo mismo que los de abajo, se hallaban animados de la abnegacion y celo necesarios para cumplir los deberes que la nueva situacion les imponia y ejercitar los derechos que les daba. De esta manera quedaban remediados los inconvenientes que se achacaban á la legislacion de Clistenes, de haber debilitado el poder ejecutivo y dado excesiva amplitud á la competencia jurídica del pueblo, siempre que no se turbase la armonía de los partidos y que los demócratas depositasen su confianza en caudillos de honradez probada, sin dar oidos á sugestiones facciosas.

Nada demuestra mejor que estas palabras de Herodoto la importancia del cambio operado en las instituciones de Atenas: «Iban los atenienses libres creciendo en poder cada dia, pues cosa probada es, por la experiencia, que el Estado más próspero es aquel en que reinan la justicia y el derecho iguales para todos los ciudadanos. Así los atenienses, no siendo antes, cuando vivian bajo el yugo de un Señor superiores en las armas á ninguna de las naciones vecinas, apenas se vieron libres é independientes en un gobierno republicano, mostráronse los más bravos y sobresalientes de todos en sus negocios y empresas de guerra. De donde aparece bien claro que, cuando trabajaban avasallados en pro de un señor despótico, huian de propósito el hombro á la carga y que, viéndose libres y señores se esforzaban todos, cada cual por su parte, en acrecentar los intereses propios; en una palabra, no podian portarse mejor de lo que

lo hacian» (1). Sin quitar nada al mérito de Pisístrato, vencedor de Megara y conquistador de Sigeo, que á tan considerable altura elevó el poderío de Atenas, Herodoto está en lo justo al reconocer los progresos que, despues de la caida de los pisistratidas, realizó el pueblo ático, en todas las esferas de la vida.

***

No solamente en la esfera política; tambien en la moral habia hecho notables adelantos el pueblo ateniense. Los ciudadanos se gobernaban con entera propiedad á sí mismos; su República era un Estado regido por el Estado, y lo que este ganaba ó perdia era su obra, lo mismo si redundaba en provecho que en daño, para honor que para vergüenza. La ley dispensaba igual proteccion á todos; y esta igualdad se observaba en las elecciones, en la administracion de justicia y en el ejercicio del poder ejecutivo, de lo cual resultaba que todos miraban los intereses públicos como propios y esto despertaba un general sentimiento de solidaridad antes desconocido entre los atenienses. Notábase en todo la misma emulacion por servir á la pátria y el mismo celo por conservar los bienes adquiridos. Más conciso, pero no menos espresivo, se muestra Pausanias al describir la situacion de los atenienses en este período: «segun nuestras noticias la democracia se estableció entre los atenienses, con gran prestigio, porque ellos aventajaban en inteligencia á todos los helenos y eran los que menos resistian obedecer las leyes» (2).

Pero no todo merece alabanzas en la nueva situacion de Atenas. La República democrática dejó sin concluir

(1) Herod. V. 78.

(2) Pausan. 4, 35, 5.

las grandes obras comenzadas por Pisístrato y por sus hermanos, la suntuosa fábrica del templo de Júpiter olímpico quedó en el mismo estado y muy luego fué una ruina; ni aun se terminaron las obras del Parthenon, erigido por los pisitratidas en la Acrópolis, á pesar de que ya tocaban á su conclusion (1). El altar levantado por Hippias en el mercado á los doce dioses, á partir del cual se media la longitud de las vías que conducian á los pueblos de Atica, fué tambien piedra de escándalo para los republicanos atenienses, sin duda porque les recordaba el imperio de los tiranos. El odio mezquino se impuso á la justicia y la superficie del altar fué recubierta de una nueva capa, á fin de borrar la inscripcion dedicatoria de Pisístrato, hijo de Hippias (2).

Por la reforma de Clistenes se habia despojado al primer arconte de la presidencia del consejo, y por consiguiente de la presidencia de la República, ocupando el lugar de los arcontes, en general, los cincuenta prytanes ó representantes de la tríbu que presidia el consejo de los quinientos, y pasando el Epistates al puesto del primer arconte. En cambio no se creyó prudente quitar á este la presidencia de las comisiones ó asambleas que se reunian en el Pritaneo ó sea la morada de los antiguos reyes, en la que, aun despues de la abolicion del régimen monárquico, celebraban consejo y administraban justicia los jefes del Estado, en la que deliberaban los arcontes con los príncipes de las tríbus, los naukraros y con el consejo de la nobleza; donde sentenciaban las causas de mayor importancia los thesmothetes, ya solos, ya en union con otras autoridades. Tal despojo se hubiera considerado como un desacato á los númenes Hestia y Vulcano, tutelares del venerando lugar que se

(1) Michaelis, Parthenon, p. 6.
(2) Tucid. 5, 54. 55.

llamaba hógar del Estado. Pero los demócratas, en su afán de innovarlo todo, resolvieron construir una nueva casa consistorial, donde se celebrasen todos los actos y asambleas que tenian lugar en el Pritaneo, con arreglo á las nuevas instituciones.

El mercado, el centro de todos las reuniones esencialmente populares y núcleo de la vida pública, fué el lugar designado para levantar el nuevo edificio que debia ser tambien centro de todo el movimiento administrativo-judicial de la República; erigióse, pues, la nueva casa consistorial de Atenas en el ángulo Noroeste del mercado, que confinaba con la Acrópolis, frente á la antigua galería real en que el arconte Basileus administraba justicia y de la piedra del heraldo, sobre la cual prestaban juramento los arcontes y consejeros. Para que no faltase al nuevo edificio la consagracion religiosa se trasladó tambien el fuego sagrado que ardia constantemente en el primitivo hogar del Estado á un nuevo hogar establecido en la rotonda que se erigió al lado de la casa consistorial para residencia de los cincuenta prytanes. Segun ha demostrado con gran copia de datos un escritor moderno, en él ofrecian sacrificios los prytanes por la salud de la nacion, á la manera que antes lo hacian los arcontes, con arreglo á las tradiciones antiguas (1); allí se estableció tambien la mesa oficial, donde comian, á costa del Estado, aquellos que se habian hecho acreedores á esta distincion, y, en calidad de huéspedes, los embajadores de otras naciones.

El nuevo local del consejo dominaba por un lado la plaza pública y por otro el lugar donde se celebraban las asambleas populares. A su alrededor se colocaron sucesivamente las estátuas de los héroes pertenecientes á

(1) Wachsmuth, Atenas, p. 506 y sig.

las diez tribus, cerca de las cuales se exponian las tablillas con los nombres de los indivíduos que desempeñaban cargos militares.

La mayor frecuencia con que se reunia el gran consejo popular y los graves asuntos que se presentaban á su deliberación, hicieron que se estudiase la manera de lograr que toda la numerosa concurrencia oyese distintamente la voz del Epistates y de los oradores y que los prytanes pudiesen dominar la muchedumbre, tanto para mantener el órden como para contar exactamente los votos. Tal fué sin duda la causa de que se trasladasen las asambleas, desde la falda sudoeste de la Acrópolis al lugar llamado *Pnyx* que, segun parece, estaba situado al Norte del Mercado, en la prolongacion occidental del monte de la ciudadela, al Mediodía del Areopago. Aquí se ejecutaron las obras más indispensables, segun la rústica sencillez de los tiempos, á fin de preparar local para los presidentes y oradores y para la multitud que en un principio permanecia en pié, hasta que se colocaron en el recinto bancos de madera ó asientos labrados en la misma pendiente del terreno (1).

Respecto de la época en que se verificó la traslacion de la Asamblea popular á la *Pnyx*, asunto en el que debemos atenernos á los datos suministrados por el escritor mencionado, es probable que tuviese ya lugar en tiempo de Clistenes, toda vez que, de ordinario, cuando se hace mencion del ostracismo, se nombra el mercado como lugar de votacion, distinto de aquel en que se reunia la asamblea ordinaria, y ya hemos demostrado antes que la introduccion del ostracismo es anterior al año 495 (2).

El aspecto relativamente halagüeño que presenta-

(1) Pollux. 8, 132.

(2) Wachsmuth, Atenas. 372, 485.

ban los negocios bajo el régimen democrático hacia aparecer más tétrico el período de la dominacion arbitraria y cruel de los tiranos y confundiendo á todos en el comun anatema, por la sola consideracion de los atropellos de Hippias, perdióse la memoria de los beneficios sin cuento que habian reportado al pais sus príncipes y por consecuencia, el gobierno que representaron. Con tan estrecho criterio erigióse en la Akrópolis un monumento para grabar en el una lista de todos los hechos vituperables que habian ejecutado los tiranos, relacionándolos especialmente con los pisistratridas (1).

En cambio se hacia honrosa memoria de Harmodio y de Aristogiton, que asestaron el primer golpe contra la tiranía y asesinaron villanamente á Hipparco, siquiera pagasen con la vida su hazaña. No contentos con esto trasladaron los huesos de los dos héroes demócratas al Cerámico, dándoles sepultura en el lugar donde descansaban los cuerpos de los que morian por la patria. Allí les ofrecia el arconte Polemarjo la ofrenda anual de los muertos; en las fiestas nacionales se les tributaban los honores señalados para los héroes; sus descendientes obtuvieron asiento en la mesa del Pritaneo y el puesto de honor en los juegos públicos. Erigiéronseles además estátuas de bronce de cuya ejecucion se encargó el escultor ateniense Antenor, hijo Eufranor, las cuales fueron colocadas en un lugar elevado que se alzaba enfrente de la nueva casa consistorial, al Norte del mercado (2). Ya se ve palpablemente que los demócratas atenienses no tuvieron ó no quisieron tener en cuenta que los pretendidos héroes obraron guiados por motivos pura-

(1) Tucid. 6, 55.

(2) Pollux, 8, 91. Demosthen. d. f. legat. p. 431; in Leptin. p. 462. 466. 478 R. Plin. Hist. N. 34. 17. 70. Pausan. 1. 8, 5, 1, 29, 15, Arrian. Anab. 3, 16, 7. Wachsmuth, l. c. 170 508.

mente personales, que en lugar de acabar con la tiranía de Hippias no hicieron más que exasperar de un modo brutal el carácter del príncipe y, por último, que quien dió el golpe mortal á la tiranía fueron Clistenes y la nobleza ateniense con el auxilio que les prestaron los espartanos, de cuyo resultado se aprovechó despues la democracia, alzándose contra sus señores.

⁂

El impulso que recibió la vida intelectual en Atica, durante el gobierno pisistratida, no se interrumpió despues de su caida, antes por el contrario, las nuevas libertades, la gloria adquirida en los últimos hechos de armas y el inesperado ensanche que se dió al círculo de actividad de todos los ciudadanos, fueron elementos que contribuyeron al mayor desarrollo de la poesía y de la música. La emulacion producida en los certámenes corales con que se celebraban ciertas fiestas religiosas, particularmente las de Dioniso, ante cuyos altares lucian su habilidad los coros y sus recitadores, habian introducido en ellos por este tiempo tal variedad que eran ya verdaderos dramas los que se representaban ante dichos altares. Mas al cabo de tantos años como el pueblo ateniense habia oido cantar y recitar las alabanzas del ídolo en las leneas y en las grandes dionisias, habíanse agotado los materiales que ofrecia la leyenda del númen, cien veces corregida y aumentada.

Entonces aparecen el ateniense Frinico, discípulo de Tespis, que el año 512 ganó el primer triunfo ante las aras de Baco, y Jerilo de Samos, los cuales buscaron ya fuera del mito dionisiaco nuevos asuntos para sus cantatas y oratorios (1). Despues de cantar el diti-

(1) Suidas-Frünijos. Platon. Minos. p. 320.

rambo, propio de estas solemnidades, entonábanse y recitábanse otras composiciones de carácter sério, cuyos asuntos estaban tomados de la leyenda general heroico-mitológica. Frinico introdujo un nuevo recitador, en oposicion al director del coro, aunque conservando siempre en sus composiciones el predominio del elemento lírico-musical. Desde luego resultó mayor animacion del diálogo entre el director del coro y el segundo recitador, siquiera tuviese aun escasa importancia la mímica y la accion característica de los personajes.

Tanto los sacrificios como los oratorios en honor de Baco, se celebraban en el altar situado delante del Leneo, al pie de la vertiente meridional del la Acrópolis, á un lado del cual se habia levantado una eminencia en la que se colocaba el recitador, á fin de que pudiera ser oido mejor por la muchedumbre que se apiñaba en el lado opuesto. Más tarde se colocaron bancos de madera en la vertiente de la ciudadela; para que la multitud pudiese oir el recitado y percibir la animacion del diálogo y los movimientos del coro y del recitador, á quienes la máscara y el traje con que se cubrian daban aspecto verdaderamente cómico.

El año 500 se disputaban el premio los coros de Jerilo de Samos, de Pratinas de Fluente y de Esquilo, hijo de Euforion, natural de Eleusis, con cuyo motivo fué tal la concurrencia de gentes que se rompieron las plataformas y bancos. Para evitar accidentes como éste se construyó en la misma roca, aprovechando la disposicion natural del terreno, una série de bancos en semicírculo, erigióse una plataforma para el coro al rededor del altar, con una especie de escenario para los recitadores; cuyo conjunto ofrecia aspecto teatral. En el centro del anfiteatro y á igual altura que la plataforma estaba

el asiento del sacerdote del númen, á derecha é izquierda del cual se colocaron otros para los hierofantes de Apolo, de Delos y de Eleusis, detrás de los cuales se sentaban los arcontes, los estrategos y los consejeros (1). Tal es la disposicion que se descubre en los restos de las construcciones restauradas por Licurgo, que, segun todas las probabilidades, conservó el órden antiguo.

El doble carácter jocoso-sério que afectaban las fiestas báquicas del Leneo y las llamadas grandes dionisias, se manifestaba igualmente en el traje que en la máscara de los coros y recitadores: al lado de los que llevaban traje sério, aparecian otros con vestido alegre y carnavalesco; de la misma manera la recitacion y canto de coros en verso ditirambo iba acompañada de canciones alegres, dichas en honor del regocijado númen de la uva y del mosto.

Desde que Arion introdujo la costumbre de presentar al coro en traje dionisiaco, salia al altar un grupo del coro principal, que debia recordar á los compañeros de Baco, con la máscara de los sátiros, génios que representaban, en la mitologia, el carácter alegre y jugueton del labrador, en oposicion al ademan grave y sério de las divinidades caballerescas. Esta seccion del coro era la encargada de entonar algunas estrofas alegres, una vez terminada la cancion principal. Pratinas añadió tambien un recitador á este coro de los satiros, de suerte que muy luego le vemos trasformado en un juguete mímico-jocoso-burlesco que solia representar una escena campestre de la vida y aventuras de Dioniso, con acompañamiento de canto y baile.

Aun se desarrolló y modificó más libremente el coro alegre de la fiesta, tanto en la parte del baile como en

---

(1) Suidas-Aisjülos, Pratinas, Hesych. *epí Lênaiô agôn. ikria.* Wachsmuth, l. c. 510.

el canto, cuyo nombre de coro cómico le vino del *Kómos* ó procesion campestre que se celebraba en las dionisias campestres. Estaba encargado de reproducir, en adecuada forma, las chanzonetas y burlas propias de la vendimia, aderezándolas con chistes del color más subido, sin descuidar las alabanzas del númen. Despues de la caida del régimen tiránico trasformáronse en repugnantes licencias las libertades de este coro, cuyas bufonadas descendieron al terreno de las personalidades, apoderándose de todas las consejas que corrian por villas y aldeas, y de cuantos recursos ofrece la sátira para atacar la conducta de los ciudadanos y sus vicios, ridiculizar los actos de los hombres públicos y todo lo que podia ser objeto de burlas ó susceptible de ataque; lo mismo en la esfera del gobierno, que en la del municipio y en la del dominio privado. A esta variedad de asuntos se debe, tal vez, la perfeccion, regularidad y desarrollo que en la divisoria de los siglos VI y V, adquirió el verso yámbico, en el que se compusieron excelentes himnos destinados al coro cómico; y así como de los cantos sérios entonados en las fiestas báquicas se originó la tragedia, de las canciones jocoso-burlescas, del Kómos nació, en Atenas, la comedia. Tal impulso recibió en poco tiempo esta nueva manifestacion artístico-literaria que, rivalizando con la tragedia, llegó á adquirir muy luego considerable importancia social y política.

Sin embargo, no andan acordes los pareceres respecto á la primera aparicion de la comedia. Segun los mármoles pários (ep. 39) el coro cómico se introdujo en Atenas despues de la guerra contra Crisa y Cirra, y antes del advenimiento de Pisístrato. Atribúyese su invencion á Susarion, natural de Megara; icarios fueron los primeros que le ejecutaron siendo el premio del vence-

dor un canastillo de higos secos y una ánfora de vino. En sentir de Suidas, fué Jiônidês, el primero que representó una comedia en Atenas, el año 498; más Aristóteles afirma que le precedieron Epijarmo y Magnes, el primero de los cuales se hizo ya notar el año 470, y que Crates fué el primero que, abandonando los verso yámbicos, representó una accion *(lógùs kai müzùs)* con aparato escénico (1), á lo cual añade Eusebio que representó su primera pieza el 445 y los escolios á Aristofanes (Eq. 534) dicen, que Crates fué actor de Cratino antes de ser él mismo poeta. Pero si son auténticos los versos que se atribuyen á los mencionados vates, más bien debemos deducir de ellos que Jionides y Magnes no solamente redactaron versos yámbicos sino que, á semejanza de Cratino, representaron ya fábulas.

***

De los poetas que los pisistratidas habian llamado á Atenas, vivian aun en la ciudad Simonides y Anacreonte. El primero, autor de la inscripcion colocada en la cuadriga de bronce que los atenienses erigieron en la Acrópolis, con el dinero del rescate pagado por los prisioneros beocios y calcidios, olvidando los valiosos favores que de Hipparco recibiera, escribió despues versos del tenor siguiente: «la gran luz que brilló para los atenienses, cuando Aristogiton y Harmodio quitaron la vida á Hipparco» (2). Apenas habian trascurrido veinte años despues de la muerte de Hipparco cuando ya habia llegado al más alto grado la fama de sus asesinos, que, con su acto alevoso, se erigieron un monumento envidiado por muchos (3). No se celebraba en Atenas ban-

(1) Poet. 3, 5. 5, 6.
(2) Fragm. 134, Bergk. 2.ª ed.
(3) Herod. VI, 109.

quete en el que no se brindase á la memoria de los matadores de tiranos y se cantasen himnos en su alabanza. Oigamos una de estas canciones, muy popular en el siglo quinto: «Escondida en el ramo de mirtos voy á llevar la espada, á la manera que Harmodio y Aristogiton, lo hicieron cuando dieron muerte al tirano y fundaron el derecho igual para todos los atenienses. Muy amado Harmodio, tu no has muerto; dicen que moras en las islas de los bienaventurados, donde residen el veloz Aquiles y Diomedes, hijo de Tydeo. Envuelta en el ramo de mirto llevaré la espada, como Aristogiton y Harmodio, cuando quitaron la vida al tirano Hipparco, el dia del sacrificio. Eterna será nuestra fama, queridos Harmodio y Aristogiton, porque matando al tirano habeis fundado la igualdad de los ciudadanos ante la ley y el derecho» (1).

Estos honores que la jóven República, guiada por una idea errónea, tributó á los asesinos de Hipparco y á sus descendientes, bajo diferente forma, estos «himnos de Harmodio,» como se decia, que se cantaban en todo banquete, fueron las causas que produjeron en el pueblo ateniense la conviccion de que sus pretendidos libertadores se habian inspirado en el más puro amor á la libertad, al punto de que, ya á mediados del quinto siglo era corriente la opinion de que el sucesor de Pisístrato habia sido Hipparco y no Hippias, y que Harmodio y Aristogiton habian roto las cadenas que tenian aprisionados á los atenienses (2).

(1) Bergk Poetae lyrici, p. 1019. Aristoph. Lysistrat. 632. 633 Acharn. 980. 981; Vespae, 1224.

(2) Tucid. I, 20, VI. 54 sig.

V.

CROTON Y SIBARIS.

Los antecesores de los colonos griegos que en la segunda mitad del siglo octavo y en el trascurso del sétimo se establecieron en la costa occidental de Sicilia y en las de la Italia meridional, habian abandonado su antigua patria, no tanto por no someterse, como los fundadores de las ciudades y colonias de Anatolia, al dominio de las razas opresoras que conquistaron aquella parte de Grecia, como por no poder soportar el órden de cosas establecido en su pais; emigrando al Occidente para librarse de la servidumbre y hallar lejos de su patria una existencia libre y desahogada, toda vez que su industria y su trabajo habrian de ofrecerles productos mucho más considerables.

No tuvieron que sostener grandes combates para hacerse dueños del suelo, pues facilmente vencieron á las débiles razas de los siciliotas, yapyges y oenotres, apoderándose del vasto territorio que estos poseian; y si los helenos tomaron en Anatolia la cultura de los pueblos ribereños, cuyas costas ocuparon, los fundadores de las colonias de Occidente llevaron consigo una civilizacion mucho más avanzada compuesta de todas las manifes-

taciones de la industria griega, de muchos y muy valiosos elementos de cultura, y especialmente del arte de escribir.

Los colonizadores de Oriente abandonaron su antigua patria guiados por los caudillos de los linajes; pero cuando los griegos empezaron á colonizar el Occidente, ó ya habia desaparecido la forma monárquica en la mayor parte de los cantones de la península, ó se conservaba en una forma en extremo modificada. El Patriciado, establecido en el Occidente por los primeros colonizadores, ni tenia profundas raices, ni gozaba de los honores y privilegios de que la aristocracia de la península y los descendientes de las familias antiguas de las ciudades anatólicas disfrutaban, careciendo tambien del conocimiento exácto de las prácticas religiosas, así como de él de los orígenes del derecho tradicional.

Como las colonias de los aqueos, y la mayor parte de las colonias de los jonios en el Occidente, fueron fundadas por distintos caudillos emigrantes, carecian del sosten de unas instituciones sólidas cuya bondad hubiese sido confirmada por el tiempo. Al publicar, despues de verificado el censo, las primeras leyes fundamentales, echóse de ver la gran diferencia que habia entre el régimen establecido por los fundadores de las colonias y las aspiraciones de las generaciones subsiguientes; tanto que hasta la mitad del siglo sétimo, hubo de lucharse con grandes dificultades para armonizar entre sí los diversos derechos que se habian formado al amparo de las costumbres importadas por los colonizadores, que, procedentes de diversas comarcas, arribaron á aquellas costas.

La constitucion que Zaleuco dió á los locrenses fué admitida por las vecinas poblaciones aqueas Croton y Sibaris; Cumas y Region, ciudades jónicas de la isla de

Sicilia, aceptaron las leyes que Jarondas promulgara en Catania, mientras que los dórios mantenian firmemente el dominio de la nobleza en Siracusa, Megara y Gela.

La extraordinaria fertilidad de las costas italianas, la excelente calidad de la tierra de labor, la abundancia de pastos y por consiguiente su gran riqueza en ganados de todas clases; así como los crecidos beneficios que obtenian sus habitantes en el comercio con la madre patria y con los primitivos moradores de las costas tirrenas, produjeron el rápido desarrollo y la prosperidad de las ciudades de Occidente, á la vez que nacian en ellas divisiones justificadas y legítimas aspiraciones á asegurar sus derechos, y á ensanchar el círculo de los ciudadanos que habian de gobernarlas, no pudiendo ser ya los mil primeros propietarios, los que, segun prescribian las leyes de Zaleuco y Jarondas, gobernasen á los demás ciudadanos, sino que todas las clases de la sociedad habian de tomar una parte activa en el gobierno, correspondiendo á todos los ciudadanos reunidos, el resolver las cuestiones en última instancia.

Las tres ciudades aqueas de la costa meridional de Italia, Croton, Sibaris y Locrea extendieron sus dominios, no solo en las costas, sí que tambien en el interior del país; sus puertos eran muy visitados por los comerciantes de Corinto, Samos y Mileto, cuyos buques traian en abundancia los productos de su industria á los oenotres, yapyges, oscos y tirrenos, recibiendo en cambio, trigos, vino, aceite, lana y pieles: Locrea, Croton y Sibaris acuñaban la moneda sujetándose á la ley eubeo-corintia.

Entre Sibaris y Taras, fundadas respectivamente por los aqueos que se sublevaron contra Esparta y por los partenios desheredados de la nobleza dórica, fundaron

una ciudad en la desembocadura del Siris, hoy Sisino, los colofonios que el año 580, antes de J. C., prefirieron emigrar á someterse á la dominacion de Gyges, dándola el nombre del rio en cuyas márgenes la edificaran. En ella encontramos al poeta Arquiloco entre los primeros colonizadores.

Esta ciudad, de la que no nos han quedado más vestigios que algunas monedas, fué atacada por los ejércitos reunidos de Croton y Sibaris (1) No hemos podido saber si la verdadera causa de la guerra fué que los aqueos, no queriendo tener cerca de sí una ciudad jónica, resolvieron destruirla, ó si promovieron otras causas la querella de Sibaris y Croton contra Siris; pero cualesquiera que estas fuesen el resultado no pudo ser más fatal para la ciudad jónica pues fué sitiada y tomada por los ejércitos aliados de Sibaris y Croton el año 560, antes de J. C. (2).

A esta guerra siguió otra entre Croton y Locrea, ciudad limítrofe de Croton por el medio dia. Los locrenses habian ayudado á los Siritas, probablemente con el intento de apoderarse de una parte del territorio de Croton y los crotonenses volvieron despues sus armas contra Locrea. A pesar del auxilio que Region prestó á esta ciudad, el ejército crotonense era muy superior en número al de Locrea; pero Ayax, hijo de Oileo y patriarca de Locrea y los Dióscoros cuyo auxilio solicitó la ciudad, combatieron por ella y cuando la batalla tuvo lugar en las márgenes del Sagras, hoy Alaro, rio que marcaba los límites de ambos pueblos viéronse dos jovencitos montados en blancos corceles y cubiertos con

(1) Kirchhof, Estudios. 3.ª ed. pág. 155.

(2) Timaei frag. 52. Strabon pág. 263. Justino 20, 2, 3, Herodoto nombra á un Sirita entre los pretendientes de Agarista, (6-127) de lo que se desprende que Siris existia aun el año 567, antes de J. C.

rojas capas que estaban á la cabeza de las dos alas del ejército locrense. Leomonimos y Formion; generales de los crotonenses fueron heridos y el ejército sufrió una gran derrota el año 550, antes de J. C. (1).

Apenas hubo en el siglo sexto ciudad helénica en la que fuese más atendida la gimnásia por los patricios y por las clases elevadas de la sociedad, que Croton. Los dos primeros crotonenses que vencieron en el Estadio y cuyos nombres aparecen consignados en la lista de los vencedores de los juegos olímpicos celebrados en los años 588 y 584 antes de J. C., fueron seguidos en la segunda mitad de este siglo y en los primeros decenios del siguiente por una larga série de coronas ó premios que obtuvieron los hijos de Croton. Milon, hijo de Diotimo, alcanzó un gran número de estas. Siendo aun muy jóven recibió la corona de olivo en las luchas con los compañeros de su edad, verificadas en las fiestas del año 540, antes de J. C., y cuando llegó á la edad viril ganó seis veces seguida, el premio de la lucha, de 532 á 512, antes de J. C. El etolio Titormo, de quien dice Herodoto que superaba en fuerza á todos los helenos, fué el único que se atrevió á disputar el premio á Milon (2); pero en las fiestas del año 508 antes de J. C., cuando Milon se presentó por sétima vez en las luchas

---

(1) Justino 20, 23. Pausan. 3, 19, 12, 13, Theopompo en Suidas *Formiôn*. El número de combatientes no viene al caso, pues sólo se indica para hacer valer el pretendido auxilio de los Dioscoros. Segun las noticias muy escasas que nos da Strabon (l. c.) la derrota sufrida por Croton en las orillas del Sagras, tuvo lugar despues de la destruccion de Sibaris; pero segun Justino la guerra de Locrea es posterior á la contienda con Siris, verificándose, segun él, la batalla de Sagras poco tiempo antes de la llegada de Pitágoras á Croton, es decir, antes del año 532.

(2) Herod. 6. 127.

de hombres en Olimpia no consiguió vencer á un campesino mas jóven que él llamado Timasiteo (1).

Además de las victorias obtenidas en Olimpia, ganó Milon seis veces el premio en las fiestas Píticas, diez en las Istmicas y nueve en las Nemeas. Para ponderar la gran fuerza de Milon contaban los griegos que nadie habia conseguido quitarle una manzana de la mano, sin que se aplastase la fruta con el esfuerzo que hacia para sujetarla y que tampoco se habia encontrado quien tuviera bastante fuerza para arrojarle de un disco untado de aceite. En una ocasion llevó en sus hombros por el estadío de Olímpia un toro de cuatro años, trasportando en otra, hasta el Altis, su propia estátua consagrada á los dioses, obra de su conciudadano Dameas, y colocándola él mismo en el pedestal, que tenia la siguiente inscripcion de Simonides: «esta hermosa estátua es del bello Milon, quien la consagró á los dioses la sétima vez que venció en Pisa sin haber hincado ni un solo instante su rodilla en tierra (2). Los conciudadanos de Milon Timasiteo, Isochomacos, Tisícrates, Astylos y Faylos, continuaron las victorias de Milon (3). Isochomacos venció en la lucha; Tisícrates y Astylo en la lijereza de la carrera, no teniendo rivales en fuerza y agilidad; Faylos saltó una anchura de 55 piés, habiendo lanzado el disco á una distancia de 95 (4).

(1) Pausan. 6, 14, 5. Los años de las victorias de Milon no pueden ser otros, segun la noticia de Africano relativa á la Olimpiada 62, los lugares correspondientes de Pausanías y la noticia de Diodoro (12, 9) de que Milon venció seis veces en Olimpia, antes de la batalla de Traeis; agréguese á esto, que por los años 514 y 510 tenia Milon una hija, ya adolescente, á la que en este tiempo casó con Demócedes.

(2) Fragm. 158. Bergk. 2.ª ed.

(3) Isochomacos vencio en Olimpia en 508 y 504; Tisicrates, en 496 y 492; Astylo en el Estadío en 488, 484 y 480.

(4) Schol. Aristoph. Acharn. 214.

En la época en que los griegos admiraban los hechos atléticos llevados á cabo en Olimpia por Milon recibió la patria de éste un impulso que, lejos de estar en contradiccion con las tendencias de la aristocracia del dinero y con las aficiones gimnásticas de la nobleza, contribuyó poderosamente á confirmar este órden de cosas, procediendo de una doctrina que exigia salud, fuerza corporal y un gran dominio sobre sí mismo, fijándose á consecuencia de estos principios la supremacía de la nobleza en el gobierno, fundada sobre las bases más ideales que jamás existieran en Hellas.

Si la reforma de Jilon trasformó la nobleza espartana en una nobleza caballeresca, sobria y obediente á las leyes del pais; la que cuatro decenios despues se inició en Croton, estendiéndose sucesivamente á todas las ciudades aqueas, exigia, como condicion indispensable en los elegidos, lijereza, fuerza y hermosura corporal, al par que los sentimientos más elevados y los corazones más puros; de suerte que la aristocracia que en adelante habia de regir aquellos paises, era la de la piedad y la virtud.

***

Partiendo de las investigaciones matemático astronómicas de los milesios Tales y Anaximandro, el jónio Pitágoras de Samos, contemporáneo de Anaximenes, llegó á obtener resultados completamente opuestos. Segun él no eran el agua, ni la materia primitiva, es decir el átomo, lo que constituian el fundamento y la esencia del mundo. Número y forma, espacio y distancia, la ley inmanente é invisible de las cosas, la armonía que las sostiene y mantiene y el órden sobrenatural que rije el mundo, eran, segun él, la esencia del Kosmos (universo). Este principio acerca del mundo, asentado

sobre bases tan ideales, le proporcionó el fundamento de la ética, que Tales y Anaximandro habian abandonado por completo, y que Pitágoras consideraba como la base de su sistema; y, como los resultados de los estudios é investigaciones de los milesios estaban en oposicion con las tradiciones religiosas de los griegos, el sistema de Pitágoras no solo estableció la ética, sino que ofreció nuevos sostenes á la fé y al culto.

Ya hemos visto más arriba, de qué manera se habia trasformado el sentimiento griego desde el principio del siglo sexto, por un lado, en oposicion á la ética de la aristocracia, sobre la nueva moral de la equidad, y el sentimiento inteligente y consciente de la razon; y por otro, enfrente del canon épico y del culto nacional, que basaba la primitiva pureza de costumbres en la influencia de la poesía hierática para dar calma y sosiego á los ánimos de aquellos á quienes ni los sacrificios ni los cantos corales pudiesen proporcionarlo; mientras y al propio tiempo empezaban á extenderse las ideas del dogma egipcio, para trasformar y profundizar los conceptos que acerca del destino del alma despues de la muerte habia ya divulgado y popularizado la epopeya; y como estas dos corrientes, extendiéndose á la par, habian producido la doctrina de los nuevos órficos, es decir, de los cantores creyentes que intentaron renovar la sabiduría de Orfeo, el primer cantor de himnos, Pitágoras volvió tambien á resucitar los primitivos preceptos de integridad de la antigua poesía hierática, incluyéndolos en la nueva ética, vivificando y trasformando, de este modo, el antiguo concepto griego sobre la suerte del alma despues de la muerte; empero esta esperanza de una nueva vida no estaba intimamente relacionada más que con la doctrina de los órficos y con el culto de Céres y el de Baco; y Pitágoras la unió tambien al culto de Apolo.

La esencia de la naturaleza era para Pitágoras el órden inmutable, la uniformidad constante, la proporcion justa, y la influencia mútua de todas las partes y todos los mienbros del universo; y, siendo la armonía la ley suprema que rige el edificío universal, uniendo todas sus partes y produciendo tan admirables efectos, forzosamente habia de ser la norma de la conducta del hombre; triunfando, para mantener esta teoría, hasta de los contrastes que hallaba en sí mismo, no procurando acallarlos, sino hallar en ellos nuevas pruebas de consonancia y armonía. Preocupóse ante todo de armonizar el cuerpo y el alma.

La armonía del cuerpo es la salud, la formacion precisa y regular de las cualidades y fuerzas corporales, y, la gimnástica que da al hombre una completa posesion y un dominio perfecto sobre su cuerpo; la armonía del cuerpo con el alma, es decir del alma en sí misma, está basada en el dominio de la razon, debiéndose moderar, reprimir ó combatir los impulsos de las pasiones que trastornan la armonía del alma y el cuerpo, así como el exceso de los goces de la comida, la bebida y el amor; pues una alimentacion sóbria y moderada evita las enfermedades que destruyen la armonía del cuerpo, al par que facilita el dominio de las pasiones, manteniendo la armonía y la belleza de este en todas sus partes.

El cuerpo no debe tener mucha carne y el alma debe evitar la efervescencia de las pasiones, no debiéndose hablar ni hacer nada estando dominado por ellas (1).

La ley propia y natural de la armonía del hombre y la mujer reside en el matrimonio. La mujer deja su hogar, su Hestia, para entrar en el del hombre como de-

(1) Diogen. Laert. 8, 1, 23, 30.

mandando apoyo, por lo cual el hombre debe sostenerla (1).

La obediencia incondicional de los hijos á sus padres, de los jóvenes á los ancianos, procede, segun Pitágoras, de que el orígen y principio de las cosas es superior á sus consecuencias y resultados; y de que se debe más estimacion á lo antiguo que á lo moderno (2). Dió una importancia capital á la union íntima y firme de los amigos, á la comunidad de estos y á la armonía de los grandes círculos ó corporaciones. Segun su doctrina todo debia ser comun entre los amigos, bienes y haberes; pues teniendo confundidos todos sus intereses en una estrecha union, cumpliendo todos con el deber de ayudarse mútuamente; haciendo vida comun y viviendo en la mayor intimidad, debian buscar y encontrar la armonía del alma, que es, al par de la paz, la mayor dicha que puede gozarse en la tierra.

La armonía no es menos necesaria y benéfica para el Estado que para el indivíduo, por lo cual debia regirle la razon, es decir la inteligencia de aquellos que, reconociendo el verdadero sér de las cosas, se han constituido ellos mismos en esa armonía, á fin de restablecerla y conservarla en la nacion representando en ella el papel de la inteligencia que rige al indivíduo. Aquellos que no tienen armonía en si mismos no pueden mantenerla en el Estado. La pureza y la libertad de la materia, es decir la carencia de impureza, producen, segun Pitágoras, la mayor armonía. El mundo invisible y suprasensible es el mundo de la pureza y esta es, no solo una alta potencia espiritual, sino el más firme sosten de las buenas costumbres.

(1) Diogen. Laert. 8, 21. Aristot. Oecon. 1, 4. Aristoxeno en Porfirio V. P. 22.

(2) Diogen. L. 8, 1. 22.

Dado el eminente impulso ético dominante en la doctrina y en las obras de Pitágoras, Dios, que segun el concepto de los antiguos ários, era el espíritu de la pureza, del órden y de las buenas costumbres, el vengador del pecador y del criminal aunque tambien le concede perdon y descanso, despues de haber expiado sus culpas, debia ser representado como centro del cielo. Este dios es, al propio tiempo, el dios de la carrera del sol; el que ordena el curso del tiempo; el dios de la luz y de la verdad; el que ve lo oculto y conoce lo futuro; el dios del órden eterno y de la ley, el de la armonía del universo, aquel de cuya cítara brotaban los tonos cuya armonía creía percibir Pitágoras en el movimiento circular de las esferas celestes.

***

Segun la doctrina de Pitágoras, el mejor camino que un hombre puede escojer es el de seguir á los dioses (1), no debiendo presentarse el hombre ante ellos, sino con traje inmaculado é intenciones puras, ni debia anhelar la posesion de los bienes, sino la del sumo bien. Los dioses aceptan los sacrificios incruentos con preferencia á los sacrificios sangrientos, deseando ante todo que el hombre esté puro, tanto exterior como interiormente.

Pitágoras deseaba que se apreciasen y practicasen los antiguos preceptos tradicionales de limpieza, debiendo purificarse con baños, abluciones y penitencias las impurezas procedentes de las funciones sexuales, el contacto con los muertos y las ceremonias funerarias. Renovó la antigua prohibicion ária de no tocar uñas ni cabellos cortados, añadiendo una série de preceptos prohibitivos, como el de no comer ciertos peces, algunas

(1) Platon, Fedon, p. 62. Plut. defect. oracul. 7.

clases de aves, ni la carne de ningun animal muerto, prohibiendo tambien comer las habas, y recomendando el pan de miel y los vegetales como los alimentos más sanos; preceptos que más adelante habian de extremar sus discípulos prohibiendo que se matara ningun ser animado (1). Tal pureza y tal limpieza de cuerpo habian de contribuir á la pureza del alma.

Pitágoras sostuvo que el alma del hombre es inmortal, porque tambien es inmortal el principio de que ha sido separada volviendo á su patria, el mundo invisible, al más alto lugar; pero solo pueden entrar en el mundo invisible de la pureza y la armonía aquellas almas que en este mundo consiguieron llegar al mas alto grado de pureza y perfeccion (2).

La doctrina de la separacion del mundo sensible y el mundo insensible, del alma y el cuerpo, que Pitágoras sostuvo, con la misma energía que todos los órficos, contra la opinion dominante en Grecia, le condujo á considerar la vida como un camino para la purificacion del alma, como la preparacion necesaria para entrar en el mundo invisible.

Al afirmar que los espacios del aire están poblados con las almas de los muertos, no se apartaba Pitágoras de las antiguas doctrinas áricas, así como al proclamar la inmortalidad del alma demostró pertenecer á la nueva escuela, ó más bien á la de aquellos que habian vuelto á adoptar las antiguas máximas cuyo fin era difundir la creencia de la continuacion de la vida despues de la muerte (3); pero se separaba tanto de la doctrina de los misterios de Eleusis como de la de los nuevos órficos, puesto que afirmaba que las almas de aquellos que no

(1) Aristofanes el cómico, en Ateneo p. 161. Gell. Noct. A. 4, 11.
(2) Diog. L. 8. 1, 30. Böckh, Filolao p. 177.
(3) Diog. L. 8. 1. 32. Vol. 3.° 47. 48. Vol. 5. 137.

habian procurado alcanzar la pureza del espíritu volvian á nacer en este mundo en cuerpos de hombres y de animales hasta conseguir la pureza en el trascurso de esta nueva série de existencias.

La doctrina de Pitágoras debia tener una expresion muy poética, cuando Píndaro, que permaneció mucho tiempo en Sicilia para conocer y aprender profundamente sus máximas y sabiduría, dijo al príncipe de Akragas: «el que habiendo vivido tres veces en la tierra conservare su corazon limpio del crímen, irá por el camino de Júpiter á la más alta ciudad de Kronos, á la Isla bienaventurada que las brisas del Océano envuelven con su aliento (1). La comedia ática posterior se burla de los pitagóricos cuyas almas hace ir á la mesa con Pluton (2).

Tenemos muy pocos detalles acerca de la vida de Pitágoras; pues solo podemos asegurar que nació en Samos sobre el año 580, antes de J. C., estando tambien fuera de duda que los estudios matemáticos y astronómicos fueron su punto de partida, así como el de Tales y Anaximandro y que fijó los problemas fundamentales de la geometría, cuya solución halló con mucha más perspicacia y precision que ningun otro heleno anterior á él (3). Quizás contribuyera á fijar sus ideas y doctrina el viaje que hizo á Egipto donde, segun dice la tradicion, permaneció algun tiempo, pues las relaciones en-

(1) Pind. Olimp. 2. 68-74. Véase fragm. 183 Bergk. 2.ª Edicion.

(2) Epicrates en Diog. Laert. 8. 1. 38.

(3) El filósofo Pitágoras no tiene nada de comun con Pitágoras, hijo de Krates, que en 588 venció en el pugilato de Olimpia, y mucho menos con el escultor Pitágoras de Samos, que despues que hubo terminado la insurreccion de esta ciudad fué á Locrea é hizo para los juegos olímpicos una estátua del locrense Eutimio, cuyo pedestal se conserva aun, y varias otras estátuas votivas para otros vencedores. I. G. A. N. 388. 388a, E. Curtius Rev. Arqueol. 36. p. 82.

tre Samos y el pais del Nilo, eran en aquella época muy frecuentes. Un sacerdote de Heliópolis llamado Onufis fué su preceptor en la nacion de los Sesostris (1).

Pitágoras fundó la teoría del triángulo igual y desigual; determinó las dimensiones de los siete círculos y algunos afirman que, cuando descubrió que en el triángulo rectángulo la hipotenusa tiene igual valor que los catetos, ofreció un toro á las musas, y otros sostienen que una hecatombe á los dioses (2). Estos estudios y sus brillantes resultados no se oponen á la tradicion muy estendida de que Ferecides de la isla de Syros, que fué el primero que enseñó la inmortalidad del alma, habia sido maestro de Pitágoras.

Si los fragmentos del Heptamicos, es decir, de «Los Siete Gabinetes», que se han conservado y llevan el nombre de Ferecides, son auténticos, este habia conformado su doctrina con la Teogonia de los poetas beocios; pero tambien es cierto que procuró desarrollarla, no siguiendo la tendencia dionisiaca, sino la apolónica en su ulterior dasarrollo, lo que ya demuestra el título de su escrito. Pitágoras debió enterrar á Ferecides cerca del templo de Apolo, en Delos (3).

En el sistema de Pitágoras se hallan reunidos elementos muy distintos. Respecto de la significacion de Apolo en dicho sistema, dícese que Pitágoras habia honrado en los altares de Delos, á Apolo creador, con tortas, trigo y cebada. Tambien nos dice la tradicion que Pitágoras debia su sabiduría á los oráculos y máximas del dios de Delfos y á la Pitonisa Temistokleia.

(1) Diodor. 1.98. Plut. Quaest. Conviv. 8. 8. 2. Isócrates Busiris 11. No merece la pena de hablar de su viaje á Babilonia ni de su visita á los magos.

(2) Platon. Respubl. p. 546. Ciceron. Natur. deorum 3, 36.

(3) Ciceron. Tuscul. 1. 16. Diod. Exc. Vat. p. 29. Suidas Ferekûdês.

Pitágoras no tomó la teoría del destino del alma despues de la muerte, ni á Delfos ni al Egipto, pues la teoría de la trasmigracion de las almas es tan estraña á una como á otra doctrina. En la religion egipcia, el alma va á las campiñas de Ra ó al infierno, segun que haya sufrido el juicio de Osiris, ó el de Apis. Cuando Pitágoras sacrificó en Delos á Apolo generador, este sacrificio redundó en honor del engendrador del Kosmos; más adelante presentaron los pitagóricos al fundador de su escuela, no sólo como un profeta de Apolo, sino que, basándose en aquel sacrificio, le elevaron á la categoría de hijo del mismo númen.

Pero cuanto más le ensalzaban sus discípulos; cuanto más encomiaban sus hechos prodigiosos y sus conocimientos sobrehumanos, tanto más procuraban sus adversarios despreciarle, rebajarle y denigrarle. Heraclito de Efeso decia: «Aprender mucho no desarrolla la inteligencia, toda vez que Pitágoras, que fué el hombre que llevó más allá los estudios é investigaciones, escogiendo lo mejor de todos los escritos, no ha sabido hacer de todo ello más que una polimatía y un artificio absurdo» (1). Ion de Chio dice que Pitágoras usurpó á Orfeo algunas de las poesías que presentó como suyas. Tambien puede ser que, á la manera que Onomacrito antepuso el nombre de Orfeo á la coleccion de sus cantos, el filósofo de Samos hubiese tomado algo de las poesías de Orfeo, cuya doctrina, tal vez, pretendiera renovar. Xenofanes, contemporáneo de Pitágoras, burlándose de su doctrina de la trasmigracion de las almas, cuenta haber oido decir que yendo Pitágoras de paseo, oyó ladrar un perro al que estaban pegando, y exclamó sin poderse contener: «Detente, no le pegues, que es el alma de un amigo mio, le he conocido en la voz» (2).

(1) Diogen. L. 8. 1. 6.
(2) Diogen. L. 8. 1. 37.

Los escritores más modernos han llevado mucho más allá la exajeracion, refiriendo anécdotas relativas al filósofo de Samos. Cuentan que habiendo encontrado en Argos entre unas armas viejas cogidas en Ilion, un escudo, prorumpió en lágrimas manifestando ante aquel escudo que él era el troyano Euforbo, hijo de Pantoos á quien mató Menelao en el combate que tuvo lugar en torno del cadáver de Patroclo, y que habiendo mirado el interior del escudo pudieron leer los circunstantes el nombre de Euforbo (1).

Heraclides, el póntico, sabe que Pitágoras afirmó haber sido sucesivamente Ethalides, heraldo de los argonautas, Euforbo de Troya, Hermotimo de Clazomenas, Pirro pescador de Delos, y, que por último era Pitágoras y estaba por quinta vez en la tierra (2). Timon, el escéptico de Fluinte, dice de Pitágoras: «El amigo de la peroracion solemne, se convirtió para pescar hombres á las doctrinas de los hechos prodigiosos» (3). Hoy podemos atribuir el relato de estas maravillas á la veneracion casi idolátrica de sus discípulos.

Despues que Pitágoras hubo estudiado con los jónios de Samos y enseñado en Mileto, abandonó su patria huyendo, segun se dice, de la tiranía de Polícrates (4). En cuanto las ciudades de la costa se hubieron sometido á los persas y Samos á Polícrates, perdió Pitágoras la esperanza de hallar terreno á propósito para defundir una doctrina que colocaba la aristocracia de la virtud, la piedad, la pureza y la armonía del alma, al frente del gobierno; abandonó su patria para huir del yugo de los persas, como en aquel tiempo hicieron muchos de

(1) Diod. Exc. Vat. p. 29.
(2) Diogen. L. 8. 1. 4. 5. Plin. H. N. 7. 52.
(3) Diogen. L. 8. 1. 36.
(4) Zeller, Filos. Grieg. 1.ª ed. 283.

sus compatriotas; vino al Occidente y se dirigió á Croton, ciudad que, estando gobernada por una aristocracia opulenta, obediente á las leyes y que se ocupaba celosamente de la educacion corporal, parecia dispuesta á recibir una doctrina que al desarrollo del cuerpo, unia una séria educacion del alma.

Pitágoras llegó á Croton el año 532 antes de Jesucristo (1). Toda la dificultad consistia para él en que las clases dominantes estuviesen ó no dispuestas á tomar en sério los deberes y derechos que imponia la nueva doctrina, prestándole su apoyo moral, es decir, á considerar su mision con la alteza de miras que reclamaban las circunstancias. Mas aun cuando la aristocracia de Croton no tuviese tendencias tan elevadas, recibió con la doctrina de Pitágoras un gran sosten, prestándola á la par justos títulos que habian de aparecer

(1) Hesychius M. Püzagoras. Diodoro dice (Exc. Virt. V, página 553 sqq.): que en la Olimpiada 61 (536-532) siendo Tesicles arconte de Atenas de 533/532. Este dato se ha tomado dè Apolodoro; y Diels ha probado (Museo Renano 31. 25 y sig.) que de esta fecha del akmê, resulta el nacimiento de Pitágoras, 40 años anterior, coincidiendo con el 572. Segun Aristoxenos (en Porphir. V. Pyth. 9), Pitágoras tenia 40 años cuando abandonó la isla de Samos por no someterse á la tiranía de Policrates. Diógenes Laercio, coloca la akmê, precisamente en la Olimpiada 60 (540-536); Ciceron (de rep. 2. 15) dice que Pitágoras llegó á Italia en 532; Justino que vivió veinte años en Croton; segun lo cual, debió llegar el 530 á esta ciudad. toda vez que la persecucion empezó poco tiempo despues de la destruccion de Sibaris, y ésta acaeció en 511. Eusebio dice que Pitágoras floreció el año 1481 de Abraham, que corresponde al 532 antes de J. C.. Gerónimo seis años despues: Eusebio hace coincidir su muerte, con el 498: Gerónimo la pone cuatre años más tarde. Diógenes (8. 1. 44), dice que alcanzó la edad de ochenta ó noventa años, y Sincello le atribuye setenta y cinco ó noventa y ocho años; p. 469 ed. de Bonn. Pero todos están conformes en que Pitágoras vivió entre 580 y 500, antes de J. C. El año de su llegada á Croton, 532 antes de J. C., debe aceptarse como el más probable.

más meritorios, cuanto, por entonces empezaba á desarrollarse la tiranía en las ciudades griegas de Sicilia.

***

No sólo se presentó Pitágoras como maestro de una nueva sabiduría, como predicador de una nueva vida, como fundador de un nuevo culto, como anunciador de una nueva fé; sino que ante todo recomendaba, como base esencial del mejoramiento que deseaba verificar, la moderacion, el dominio de los sentidos y las pasiones y una justa armonía del alma, apoyando su doctrina con su vida y su ejemplo. Veíasele siempre amable, moderado y tranquilo; su alimento consistia en pan de miel y vegetales y su traje en una vestidura blanca.

En torno suyo se reunian los hombres más importantes de la ciudad, contándose Milon entre los oyentes mas asíduos de su academia. Exhortaba siempre á vivir sencilla, piadosamente y sin ostentacion, y á ensalzar en los cantos de la cítara á los dioses, á los héroes y á los hombres mejores (1). Sus doctrinas acerca del Estado tenian por objeto alcanzar la uniformidad y armonía, cuyas reglas y medida solo podian obtener aquellos que se hallaban penetrados por el estudio y la virtud.

Pitágoras llegó á poseer en Croton una consideracion y una influencia extraordinarias, viéndose surgir inmediatamente, no la antigua ética de la nobleza, ni la nueva sabiduría práctica de Solón, Pitaco y Jilon; sino otra ética más elevada que se desprendia de la teoría santificada por la religion y afianzada por la esperanza en otra vida.

Aunque es verdad que no tenemos una completa certidumbre de que á Pitágoras se le concediera la dignidad de Pritano; es decir, de jefe del municipio y pre-

(1) Diogen. L. 8. 1. 23; 24.

sidente del consejo de los Mil, no podemos dudar que ejerció un influjo benéfico y purificador en las costumbres de la ciudad, especialmente en la educacion de la juventud de las familias influyentes (1). Solo esta juventud, exenta de la necesidad de pensar en su subsistencia, se encontraba en situacion de poder someterse á los ejercicios músicos, gimnásticos y éticos, así como al régimen de vida requerido por el filósofo de Samos. Por la influencia que tenia entre sus fieles adeptos y aquellos que pensaban y sentian como él; por la autoridad de que gozaba entre sus discípulos y partidarios, le debiera haber correspondido una accion notable en el pueblo y la posicion de un poderoso jefe de partido.

No creia Pitágoras que todos su oyentes, ni aun todos sus discípulos, pudieran asimilarse su doctrina, es decir el sistema en si mismo, y exigia, como indispensables á este fin, aptitudes y cualidades determinadas, unidas á ciertas prácticas penosas, limitando á trescientos el número de los elegidos que habian de penetrar en lo más profundo de su doctrina; no verificándose su admision sino despues de rigoroso exámen y de haberse sometido á un noviciado de cinco años durante los cuales se les prescribia un silencio absoluto. Una vez elegidos debian someterse á un órden de vida especial sóbrio y severo, y guardar ciertas abstinencias. Ellos debian considerar, cual si fuesen hermanos, los bienes de cada uno como posesion comun (2). Pitágoras deseaba que los esotéricos hiciesen abstraccion de la pluralidad y las distracciones de la vida, hasta conseguir la más alta unidad posible, no debiendo entregarse al descanso sin haber armonizado por completo el alma con los tonos de la lira. Al despertar cada uno de ellos de-

(1) Diod. Exc. Vat. p. 33.
(2) Platon. Resp. p. 600. Justino 20, 4. Diod. Exc. Virt. Vit. p. 553.

bia preguntarse: «¿en qué he faltado ayer? ¿qué he hecho y que he dejado de hacer indebidamente?» (1)

Bajo la influencia de las doctrinas pitagóricas no decayeron ni la prosperidad interior de Croton, ni su autoridad con los pueblos vecinos. Si la ciudad de Locrea, muy inferior á Croton, habia rechazado su ataque, en cambio veinte años despues de la llegada de Pitágoras, consiguió vencer y dominar completamente una ciudad mucho más poderosa que la misma Croton.

***

De las colonias aqueas fundadas en la costa meridional de Italia, Sibaris situada en la desembocadura del Krathis, hoy Crati, era la que habia llegado á alcanzar el más alto grado de riqueza y prosperidad. Las campiñas de sus bajos y húmedos valles próximos á la costa producian cien clases de sabrosos frutos, mientras que tierra adentro los collados estaban cubiertos de viñas y olivos. Las alturas de las montañas que encerraban collados y valles entre ellas y la costa, mantenian, con sus pastos, numerosos rebaños de vacas y ovejas, mientras que los bosques producian poderosos troncos muy apreciados para la construccion de buques (2).

Aunque Sibaris carecia de comercio propio, su rada era muy frecuentada por los buques milesios que iban á buscar lana, pieles, vino y trigo; llevando en cambio tejidos. obras de alfarería y de hierro trabajado.

Los sibaritas no se habian contentado con someter á los oenotres que vivian en los alrededores de la ciudad; sino que, apoderándose de todo el terreno comprendido entre la cima de la montaña y el mar Tirreno, fundaron las colonias de Laos y Scidros y despues que, aliados con

(1) Diogen. L. 8. 1. 22.
(2) Tucidides 6, 90. 7. 25. Ateneo p. 519 Herod. 6. 21.

crotonenses, hubieron destruido Siris, fundaron en frente de Taras, Metabon ó Metapont, siendo Leucipo el caudillo de los colonos (1).

Cuatro tríbus de oenotres estaban sometidas á los sibaritas, prestándoles obediencia veinticinco de sus lugares. Para gobernar un país tan vasto procurando no solo conservar lo que poseían, sino hacer nuevas adquisiciones, hubiera sido preciso no solo un talento extraordinario, sino una aptitud especial para organizar grandes sociedades, lo que no era propia del génio griego. Como quiera que sea, la riqueza del país llevó á Sibaris un buen número de colonos á quienes los sibaritas permitian establecerse libremente. De esta manera llegó la ciudad á poseer tan gran número de habitantes, que algunos hacen subir su cifra á cien mil, no siendo su rádio menor de cincuenta estadios (2).

Hácia la mitad del siglo sexto era Sibaris no solo la mayor de las ciudades helenas sino la más rica y populosa. En las comitivas de las fiestas se presentaban más de cinco mil nobles ginetes, mientras que Atenas no llegó á poseer más de mil doscientos en el tiempo de su mayor explendor. Pero esta prosperidad relajó las antiguas y severas leyes de Zaleuco, y en tanto que Croton dedicaba todo su cuidado á la gimnástica, dando ancho campo á las tendencias ideales de la aristocracia, á la instruccion y á la virtud, los sibaritas se hicieron amantes del lujo, arrogantes, voluptuosos é indolentes.

Los griegos han hablado mucho acerca del lujo de los sibaritas; los jóvenes se presentaban vestidos de púr-

(1) Strabon p. 251. 264. Scymn. Ch. v. 326. Livio 25. 15. Las supuestas fundaciones modernas hechas por Nestor, Epeo, Daulio, son exageraciones de los metapontinos. Tambien Poseidonia debió ser fundacion de los sibaritas, Strabon p. 263. Scymn. Ch. v. 249.

(2) Diod. 12. 9. Herod. 6. 127. Strabon p. 263 Scymn. Ch. v, 340.

pura, llevando adornos de oro en las trenzas como los jónios; y los más opulentos se vestian exclusivamente con tejidos milesios. Los cinco mil caballeros, de que antes hemos hecho mencion, llevaban sobre las corazas, los dias de las fiestas, magníficos trajes de color de azafran. Las tradiciones griegas aseguran que poseian todos los refinamientos del lujo, atribuyéndoles el haber mejorado los baños calientes é introducido los de vapor. Tambien se cree que fueron ellos los primeros que tuvieron perritos para distraerse con ellos y que amaestraron los caballos al son de la flauta.

Pero en esta ciudad, no solo era la vida de los ricos un festin perpétuo, una no interrumpida orgía; el pueblo recibia tambien su parte en este género de goces, pues se dice que lo que el municipio exigia principalmente de los ricos, era un programa perfecto de alimentacion popular, y aquellos que presentaban los mejores alimentos eran honrados por él con coronas de oro (3). Cuando en el año 567 antes de Jesucristo, Smindyrides de Sibaris se presentó en Sicyon, en su propia nave de cincuenta remos, conducida por sus esclavos, y acompañado de cocineros, pescadores y pajareros para pretender á la hija de Clistenes, su ostentacion oscureció el lujo de la córte del tirano, tanto como su orgullo hirió á sus rivales.

El gobierno de Sibaris pertenecia, segun las leyes de Zaleuco, al consejo de los Mil, escogido entre los principales propietarios agrícolas.

***

Cuanto más expléndida y descuidadamente vivian los optimates; los descendientes de los fundadores de la ciudad, los grandes propietarios, y con ellos los demás

(1) Ateneo. pág. 519-522.

poderosos de Sibaris, tantos más motivos habia para que se produjeran en las clases desheredadas la envidia y el disgusto; y, como segun podemos colegir, el producto de las tierras conquistadas correspondia exclusivamente á la clase dominante, no faltarian algunos, entre los hombres de variable fortuna, que pidieran, tanto para sí como para los menos acomodados, participacion en aquellas rentas, y sea que ellos mismos se colocasen á la cabeza de la multitud, sea que esta encontrase sus jefes entre los miembros de la nobleza, lo cierto es, que pronto se vieron en peligro los antiguos grandes propietarios.

En esta lucha civil surgió el demagogo Telys; quien consiguió que desterraran á quinientos de los más ricos ciudadanos, cuyos bienes fueron confiscados en provecho del municipio; logrando tambien apoderarse del gobierno de la ciudad, en 520 antes de J. C. Los proscritos huyeron á Croton, donde se acogieron demandando auxilio al altar del Mercado, consiguiendo ser recibidos como solicitaban (1).

Tampoco en Croton estaba todo el mundo de acuerdo con el régimen de los optimates, ni con las tendencias que prevalecian en la clase dominante; más de uno de los que pertenecian al número de los gobernantes, arrastrado por la persuasion, se hubiera inclinado á un camino mejor y á más elevados fines, hácia este ó aquel pitagórico, pero toda la asociacion se sintió herida.

Un miembro notable de la nobleza que gobernaba en Croton, Filipo, hijo de Butacides, que no solo poseía una fortuna notable; sino tambien gran fama de atleta, perteneciendo al número de los crotonenses vencedores en Olimpia, y que estaba considerado como el más hermoso de los helenos, pretendió la hija de Telys, tirano

(1) Herod. 5. 44. 47. Diodor. 12. 9.

de Sibaris y este se la concedió. No estaban dispuestos los optimates de Croton á soportar la alianza de uno de sus colegas con el tirano de la ciudad vecina más poderosa, por cuya razon le desterraron el 515 antes de Jesucristo (1).

La acogida y el apoyo que habian encontrado en Croton aquellos quinientos patricios de Sibaris á quienes Telys habia desterrado y confiscado los bienes, despertó la aversion y el recelo de este.

Su permanencia, tan próximos á Sibaris que podian muy facilmente sostener relaciones y fraguar intrigas en esta ciudad, no solo no era soportable sino que era peligrosa; toda vez que los optimates de Croton, además de haber concedido una proteccion declarada á sus enemigos, les habian inferido una grave ofensa desterrando de la ciudad al hombre á quien concediera su hija. Telys pidió que le entregasen los quinientos sibaritas proscritos, amenazándoles con la guerra en caso de que se los negasen.

Hubiera sido una cobardía y una vergüenza para Croton, entregar á los desterrados; así pues, tanto el consejo de los Mil como el pueblo de Croton, vacilaron ante el temor de las fuerzas superiores de Sibaris, y al principio, la mayoría votó que se debia entregar á los desterrados para evitar la guerra; pero cuando el filósofo Pitágoras que poseia un gran poder, dijo con arrebatadora palabra, que se debia defender á los que habian implorado el auxilio de la ciudad, varió completamente la opinion, decidiendo aceptar la guerra (2).

Telys creia vencer á los crotonenses con la superio-

(1) Herod. 5, 47. Este suceso debe colocarse algun tiempo antes del principio de la guerra entre Croton y Sibaris, puesto que Herodoto supone que Filipo se trasladó á Cirene uniéndose á Dorieo.

(2) Diod. 12. 9. Exc. Virt. V. 553.

ridad numérica de su ejército, pues no sólo llamó á las armas á todos los sibaritas capaces de llevarlas, sino tambien á todos cuantos combatientes habia disponibles en los dominios de las ciudades sometidas á Sibaris. El ejército con que salió á campaña, el año 511 antes de Jesucristo, contaba trescientos mil hombres (1). Aunque el número es seguramente exajerado, sus fuerzas eran, sin embargo, formidables; pero el núcleo del ejército, que debia comunicar firmeza y ardor al resto de las fuerzas, estaba formado por los sibaritas, gente afeminada y cobarde que, además, en su mayor parte á lo menos, habia tomado de mala gana las armas para sostener al tirano. Los crotoneos por el contrario, eran hombres aguerridos y diestros en el manejo de las armas, habian recibido el refuerzo de los optimates expulsados de Sibaris y tenian por caudillo á Milon, siete veces vencedor en Olimpia, y que, á su carácter de atleta distinguido, añadia el de gran político y notabilísimo caudillo; el mismo que poco tiempo antes habia casado á su hijo con Democedes, el médico más famoso de su época. De donde resulta que, si bien no podian oponer á Telys más que una tercera parte de las fuerzas con que contaba el príncipe sibarita, la mejor calidad de sus fuerzas, venia casi á equilibrarlas con las del enemigo. Cuando menos lo esperaban recibieron un refuerzo considerable que les suministró Dorieo y su comitiva, arribados á aquellas playas en el momento crítico de romperse las hostilidades. De esta manera se dice que llegaron á reunir los crotoneos 100.000 hombres, los cuales traspusieron el Telys y, pasando el rio Hylias,

(1) Diodor. L. C. Strabon, p. 263. La determinacion de la fecha se deduce del pasaje de Diodoro 11, 90 y 12 101, el cual coloca la destruccion de Croton 580 años antes del arcontado de Lisícrates, en 453 antes de J. C.

hoy Fiumenica, encontraron al enemigo acampado en las orillas del Treis, el Trionto de nuestros dias. Allí recibieron los crotoneos un nuevo y valioso auxilio, tan inesperado como el de Dorieo. Calias, natural de Elida y de la familia de los yamidas, adivino del rey de los sibaritas, viendo que ninguno de los sacrificios que este hacia para ir contra el enemigo le salia con buen auspicio, se pasó á los crotoneos, poseidò de un pánico indescriptible. Si el tirano de Sibaris no habia hecho gran caso de los augurios, parece seguro que la fuga del adivino desalentó á los suyos tanto como su presencia en el campo enemigo y la noticia de los fatídicos anuncios que daban las entrañas de las víctimas, aumentaron la confianza de los crotoneos. Milon fué el primero que hizo retroceder á los sibaritas, rompiendo el ala que tenia delante, con lo cual decidió tambien la suerte de la jornada. Diodoro hace notar que los crotoneos le eran deudores de tan señalado triunfo. Los vencedores persiguieron á los fugitivos haciendo de ellos una gran matanza. Lo extraño del caso es que los crotoneos pretenden que en esta guerra contra Sibaris no fué á socorrerles ningun extranjero fuera de Calias; pero su negativa, que se comprende perfectamente, atendido el orígen de Dorieo, no tiene valor alguno ante la expresa declaracion de Herodoto, cuya narracion en este punto no deja lugar á duda (1).

La inmediata consecuencia del triunfo de los crotoneos fué la caida del tirano que habia traido tal infortunio sobre los sibaritas. Estos se arrojaron sobre Telys y sus partidarios y los degollaron á todos, sin perdonar á los que se habian refugiado en los altares de los dioses, venganza inútil que, si saciaba los instintos de un

(1) Diod. 12, 9. 10. Herod. 5, 44.

pueblo cobarde, no contribuyó seguramente á reparar las pérdidas sufridas en las orillas del Treis (1).

Los crotoneos persiguieron á los vencidos hasta las murallas de la misma ciudad y la pusieron sitio, cayendo en su poder el dia sétimo despues de la batalla del Treis. Los pocos sibaritas que pudieron escapar se refugiaron en Laos y Scidros, ciudades fundadas por compatriotas suyos. Por lo que hace á Sibaris fué arrasada hasta los cimientos, habiendo acaecido su ruina 220 años despues de su fundacion (2). Para que nadie pudiera reedificarla dirigieron los crotoneos el curso del Crathis sobre sus ruinas, dejando en seco y en parte cegado el antiguo lecho. Ya hemos visto el monumento con que Dorieo quiso perpetuar el recuerdo de su participacion en esta empresa, por más que los crotoneos solo premiaron los servicios que les prestó el adivino Calias, cediéndole terrenos escojidos de la comarca de Sibaris para él y sus descendientes (3).

***

La noticia de la total ruina de la más notable y rica ciudad helena de Italia produjo una penosa impresion en todos los griegos. Pero los que más sintieron esta catástrofe fueron los milesios, que sostenian con ella activas relaciones comerciales, siendo uno de sus mejores mercados. En señal de luto se cortaron el cabello todos los hombres y niños de Mileto (4). Inútil es advertir que á nadie interesaba tanto esta pérdida como á los griegos que residian en Italia, para quienes fué una verdadera desgracia, ya que muy luego se vió que Croton era

(1) Heraclid. Pont. en Ateneo, p. 521.
(2) Strab. p. 263. 253. Scymn. Ch. 360.
(3) Herod. 5, 44. 45.
(4) Herod. 6, 21.

incapaz de dirigir los asuntos generales de la colonizacion helena en aquellos parajes y de salir á la defensa de sus intereses.

Al triunfo de los crotoneos siguieron tremendas discordias en el seno de la ciudad. El pueblo llano, que tenia conciencia de haber contribuidc eficazmente al feliz éxito de la jornada, quiso tambien tener parte en el botin y pidió nada ménos que la reforma de la constitucion en sentido democrático, único medio de perpetuar con ventaja para él, la memoria de tan brillante triunfo. Dirigido por Cylon, uno de los hombres más ricos y más influyentes de la ciudad, exigió como primer paso para llegar á la reforma, que se sustituyese el consejo de los Mil por otro nuevo, compuesto de diputados elegidos por el voto popular; que los empleados fuesen responsables de sus actos obligándoseles á dar cuenta de ellos al pueblo al trascurrir el tiempo de su servicio; y que se repartiese entre los habitantes de Croton, la comarca de Sibaris.

Al saber el pueblo que el Senado habia rechazado esta última proposicion, se produjo un gran tumulto. Dícese que Cylon se habia propuesto vengar ciertas injurias personales que le habia inferido Pitágoras y no fué necesario más para que señalase á éste como principal causante de tal negativa y se dirigiesen todas las iras populares contra los pitagoreos. Hallándose reunidos algunos de estos en casa de Milon, unos desalmados pusieron fuego al edificio pereciendo abrasados cuarenta, número que otros hacen subir á sesenta. Sin embargo, Pitágoras logró poner á salvo su vida, huyendo á Metapont, y todos los personajes de alguna importancia, que defendian el régimen vigente, viéronse precisados á buscar su salvacion en la fuga (1).

(1) Aristóteles, en Diogen. Laercio 2, 5, 46, da el nombre de Cy-

Aunque no está bien determinada la fecha de estos sucesos, parece probado que tuviéron lugar el año 506. Tambien hay diferencia de pareceres respecto á si Pitágoras se hallaba en la ciudad cuando ocurrió la revolucion ó se habia ya ausentado; pues mientras Dicearco y Justino sostienen lo primero (1), y en los fragmentos de Diodoro se da á entender lo mismo, aunque de una manera menos decisiva, otros afirman lo contrario. Así Aristoxeno (2) hace huir á Pitágoras antes que estallase el levantamiento, suponiendo tambien que se libró en Metapont de las iras de su adversario y sus noticias, como las de Yamblico y Neanthes, relativas á las exigencias de los sublevados, concuerdan perfectamente con los hechos que acabamos de exponer y con todo lo que sabemos acerca de la situacion general de Croton en aquella época. El mismo Aristoxeno afirma que, al ocurrir la sublevacion, habia muerto ya Pitágoras; y como quiera que Milon, uno de los principales promotores del levantamiento, se encontraba aun en Olimpia el año 508, es evidente que la persecucion contra los pitagoreos no pudo tener lugar antes del 507.

No sabemos si, despues de tantos horrores, logró Cylon establecer el régimen popular en Croton; aunque es seguro que no lo hizo de una manera sólida y permanente, ya que poco despues del año 500 vemos de nuevo á los optimates en posesion del mando y en el destierro á los caudillos del partido democrático. Mas hácia

---

lon al contrincante de Pitágoras. Diod. Exc. Virt. Vit. p. 555. Diogen. Laert. 8, 1, 39. 40.

(1) Porfirio, V. P. 59. El incendio del monumento-escuela de Sócrates, mencionado por Strepsiades en Aristofanes, es un hecho más que confirma otros procedimientos análogos empleados contra los pitagoreos.

(2) Yambl. V. Pyth. 254-261. 248. Cp. Hesiquio Mil. Püzagóras.

el 490, cierto Clinias reunió á los desterrados, armó á los esclavos y, poniéndose al frente de esta fuerza, se apoderó de las riendas del gobierno de Croton. «Los hombres más distinguidos de esta ciudad fueron asesinados ó expulsados del pais» (1).

El mando de este caudillo fué tambien de corta duracion. Despues de la ruina de Sibaris, Croton fué la ciudad que con más ventaja explotó los veneros de sus riquezas. Los buques milesios, samiotas y corintios que antes cargaban en Sibaris productos del suelo, tuvieron que acudir ahora al puerto de Croton, cuyo pritano, segun dicho de Timeo, se presentaba siempre vestido de púrpura, llevando corona de oro en la cabeza y zapato blanco en los piés (2). En los primeros decenios del siglo quinto creció su prosperidad, y los ejercicios gimnásticos tomaron gran incremento; pero desde esta época empezaron á decaer la importancia y el poder de Croton.

A una edad muy avanzada murió Pitágoras en Metapont, antes que estallára en esta ciudad y en Taras la persecucion que diezmó de nuevo á sus discípulos poco despues del año 500, de cuyos hechos no tenemos más noticias que las que dan los dos pasajes de Polibio y Plutarco á continuacion trascritos: «En las ciudades de la baja Italia ocurrió un trastorno completo durante el período en que fueron incendiadas las casas en que se reunian los pitagoreos; cataclismo inevitable desde el momento en que fueron arrebatados de tan inesperada manera los hombres más distinguidos de todas estas

---

(1) Dionys. Halicarn. fragm. 19, 4. Este autor hace á Clinias contemporáneo de Anaxilao de Region, de donde se infiere que su usurpacion ocurrió hácia el año 490.

(2) Timeo en Ateneo, p. 522. Polyb. Exc. 10, 1. 7, 1.

ciudades. Así sucedió que las ciudades helenas de esta comarca se vieron llenas de sediciones, asesinatos y disturbios de todas clases» (1). «Despues que se sometieron por la fuerza y la violencia las sociedades de los pitagoreos en las demás ciudades, pusieron tambien fuego los cyloneos á la casa donde aquellas celebraban sus reuniones en Metapont, no sin dar muerte á todos cuantos en ella habia, á excepcion de dos jóvenes que salieron de entre las llamas gracias á su vigor y á su destreza» (2).

De todos estos testimonios se deduce que el movimiento democrático contra el régimen de la nobleza y sus ideas, sustentadas principalmente por la escuela pitagórica, adquirió en la Italia meridional extraordinaria violencia. Inútil es advertir que tan prolongados trastornos eran factores poco adecuados para fomentar el desarrollo de estas ciudades, que con la destruccion de Sibaris habian perdido ya su principal apoyo. Hasta entonces habian asegurado y acrecentado los griegos sus posesiones en estos parajes, sin encontrar apenas resistencia; ahora, en medio de sus terribles discordias, les salió al encuentro un poderoso adversario en las tríbus de oscos que avanzaban hácia la costa y otro no ménos temible en los tirrenos, que veian con ojos envidiosos los progresos de los extranjeros en el suelo de Italia. Muy luego se convencieron Taras, Metapont y Croton de que el nuevo órden de cosas no era el más apropósito

(1) Polibio, 2, 39. Esta persecucion no pudo tener lugar mucho despues del año 500, por cuanto Plutarco da á los perseguidores el nombre de cyloneos y Cylon tuvo que resignar el poder ántes de año 494 en que se apoderó del mando Clinias, contemporáneo de Anaxilao.

(2) Plut. gen. Socrat. 13.

para sostener con ventaja la lucha á que les retaban las tríbus inmediatas á la costa y aun las del interior, como los cumenses, y vieron la debilidad extraordinaria del nuevo régimen en los primeros encuentros que tuvieron con los tirrenos, que disponian de numerosa flota.

VI.

LA MONARQUÍA SICILIANA.

El régimen monárquico se habia conservado en Grecia, solamente en aquellos cantones que se habian mantenido libres del contagio de las nuevas ideas democráticas, y bien puede asegurarse que los únicos pueblos que permanecian fieles á sus antiguas instituciones monárquicas eran los molossos del Epiro y los macedonios. Tambien los tésalos volvieron á las ideas antiguas, al punto de que en el sexto siglo se consolidó, de una manera extraordinaria el prestigio de los descendientes de sus antiguos reyes; Elis fué uno de los últimos cantones que abolieron la monarquía y los pisates se rigieron monárquicamente hasta la definitiva pérdida de su independencia. Por el contrario, entre los dorios argivos no quedaba de este sistema de gobierno más que el nombre y en Esparta, despues de abandonar una por una las atribuciones de sus reyes, sometióseles ahora á la autoridad de unos funcionarios elegidos anualmente. En las colonias griegas del mar Egeo, fuera de las de Chipre, sólo se conservaba por esta época en Rodas y en Thera, que es la última de estas ciudades que abolió la monarquía, conservada tambien en

Cirene, fundada por los Thereos. La tiranía democrática erigida en las ciudades dóricas de Corinto, Megara y Sicyon no echó profundas raices y tuvo una existencia poco menos efímera que la de los estados análogos fundados, algun tiempo despues, en algunas ciudades jónicas de la costa asiática, sin que tuvieran mejor fortuna las monarquías establecidas en Atica, en Naxos y Samos, á pesar de su estrecha alianza, de su carácter democrático templado y de los hechos brillantes que inmortalizaron la memoria de sus fundadores.

En las poblaciones jónicas sometidas al yugo persa, sostúvose el régimen monárquico bajo la influencia de sus nuevos señores, y sólo como instrumento de que se valieron estos para mantener en la obediencia á sus habitantes; muy al contrario le vemos adquirir verdadero carácter nacional y consolidarse en las colonias de Sicilia, á las que se refiere Trogo, cuando dice: «ningun pais fué jamás tan fecundo en tiranos como Sicilia.» El estado greco-siciliano llegó á tener más importancia que los principados democráticos de Corinto y Sicyon y que las tiranías posteriores de Atica y Samos, llegando á tal punto su preponderancia que, bajo su direccion, llegaron los dorios á dominar completamente la isla, sobreponiéndose á las ciudades jónicas y fundando colectividades que, por su forma de gobierno y por su poderío, sobrepujan á todos los estados griegos anteriores, tanto de la metrópoli como de las colonias.

No era un Estado grande y poderoso, como el que habia sometido á las ciudades jónicas del Asia menor, el que ahora amenazaba caer sobre las colonias griegas de Sicilia; era un Estado análogo, por su constitucion, al suyo, una ciudad comercial la que, aprovechándose de las discordias que habian surgido en las poblaciones marítimas de la baja Italia, y prevaliéndose de esta

desunion; se propuso arruinar el poder de los griegos en connivencia con las tríbus indígenas, á quienes se ofrecía excelente ocasion de reconquistar las comarcas ocupadas por los griegos. Por esta época habian expulsado los griegos á sus rivales los fenicios, no solamente de sus antiguas colonias de la córte helena sino tambien de las islas del Egeo, y hasta en Chipre habíanse establecido colonias griegas enfrente de los puertos fenicios. El mismo espíritu de rivalidad comercial, les llevó en el siglo octavo á las costas del mar Negro primero y más tarde á las de Sicilia, donde sucesivamente fundaron las ciudades de Naxos, Zankle, Leontini, Catana, Siracusa y la Megara de Hyblae. En el siglo sétimo continua este movimiento colonial hácia el Oeste: los focenses ocupan la embocadura del Po; en Egipto disputan á los mismos indígenas el predominio comercial y en la costa de Libia fundan la importante colonia de Cirene. Los mismos focenses se presentan, al finar el sétimo siglo, en las costas del mar Tirreno y de Liguria, y en union con los samiotas llevan sus naves más allá de las columnas de Hércules, con ánimo de hacer competencia á los fenicios en el pais del oro y de la plata.

Al mismo tiempo las colonias greco-sicilianas continuan progresando y estendiéndose en direccion á las comarcas occidentales de la isla. Ya en 690 se fundó Gela en la costa del Mediodia; en 664 funda Siracusa la colonia de Akrae en el interior y Casmenae en la costa meridional; en tanto que colonos de Zankle echan los cimientos de Himera en la del Noroeste y los de Megara fundan Selinunte, más al Sudoeste en 628. La fundacion de Camarina por los siracusanos en la costa del Mediodía, es contemporánea de la de Massalia por los focenses y corresponde al año 600; poco tiempo des-

pues fundan los gelanos Akragas en la desembocadura del rio del mismo nombre, acortando así la distancia que les separaba de Selinunte.

***

Vemos por esta lijera reseña retrospectiva que los fenicios, poco antes únicos dueños de la isla, se hallaban ahora rodeados por todas partes de griegos é imposibilitados para ensanchar sus posesiones, al punto de encontrarse reducidos á sus antiguas ciudades de Soloeis, Panormo y Motye. Segun el dicho de Tucidides, «los fenicios abandonaron la mayor parte de sus colonias y replegándose hácia Motye, Soloeis y Panormo, se aliaron con las tríbus indígenas de los elymeos, que ocupaban la parte occidental de la isla, no sin esperar el socorro de Cartago, que dista de aquí una corta jornada» (1)

Los mismos fenicios habian contribuido á aumentar el poder de los elymeos, enseñándoles costumbres sedentarias, bajo cuya influencia se reunieron en las ciudades de Egesta y Eutella, y por lo que hace á Cartago mostróse desde luego propicia á prestarles el solicitado socorro. Fundada esta ciudad por los tirios, en la desembocadura del Bagradas, hácia la mitad del noveno siglo, habíase anexionado un estenso territorio, que por su fertilidad constituia una fuente inagotable de riqueza. Pero no provenia de esto su principal importancia, sino de su excelente puerto y de su posicion favorable que la permitia sostener activo comercio de exportacion y de cambio, lo mismo con las tríbus de Libia, que con Gades y Tiro, en medio de las cuales se hallaba situada. Cuanto más pesado se hacia el yugo de Asiria sobre Tiro y Sidon, cuanto más quebrantadas salian

(1) Tucidid. 6, 2.

estas ciudades de la desigual lucha que sostenian con el poderoso imperio babilónico, tanto más se imponia à Cartago la obligacion de protejer á sus compatriotas de Occidente y más fundadas eran sus esperanzas de llegar algun dia á tomar en sus manos el gobierno de todas las colonias fenicias, con ó sin su beneplácito.

Frustradas sus esperanzas de arruinar en sus comienzos la colonia de Massalia y derrotada la flota cartaginesa por la focense, volvieron la vista á Sicilia, donde esperaban alcanzar mejor resultado. Muy luego se ofreció ocasion á los fenicios de ensayar allí sus fuerzas. Unos emigrados de raza dórica, procedentes de las islas de Gnidos y Rodas y dirigidos por cierto Pentathlo, de orígen gnidio, tuvieron el imprudente arrojo de establecerse en el promontorio de Lilibeo, que se alza en la costa Sudoeste de Sicilia. No obstante el socorro que recibieron de Selinunte, situada á corta distancia y habitada por dorios, fueron derrotados y arrojados del país por las fuerzas reunidas de los fenicios y de los elymeos de Egesta, el año 580. Dirigiéronse entonces á las costas del mar Tirreno, y, habiéndose apoderado de las islas Lipari, expulsaron á sus dueños los Tirrenos, enviando al santuario délfico una parte del botin en memoria de tan señalado triunfo (1). Algunos años despues, en 568, tuvo lugar la fundacion de Alalia en la costa Occidental de Córcega, ó sea veinte años justos antes del ataque de Harpago.

Pero entretanto habian logrado los cartagineses reunir en una confederacion todas las ciudades fenicias de Sicilia, someter á los elymeos y obligar á los de Egesta á firmar un tratado de alianza, con lo cual toda la region Occidental de Sicilia quedó trasformada en una provincia de Cartago y se halló en disposicion de oponer

(1) Diodor. 5, 9. Pausan. 10, 11, 3.

un dique poderoso al avance de los griegos. Los cartagineses enviaron á la metrópoli el diezmo del botin cogido al enemigo «en muchos y rudos combates sostenidos par la defensa de este país al mando de Malcus» para consagrarle al dios Melkarth de Tiro (1). Diferentes convenios ajustados con las tríbus tirrenas, en los que se garantizaba la libertad de comercio en tiempo de paz y mútuo auxilio en tiempo de guerra, afirmaron más y más el predominio de Cartago en la isla, al propio tiempo que oponian insuperables dificultades al progreso de las colonias griegas, que, de esta manera, se vieron precisadas á concentrar sus fuerzas en la defensa de su territorio, dando así nueva direccion á la marcha de los partidos que en su seno se agitaban (2).

En las ciudades dóricas de Sicilia gobernaban los linajes nobles. Así en Gela, segun el testimonio de Tucidides, imperaban las tradiciones y las leyes dóricas. Tambien el pueblo estaba divido en las tríbus de hyleos, pamfilos y dynanes, de la misma manera que en los paises dorios del Asia y de la metrópoli (3). Con estas tradiciones nacionales habian traido los fundadores de Gela no pocas creencias religiosas de orígen fenicio, que sus antepasados tomaron en Rodas, como el culto de Júpiter Athabyrio, que adoraban bajo la forma de toro.

Los gelanos llevaron consigo estas tradiciones y

(1) Justino (18, 7) supone que la guerra siciliana ocurrió antes que la de Cerdeña. La existencia de esta provincia se deduce claramente del tratado romano-cartaginés del año 508. Véase Polib. 3, 22.

(2) Aristotel. Polit. 3, 5, 10. 11. La existencia del tratado ofensivo-defensivo entre cartagineses y tirrenos se puso de manifiesto en la guerra de estos dos pueblos contra los focenses.

(3) Tucid. 6, 4. 8. Müller, Dorios, 2, 76. Correspond. belléniq. 1882, Avril, 266.

creencias á los establecimientos que fundaron en la isla. Bajo la direccion de Aristonoo y de Pystilo fundaron el año 581 la ciudad de Akragas, en la confluencia del rio de este nombre y del Hypso (hoy Drago), que tiene lugar á corta distancia del mar. Alzábase sobre una meseta inclinada en direccion al mar y rodeada por los dos rios que al juntarse la abrazaban casi por completo. En la cúspide más alta se construyó la ciudadela, á 1.200 piés sobre el nivel del mar, dentro de cuyos muros se hallaban los templos de Athena y de Júpiter Athabyrio, á semejanza de los que habia en la de Gela, Lindos y Rodas (1).

Era á la sazon Falaris, hijo de Laodamas, uno de los más distinguidos patricios de la nueva ciudad, cuyos antepasados, se dice, procedian de la isla de Astypalaca, cerca de Gnido. Encomendósele la direccion de las obras del templo que debia erigirse en la ciudadela á Júpiter Athabyrio, cuya circunstancia no solo puso en sus manos sumas considerables de dinero, si que tambien colocó bajo sus órdenes un número respetable de obreros y trabajadores, de los cuales se valió para explotar el descontento de aquellos habitantes que no habian tenido cabida en las asociaciones de los linajes, á fin de apoderarse del gobierno de la poblacion. Con tal intento, luego que tuvo almacenadas en la ciudadela suficiente cantidad de vigas, tablas y otros materiales de construccion, hizo levantar con ellos una muralla, dió armas á sus operarios y con ellas atacó de improviso á los linajes, en ocasion en que celebraban la solemnidad de los thesmoforias, tomando en sus manos las riendas del poder el año 570 antes de nuestra era (2).

(1) Polib. 9, 27.

(2) Segun hace notar Aristóteles la tiranía de Falaris, es de las que tuvieron origen ék tôn timôn. Polit. 5, 8, 4. Polieno, 5, 1. Sui-

***

Falaris era tenido entre los griegos por el más detestable de todos los tiranos. Cuéntase que para saciar sus crueldades, encomendó al artista Perilao que fabricase un toro de bronce, sobre el cual hizo quitar la vida á muchos infelices. Segun Diodoro se hallaba colocada esta máquina en una altura que recibió despues el nombre de Eknomos, sobre la cual tenia Falaris un castillo. Abriendo una válvula del toro introducíanse las víctimas en su seno; donde perecian abrasadas por el fuego que ardia debajo del infernal aparato, regalándose los oidos del tirano con los gritos que lanzaban los desgraciados. Asegúrase que el autor de la máquina fué el primero que pereció en ella; otros cuentan que Falaris mandaba cocer á sus víctimas en calderas llenas de fuego y hay quien afirma que se hacia servir á la mesa carne de niños de pecho (1).

Por el contrario hace notar Plutaco que este tirano fué un bienhechor que la divinidad envió á los akragantinos para que remediasen sus males; asegura que no siempre se condujo tiranamente y que hasta los griegos sicilianos habian considerado las crueldades de Falaris como otros tantos actos de justicia y de ódio contra el crimen.

Como quiera que sea, mientras tuvo en sus manos el poder, no faltaron á Falaris partidarios y aduladores (2). Heraclides del Ponto dice que el tirano perdonó á dos jóvenes conjurados que atentaron contra su vida, llamados Jariton y Melanippo, y que habiendo consultado

---

das *Fálaris.* Eusebio pone su gobierno en la olimp. 52, 3, año 570 y Jerónimo en la olimp. 53, 1, ó sea el año 568.

(1) Diod. Exc. Vatic. p. 20 y 19, 108. Heracl. Pont. 37. Clearco de Soli en Ateneo, p. 396.

(2) Sera Vind. 7; Parall. 39. Adulator 12. Ael. Var. H. 2, 4.

sus adversarios á la Pitia de Delfos, sobre el modo de acabar con él, les aconsejó el oráculo que desistieran da sus propósitos. Timeo le defiende tambien y asegura que lo del toro de Falaris es pura fábula. Mas Polibio sostiene lo contrario y afirma que el toro fué trasladado más tarde, con el resto del botin, de Akragas á Cartago y que aun se veia la válvula en la espalda del animal, hecho confirmado por Diodoro, cuando dice que, despues de la toma de Cartago, los romanos devolvieron el toro á los akragantinos (1).

Las leyendas relativas á la antropofagia de Falaris, á sus sacrificios de hombres cocidos en calderas llenas de fuego ó abrasados en el seno del toro, tienen su orígen y fundamento en el culto de Baal Moloch, adorado por los rodios bajo la denominacion de Júpiter Tabor ó Athabyrio y honrado tambien en su isla con sacrificios humanos, principalmente de niños. Así se dice que cuando amenazaba á Rodas alguna calamidad, resonaban los bramidos de sus toros de bronce en el tempo erigido en la capital á Júpiter Athabyrio, lo que quiere decir que se aplacaba á Moloch con sacrificios humanos ofrecidos ante sus toros ó en sus mismas entrañas (2). No es posible negar que Falaris fomentó el culto de tan horrible ídolo al que adoraban sus partidarios y del que sin duda se sirvió para deshacerse de algunos de sus enemigos; entre otros testimonios qne lo confirman, tenemos uno muy antiguo y nada sospechoso en estas palabras de Pindaro: «por todas partes persigue la fama al despiadado sentimiento, al que por medio del toro de bronce quemaba á los hombres (3).

(1) Heracl. Pont. en Ateneo, p. 606. Polyb. 12, 25. Diodor. 13, 90. 32, 25.

(2) Schol. Pind. Olymp. 7, 160. Tzetz. Chil. 4, 390.

(3) Pyth. 1, 95. Esta oda es por lo ménos del año 470.

Hasta qué punto sea exácto el juicio de Plutarco, segun el cual, los mismos griegos de Sicilia afirmaban que Falaris se habia mostrado cruel con el crímen pero sin traspasar los límites de la justicia, no podemos hoy determinarlo; pero en cambio es poco menos que seguro que estendió su dominacion por casi toda la isla, desde la costa meridional á la del Norte, y que apesar de su ferviente devocion á los dioses fenicios y de su adhesion á las creencias que representaban, fundó una potencia de orígen heleno opuesta en un todo á la colonia cartaginesa que á la sazon se estaba formando en Sicilia. Los dos burgos Eknomos y Falarion, erigidos en la costa meridional á una milla de Gela, para la defensa de su autoridad en aquellos parajes, señalaban tambien el límite de su dominacion hácia Oriente, mientras que, por el Norte, tocaba con la provincia de Himeras (1). Los mismos himereos, segun hace notar Aristóteles, nombraron á Falaris general de su ejército, sin dar oidos á las excitaciones de Estesícoro, que les descubrió el peligro que para la dependencia de la ciudad envolveria aquel excesivo poder puesto en manos del ambicioso tirano. Pero los himereos obedecieron sin duda al deseo de tener en Falaris una defensa y un apoyo contra las más ambiciosas pretensiones de los cartagineses, cada dia más envalentonados con el creciente poder de sus colonias. Asegúrase que Falaris sojuzgó tambien á Leontino y aun afirman algunos escritores que estendió sus dominios por toda Sicilia (2).

Falaris fué derribado del mando, á los diez y ocho años de gobierno, el 554 antes de Jesucristo. Dícese que viendo en cierta ocasion una bandada de palomas per-

(1) Diodoro, 19, 108.
(2) Suidas, Fálaris, Stesich. Rhetor. 2, 20.

seguida por un buitre exclamó: «si osáran revolverse contra el perseguidor, pronto se harian superiores á él»; el pueblo tomó el consejo del tirano y acabó de una vez con su opresor (1). La madre de éste y sus principales adictos perecieron abrasados y á fin de borrar hasta el recuerdo de Falaris se publicó una órden prohibiendo usar vestidos azules, por ser éste el color distintivo de los servidores del tirano (2).

A juzgar por autorizados testimonios, Falaris no fué derribado por el pueblo, sino que lo fué por los linajes. Al frente de la revolucion que destronó al tirano figura Telémaco, hombre rico y poderoso de la familia de los emmenidas, que primero residió en la isla de Thera, de donde se trasladó á Rodas, de aquí á Gela y de esta á Akragas (3). Sin embargo la nobleza no logró conservar entonces en sus manos las riendas del gobierno de esta ciudad, antes bien, segun hace notar Heraclides el póntico, pasó muy luego el poder á un nuevo tirano llamado Alcamenes, á quien sucedió Alcandro, hombre distinguido y valiente, al decir del mencionado Heraclides, quien además asegura que la ciudad prosperó y creció bajo su direccion en términos, que los akragantinos ribeteaban sus trajes con cintas de púrpura (4).

A la muerte de Alcandro recibe el poder un descendiente del Telémaco que derribó á Falaris, cuyo hecho sucedió de esta manera. Enesidemo, nieto de Telémaco, tuvo dos hijos: Theron y Xenocrates. Este se hizo notar en Olimpia el año 490, ganando el premio de las carreras con su cuadriga, cuyo hecho celebró Pindaro en

(1) Diodor. Exc. Vatic. p. 25-26.

(2) Plutarch. Princeps. philosophor. 3; Praec. ger. reipubl. 28.

(3) Schol. Pind. Olymp. 8, 68. Böckh Explic. Pind. p. 115 sqq.

(4) Heracl. Pont. 37.

uno de sus más sonoros cantos (1). De su hermano Theron se cuenta que habiéndose encargado de la direccion de las obras del templo, que se erigia á Minerva en el recinto de la ciudadela, empleó una parte del dinero recibido con tal objeto en pagar asalariados, con cuyo eficaz auxilio se apoderó del mando de la ciudad, el año 488, es decir, sesenta y seis años despues de la caida de Falaris (2).

El gobierno prudente y moderado de Theron le ganó, desde luego, las simpatias de los akragantinos, hecho que confirma Diodoro cuando dice, que este príncipe aventajaba, no sólo á sus conciudadanos, si que tambien á todos los siciliotas por la nobleza de su linaje y por sus sentimientos humanitarios hácia el pueblo (3). A estas cualidades, que el escritor mencionado exajera y exorna, segun la costumbre de los antiguos retóricos, juntaba Theron un valor y una fuerza de voluntad que, en poco tiempo, le hicieron dueño de todo el territorio antes sometido á Falaris. Tan prósperos resultados arrancan á Pindaro esta confesion: «En el trascurso de 100 años (4) no ha conocido Akragas un hombre que mayores beneficios hiciera á sus amigos y que obrase con más generosa mano que Theron; y juro que no digo

(1) Hé aquí el árbol genealógico de Theron que dan los Escolios á Pindaro (Pyth. 6, 4:) Telémaco, Emmenides, Enesidemo, Theron; algo diferente es el que se da en Olimp. 2, 82, á saber: Telémaco, Falsiecos, Enesidemo, Theron; y Olimp. 3, 68: Telémaco, Enesidemo, Theron. El Emmenides de la primera version es nombre de familia que sin duda correspende al Pataeco que aparece en Herodoto (VII, 154), segun el cual la sucesion es como sigue: Telémaco, Pataeco, Enesidemo y Theron. Böckh, Explic. Pind, p. 114, ha puesto en claro la fecha del comienzo del reinado de Theron.

(2) Polieno. 5, 71.

(3) Diodor. Excerpt. Virtut. p. 558.

(4) El tiempo que subsistió la ciudad próximamente.

más que la verdad.» El mismo vate le llama en otro lugar «piadoso guardador de los cultos religiosos,» «descendiente de padres dignos de alabanza, que ha levantado de su postracion la ciudad» y «baluarte de Akragas» (1).

***

En Gela, metrópoli de Akragas se sostuvo el gobierno de los linajes más tiempo que en Akragas, siquiera no se lograse este resultado sin luchas interiores. Sábese que el partido de los descontentos promovió un alboroto del que salió vencido, viéndose obligados sus principales autores á salir de la ciudad para establecerse en Maktorion, lugar situado al Norte de Gela, no lejos de los manantiales del rio Gelas. Algun tiempo despues cierto Telines descendiente de Gelon, natural de la isla de Telo, que habia pasado á establecerse en Gela, «sin el socorro de tropas, armado solamente con el aparato y monumentos sagrados del culto de Céres y de Proserpina, diosas infernales, logró restituir á Gela aquellos fugitivos,» suceso que no deja de causar admiracion, ya que Telines segun era fama entre los vecinos de Sicilia, era hombre afeminado, cobarde y dado á los placeres.

A este propósito conviene recordar que los moradores griegos de Sicilia, sin duda en consideracion á la extraordinaria feracidad de su suelo y á la posicion especial de la isla, habian implantado en sus ciudades el culto de Céres y de Proserpina, con los misterios que, ya desde principios del siglo VI, se habian introducido en ellos. Es, por consiguiente, probable que los linajes que á la sazon imperaban en Gela, temiendo el enojo de las diosas infernales, cuyo sacerdocio se habia per-

(1) Olymp. 2, 91 sqq. 3, 41. 2, 6.

petuado en la familia de Telines, y á las que éste puso por mediadoras de su pretension, permitiesen el regreso á la ciudad, á él y á sus compañeros, no sin aceptar la condicion que les impuso de que, en lo porvenir, debiesen ser sus descendientes hierofantes ó sacerdotes de dichos númenes (1).

La debilidad que mostró el gobierno aristocrático de Gela cediendo á las pretensiones de los sediciosos, quebrantaron su autoridad y fué ocasion de nuevos disturbios, con cuyo motivo aparece en escena cierto Pantarco, hijo de Menecrates, que habiendo obtenido el triunfo en uno de los juegos Olímpicos, erigió un voto en cuya dedicatoria dice de sí mismo que es oriundo «del célebre pais de Gela» (2). Tuvo dos hijos: Cleandro, que se apoderó del gobierno de esta ciudad en 505 y fué asesinado, despues de siete años de dominio, por el geloota Sabilo el 498, é Hipócrates que se apoderó del mando á la muerte de su hermano (3).

Codicioso de ensanchar sus dominios reunió Hipócrates un numeroso ejército compuesto principalmente de indígenas sicilianos, con el cual atacó las ciudades jónicas situadas en la costa meridional de la isla. Muy luego cayeron en sus manos Leontino y Naxos, que era la más antigua colonia de los griegos en Sicilia, pocos años despues que Atica impusiera el yugo de su dominacion á Chalcis, metrópoli de aquellas ciudades. Con igual vigor y suerte atacó Hipócrates á las tribus indígenas sicilianas que moraban en el interior de la isla, de suerte que sus dominios traspasaron las fronteras de la provincia de Zancle, en la costa del Norte:

(1) Herod. VII. 153.

(2) Corp I. G. A. Num. 5.120. F.

(3) Herod. VII. 154. Aristot. Pol. 5, 10, 4. Böckh Expl. Pind. p. 100.

y aun Escithes, príncipe de esta ciudad, no se libró de caer en sus manos, sino mediante un convenio ofensivo-defensivo, ajustado con el tirano de Gela.

Poco tiempo despues sucedió que unos milesios y samiotas, huyendo de los persas, cayeron sobre Zancle y se apoderaron de ella, en ocasion en que Escithes estaba sitiando, con todas sus fuerzas, un castillo de los sicilianos. Acudió el príncipe Zancleo á Hipócrates en demanda de auxilio, mas éste se apoderó de Escithes, desarmó á sus soldados y los redujo á esclavitud, so pretexto de que el primero era el único culpable de la pérdida de la ciudad. Esta quedó en poder de los samiotas bajo la condicion de entregar á Hipócrates todos los esclavos y bienes movibles que se encontrasen en la ciudad y su campiña. Sucedieron estos hechos el año 494 antes de Jesucristo (1). De esta manera trasformó Hipócrates su pequeño señorío de Gela en un principado que abrazaba la mitad oriental de Sicilia. Pero comprendiendo que su nuevo estado carecia de unidad y de cohesion, en tanto que conservasen su independencia las ciudades dóricas del Sudeste, Megara y Siracusa, dirigió sus armas contra esta última (2).

Lo mismo que en la isla de Samos tenian en sus manos el gobierno de la ciudad de Siracusa los linajes de los Gamores, que, procedentes de Corinto, estableciéronse primero en la isla de Ortygia, para trasladarse luego á Sicilia, donde fundaron la mencionada colonia. Los actuales gobernantes eran, pues, descendientes de los primeros colonizadores que, como tales, se hicieron dueños de los mejores lotes de terreno. Los sicilianos, sometidos en gran número á sus leyes, y conocidos bajo la denominacion indígena de Cillyrios ó Cillicyrios,

(1) Herod. VII. 154. 6, 23. Tucid. 6, 4. Aristot. Polit. 5, 2, 10.
(2) Marmor Par. ep. 37.

cultivaban las tierras de los nuevos señores; habiendo sido expulsados los myletidas, deque hace mencion Tucidides, sin duda por no someterse á la condicion de vencidos (1).

Desde los primeros tiempos de su fundacion se desarrolló en Siracusa un activo comercio con la Metrópoli y Corcyra particularmente, que atrajo á ella gran número de artesanos, navegantes, mercaderes y navieros. Esto la proporcionó, además, un contingente de poblacion tan extraordinario que, en el trascurso del siglo sétimo, pudo fundar tres colonias: Akrae, en el interior de la isla; Kasmenae, situada más al Sur, y Kamarina en la costa del Mediodía, cuya creacion coincide precisamente con el año 600 antes de Jesucristo.

Las discordias de dos nobles que desempeñaban cargos públicos, uno de los cuales sedujo á la esposa del otro y éste al favorito del primero, vino á turbar la paz y el progresivo desarrollo de Siracusa, dividiendo la nobleza en dos partidos rivales que se hicieron cruda guerra. Los elementos de la poblacion, que aspiraban á la participacion del gobierno, se aprovecharon de estas disensiones para realizar sus miras y arrancar al partido reinante concesiones y reformas en sentido democrático. Luego aparece Siracusa empeñada en guerra con su colonia de Kamarina, que pretendia separarse del partido de la metrópoli, cuya contienda terminó con la destruccion completa de la colonia. En relacion con este hecho, se cita el cambio que introdujo entonces Siracusa con su sistema monetario, adoptando el de Solon, en lugar del sistema de la metrópoli que antes habia usado. Tal reforma demuestra que, al mediar el siglo sexto, existia un comercio muy activo entre Siracusa y Atenas, y

(1) Tucid. 6, 5. Es la única noticia que tenemos de este pueblo.

prueba igualmente la estimacion de que gozaba la moneda ática, gracias á su buena ley y á su acuñacion perfecta. Aristóteles y Plutarco aseguran que la reforma alcanzó á la Constitucion de Siracusa, modificada en sentido demócrático, y aunque no es posible precisar la fecha en que tuvo lugar, los datos que suministra el primero de los mencionados escritores hacen presumir que fué antes del año 550 (1). De las noticias que comunica Diodoro se infiere que al emprender Hipócrates el sitio de Siracusa gobernaba en ella la aristocracia, segun lo da á entender tambien Herodoto (2).

Tal era la situacion de esta floreciente colonia griega, cuando se presentó delante de ella el caudillo de Gela, resuelto á no volver la espalda sin haber añadido esta nueva conquista á sus ya valiosos dominios. Saliéronle al encuentro los siracusanos y acamparon en las cercanias de su colonia de Akrae. Segun hace notar Pindaro, que describe como testigo ocular aquellos lugares, á orillas del camino que va de Gela á Siracusa, «cerca de las empinadas y pedregosas márgenes del Heloro» que desemboca en el mar, al Este de Kasmenae, se trabó la pelea entre las huestes de Hipócrates y las siracusanas (3). Lucharon estas con valor, á fin de impedir al enemigo el paso del rio, pero al fin fueron rechazadas y el príncipe de Gela puso cerco á la ciudad.

Habia en su estensa playa, y como á un cuarto de legua de sus muros, en direccion al Sur, un templo de Júpiter olímpico, cuyos sacerdotes trataron de poner en salvo las riquezas que allí habia acumulado la piedad de los siracusanos; pero Hipócrates les dió seguridad de

(1) Tucid. 6, 5. Aristot. Polit. 5, 3, 1. Plut. Praec. ger. reipubl. 32, 17. Holm. Historia de Sicilia, I, 148.

(2) Diod. Virt. Vit. p. 558. Her. VII, 156.

(3) Pind. Nem. 9, 40.

no tocar aquellos objetos, con el intento, segun hace notar Diodoro, de ganar en su favor la voluntad de los habitantes de la ciudad (1). Hallábase esta en inminente peligro de caer en manos del enemigo, cuando Corinto y Corcyra interpusieron su mediacion para salvarla. Estas ciudades estaban altamente interesadas en la conservacion de Siracusa, donde tenian un mercado de primer órden que les otorgaba todos los beneficios posibles en las transacciones mercantiles. Ajustóse, pues, un convenio, en fuerza del cual se obligaron los siracusanos á entregar á Hipócrates la ciudad de Kamarina y su comarca, poco antes arruinada, prévia la devolucion de los prisioneros hechos por el ejército de Hipócrates. Sin pérdida de tiempo emprendió este la restauracion de la ciudad, trasladando á ella una parte de los habitantes de Gela (2).

Pero el génio guerrero de Hipócrates no le permitió estar ocioso, y muy luego buscó pretexto para declarar la guerra á sus vecinos, con el propósito de ensanchar aun más su territorio. Dirigióse esta vez contra la Megara de Sicilia, cuya conquista ponia en directa comunicacion sus posesiones de Naxos y Leontino y aumentaba la poblacion de su Estado con la anexion de la numerosa tríbu de los hibleos, en cuyas costas se hallaba la citada Megara. Hipócrates los persiguió hasta su fortaleza de Hybla, situada en la vertiente meridional del Etna, pero con tan mala suerte que encontró la muerte delante de sus murallas, el año 491 antes de Jesucristo (3).

(1) Diod. Virt. Vit. p. 558.

(2) Herod. VII. 154. Tucid. 6, 5.

(3) Puesto que la Hybla Herea, dada su posicion, debió pertenecer á Hipócrates, á lo menos desde la batalla del Eloro, se trata sin duda de la Hybla Galeatis en el suceso relacionado con su muerte.

Siete años de reinado bastaron á este animoso caudillo para hacerse dueño de casi toda la mitad oriental de la isla, comprendiendo en sus dominios la ciudad de Gela por un lado, y la de Zancle por otro. Pero á su muerte faltó poco para que se desmoronase el edificio con tan ímprobo trabajo levantado. Tan pronto como llegó á Gela el rumor del fallecimiento de Hipócrates, los geomores proclamaron la República y tomaron en sus manos las riendas del gobierno. Pero no se hallaban los linajes en situacion de mantener unidos los elementos heterogéneos de que se componia el pequeño Estado, ni mucho menos de hacer frente á los enemigos que se les opondrian. Era el primero y más temible el ejército de Hipócrates, acampado á las puertas de Hybla, secundado, en la empresa de arrojar del poder á los linajes, por Euclides y Cleandro, hijos de Hipócrates.

***

No podia ocultarse á los caudillos del ejército que este perdia su razon de ser en el momento en que se declarase abolido el régimen monárquico. Habia entre ellos uno, por nombre Gelon, hijo de Deinómenes y descendiente del ya mencionado Telines, Hierofonte de las diosas infernales, el cual se habia distinguido sobre todos por su mérito y por las prendas militares que más se estimaban entonces, al punto de que, sitiando Hipócrates á los naxios y á los leontinos, lo mismo que en la batalla del Eloro, habia hecho brillar muy particularmente su valor y habilidad como general de la caballería. Cuando estuvo seguro del apoyo del ejército, so color de volver por Euclides y Cleandro, cuyos derechos no quisieron reconocer los linajes, se dirigió contra Gela y venció á los enemigos que le salieron al encuentro. Pero, una vez dueño de la ciudad, declaró

abiertamente sus verdaderos intentos, apoderándose de Señorío y despojando de él á los hijos de Hipócrates (1).

Varios son los datos que nos pueden servir de punto de partida para fijar la fecha de los acontecimientos que lijeramente hemos reseñado. Poco tiempo despues de haber conquistado el poder alcanzó su cuadriga el triunfo de Olimpia, juntamente con el caballo de carrera de su hermano Hieron, hecho que tuvo lugar el año 488, antes de J. C. En memoria de este suceso ordenó Gelon al artista egineta Claukias que hiciese el grupo de la carroza y de los caballos con su estátua de talla, para establecerla en el Altis de Olimpia, donde fué colocado dos años más tarde. Tanto Pausanias, como Aristóteles y Diodoro empiezan á contar la tiranía de Gelon desde la toma de Siracusa (2), siendo además seguro que antes ejercia el cargo de Hierofante, heredero de Telines (3) y que despues de la batalla de Himera erigió templos á Céres y Proserpina, al pié del Etna y en Siracusa. El hecho de aparecer Gelon en el citado monumento como geloo y no como siracusano, demuestra que su ereccion es anterior á la toma de Siracusa, acaecida el año 485, es decir, tres antes del 478 en que le sucedió su hermano Hieron (4).

Gelon, hombre de actividad incansable y uno de los más hábiles caudillos de su tiempo, estaba en posesion de las cualidades necesarias para continuar y completar la obra de Hipócrates, como lo demostró inmediatamente con la toma de Siracusa (5). Sin embargo, poco tuvo que hacer para dar cima á la empresa, ya comen-

(1) Herod. VII, 155. Aristot. Rhet. 1, 12, 30.
(2) Paus. 6, 9, 4. 5. Aris. Pol. 5, 9, 23. Diod. 11, 38.
(3) Schol. Pind. Olymp. 6, 95. Pyth. 2, 25.
(4) Diodor. 11, 38.
(5) Diodor. 11, 67.

zada por su antecesor, porque las discordias de sus mismos habitantes le allanaron el camino. Los aristócratas en cuyas manos estaba á la sazon la República y que, como colonos más antiguos, eran dueños de las tierras, habiendo sido arrojados de la ciudad por la violencia de la amotinada plebe y de sus mismos esclavos los cillirios, que se unieron en masa á los revoltosos, llamaron en su ayuda á Gelon paraque desde Kasmenae, donde se habian refugiado, les restituyera á Siracusa. Más que la democracia imperaba en esta ciudad una completa anarquía (1). No fué necesario emplear las armas, porque la plebe siracusana, viendo en el príncipe de Gela un protector contra las demasias de los gueomores, más bien que un tirano ó un enemigo y comprendiendo que pondria freno á las exigencias de los nobles, si alcanzaban de nuevo el mando, le entregó la poblacion, entregándose igualmente á sí misma, el año 485 antes de Jesucristo (2), resultado que debieron haber previsto los aristócratas al pedir auxilio al tirano.

En la parte oriental de la isla sólo quedaban dos ciudades independientes: Catana, que pertenecia á los jónios y la dórica Megara; ambas cayeron en poder de Gelon. En la última imperaban á la sazon los aristócratas, que unos treinta años hacia dieron asilo á Theognides y á otros nobles desterrados de la metrópoli por el gobierno democrático. Tambien la plebe de esta ciudad mostró desde luego deseos de entregarse al príncipe, como lo habia hecho el pueblo de Siracusa; pero los nobles opusieron resistencia prefiriendo sufrir los hazares de una guerra y de un sitio. Púsole en efecto Gelon, quien quedó muy luego dueño de la ciudad y de su

(1) Herod. VII, 155. Aristot. Pol. 5, 2, 6. Dion. Hal. 6, 62. Föti y Hesyquio, v. Killiküríoi.

(2) Herod. VII, 155.

habitantes. El vencedor entresacó los más ricos y los trasladó á Siracusa, donde les otorgó todos los derechos de ciudadanos. No lo hizo, empero, así con el bajo pueblo de Megara, al que trasportó tambien á Siracusa y por más que no tuviese culpa alguna en aquella guerra, le vendió por esclavo con la expresa condicion de que los compradores le sacasen de Sicilia. La Megara siciliana fué arruinada el 483, habiendo subsistido en pié 245 años (1).

***

Los príncipes de Akragas y de Gela habian logrado fundar un Estado que, por su extension y por su particular organismo, se distingue completamente de los que hasta entonces habian fundado los griegos. Las disposiciones y medidas enérgicas, severas y á veces crueles empleadas por estos príncipes para elevarse y afirmar su autoridad, no constituyen el principal carácter de los nuevos estados griegos que se forman en Sicilia, ya que las democracias helenas no están limpias del estigma de la crueldad y de la mancha de haber empleado procedimientos crueles y bárbaros contra sus adversarios; su carácter distintivo consiste en que su organizacion abrazaba extensas circunscripciones y no se limitaba, como en los cantones de la metrópoli, á la ciudad, cuyo gobierno se hallaba propiamente basado en el régimen municipal.

Establecidas las ciudades helenas de Sicilia en territorio extranjero y rodeadas de tríbus extrañas, habia sido preciso conquistar primero el terreno y someter despues á los sicilianos para formar con ellos grandes núcleos de poblacion, adicta á los nuevos señores y á sus leyes. Sibaris habia ya seguido en pequeña escala

(1) Polieno, 1. 27, 3. Tucid. 6, 4.

este sistema de colonizacion; pero Gelon aventajó á todos los caudillos griegos en el acierto con que supo amalgamar las tríbus vecinas, haciendo de ellas súbditos fieles y sumisos. Sin abolir por completo la antigua organizacion del municipio, distribuyó los servicios públicos de manera que el producto de las rentas y de las contribuciones afluia íntegro á sus arcas, pudiendo de esta manera, sostener un ejército permanente sin gravar á los griegos de la ciudad. Este sistema de colonizacion les proporcionaba además la ventaja de poder reclutar soldados entre los vasallos indígenas que eran una garantia de paz enfrente de los soldados burgueses. Con el apoyo de este ejército, con ingresos seguros y una poblacion adicta no era difícil tener á raya á la ambiciosa nobleza.

A pesar de la uniforme organizacion que habia dado al Estado no perdió un momento de vista el engrandecimiento de la capital y de su municipio, que para el mismo Gelon continuó siendo la cabeza de la nacion. En realidad persiguió con tal empeño el proyecto de ensanchar y engrandecer su capital, que no reparando en los medios, empleó en ocasiones medidas poco ajustadas á los principios de la equidad y de la prudencia. Apenas se vió dueño de Siracusa, trasladó á ella su residencia y abandonó la de Gela, que no reunia las excelentes condiciones de aquella, ni como plaza comercial ni como centro de riqueza. Mas para hacer de ella una capital digna de sus aspiraciones, adoptó una série de medidas arbitrarias, encaminadas á engrandecerla á costa de otras poblaciones, particularmente de Gela, que habia sido la verdadera cuna de su Estado, y, ante la idea de aumentar el explendor de Siracusa, no le importaba tener que arruinar otras ciudades de su reino ó dejarlas en una situacion precaria.

Para llevar á cabo su empeño, no respetó lazos de parentesco ni tradiciones, ni dejó á salvo la veneracion con que miraban los griegos su ciudad natal y los santuarios de sus dioses tutelares; antes por el contrario, atropellando los fueros de los linajes y de las tríbus, amalgamó en Siracusa familias dóricas y jónicas. Así no solamente hizo pasar á esta ciudad todos los moradores de Kamarina, sino que practicó lo mismo con más de la mitad de los de Gela. De la misma manera trasportó á la nueva capital á todas las familias ricas de Naxos y Leontino, ciudades jónicas sometidas por Hipócrates, segun dijimos antes, igualmente que á las de Catana, conquistada por Gelon despues de la toma de Siracusa, llevando á su lado únicamente á las familias de condicion acomodada, porque, segun hace notar Herodoto, estaba en la persuasion de que el pueblo bajo era malo para vecino (1); idea que le hizo dictar la cruel disposicion antes mencionada, en virtud de la cual, todos los indivíduos del pueblo llano de Megara, reducidos á esclavitud, debian ser expatriados inmediatamente.

La mayor parte de las colonias griegas se habian formado con indivíduos reclutados en lugares diferentes, pero muy pocas veces habia traspasado la mezcla de poblacion, en un mismo punto, los límites de la tríbu; muy al contrario acaeció en Siracusa, donde Gelon reunió una numerosa poblacion mixta, de procedencia dórica, jónica y completamente extraña á la raza helena, puesto que otorgó carta de ciudadanos de Siracusa á más de diez mil soldados indígenas de su ejército (2).

Con tales elementos, no debe maravillarnos que se viese crecer la ciudad y subir como la espuma, pues Ge-

(1) Herod. VII, 156.

(2) Diodor. 11, 72.

lon «puso en ella toda su aficion, sin haber para él otra cosa que Siracusa (1). Antes que Gelon trasladase á ella su residencia, ocupaba ya, segun parece, una parte de la colina Akradina, que se alzaba al Norte de la poblacion; pero despues de dicho traslado, se cubrió completamente de casas, protegidas en todo el perímetro por una fuerte muralla que hizo levantar el mismo príncipe (2). En la parte septentrional de la bahia, construyó un excelente puerto militar, digno de su numerosa flota, con la que no podia compararse ninguna armada de los cantones griegos, ni aún la temida flota de Polícrates. La de Gelon contaba 200 triereos, construidos y equipados en los astilleros y arsenales de la bahía de Ortygia. La armada tenia su correspondiente ejército de tierra, compuesto de 10.000 á 20.000 hoplitas, cuyo número podia subir en tiempo de guerra á 30.000, sin contar algunos miles de ginetes, tiradores y honderos, que sostenia desahogadamente con las contribuciones ordinarias y con el botin de sus guerras.

La infancia de un príncipe tan poderoso, tuvo tambien sus peripecias y sus aventuras casi maravillosas. La pitonisa anunció á su padre el poderío extraordinario que alcanzaria su hijo, y siendo aún muy niño, se salvó poco ménos que milagrosamente de la muerte. Hallábase en la escuela, cuando, de repente, penetró en la casa un lobo, que agarró su mesa de escribir y se lanzó á la calle con su presa. Con singular arrojo persiguió el mancebo á la fiera, con intento de recuperar su mesa, pero en cuanto puso el pié en la calle, se desplomó la casa, dejando sepultados bajo los escombros á todos sus compañeros (3).

(1) Herod. VII, 156.
(2) Schubring, Akradina, p. 19. 20.
(3) Tzetzes Chil. 4, 266 sqq., quien aduce tambien el testimonio de Timeo.

Plutarco cuenta á Gelon en el número de aquellos tiranos que, como Pisístrato se alzaron con el poder valiéndose de medios reprobados, pero no le emplearon mal, antes por el contrario, despues de haber alcanzado el mando, por medios ilegales y reprobados, le ejercieron con moderacion y para bien del pueblo, obrando conforme á justicia y con sujecion á las reglas de la equidad, procurando que prosperase la agricultura y las artes y fomentando la instruccion y el trabajo de los ciudadanos. Por eso dice Dion hablando de Dionisio: «La confianza que inspiró Gelon ha puesto en tus manos la tiranía; mas despues que tu has ejercido el mando, nadie volverá á tener confianza» (1).

Diodoro celebra no solamente las dotes militares de Gelon; advierte además que se mostró indulgente con los vencidos y amigable con los vecinos; que gobernó con moderacion á los siciliotas, dictó leyes inspiradas en la prudencia, y las observó religiosamente, con lo cual proporcionó á las ciudades bienestar y riquezas. Otros escritores, como Eliano y Polieno, hablan de su benevolencia para con el pueblo y alaban su generosidad en aceptar la responsabilidad de todos los actos de su gobierno (2). Pero si es verdadero el testimonio de estos escritores, por lo que respecta al cariño que le profesaba el pueblo siracusano, podemos desde luego recusar lo que dicen tocante á su moderacion con los vencidos. Su principal mérito como hombre de gobierno consiste en haber dado unidad y organizacion á las ciudades griegas de la region oriental de Sicilia, formando con ellas un Estado que ofrece notable semejanza con las grandes nacionalidades posteriores. A occidente se estendia el principado de Akragas, gobernado por Theron, que

(1) Plutarco. De Sera núm. vind. 6. Apophth. Gelon. Dion. 5.
(2) Diodor. 11, 38. 67. Aelian. Var. H. 6. 17. 13, 37. Polieno. 1, 27.

tambien comprendia de Norte á Sur casi toda la isla; unidos ambos en estrecha alianza constituyeron una potencia respetable, que podia contrarestar el desarrollo de las colonias cartaginesas, máxime despues que la amistad de los dos príncipes helenos se robusteció con el matrimonio de Gelon y Damarete, hija de Theron.

***

Al lado de estos Estados mantenian aun su independencia dos ciudades griegas: Selinunte al Sur, perteneciente á los dorios y al Norte Himera que era de los jónios; ambas gobernadas á la sazon por tiranos, á saber: Euryleon, sucesor de Pitágoras, que reinaba en Selinunte, y Terillo hijo de Crinippo, tirano de Himera.

Enfrente de Zancle, estaba Region, del otro lado del estrecho; fundada por calcidios á los que más tarde se agregaron los mesenios que pudieron escapar de las fortalezas de Ithome y de Eira, conquistadas, con un intervalo de ochenta años, por los espartanos. Aunque la poblacion se componia de dorios y jónios y el lenguaje, segun hace notar Tucidides, se resentia de esta mezcla, permanecieron siempre en vigor las ordenanzas y leyes calcidias (1). Regíase la ciudad por las leyes de Jarondas y su gobierno estaba constituido por un gran consejo de mil individuos elegidos entre los primeros contribuyentes (2).

A las familias mesenias que huyeron á Region despues de la caida de Aristomenes, pertenecia cierto Anaxilao, hijo de Cretines, descendiente, en cuarto grado, de Alcidamidas que se refugió en esta ciudad, despues de la última derrota del mencionado caudillo. Con el

(1) Tucid. 6,4.
(2) Heraclid. Pont. 25.

apoyo de un partido numeroso se apoderó de la ciudadela y, haciéndose fuerte en ella, derribó el gobierno de los plutocratas, para erigirse en tirano de Region, el año 494 antes de J. C. (1). Con el intento de ser dueño absoluto del estrecho trató de apoderarse tambien de Zancle, valiéndose de unos samiotas y milesios que abandonaron sus hogares por temor de caer en manos de los persas. Ya vimos antes de qué manera hizo fracasar este plan la intervencion de Hipócrates, príncipe de Gela.

Persiguiendo, tambien con incansable afan, el pensamiento de engrandecer su ciudad, Anaxilao ofreció albergue en ella á los mesenios peloponesios que habian sido arrojados de sus hogares de Tegea y de otros cantones de Arcadia por los confederados de la simaquia espartana. Apenas tuvo noticia de la muerte de Hipócrates, púsose al frente de estos fugitivos y de los mesenios de Region que quisieron agregárseles, con el propósito de conquistar á Zancle no sin ofrecerles colocacion en ella. Rodeóla por todas partes y pronto vió coronados sus esfuerzos, cumpliendo su promesa de instalar á sus mesenios en las viviendas que antes ocupaban los samiotas, que, segun costumbre de aquellos tiempos, fueron arrojados de la ciudad, la cual, de sus

(1) De esta manera se resuelve el anacronismo que aparece en Pausanias, 4, 23 ó sig. Antes hicimos ya notar que los escritores antiguos confunden con frecuencia á Aristomenes y Aristodemo. En nuestro sentir no hay motivo alguno para poner en duda la invitacion de Anaxilao á los fugitivos mesenios. Los espartanos arrojaron de Arcadia á los mesinios que allí se habian refugiado, cuando sus cantones entraron en la simaquia de Esparta, segun aparece del convenio de Tegea. Por lo que hace á la fecha en que empieza el gobierno de Anaxilao se deduce claramente del testimonio de Diododoro (11,48) que le da 18 años de reinado, y de su fin que tuvo lugar el 476.

nuevos moradores, recibió entonces el nombre de **Messana**, que ha conservado despues (1).

Segun testimonios autorizados, Anaxilao gobernó la ciudad con moderacion y prudencia y fomentó de una manera notable sus intereses. De las medidas especiales que dictó para lograrlo, sabemos únicamente que aclimató la liebre en los campos inmediatos y que reformó la moneda de Region con sujecion al sistema ateniense (2).

Mostró tambien su aficion á los ejercicios gimnásticos en Olimpia, donde obtuvo el premio con su cuadriga de mulas, carrera introducida el año 500, y dió á todos los concurrentes á los juegos un gran banquete. Simonides de Ceos compuso un himno de alabanza á las mulas victoriosas, «á las hijas de veloces corceles.» Las monedas de Anaxilao llevan estampadas las figuras de la mula y de la liebre.

Para contrarestar la alianza de los príncipes de Akragas y de Siracusa, contrajo Anaxilao extrecha amistad con Terillo, príncipe de Himera, conviniendo ambos en mantener sus respectivas ciudades en disposicion de hacer frente al más próximo de los dos rivales: Messana á Gelon y á Theron Himera. Para robustecer más estos lazos, Anaxilao dió á Terillo la mano de su hija Cydippe (3).

***

No en vano se opuso Cartago al progreso y desarrollo de las colonias griegas del Norte de Africa, que tuvieron principio en Cirene. Ya hemos hablado de los altares erigidos á los Filaenos para recordar á los griegos que no podian establecer ninguna colonia entre Barca

(1) Tucid. 6, 5.
(2) Helbig, en el Anuario de Jahn 75,737. Pollux. 5, 75.
(3) Herod. VII. 165.

y Cartago. Dando á este convenio una amplitud que realmente no podia tener, reclamaron los cartagineses el auxilio de los tirrenos para estorbar el desarrollo de Alalia, ciudad fundada en Córcega por los focenses, no léjos de otra colonia hermana, establecida allí veinte años antes con el nombre de Focea. Ciento veinte trirremes presentan los confederados delante de Alalia, á los cuales sólo pudieron oponer los griegos sesenta. No obstante, el valor y la pericia de los focenses suplen con tal ventaja al número, que tras lucha encarnizada, obtienen un triunfo completo. Pero tan costosa fué la victoria, tantos hombres perdieron, entre muertos y prisioneros, tan mal parada quedó su flota, cuyas naves resultaron, ó perdidas, ó con grandes averías, y tan penosa impresion les causó la barbárie de los tiranos caeritas, que asesinaron á pedradas á todos sus prisioneros en Caere, que los focenses resolvieron abandonar la isla y retirarse al lado de sus compatriotas de Region. Desde este punto, continuaron su navegacion hácia el Norte, hasta que encontraron una bahía excelente en la costa de los oenotres, cerca de la desembocadura del Hales, entre Region y Cumas, donde fundaron la ciudad de Hyele ó Helea, por el año 540 antes de Jesucristo, cuya posesion conservaron, aún despues que los oscos del interior invadieron aquellos parajes (1).

Ya dimos anteriormente noticia del fracasado ensayo que hizo Dorieo para fundar en la costa de Libia, cerca de la gran Leptis, un Estado que desde luego nació condenado á destruccion por los fenicios que le rodeaban. Despues que, con los nuevos refuerzos que reclutó en Grecia, contribuyó al triunfo de los crotoneos sobre los sibaritas, en la forma antes indicada, penetró con des-

(1) Herod. I, 163-167.

usado arrojo en la provincia cartaginesa de Sicilia, se hizo fuerte en el Eryx y echó allí los cimientos de Heraclea, así nombrada en memoria del más famoso de sus antepasados. Pero muy luego alzáronse contra ellos los cartagineses en union con los elymeos de Egesta, y trabaron un combate en el que pereció el caudillo griego con la mayor parte de su gente, el año 508 antes de la era cristiana.

Púsose entonces Euryleon al frente de los exíguos restos de la colonia y los condujo á la costa meridional de Sicilia, donde se apoderó de Minoa, á la sazon colonia de los selinuntios, que la habian conquistado á su vez á los fenicios. Con tal motivo instó repetidas veces Gelon á los griegos de la metrópoli, muy particularmente al espartano Leonidas, hermano de Dorieo, para que le ayudasen á tomar venganza de los egestanos por la muerte dada á este príncipe. La proposicion de Gelon no halló eco en Esparta y el denodado príncipe siracusano tomó de su cuenta la empresa de contener el progreso de los cartagineses en Sicilia. La narracion de Herodoto tiene todos los visos de ser verdadera, y no hay siquiera motivo para poner en tela de juicio los discursos y razonamientos que hace pronunciar al príncipe de Siracusa. Justino, apoyándose en el testimonio de Trago y de Eforo, afirma que los siciliotas, cansados de sufrir los ataques de los cartagineses pidieron el auxilio de Leonidas para contener sus progresos en la isla (1).

---

(1) Herod. VII, 158.

VII.

LA CIENCIA Y EL ARTE ENTRE LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE.

Al mismo tiempo que los jónios que colonizaron el Oriente, empezaron los griegos de Sicilia á erigir santuarios y templos á sus divinidades. Segun tuvimos ocasion de ver anteriormente, las ciudades dóricas de esta isla se adelantaron á las colonias jónicas en adquirir desarrollo, importancia y riqueza, por cuya razon estuvieron tambien antes en disposicion de consagrar su atencion al cultivo de las artes plásticas. Así vemos que casi al mismo tiempo que se echan los cimientos de Akragas empieza la construccion del templo de Júpiter Athabyrio, cuyos fondos sirven á Falaris de escala para su encumbramiento, como la obra de la reconstruccion del templo délfico sirve, en la metrópoli, á los alcmeonidas de medio y pretexto para regresar á Atenas y derribar el trono pisistratida.

Aun más antiguos que la ciudad y templo de Agrigento son las ruinas de un templo que yacen dentro del perímetro ocupado por Selinunte, viéndose en dos de sus costados los restos de otros dos santuarios de construccion más moderna. Ya vimos antes que esta ciudad fué levantada por los colonos de la Megara sici-

liana, el año 628, entre Minoa y Motye, que eran las poblaciones más importantes de los fenicios. Los mencionados restos representan el estilo dórico en su primitiva rudeza y pesadez de formas. Rodeaban todo el edificio cuatro séries de columnas equivalentes á sus cuatro costados, y la longitud del templo, que sumaba 205 piés, no guardaba proporcion con su anchura de solos 75 piés; por eso habia seis columnas en cada uno de los frentes y diez y siete en cada costado. El cuerpo de la columna es un monolito corto y relativamente grueso que se adelgaza desde la base hasta el capitel, siendo aquí su diámetro una cuarta parte más pequeño que en la primera. Sobre estas columnas descansa un arquitrabe tan voluminoso que, con el friso, da una dimension igual á la mitad de la altura del monolito.

Este santuario es de la época en que empezó á edificarse la ciudad, de suerte que pudo terminarse al finar el sétimo siglo. De la misma época próximamente son los restos de un templo que se levantaba en la islita de Ortygia, sobre el primitivo emplazamiento de Siracusa. Estaba situado sobre una explanada á la que se subia por escalinatas, y descansaba tambien sobre columnas gruesas y monolitas, cuyo diámetro disminuye ligeramente de la base á la parte superior, que terminaban con un voluminoso arquitrabe de considerable altura. En cada frente se alzaban seis columnas y diez y ocho ó diez y nueve en cada costado (1). Por un fragmento epigráfico conservado en las gradas de la escalinata se viene en conocimiento de que el santuario estaba consagrado á Apolo, cuyo culto trasplantaron allí los fundadores de Siracusa que, en su mayor parte, procedian de Corinto y de Tenea, villa de la misma comarca.

Tanto las ruinas de este santuario como las del de

(1) Inscr. G. A. Num. 509.

Selinunte, prueban que en la época de su construccion no se daba áun al tejado la forma inclinada con alero. Resulta, pues, que lo mismo el santuario siracusano, perteneciente al tercer cuarto del sétimo siglo, que las metopas del templo de Selinunte, procedentes del último tercio del mismo, deben contarse en el número de los más antiguos restos de la arquitectura helena (1). En sus piedras de tosco granito se hallan representadas las hazañas de Hércules y de Perseo; en unas se ve á Hércules, con una amazona, ó bien lleva á la cintura espada corta y al hombro gruesa maza de la que penden cabeza abajo los monstruosos ciclopes que le han robado; en otra metopa se halla representado Perseo en actitud de cortar la cabeza á la Gorgona, teniendo á su lado á Minerva y en una cuarta se descubre la figura de una cuadriga.

Todas estas esculturas se remontan á mayor antigüedad que el bajo relieve de Samotracia y que las estátuas sedentes de Mileto, pertenecientes al segundo cuarto y á la mitad de la sexta centuria y su ejecucion ruda, lo mismo que sus abultadas formas demuestran que sus autores han tenido á la vista modelos asirio-babilónicos, recibidos, aquí como en la metrópoli, por mediacion de los fenicios, que antes ocupaban los mismos lugares colonizados por los griegos y, aun en esta época habitaban la parte Noroeste de la isla. Distínguense perfectamente de las indicadas ruinas las metopas del templo más moderno cuyos restos se hallan contiguos, en el costado del mediodía; su ejecucion esmerada y correcta revela un gran progreso del arte plástico heleno, impulsado sin duda por la imitacion de modelos egipcios, que elevaron la arquitectura en Sicilia al mismo grado que representa el estilo egineta.

(1) Adler. Indicador Arqueológico, 1867, p. 60.

***

Si del arte plástico pasamos al que tiene por medio de representacion el lenguaje, veremos que la poesía helena no tiene en Occidente más que dos representantes dignos de particular mencion en el período de referencia: Stesícoro é Ibico; ambos cultivan el género lírico, y siguen las huellas de bardos eolios y lesbios que trazan los moldes dentro de los cuales se mueve su inspiracion poética. Era el primero natural de Himera y contemporáneo de Arion y de Falaris; de suerte que su apogeo cae en la primera mitad del siglo sexto (1). En consideracion á sus méritos literarios y á la excelencia de sus cantos, cambiósele el nombre de Tisias por el de *Stêsijoros*, porque ensanchando más los estrechos límites y fundamentos que diera Terpandro al coro, le organizó de una manera más artística y variada. Intercaló entre las estrofas y antistrofas de los corales los llamados epodos que cantaba de pié el coro, despues de haber ejecutado la pantomima de estenderse y reunirse de nuevo mientras se cantaba la estrofa y antistrofa. De esta manera se dió al canto coral una entonacion más tranquila y sosegada que permitía introducir en él verdaderos tonos épicos y asuntos más estensos y variados.

Hércules fué siempre tenido en gran veneracion por los griegos siciliotas y sus hazañas, confundidas y sazonadas con los mitos del Melkart fenicio, dieron más de un asunto para los coros de nuestro vate, que aumentó sus portentosos trabajos con la fábula de un combate en el que venció al mónstruo Scilla. Tambien cantó el poeta himerense la destruccion de Ilion, los viajes y aventuras de sus héroes á través de los mares que bañan

(1) Suidas, v. Stêsíjoros, le hace florecer del 632 al 556. Lucian. Macrob. 26.

los paises de Occidente, siendo el primero tambien que hace llegar á Eneas hasta la region de Hesperia (1).

Despues de presentar á Helena en sus cantos de la guerra de Troya, como causa de las desgracias y sufrimientos de los griegos, contradice esta version en un poema posterior, del que tomamos estas palabras: «aquél dicho era incierto; tú no subiste á las naves de hermosos remos, ni entraste en la ciudadela de Troya» (2); y es que segun este poeta no hubo en Troya más que una imágen engañosa de Helena, y por ella tan solo sostuvieron griegos y troyanos tan tremenda guerra. De esta contradiccion en que incurre el poeta nace entre los griegos la leyenda de que Helena castigó la burla que hizo de ella en sus primeros cantos con la privacion de la vista, que le devolvió tan pronto como hubo cantado la polinodia (3). La nueva forma y mayor amplitud que dió Stesícoro al coro abrieron á Tespis el camino para trasformarle en verdadera Cantata y echar los cimientos del drama lírico.

Así como Stesícoro siguió la senda trazada por Terpandro, de la misma manera Ibico de Region imita, medio siglo más tarde, las formas que tan brillantemente desenvuelven Alceo y Safo en sus odas. Anteriormente hemos encontrado á este poeta en la corte de Polícrates y examinado los exíguos fragmentos que nos quedan de sus cantos, juntamente con la leyenda que corre acerca de su extraña y trágica muerte.

***

Por más que los jónios, como nacion, despreciasen el consejo de Bias; la opresion ejercida por los persas sobre todos los griegos de Oriente como consecuencia de

(1) Fragm. 5-10 Bergk. Tab. Iliaca.
(2) Fragm. 26.
(3) Platon. Phaedrus p. 243. Isocrat. Helenc. p. 218. Pausan. 3, 19, 11. Suidas, v. *Stêsíjoros*.

la conquista, llevó sin cesar á las colonias de Occidente considerables refuerzos, desde la mitad del sexto siglo. Por este medio llegaron tambien á ellas los ecos de las cuestiones relativas á la esencia y al órden del Universo; cuya discusion habian iniciado, entre los griegos, los jónios milesios, sin haber logrado hacer más que un balbuciente ensayo para resolverlas.

Aunque el samio Pitágoras no se refugió en Croton porque le obligase inmediatamente á ello la invasion persa, esta fué la causa mediata de su traslado á dicha ciudad, ya que un pueblo sometido á invasores ó á tiranos colócados por ellos no estaba en disposicion de aceptar una enseñanza que ponia por condicion el dominio de los mejores, de los nobles, únicos á quienes entonces se consideraba aptos para alcanzar la armonía pitagórica.

Conocidos ya los principios fundamentales de este sistema y las principales teorías que le informan, no sin tener en cuenta la imposibilidad de trazar un cuadro completo de una enseñanza de la cual solo tenemos fragmentarias noticias, diremos que Pitágoras parte, lo mismo que Tales y Anaximandro, de investigaciones geométricas y astronómicas, en cuyas materias llegó á adquirir el filósofo samio conocimientos más profundos y exactos que todos sus predecesores, que le sirvieron para asentar sobre más ancha base su sistema. Todo lo templados y racionales que son sus principios generales, otro tanto tiene de fantástico el edificio cosmológico y de quimérico el sistema filosófico, en general, que sobre ellos erigió el filósofo de Samos.

La consideracion de los principios aritméticos y matemáticos sugieren á Pitágoras la idea de referir todas las combinaciones de los números, así como las figuras y formas del Universo á relaciones determinadas, ad-

quiriendo al propio tiempo el convencimiento de que tales relaciones deben fijarse tambien y expresarse por medio de números. En los números simples, á los que refería todo lo múltiple y que, segun él, determinan la longitud de las líneas y los ángulos de las figuras, creyó descubrir la ley que impera en la diversidad de las cifras y de las formas. Comparó el punto con la unidad, por ser indivisible, la línea recta con el dos por ser dos los puntos que la determinan y la limitan; la superficie con el tres porque se necesitan á lo menos tres líneas rectas para determinarla y el cuerpo con el cuatro porque son cuatro, por lo menos, las superficies que limitan un cuerpo; por consiguiente el punto se ha originado del uno, la línea del dos, del tres la superficie y el cuerpo del cuatro (1). De la misma manera concibe Pitágoras los objetos concretos bajo el prisma de su figura abstracta estereométrica. Así los cuerpos terreos se los representa bajo la forma del cubo, refiere los elementos constitutivos del aire á la forma del octaedro, los del agua á la del icosaedro y los del fuego á la de la pirámide (2).

La reduccion de la multiplicidad de objetos innumerables que existen en el Universo á determinadas formas y clases fijas fué una idea luminosa para el progreso filosófico. Ella inspiró luego este raciocinio: si las partes constitutivas de todas las cosas concretas se referian á determinadas figuras estereométricas, no debia creerse tambien que de esa misma figura dependía su naturaleza ó disposicion física, y que la figura ó la for-

---

(1) Zeller, Hist. de la fil. griega, I, 296.

(2) Tal es la exposicion trasmitida por Filolao: Böckh, Filolao, pag. 160.

ma es lo sustancial (1)? La forma misma se consideraba determinada por el número de superficies que la constituian, en tanto que, á su vez, la superficie provenía de un número determinado.

Pero no solamente las cosas visibles estaban en relacion íntima con los números que las sirvieron de base y fundamento; tambien podian medirse los tonos y expresarse por números, apareciendo como productos de estos mismos números; deduccion que fundaba Pitágoras en el hecho de que los tonos de la cítara eran más altos ó más bajos segun la mayor ó menor longitud de las cuerdas y la tension de las mismas. Así dedujo que los intervalos armónicos se referian á circunstancias ó relaciones numéricas y que, por consiguiente la armonía descansa tambien en números. El tono fundamental está con la octava en la relacion de uno á dos (2). Por donde se vé que el maravilloso poder de los números no tan solo determina en el sistema pitagórico las figuras geométricas y estereométricas y, por medio de estas, la disposicion física de las cosas, sino que tambien domina los tonos y es el fundamento de los misteriosos efectos de la música, de suerte que, en realidad son números los que se perciben en los tonos, como si dijéramos los números son los que producen el sonido.

El sistema cósmico de Pitágoras representa así mismo un progreso con relacion á la filosofía jónica. Supone que todos los cuerpos celestes, incluso la tierra, son esféricos, considerando como centro del Universo no la misma tierra, segun el concepto de sus predecesores, sino el fuego central. Este existió antes que todas las cosas; es la mónada primitiva, la Hestia del Universo,

(1) Aristotel. Metaph. 7, 1, 2.
(2) Zeller. l. c. I, 317 sigs.

el hogar del que recibe el mundo calor y fuerza vital, y alrededor del cual se mueve la tierra como todos los cuerpos celestes. El sol y la luna reciben su luz del fuego central para comunicarla á la tierra. Esta se halla más próxima que aquellos dos astros á dicho fuego, mas no puede recibir de él luz ni calor directos, porque la separa del mismo la contra-tierra, cuerpo cósmico ideado por Pitágoras, que describe alrededor del fuego central el mismo círculo que la tierra y en igual espacio de tiempo. La misma contra-tierra es la que, interponiéndose entre la superficie terrestre habitada por el hombre y dicho fuego, le oculta á nuestra vista. Los círculos que describen alrededor del fuego central el sol y la luna son mucho mayores que el descrito por la tierra. Cuando ésta y el sol se encuentran en su curso al mismo lado del fuego central es de dia y de noche en el caso contrario. La tierra y contra-tierra describen su órbita alrededor del fuego central en un dia; la luna lo hace en un mes; el sol, Vénus y Mercurio en un año, Marte en dos años, Júpiter en doce, Saturno en treinta y todas las estrellas fijas, formando una masa total, en un año grande, compuesto de varios miles de años ordinarios (1). Estas son las siete órbitas establecidas por Pitágoras, quien calculó su magnitud por la distancia de los respectivos planetas al fuego central, y las dió una expresion numérica, para no faltar á la ley universal que establece el dominio de los números en todas las cosas.

(1) Tal es la enseñanza pitagórica trasmitida por Filolao respecto del curso de los planetas, pero no es cosa averiguada si Pitágoras enseñó ya la teoría de los diez cuerpos celestes en la forma expuesta por Filolao ó si el filósofo no hizo más que sentar el principio general desarrollado posteriormente por sus discípulos. Böckh, Filolao, p. 118. Zeller, l. c. I, 4 45.

Estos cálculos dieron á Pitágoras el convencimiento de que los números y sus relaciones constituyen la causa fija y permanente de todos los fenómenos mudables, así las líneas, y por consiguiente las figuras han provenido de los números, los cuerpos de las superficies que los rodean y encierran y se hallan, á su vez, determinadas por números, como los mismos cuerpos. Sentado que los números determinan tanto las formas como los cuerpos y por éstos la disposicion misma de las cosas terrestres, supuso tambien que su dominio se estendía al Universo, constituyendo el núcleo, la regla y el órden del mismo; lo que equivale á decir que los números son los poderes ordenadores del Universo, los que determinan las leyes de todas las cosas; y como la ley de un fenómeno es, en realidad, su esencia misma, infiérese del principio pitagórico que los números son la esencia de las cosas; que el número determinado de un objeto es la causa de su esencia lo mismo que de sus cualidades, lo que determina su naturaleza. Lo interior y lo externo, la forma y la materia son inseparables; pero la potencia pura y creadora es el elemento invisible; y puesto que los números constituyen la esencia, el alma de las cosas, resulta que son su verdadera esencia de la que no se distinguen, que son la cosa misma De esta manera el axioma: «Todo es número,» pudo llegar á ser el principio fundamental del sistema pitagórico (1).

En la concepcion pitagórica todos los números vienen á ser la repeticion de los diez primeros, y como quiera que todos los números se han originado de la decena, esta comprende en sí todas las fuerzas del número, es el número perfecto que dirige todos los fenómenos vitales del cielo y de la tierra; es la condicion de

(1) Zeller, l. c. I, 317. 340. 350. 352.

todo saber. Mas la decena ha nacido del uno, por cuya razon el uno, la mónada, es el número primitivo, el origen de las cosas. Y como todas las cosas participan de la unidad, infiérese que todo es uno. El dos encierra lo que es opuesto y es el primer número dividido, constituyendo la línea. El tres contiene la unidad del principio, el medio separado y la reunion de lo partido, constituyendo la superficie. El cuatro contado con los tres primeros números contiene ya la decena y, como primer número cuadrado, determina el cuerpo; de suerte que el cuatro es la raíz y fuente de que ha nacido toda la naturaleza, y se considera como el gran número.

El cinco es la suma del primer par y del primer número impar, tres; el siete es el número sin madre; no tiene factor dentro de la decena, pero es, lo mismo que el cuatro, el número aritmético medio proporcional entre uno y diez, y simboliza las siete órbitas en que se mueven los cuerpos celestes. El ocho es el gran cuatro, el primer número cúbico, símbolo del número 36 que resulta de sumar los cuatro primeros pares y los cuatro impares, cuya suma es igual á los cubos de 1, 2, 3. El nueve es el cuadrado de tres, último número de las unidades, y el diez encierra todos los números completos ó fundamentales (1).

***

La doctrina de la armonía y desarmonia es un factor importante en este extraño sistema de los números, en el que todo, incluso la formacion del mundo, es producto de la virtud numérica. El mismo número encierra esa oposicion del par y del impar, contenida ya en la mó–

---

(1) Aristot. Metaph. 1, 5, 1-10. Diog. L. 8, 1, 25. Zeller, l. c. 1, 366.

nada, claramente manifiesta en el dos y que vuelve á armonizarse en el tres. Lo impar representa el dominio de la unidad sobre la oposicion ó desarmonía; porque segun la doctrina pitagórica par es equivalente de subordinado, en tanto que lo impar es lo más alto, lo más perfecto, destinado á hacer desaparecer la desarmonía y, por consiguiente, á ejercer imperio sobre todo los demás. Lo par puede dividirse por dos, en cuya division estriva la desarmonía que puede proseguirse hasta lo indefinido, por cuya razon par es equivalente de pluralidad y representa lo indefinido. Por el contrario la desarmonia desaparece en lo impar que representa la unidad, porque no siendo divisible por dos es factor que limita á la vez que limitado. Considerado bajo el punto de vista del espacio lo ilimitado es el espacio vacío, que encuentra su primera limitacion por el tres, por la superficie.

Todo cuanto existe contiene los elementos par é impar, lo limitado y lo ilimitado, es decir, disposiciones opuestas. El par es el elemento femenino, el impar el masculino; el primero representa las tinieblas, el segundo la luz, símbolo del mal el uno y del bien el otro (1). Pero todas estas contrariedades desaparecen al realizarse la unidad que constituye el número por excelencia en esta oposicion, porque la union de las antítesis es lo que forma la armonía de toda existencia.

Así como los números que sirven de fundamento á los tonos de la cítara son la causa que produce su armonia, de la misma manera la armonía de una cosa está en su verdadero número, porque en la concepcion pitagórica la armonía estriva en la unidad de lo variado, en el acuerdo de lo opuesto. Por eso la armonía de la

(1) Aristot. Metaph. I, 5, 4, sqq.

cítara se funda en el acuerdo de números opuestos, de la misma manera que la armonía de todo fenómeno y de toda existencia, como que esta armonía constituye la verdadera existencia.

Suponía Pitágoras que tambien los cuerpos celestes despedian tonos en su marcha alrededor del fuego central, contribuyendo así á la produccion de la armonía universal; y, segun su cálculo, las distancias de los siete círculos de los planetas al fuego central correspondian á la relacion numérica en que habia colocado los siete tonos de la cítara. Por falta de ejercicio no percibe el hombre los tonos de los cuerpos celestes, como tampoco ve el fuego central. Así resulta que todo el Universo no es mas que una gran armonía, como lo es tambien el mundo y cuanto en él existe. El axioma pitagórico: «todo es número,» tuvo por correspondiente este otro; «todo es armonía,» lo divino, lo bueno, la virtud, la salud, todo es armonía, y la amistad no es otra cosa que una «igualdad armónica» (1).

En este sistema de los números y de la armonía se trató de relacionar el mundo físico y el espiritual, suponiendo que se habian originado las figuras geométricas de los tres primeros números, mientras que los cuerpos estereométricos habian tenido orígen en el número de las superficies. Pero aun tenia que resultar más extraña la derivacion y procedencia de las fuerzas éticas, intelectuales y políticas y de todas las formas vitales. Aquí vemos representar la razon y el alma por el uno, el punto, es decir, la unidad simple é invariable; la opinion vacilante y mudable, lo separado por la dualidad; el cinco es el número del matrimonio, como para

(1) Aristotel. l. c. 1, 5, 2. Diog. Laerc. 8, 1, 33. Zeller, l. c. I, 328 sig.

indicar la union del primer impar ó sea del número masculino tres, con el primer par, ó número femenino, dos; el cuatro y el nueve son los números de la justicia que á todos aplica igual medida, por ser los primeros cuadrados en el sistema numérico, y de un modo análogo expresó el filósofo de Samos otras muchas funciones y cualidades.

Por mas que esta construccion cósmica, que admite como único material á la vez que factor el número, es tan arbitraria como extrambótica, producto de una fantasía que parece delirar más bien que raciocinar, hay que reconocer á Pitágoras el mérito de haber hecho el primer ensayo para presentar el mundo físico y el mundo espiritual como una unidad armónica, y para explicar la formacion y gobierno del Universo como producto de factores invisibles que no caen bajo la accion de los sentidos, los cuales suministran y ordenan la forma, la materia, el movimiento y la vida.

Pero esta singular concepcion, con sus ingeniosas teorías y todo, no hubiera dado los resultados prácticos que ha producido, si no la hubiesen acompañado las enseñanzas morales y religiosas que Pitágoras dedujo de sus principios generales, presentandolas como consecuencias que de ellos se derivan. Hombre de sentimientos religiosos profundamente arraigados, dotado de perspicaz ingenio y fecunda fantasía, ejerció Pitágoras duradera influencia en las principales poblaciones de la Baja Italia, donde se conservó por mucho tiempo la memoria de sus enseñanzas, siquiera se derrumbase muy luego el edificio religioso-político que pretendió levantar en Croton, en medio del torbellino suscitado por las sangrientas luchas civiles. Estas doctrinas morales, los elementos mismos de su sistema fueron los que conservaron por mucho tiempo vivo el recuerdo de la escuela

pitagórica en dicha comarca, despues que el fundador perdió todo su prestigio personal en Croton y que una sangrienta persecucion arrojó á sus discípulos de casi todas las ciudades de la Magna Grecia.

Al mismo tiempo que los más distinguidos partidarios de su filosofía, en la divisoria de los siglos quinto y cuarto, adquieren gran renombre como maestros de los hombres más distinguidos en la política, una parte numerosa del pueblo cumplia el propósito de ajustar su vida á los preceptos pitagóricos relativos á la pureza y al culto, á la armonia del alma y del cuerpo y á los medios de obtener el perdon de las culpas. Dignas de particular mencion son estas palabras que aplica Cratino el jóven á los que en su tiempo enseñaban el sistema pitagórico: «si logran atrapar á un ignorante que se acerca á ellos para probar la consistencia de sus argumentos, empiezan por espantarle y confundirle con la antítesis, lo limitado, las igualdades, las diferencias y las magnitudes y así le despiden atestado de sabiduría» (1). Herodoto despues de afirmar que ciertos usos egipcios convienen con otras prácticas similares de los báquicos y órficos griegos, añade que en realidad estas prácticas son de orígen egipcio ó pitagórico; y á este propósito es digno de particular atencion que, al mediar la quinta centuria pitagoreos y órficos eran tenidos en Atenas por indivíduos de una misma secta (2). Los autores cómicos posteriores, siguiendo el ejemplo de Cratino, hicieron á los pitagoreos objeto de sus mordaces sátiras, burlándose en particular de su continencia. Así Epicrates dice, con expresiones de pésimo gusto, que su moderacion en la comida y su modestia en el vestir no

(1) Diog. Laerc. 8, 1, 37.
(2) Herod. II, 81. Lobeck Aglaoph. p. 246.

son mas que un especioso pretexto para cubrir su pobreza, y añade: «presentadles sino carne y pescado; que me ahorquen diez veces si no lo devoran juntamente con sus propios dedos» (1).

Como quiera que sea, con el trascurso del tiempo se fueron desvaneciendo las tradiciones relativas á esta escuela y su doctrina, hasta que, en época posterior, volvió á resucitarse la concepcion pitagórica, mezclada con elementos de la filosofía platónica.

***

Jenófanes, compatriota y contemporáneo de Pitágoras, siguió distintos caminos y obtuvo como fruto de su investigacion muy diferentes resultados. Ya dimos á conocer antes su poema histórico de Colofon, su pátria, en el que condena el lujo y la molicie de los aristócratas y la ostentacion con que se presentaban en el mercado, cosas que habian aprendido de los lidios, lo que no obsta para que él mismo se entregue al placer de los cosméticos y del buen vino y se adorne con coronas despues del banquete.

Sólo contaba 25 años cuando abandonó su pátria, huyendo de la dominacion persa y para no ser testigo de la toma de la ciudad por el ejército de Ciro. Aunque se ignora el año sábese que se agregó á los focenses fundadores de Alalia y que con ellos se trasladó sucesivamente á Region, cuando tuvieron que ceder al empuje de los tirrenos y cartagineses y á la costa occidental de la Baja Italia, cuando en 540 pasaron á fundar allí la ciudad de Elea. Al mismo tiempo que Pitágoras enseñaba su doctrina en Croton empezó Jenófanes la propagacion de la suya en la colonia focense, exponiéndola en ver-

(1) Ateneo, p. 108 y 161.

sos elegiacos, por ser esta la forma que mejor se adaptaba á las aficiones populares, segun el «sistema de los rápsodas» (1). Muy luego contó entre sus discípulos á los hijos de los más reputados patricios de la colonia, y aûnque nunca llegó á ejercer en ella la influencia que gozó Pitágoras en Croton, no debe achacarse esto á deficiencia de su doctrina, que era más clara y mucho más sencilla que la del filósofo de Samos.

Oigamos uno de los rasgos que pintan á maravilla el carácter de este filósofo. Estando el municipio de Elea ocupado en la organizacion del culto religioso, quiso saber la opinion de nuestro filósofo, respecto de si debia tributarse adoracion á Leukothea, ó si convenia mejor ofrecerla sacrificios y cantar en su honor himnos fúnebres. La respuesta de Jenófanes á esta consulta fué: «si los eleatas creen que Leukothea es una divinidad, no deben hacer duelo por ella; si, al contrario, creen que es una simple mortal, no deben en modo alguno ofrecerla sacrificios (2) »

A pesar de los múltiples trabajos que exigía la fundacion de la colonia y de la construccion de nuevas viviendas, áun tuvieron los eleatas tiempo para entregarse á los encantos de la poesía y del descanso. Asi lo dan á entender estas palabras de Jenófanes: «en la época del invierno, cuando uno se encuentra bien alimentado y descansando sobre mullido lecho bebe sendos tragos de vino dulce, masticando al mismo tiempo garbanzos, entónces se oyen las preguntas: ¿quién eres, de qué poblacion eres y cuántos años tienes tú, amigo mio? ¿Qué edad tenias cuando vino el medo?» (3).

---

(1) Diog Laerc 9, 2. 18. 19. 9. 3, 21. Aristot. Metaph. 1, 5. 10.

(2) Aristot. Rhet. 2, 23, 27, Plutarco (De Isid. 70. Superst. 13, Amator. 18) supone que esta consulta se referia á una divinidad egipcia y á un lugar del pais del Nilo.

(3) Jenófanes citado por Ateneo, p. 54. Acerca de las fechas que

Sábese, aunque no se conoce la causa, que Jenófanes, despues de residir algunos años en lea y de haber narrado su fundacion en un poema de dos mil versos, abandonó la colonia focense y se trasladó á Zancle, de donde tuvo que huir al ser tomada esta poblacion, en 494, por los samios y milesios que abandonaron su país ante la invasion persa. Establecióse en Catana, pero tomada esta ciudad por Gelon, fué trasladado con todos sus habitantes á Siracusa, poco antes del 480, hecho que parece fuera de duda, por cuanto le encontramos en dicha capital en los últimos años de su vida, y á las penalidades de estas traslaciones deben referirse tambien sus palabras: «Hace ya 67 años que arrastro mis cuitas por los países helenos: al empezar esa época contaba yo 25, si no me es infiel la memoria» (1). Despues de vivir algunos años en Siracusa murió á la edad de 95 ó 96, segun se dice, en la mayor pobreza. Supuesto lo cual deben estimarse tanto más las convicciones que el mismo Jenófanes hubo de expresar en estas palabras, que le atribuye Plutarco: «confiesa que es muy cobarde y que le falta todo aliento cuando se trata de llevar á cabo cosas vergonzosas;» en este número contaba el juego de dados (2).

Así como Pitagoras habia hecho desaparecer la oposicion que existía entre las teorías puramente natura-

---

da Apolodoro para la época en que floreció nuestro filósofo vate, 580 y 540, véase Diels Museo rhenano. 31, 23 Toda vez que Jenófanes fué áun testigo de la subida de Hieron al trono, ocurrida el año 478, y teniendo 25 años en el 548 síguese que debió nacer el 573 (Plut. Regum Apophthegm. Hieron 4). En opinion de Censorino, sin embargo, alcanzó este filósofo la avanzada edad de más de cien años (De die natali, 15, 3).

(1) Diog Laerc. 9, 2 18. 19.

(2) Plut. Vitios. Pudor 5.

listas de los milesios y las ideas religiosas de los griegos, prestando el apoyo de su autoridad á las antiguas creencias, no sin hacer un nuevo ensayo para asentarlas sobre más sólida base y purificarlas de extraños elementos, así Jenófanes, partiendo de las teorías de la misma escuela jónica, que, segun el testimonio de Teofrasto, estudió en la academia de Anaximandro, pero saliéndose de sus estrechos límites, puso más en evidencia la oposicion que existía entre la religion antigua y la nueva filosofía (1).

Jenófanes demuestra tener conciencia de la doctrina que defiende; así le vemos echar en cara á sus conciudadanos el poco aprecio que hacian de sus conocimientos: «al que ha triunfado en Olimpia por la ligereza de sus piés, ó en la pesada lucha que llaman Pancracion, ó en el pujilato, á ese le admiran sus conciudadanos y le celebran como el hombre más afamado, le alimentan á costa de toda la comunidad y le ofrecen honoríficos regalos; y sin embargo, lo mismo si obtiene el triunfo por su propio esfuerzo ó por medio de sus corceles, su valor no puede compararse con el mio; porque más vale el talento que la fuerza de los hombres ó de los caballos.» Por eso hace notar la injusticia de los que prefieren la fortaleza del cuerpo á la sabiduría; ya que si una ciudad posee los mejores corredores, luchadores y boxeadores, no son por eso más perfectas sus leyes; ni el pueblo obtiene gran ventaja con que uno de los suyos haya alcanzado el triunfo en los certámenes que se celebran á orillas del Pisa, hecho que no aporta un céntimo á su tesoro. Muy al contrario, un hombre sábio puede librar de malas leyes á una ciudad, y no permitirá «que sea admitido á prestar juramento lo mismo el impío que el

(1) Diog. Laerc. 9, 3, 4.

hombre piadoso, lo cual es lo mismo que si un hombre robusto desafiase á boxear á otro débil y enfermizo (1).

Jenófanes es el primer filósofo que ha suscitado la cuestion de si la razon humana es suficiente para llegar al conocimiento de la verdad, y sus propias lucubraciones le conducen al resultado de que el hombre á lo menos puede llegar á conocer algo que sea más verdadero que lo que antes admitía. «Los dioses, dice, no mostraron desde un principio á los hombres lo verdadero; estos, por medio de la investigacion, encuentran algo mejor con el trascurso del tiempo.» A pesar de lo cual no solamente inducen á error los sentidos; tampoco la razon puede llegar á comprender perfectamente el mundo y á los dioses, observacion que revela el buen criterio del que la hizo. «Nadie sabe cosa alguna con perfecta seguridad, ni lo sabrá nunca...; áun cuando yo hable las cosas más acabadas, siempre resulta que sé y no sé al mismo tiempo» (2). Esto no obstante aquello que Jenófanes creía haber encontrado más próximo á la verdad, el conocimiento que habia alcanzado como fruto de sus investigaciones, tenia para él una certeza incontrovertible, por más que segun sus propias teorías equivalía á un no-saber.

***

Lo mismo que sus predecesores Tales y Anaximandro y sus contemporáneos Pitágoras y Anaximenes, partió Jenófanes de la consideracion de la naturaleza. Veamos su doctrina física. La tierra se ha originado de la mezcla del agua y de sustancias sólidas. En su estado primitivo era cieno, del cual se formó la tierra só-

---

(1) Aristotel. Rhetor. 1, 15, 29.
(2) Plut. de audiend. poet. 2. Quaest. conviv. 9, 14, 7.

lida mediante la separacion de la sustancia fluida. La presencia de conchas marinas que se encontraban en diferentes puntos de la tierra, especialmente sobre las montañas y las figuras de peces y focas, estampadas en rocas halladas cerca de Smyrna, en Paros y en Siracusa, son para Jenófanes claros indicios de que la tierra ha estado alguna vez cubierta por el agua. Por otra parte las sustancias salinas que contiene el agua del mar provienen de las partes terreas que han quedado en el agua. Todas las demás formaciones se deben á la combinacion del agua y de la tierra (1). Los cuerpos celestes luminosos son conglomerados de vapores igneos, á manera de nubes que se encienden, arden y se apagan de nuevo. Tambien la luna y el sol son nubes igneas de esta clase. Las estrellas errantes no recorren círculos situados en diferentes planos, sino que giran en una superficie lisa por encima de la tierra; así como las nubes parece que suben y bajan al presentarse en el horizonte, cuando no hacen más que correr en línea recta sobre nosotros. Lo que no ha sido siempre no puede permanecer constantemente; antes al contrario, todo lo que ha tenido principio y orígen debe perecer de nuevo, incluso los hombres. Algun dia las aguas cubrirán de nuevo la tierra que se resolverá en el cieno primitivo (2).

Punto muy particular de la consideracion de este filósofo fué la vida universal de la naturaleza ó el conjunto de sus fenómenos y la ley de regularidad y finalidad que en ella impera. Observó primeramente cómo se sobrepone la vida de la naturaleza al cambio del ser y de la muerte, y de qué manera se reproduce de nuevo con su-

(1) Fragm. 8. 9. 10. Karsten, Ps.-Plut. de vita Hom. c. 93.

(2) Plut. placita philosoph. 2, 13, 7. 2, 18, 1. 2. 20. 1. 2 24, 4. 2, 24, 7. 2, 25, 2. 3, 2, 12 Plutarco citado por Eusebio, Praep. ev. 1, 8, 4. Hippolyt. 1, 14.

jecion á un órden invariable. Esto que permanece constante y se mantiene inalterable en medio del cambio, este órden que predomina en la trasformacion, esta vida que ejerce su imperio en la vida de la naturaleza es, en sentir de Jenófanes, lo único real y existente, el sér real que tiene verdadera vida, porque permanece siempre igual á sí mismo. Esto le llevó á considerar en la naturaleza cierta unidad, la unidad del sér que permanece en medio de este cambio.

Este sér real es al mismo tiempo lo informe, lo primitivo y, por consecuencia, el orígen del mundo. Una materia primordial no podia ser lo primitivo, la fuerza creadora y el poder conservador, es decir, la esencia del mundo; porque lo imperecedero no puede nacer de lo perecedero ni la vida de lo que no la tiene. Tampoco lo permanente y esencial, lo que ha servido de fundamento á los fenómenos naturales, á su relacion, podia confundirse con dichos fenómenos ni con sus cambios: ejercía su accion en la naturaleza, constituyendo su alma el núcleo que se esconde á la vista; pero no es, segun habia enseñado Tales, una de las sustancias naturales, ni como opinaba Anaximandro, una materia indefinida que se distingue en sí misma; Jenófanes separa la fuerza vital de la materia, pero no concibe lo permanente en lo perecedero, la esencia en lo fenoménico, segun la concepcion pitagórica, como el imperio de los números sobre el mundo, antes bien condena y ridiculiza la teoria del filósofo de Samos, teniendo cuidado de advertir á sus oyentes: «empiezo un discurso muy diferente y enseño otro camino» (1).

El criterio poético de Jenófanes vino á considerar esta vida siempre igual á sí misma, que se manifiesta

(1) Diogen. Laercio, 9, 1, 18. 8, 1, 36.

en los fenómenos de la naturaleza, que es el fundamento de su existencia, de su muerte y resurreccion, su verdadera esencia, como un ser único, indivisible, que es al mismo tiempo la fuerza organizadora del mundo, el Creador, el Señor del Universo. De esta manera, en lugar de la materia primordial de la escuela jónica, en lugar de los números y de la armonía, de los poderes ideales de Pitágoras, admite Jenófanes un Espíritu divino que domina la naturaleza y la gobierna y es la verdadera esencia del mundo. Así le oimos decir, segun una frase conservada por Timon el escéptico: «á donde quiera que dirijo mis miradas, siempre se ven como arrastradas hácia el Uno que es el Todo. Y este Todo que se halla estendido en todas direcciones, viene siempre á quedar el mismo que antes era» (1). Segun la expresion de Aristóteles, «dirigiendo su mirada por todo el cielo, fué Jenófanes el primero que enseñó la unidad del sér y llamó á esta unidad Dios» (2).

Inútil es advertir que ni Júpiter ni Apolo, ni Athena ni Dioniso, ni otra divinidad alguna de la antigua mitología tenia razon de ser en el sistema de Jenófanes, en el que no habia más que un sólo Sér supremo y perfecto, que imperaba en y sobre la naturaleza. Oigamos el juicioso raciocinio del filósofo sobre este particular. Si fueran muchos los dioses no podría existir uno supremo y omnipotente. No es tal dios aquel que se halla sometido al dominio de otro dios, y si se quiere suponer que hay dos ó tres dioses supremos con poder ilimitado, ninguno de ellos seria ni supremo ni todopoderoso; porque no puede haber más que un sólo Sér que esté sobre todas las cosas. Acusaba igualmente de impiedad á los que

(1) Sext. Pyrrh. I, 224.
(2) Aristot. Metaphys. I, 5, 10. Platon. Soph. p. 242.

afirmaban que los dioses nacen y mueren, porque en tales condiciones ni aun concebirse puede su existencia (1).

Jenófanes expresa con valor intransigente la oposicion que existía entre su nueva concepcion cósmica y las creencias que á la sazon predominaban en Grecia. Ni siquiera se toma el trabajo de salir á la defensa de sus principios: antes bien, lleno de orgullo y de amor propio ataca con vigor y sin vacilaciones la fé de sus antepasados. No quiero oir hablar de los augurios y vaticinios que daban los dioses, ni de los dones y sacrificios que se les ofrecian, «porque los dioses no han menester de ofrendas» (2). A los idólatras les dirige esta diatriba: «creen los mortales que los dioses tienen su forma, su vestido y su lengua; así los negros adoran á dioses con narices chatas mientras que los tracios rinden culto á divinidades con ojos azules y cabello rojizo. Si los bueyes y leones tuviesen manos para pintar y hacer imágenes como los hombres, darian á los dioses su propia figura y les representarían con cuerpos análogos á los suyos» (3).

El filósofo de Colofon dirige los más acerbos reproches á los poetas que habian corrompido la idea de la divinidad con brillantes descripciones de sus dioses, principalmente á Homero y Hesiodo que les habian atribuido todo cuanto hay de vergonzoso y vituperable en el hombre, contando de ellos un sin número de hechos repugnantes y actos tan reprochables como el robo, el adulterio y la mentira. Timon hace suya la acerba crítica

(1) Clement. Strom. 5, 601. Euseb praep. ev. 1, 8, 5.
(2) Plut. de plac. phil. 5, 1, 2.
(3) Fragm. 5, 6. Karsten.

del filósofo, si bien le llama «destructor algo inflado de la mentira homérica» (1).

A los dioses de la antigua poesía, que eran tambien los del pueblo, opuso, pues, Jenófanes un concepto de la divinidad muy superior á cuanto se habia predicado sobre este particular en Grecia. He aquí su definicion del Sér supremo: «Un Dios es, entre todos los séres divinos y humanos, el más grande, el que lo vé todo, lo oye y lo piensa todo, el que sin trabajo lo domina y gobierna todo segun los dictados de su propia inteligencia, el que permanece inmóvil sin dirigirse á este ó al otro lado.» «Es razon, pensamiento, eternidad» (2).

A pesar de la elevacion de ideas que informa esta concepcion cósmico-teológica y del idealismo que predomina en el concepto de la esencia de las cosas, el desenvolvimiento de esta doctrina, en un sentido favorable al general desarrollo de la filosofía griega, dependía de la tendencia que adoptasen los discípulos y sucesores de Jenófanes, continuadores de la escuela eleática, máxime cuando el filósofo no habia expuesto con entera claridad sus teorías, en las que aparecian confundidas tendencias naturalistas y supernaturalistas, enseñanzas panteistas con otras teistas y momentos inmanentes con otros trascendentes. Desde luego podia temerse que si predominaba el elemento panteista y adquirian predominio sus ideas en la sociedad helena, los dogmas de la escuela no tendrian prestigio ni virtud suficiente para suplir siquiera las doctrinas morales emanadas de la antigua tradicion y propagadas por la Epopeya, por la poesía coral, por los misterios y los poetas gnómicos, doctrinas que, á pesar de sus enormes aberraciones, habian

(1) Fragm. 7. Diogen. Laercio, 9, 2, 18.
(2) Diogen. Laercio, 9, 2, 19. Fragm. 1, 2. 3.

servido de base y fundamento al desarrollo de una brillante cultura. Mas, por el momento, no podian fijar los griegos su atencion en estas cuestiones. Imponiaseles, de una manera imperiosa, otra tarea que debia absorber todas sus fuerzas y unir en una aspiracion comun á todas las tríbus helenas, lo mismo las que habitaban en la Península que las que moraban en las colonias. Tratábase nada menos que de la defensa de la independencia y libertad del pueblo heleno, del mantenimiento de la existencia nacional, condicion indispensable para el progreso y desarrollo de todos los elementos que constituyen la vida de un gran pueblo.

VIII.

ESTADO GENERAL DE LOS GRIEGOS Y DE SU CULTURA.

Hasta la mitad de la sexta centuria habia hecho notables progresos la cultura helena, en todas las ramas que abraza la actividad humana. Derribada en todos los cantones la antigua monarquía y sustituida por el régimen aristocrático que consolidó su gobierno con nuevas instituciones y leyes fundamentales, habíase desarrollado un vastísimo sistema de colonizacion que, en poco tiempo, hizo á los griegos dueños del Helesponto, de la Propontide, del Bósforo, de las costas del mar Negro, de las sicilianas y de la baja Italia. Inútil es advertir que una propagacion tan extraordinaria del pueblo heleno produjo notabilísimo cambio en sus condiciones de existencia y en todo cuanto hace relacion á la vida.

La piratería que habia sustituido, en parte, á la agricultura, cedió casi por completo el puesto al comercio marítimo y las transacciones mercantiles despertaron el espíritu industrial, porque es ley económica de las naciones que la que no vende no compra. Así creció en los cantones marítimos aquella burguesía que, interponiéndose entre el pueblo y la nobleza, primero exclui-

da de los negocios públicos y sometida al yugo de la aristocracia, se apoya luego en la plebe para combatir á la aristocracia y sustituirla en el mando. Era natural que el nuevo estado hiciese prevalecer sus pretensiones primeramente en las colonias, donde no habia echado tan profundas raíces la tradicion del derecho hereditario, por hallarse pobladas de indivíduos procedentes de diversos cantones y de distintas tríbus á veces. Ya vimos antes de qué manera triunfó en todas partes el privilegio de la riqueza, de los mayorazgos, sobre el derecho exclusivo de la sangre, no sin que se originasen luchas y choques, principalmente en aquellos cantones en que las clases aristocrática y plebeya se hallaban separadas por tradiciones de raza ó tríbu, y en que habian dominado sin interrupcion los descendientes de los conquistadores, sin mezclarse con los vencidos que formaban las clases populares. En estas comarcas, en que la aristocracia monopolizaba además otros privilegios, como el de las armas, el de los sacrificios, el de administrar justicia, hallándose organizada en masas unidas y compactas, fueron necesarios caudillos resueltos y aguerridos que dirigieron la lucha de las clases plebeyas contra la nobleza.

De esta manera se levanta un nuevo estado en los cantones marítimos del Peloponeso, dominados por la raza dórica. El objeto de las nuevas instituciones era muy diferente del de las antiguas, porque en ellas no sólo se reconocian sino que se trataban de llevar al terreno de la práctica los derechos de las clases industrial y plebeya, cuya subsistencia tenia por fundamento el trabajo pacífico, y se defendian sus intereses.

Pero las conquistas realizadas de este modo por el estado llano de la costa peloponesia despertaron tambien en la oprimida poblacion agrícola del mismo país el

amor á la independencia, y hubo un momento en que sus esfuerzos parecieron coronados por el éxito, como si fuesen á destruir de un golpe las ventajas alcanzadas en otro tiempo por los eleos y aun por los animosos dorios del Eurotas. Mas la nobleza espartana rehace sus fuerzas y cobra ánimo á la vista del peligro que amenaza su soberanía; restablécese la antigua disciplina, organízase la vida sobre las bases del más absoluto comunismo práctico puesto al servicio de la pátria; vigílanse más que nunca los actos y la conducta de sus reyes, para lo cual se establecieron funcionarios especiales de eleccion anual y, en suma, adoptaron medidas tales que dieron á su dominio el carácter de un gobierno del terror. Esta reforma de la constitucion espartana, además de sofocar el movimiento insurreccional que se habia iniciado entre el estado llano, contribuyó á robustecer el régimen aristocrático dentro y fuera del Peloponeso, al punto de que la nobleza de algunos cantones buscó el apoyo de Esparta.

En los cantones en que no existía verdadera oposicion de razas, se verificó, por fin, la fusion de los dos estados rivales, no sin provocar resistencia y alternativas: así sucedió entre los eolios de Lesbos, entre los jonios de Asia, en Mileto y en Efeso particularmente. Pero en ninguna parte fué tan encarnizada la lucha como en Atica, donde, sin embargo, se llegó á un acuerdo prudente entre la nobleza y la plebe, fijándose tras empeñada contienda, los derechos de unos y otros, para el mejor servicio del Estado. Así vemos que en Atica se estableció sobre sólida base el nuevo régimen, gracias á la proteccion especial que dispensaba al pueblo llano, mientras que en las ciudades jónicas de Oriente sólo tuvo una vida por extremo pasagera, sin haber logrado acallar la enemiga de los partidos, y en los can-

tones dorios del Peloponeso desapareció cuando apenas se habia establecido. Los hechos vinieron á demostrar que la democracia no podia adquirir desarrollo en Grecia sino ensanchando los derechos de los labradores y burgueses y dándoles consistencia por medio de reformas que rompiesen las cadenas que los tenian sometidos á la clase privilegiada. Tal sucedió en Atica, donde otras condiciones de carácter económico favorecieron el progreso del régimen popular.

Así como los estados democráticos de Cypselo y Periandro, de Teagenes y de Clistenes habian sucumbido bajo el poder reunido de las repúblicas de Pisístrato, de Lygdamis y de Polícrates, así tambien el régimen democrático de los jonios dió por resultado el restablecimiento de un gobierno análogo entre los dorios. La tenaz resistencia que los linages de esta raza opusieron en las colonias de Sicilia, no fué parte á contrarestar el empuje del poder democrático que, al finar el siglo sexto, fundó las monarquias de Akragas y de Gela, la última de las cuales se traslada luego á Siracusa.

***

La nueva monarquía tenia por principal objeto favorecer los intereses del pueblo, y cumplía su mision protegiendo las clases inferiores y ensanchando sus atribuciones. Pero el medio principal para sostenerse consistía en reconciliar unas clases con otras estableciendo una relacion bien proporcionada entre los deberes y derechos, dando á todos la debida participacion en el gobierno y armonizando la libertad con el poder soberano. Claro está que en Grecia, aun cumplidas estas condiciones, el nuevo régimen no podia adquirir verdadera importancia nacional, como nunca la alcanzó el antiguo, á lo menos allí donde el poder monárquico no re-

basára los reducidos límites de un canton y mientras el poder individual de aristócratas y demócratas contrabalancease el poder del soberano. La falta de unidad fué el carácter de la monarquía antigua lo mismo que de las nuevas tiranias, y así como en la lucha por el mando no se presentó ni toda la aristocracia por un lado ni toda la burguesía y clase labradora por otro, así tampoco, al caer más tarde el nuevo régimen, se rompió ningun lazo de unidad nacional. En realidad de verdad ésta aparece por vez primera en los estados helenos de Occidente, puesto que, en las ciudades de Oriente, la monarquía no hizo más que cumplir el triste destino de servir de instrumento á la dominacion extranjera.

Queda ya indicado que la prolongada lucha entre los estados plebeyos que aspiraban al mando y la nobleza que le ejercía por derecho de conquista, se desarrolló dentro de los respectivos cantones, cuyas especiales circunstancias, en casi todos los casos, tenian que determinar necesariamente este resultado. Así como subsistió la antigua monarquía en los cantones á que no habia alcanzado la corriente de las nuevas ideas, así tambien se sostuvo la aristocracia en otras comarcas aisladas por altas montañas, cuyos habitantes no conocian más profesion que la agricultura y la ganadería. Pero en los cantones en que era más animada la vida, esta lucha dió á veces resultados opuestos, ya que en unos surge la democracia de entre las ruinas de la monarquía, al par que en otros obtiene el triunfo la aristocracia.

Pero el procedimiento fué próximamente igual en todas partes. La opresion que los príncipes ejercian sobre la nobleza y las disposiciones que adoptaban, ya con objeto de favorecer al estado llano, ya con el de robustecer su dictadura, acrecentaban el ódio de dicha

clase hacia el tirano. Con el trascurso del tiempo olvidó el pueblo las vejaciones que sufrió de la aristocracia para acordarse únicamente de los inconvenientes que llevaba consigo el poder ilimitado de un príncipe y, prestando oidos á las sugestiones de la nobleza contra el representante del poder soberano, ó le atacaban directamente ó le exigian reformas que otorgasen iguales derechos á todos los ciudadanos. Si entre tanto la nobleza se comprometía á ajustar su administracion á las leyes, á garantizar los derechos de las personas y sus propiedades, á dejar libre campo al desenvolvimiento de la industria y fomentar sus progresos, era seguro su triunfo, y únicamente podia resistir la monarquía otorgando privilegios especiales á las clases plebeyas, cediéndolas parte de sus prerogativas, ejerciendo el poder soberano con desinterés marcado y sobre todo interesándolas en la marcha de su política.

En la época de las emigraciones encontró la fantasía de los griegos fuerte contrapeso en las luchas que ocasionó la conquista del país, en la fundacion de ciudades, constitucion de Estados y en las múltiples operaciones de una colonizacion vastísima; en las circunstancias actuales, las luchas interiores de los partidos, las reformas constitucionales emprendidas para dar participacion al estado llano en el gobierno de la república, inspiradas siempre en el particularismo que caracteriza la vida helena, y por último las necesidades originadas del creciente desarrollo del comercio, de las artes y de las ciencias, obligaron á los griegos á ocuparse en los asuntos que atañen á la vida práctica. Faltábales, en primer término, un código de moral al que pudiesen ajustar sus acciones, como les faltaba un código religioso que les sirviese de norma en sus prácticas sagradas y la redaccion de nuevas doctrinas, en forma pro-

saica, que supliesen á la antigua moral poética de la nobleza, fué tambien asunto que ocupó la atencion de los gobernantes demócratas.

Base de esta moral es el derecho positivo é igual para todos, con la misma igualdad en los deberes. De acuerdo con este principio establécese que no se haga á otros lo que para sí no se quiera; exígese el dominio de la propia voluntad y se proclama el imperio de la equidad y de la justicia. Fúndase particularmente en la sensacion, en la experiencia propia y en la observacion de la naturaleza.

Muy luego surgen defensores de los antiguos preceptos morales, para cuya defensa se buscan armas en el arsenal de la experiencia y en las mismas necesidades de la vida, creadas por las nuevas reformas. En frente de Solon, Pitaco y Bias, defensores de la emancipacion del estado llano, de los mismos deberes y derechos para todos, preséntanse Jilon y Theognis que, estudiando la conducta de las masas populares, atribuyen al plebeyo naturaleza y criterio de órden inferior á los del aristócrata, deduciendo de aquí que la única forma de gobierno aceptable es la que tiene á su cabeza al hombre desinteresado y hábil en el manejo de las armas y oponiendo á la moral universal una moral de raza, cuyos principios se fundan en la experiencia. Ahora como antes sirvió el verso gnómico para propagar los preceptos morales.

A la antigua tradicion política trasmitida por herencia, al arte de gobernar de que se consideraba única propietaria la aristocracia, opúsose tambien una nueva ciencia de gobierno basada en la observacion, en la práctica de la vida, informada en el criterio de equidad y de justicia que ahora predominaba en todas las manifestaciones de la vida helena, y que tenia por principal

objeto armonizar el derecho antiguo con el nuevo y sustituir las instituciones tradicionales con instituciones y leyes basadas en las necesidades positivas de la vida y en la experiencia.

*
* *

Al mismo tiempo que se reformaban las bases de la moral y del derecho y se trazaban nuevos derroteros á la política; que las exigencias del comercio marítimo daban orígen á las primeras investigaciones científicas, principalmente geométricas y astronómicas, y obligaban á los griegos á fijar su atencion en el estudio de la tierra, echando los cimientos de la geografía, empezó tambien á sentirse la necesidad de fundar la religion sobre principios más sérios que los ideados por sus antiguos poetas, tendencia que se manifestó con más claridad despues que se difundieron las ideas de los primeros filósofos jónios que desvanecieron no pocas ficciones mitológicas, explicando científicamente fenómenos que la poesía hierática interpretaba como manifestaciones de otros tantos dioses, y derrocando así el fantástico edificio de ficciones mitológicas. Era como una necesidad que sentia el pueblo heleno de estudiar en sério y con más fundamento las creencias religiosas y el culto, que antes se le presentára bajo el engañoso ropage de la ficcion poética.

Las doctrinas corrientes acerca de la vida y del destino despues de la muerte eran tal vez las que menos satisfaccion daban al corazon humano, y se hace un efímero ensayo para encontrar la solucion de estos grandes problemas. Fíjase, en primer término, la atencion de los griegos en el culto de las divinidades agrarias, cuyo mito se expone con más amplitud y de una manera más gráfica en los misterios. Ni los oráculos de

Delfos y Dodona, de Beocia y Olimpia; ni los signos celestes, los sacrificios y las interpretaciones de los adivinos satisfacian ya los deseos de conocer algo acerca de la vida futura y se pretende suplir su defecto con las declaraciones y sentenias de los adivinos y de los cantores que anunciaban lo venidero. Al comenzar el siglo sexto propáganse en Grecia los oráculos de la sibila de Cumas, al mismo tiempo que Esparta recoge cual precioso tesoro las máximas de Epimenides, se hace lo propio con las de Baquis, colecciona Onomakrito los dichos de Museo y se restauran con cuidado los pretendidos himnos de Orfeo, con sujecion á los restos que se conservaban de la antigua poesía hierática.

Sin embargo, no era ya la supersticiosa credulidad antigua ni el encanto que lleva consigo el conocer el éxito de las cosas lo que hizo resucitar antiguas máximas y olvidados usos; era el instinto de la piedad, la aspiracion del alma que busca la paz en la religion y cree encontrar medios de expiacion en las antiguas prácticas arias cuya memoria se habia perdido entre los griegos, que no representan otra cosa las lustraciones y purificaciones de Epimenides, con que se trata de limpiar las culpas morales y de aplacar la cólera de los dioses. Así se enseña tambien, en relacion con los misterios de de Dioniso y bajo la autoridad de Orfeo, que la parte espiritual del hombre es el elemento bueno, representado por aquel númen, en tanto que la sensible es el elemento malo que debe destruirse, cuyas doctrinas eran antes completamente desconocidas en Grecia. A su desenvolvimiento contribuyen por un lado los siete sábios, representantes de la ciencia aplicada á la vida práctica, aquella sencilla al par que profunda sabiduría de Solon, de Bias y de Pitaco; por el otro los misterios y las purificaciones de Epimenides, que sin duda contaron con la

aprobacion del gran legislador ateniense, á las que luego se agregan los oráculos de las Sibilas y de Baquis, la mística y la ascética de los nuevos órficos, á cuyas prácticas y consagraciones se atribuye la virtud de borrar culpas y pecados.

Pitágoras comunica vigoroso impulso á estas tendencias de unificacion religiosa, con sus teorías opuestas á las doctrinas de la filosofía jónica, cuyo carácter naturalista era tan contrario á las antiguas creencias religiosas como al sistema idealista de los pitagóricos, que, al lado de los factores ideales de que supone compuesto el Universo, establece, como potencia invisible y suma, el mundo invisible de la pureza, restableciendo en el pedestal del númen de la materia Baco, al de la luz y de la poesía; sustituyendo el sacrificio sangriento con el sacrificio del espíritu, exigiendo que se conservase la pureza del cuerpo al mismo tiempo que la del alma, como condicion que determinaba muy principalmente el destino del hombre despues de la muerte, ya que únicamente el alma que habia alcanzado un alto grado de pureza encontraba franca la entrada en la region luminosa de la otra vida.

Estas doctrinas, principalmente en la forma en que las exponian los órficos, señalan una diferencia muy marcada entre el elemento espiritual y el sensible del hombre que, en la práctica, da orígen al ascetismo. Habíase, pues, modificado la antigua creencia de los griegos, principalmente mantenida en la epopeya, que consideraba el sér humano como una unidad concreta indivisible, resultado de la union del alma y del cuerpo. Pero en realidad de verdad los griegos no abandonaron nunca este concepto del hombre, ya que el severo ascetismo que se propone quebrantar el cuerpo á fin de que el alma pueda alcanzar mejor su verdadero destino, ja-

más echó profundas raices en Grecia. Aun para Pitágoras no deja de ser fin el cuerpo, siquiera no sea el sumo fin; así vemos que da prescripciones para desarrollar las fuerzas corpóreas y conservar la salud y, en vez de ordenar verdaderas mortificaciones, se contenta con prescribir ciertas abstenciones fáciles de cumplir, con las cuales creía lograr el completo dominio del alma sobre el cuerpo. El mismo Platon no hizo más que reproducir la doctrina pitagórica al sentar el principio de que el alma no debe apegarse demasiado al cuerpo. En suma, los asombrosos ascetas del Ganges no tuvieron imitadores en Grecia.

***

La poesía dejó de ser ahora la expresion del sentimiento religioso de los griegos y el vehículo por el que se daba á conocer el desarrollo de sus ideas morales, por más que todavía contribuyeron los poetas muy particularmente á la propagacion de las nuevas doctrinas, tanto en el terreno de la moral como en el político y religioso. Pero las ideas acerca de la vida habian tomado un tinte demasiado realista y la poesía vióse precisada á reducir su campo, sin que eso quiera decir que se agotasen los ricos veneros de la musa helena, antes muy al contrario, en la segunda mitad del sexto siglo produjo obras dignas de figurar entre los primeros engendros literarios de este pueblo.

Segun vimos antes los cantos corales hacian ya notable papel entre las producciones poéticas de esta época, habiendo sustituido al canto épico y al himno antiguo de tal manera, que dió nuevo carácter á las ceremonias del culto, y aunque se enriqueció con muchas y variadas formas no dejó de estar en armonía con lo que exigia la piedad, como si estos poetas se hubiesen

propuesto el doble fin de elevar el corazon y entretener la vista y el oido. Taletas y Alcman, Polimnesto y Sacadas cultivan, con éxito notable, este género de poesía sin separarse de los principios sentados por Terpandro. Siguió á éstos Estesícoro, que dió más amplitud á los coros, añadiendo motivos épicos al elemento lírico.

La *elegía*, que sirvió á Calino y Arquíloco para elevar el ánimo abatido de sus conciudadanos y llevarlos á la victoria ó á la heróica resistencia, fué en manos de Tirteo arma poderosísima de guerra, y Solon obtuvo análogos resultados prácticos con sus versos elegiacos, aunque tuviesen carácter más moderado y fuesen más propios para inspirar sentimientos pacíficos. Si los cantos corales de Alcman se distinguen por la delicadeza y la vivacidad casi afeminada de los sentimientos y de la expresion; si Mimnermo vertió en sus elegías raudales de amor y de melancolía, Alceo y Safo hicieron descender al himno de las elevadas regiones del olimpo para trasformarle en oda: con estos dos poetas empieza, en propiedad, la emancipacion de las formas tradicionales. Desaparece la severa y solemne entonacion del himno para dar lugar á un estilo más ligero y de gracioso corte, en que el poeta canta sus propias alegrias y dolores, sus hechos y sufrimientos, los encantos del triunfo y el placer de la venganza, el dolor del destierro y de la separacion de los séres queridos. A la vigorosa entonacion con que Safo expresa sus sentimientos y su pasion amorosa en inimitables odas, sucede el tono jugueton y bullicioso con que Anacreonte canta los placeres del vino y del amor, que forma notable contraste con las formas severas y tétrica expresion de que se vale Ibico para exhalar sus quejumbrosos ayes.

Ya hicimos notar antes el impulso que comunican á la poesía las reformas introducidas en el culto de cier-

tas divinidades por Periandro, Clistenes y Pisístrato. El de Dioniso fué uno de los que más parte tuvieron en este progreso; porque así como este númen subió de la simple categoría de dios de los labradores á la de divinidad nacional bajo el régimen democrático, así tambien los nuevos elementos, misterios y secretas doctrinas con que se enriqueció su culto, en oposicion algunas con las creencias de los antiguos helenos, dieron orígen á muy notables producciones poéticas, que ocupan el lugar inmediato á la epopeya.

Sabemos que antes se cantaba en las fiestas de este númen, representante de la virtud generadora, el himno caracterizado por su entonacion tempestuosa y animada. Ahora trasladó Arion al ditirambo de Dioniso todos los aumentos y adiciones que Terpandro habia introducido en los coros, y algun tiempo despues Tespis aprovechó la forma ampliada que dió Estesícoro á los cantos corales, por la adicion de los epodos que acompañan á sus canciones, para instituir el drama lírico tomando por base los coros dionisiacos. Conforme á la antiquísima costumbre que observaron los griegos de invitar al númen á recibir su ofrenda por medio de un himno de alabanza, escogido entre muchos, á cuyo autor se concedió luego el premio del certámen, establecióse tambien que los coros, que cantaban ante los altares de Dioniso, se disputasen un premio, otorgado al himno que mejor celebráse las alabanzas del númen. Con el trascurso del tiempo se unió al coro trágico el cómico, en cuyas canciones figuraba el yambo, de que se servía el jefe del coro, como le usó en otro tiempo Arquíloco para dar rienda suelta á sus pesares y enojos, Simonides para desahogar su vena satírica ó Hipponax para destilar la emponzoñada hiel de sus groseras bufonadas.

Por lo demás los asuntos de uno y otro coro eran

idénticos, diferenciándose únicamente por la forma. En el coro trágico se daba rienda suelta á la fantasía y ámplio juego á las pasiones; en el cómico reinaba la más completa licencia y era genuina expresion del libertinaje y del buen humor, supuesto símbolo de un mundo imaginario; digno cortejo del dios del entusiasmo delirante y del placer desenfrenado. Era natural que este género de poesía se desarrollára muy particularmente en Atica y que, á la sombra de sus instituciones democráticas, produjera los más ópimos y sazonados frutos. Y es que cuanto más grave se presentaba el porvenir ante los griegos, más esfuerzos hacía su imaginacion para recrearse en el mundo del placer que creaba su fantasía, con mayor fuerza se sentian arrastrados hacia el deleite que, por un momento siquiera, les libertára del peso abrumador de la vida real, buscando así en las penas y placeres de otros motivo para olvidar sus propios dolores. Claro está que, relacionada de esta manera la poesía con el culto religioso, sin destruir por eso la libertad de revestirla de toda clase de formas profanas, adquirió una base sólida y duradera en la vida de los griegos.

***

No eran estos certámenes poético musicales los únicos medios de que se valian los griegos para honrar á sus dioses y ganar sus favores; buscaban tambien su proteccion mostrándoles su habilidad y destreza en los ejercicios corporales, porque suponian que la vista de hombres hermosos, bien desarrollados, de voluntad enérgica y vigor indomable causaba placer á los dioses. Así vemos que, si bien estas ideas y las fiestas en que se manifestaban eran como el patrimonio de la aristocracia y la más genuina expresion de sus aspiraciones, la de-

mocracia, en sus dos formas, republicana y monárquica, no solamente no disminuyó estas solemnidades, sino que aumentó las que tenian carácter panhelénico.

Despues de la destruccion de Crisa se trasformó en sacrificio nacional, el que celebraban los anficciones en Delfos, tomando parte en esa trasformacion el tirano de de Sicyon y los dinastas de Tesalia; análogo cambio introdujo Periandro en el sacrificio ofrecido á Neptuno sobre el Istmo y ese carácter nacional dieron los argivos á la fiesta de Júpiter nemeo. A esta trasformacion acompañó otra reforma no menos importante, que consistió en franquear á todas las clases sociales las puertas de estos certámenes, abiertos antes únicamente á los nobles, dando así mayor esplendor á las solemnidades y dejando á los plebeyos en libertad de tomar parte en una diversion de que se veian privados antes. Así como la reunion de indivíduos procedentes de todos los cantones reavivaba más y más el espíritu nacional, así tambien los certámenes musicales que formaban parte de las fiestas píticas. ístmicas y nemeas no podian menos de contribuir poderosamente al desarrollo de la poesía y de la música. Por lo demás, la excesiva multiplicacion de estas solemnidades nacionales, llevaba consigo el peligro de convertir la atlética en única profesion de los griegos, ahogando todos los demás elementos que deben entrar en la educacion de un hombre «hermoso y bueno,» usando una expresion peculiar de este pueblo. Efectivamente: celebrándose las olímpicas en el primer año del ciclo, seguian las nemeas en la primavera del año segundo, las ístmicas en el otoño inmediato, las pitias en la misma época del año tercero, repitiéndose las nemeas é ístmicas en la primavera y otoño del cuarto (1).

(1) Bergk Poet. lyr. I, 4, pág. 18.

Tambien las otras ramas de la actividad humana contribuyen á enriquecer el patrimonio nacional de los griegos en el periodo que vamos examinando. En un principio es seguro que éstos no tuvieron mejores disposiciones naturales para la arquitectura y la escultura que sus hermanos del Iran y de la India. Vemos efectivamente que sus primitivos ensayos en la primera de estas artes fueron serviles imitaciones de monumentos extranjeros, principalmente de orígen cário y fenicio, y aún sus grandes mausoleos, sus murallas y ciudadelas, las esculturas, relieves y piedras sepulcrales con que adornaban sus monumentos funerarios conservaban el sello de la influencia extranjera. Pero aun este progreso artístico desapareció con las emigraciones, porque los nuevos Estados á que dieron nacimiento carecian de medios y recursos para ejecutar obras de esta clase. El desarrollo de la navegacion y del comercio hizo surgir necesidades que resucitaron las artes industriales y técnicas, que constituyen, al comenzar el siglo sétimo, la base del poder de la burguesía.

El nuevo arte arquitectónico se desarrolla en interés y al servicio de la religion principalmente. Segun todas las apariencias los primeros templos de los griegos tenian la forma de un edificio prolongado, con un pórtico de solo dos columnas centrales y varias pilastras laterales, que recibia la luz por las metopas; pero al comenzar el siglo citado habíase ya modificado esta forma y empezaban á manifestarse los estilos jónico y dórico con sus caractéres distintivos, del último de los cuales hemos encontrado ya restos más antiguos en las ruinas del templo de Ortigia, consagrado á Apolo, y en el de Selinunte, pertenecientes al último tercio del siglo sétimo. Al principio del siguiente aparecen ya bien definidas las formas de la arquitectura religiosa de los grie-

gos; con sus partes perfectamente armónicas y correlativas, sus columnas esbeltas y elevadas y sus arquitrabes de aspecto menos macizo. Entonces introducen tambien los corintios una modificacion importante en la techumbre, dándola dos vertientes en vez de cuatro que antes tenia.

Los primeros ensayos arquitectónicos de esta segunda época del arte griego se deben á los príncipes de Corinto, Sicyon y Megara, quienes, á imitacion de los antiguos monarcas helenos, erigen edificios para guardar sus tesoros, pórticos y acueductos. Siguen á éstos los suntuosos templos erigidos por los jónios en Samos, Efeso, Focea y Colofon; por los dórios en Esparta, en Siracusa y Akragas; despues de los cuales vienen los grandes monumentos de los pisistratidas: el Pithion, el Parthenon, parte del gran Olimpion que nunca llegó á término, con el castillo, y las obras del dique y puerto ejecutadas por Polícrates.

Al mismo tiempo que la arquitectura se desarrolla tambien la escultura, una y otra bajo los auspicios de los tiranos, quienes empiezan por sustituir las antiguas y toscas estátuas de madera de los dioses por otras más perfectas hechas de bronce y de oro y labradas á martillo. Un sólo siglo basta para recorrer el vasto campo que nos ofrecen las formas primitivas herméticas, ya perfeccionadas en el gran coloso de Júpiter, mandado erigir por Cypselo, y en el Apolo amyclense; los relieves de bronce y de mármol imitados del arte asirio-fenicio, desarrollándose, por último, las elegantes formas del estilo egineta, con sus hermosas estátuas de madera, de bronce y de piedra, que nos ofrecen una completa armonía y proporcionalidad de formas, estilo que adquiere más rápido desarrollo merced á la invencion de la soldadura y de la fundicion del bronce, y al conoci-

miento de modelos tan acabados como los que ya ofrecía el arte plástico de los egipcios.

Mientras que los artistas cretenses cultivan, de preferencia, la escultura en madera, los espartanos ofrecen muestras de grandes relieves en bronce. Los eginetas dan un paso más y adornan la fachada de su templo de Minerva con estátuas de mármol, independientes de la fábrica del templo, ejemplo que imitan los atenienses bajo el régimen pisistratida, segun demuestran las piedras sepulcrales y otros monumentos funerarios que se conservan de aquella época, y los argivos rivalizan en el arte escultural con los de Egina. A este enorme desarrollo del arte plástico contribuye, sin duda muy poderosamente, el progreso de los ejercicios gimnásticos y su preponderancia en la educacion helena, puesto que en ninguna parte se ofrecian al artista modelos tan hermosos y acabados como los que tenia ante los ojos en el robusto cuerpo del atleta.

Como no podia menos de suceder, la capital religiosa de Grecia, centro de sus oráculos y principal lazo de union de sus creencias, que en algun modo regulaba el culto y el dogma; punto de reunion de una de sus principales asambleas, y ahora lugar donde se celebraba una de las más concurridas fiestas panhelénicas, al que afluian los dones sagrados de todos los paises helenos, ya como trofeos y botin de guerra, ya como votos de piedad y agradecimiento, fué tambien uno de los principales centros del arte heleno y punto de reunion de sus artistas. Despues del incendio que consumió el templo el año 548, restáuranle con mayor suntuosidad y riqueza los alcmeonidas, y desde entonces no se sabe qué admirar allí más, si la grandiosidad de la fábrica ó la belleza de las estátuas erigidas en honor de los héroes y generales que habian defendido con gloria la libertad

helena, ó las inscripciones que por doquier recordaban al visitante los preceptos más salientes de la moral ó los riquísimos dones de oro y plata ofrecidos principalmente por Creso, antes de su caida, al ídolo délfico.

Olimpia, que reunia condiciones análogas á las del santuario de Apolo, llegó á encerrar tambien preciosas muestras del arte griego. Al pié de la colina de Crono, levántanse junto á la tesorería de Myron, otros edificios destinados á guardar los dones y votos procedentes de Bizancio y Cirene, de Sibaris, de Selinunte y de Gela. Los eleos, vencidos ya los pisates, y dueños del derecho de presidir los juegos y de inmolar el sacrificio, emprenden la construccion de un soberbio templo en honor de Júpiter, frente al de su consorte Juno, con el auxilio de ricos presentes, donativos y trofeos que les llegan de todas partes, lo mismo de Esparta que del Quersoneso y del Bósforo, de Sibaris, de Locre y de otros puntos de la Magna Grecia.

Poco despues de mediar la sexta centuria establécese la costumbre de que los vencedores erigiesen su propia estátua como ofrenda presentada á Jove, al que además dejaban algun voto ó donativo; sábese que Praxidamas, primer egineta que obtuvo una corona en Olimpia, siendo vencedor en el pujilato el año 544, erigió su estátua de cuerpo entero en el Altis; ocho años más tarde ofreció la suya de madera de higuera, Rhexibio, locrense natural de Opus, que alcanzó el triunfo en el Pancracio (1); igual voto ofrece en 520 Anojo de Taras, vencedor en el Estadio y el arcadio Damareto, natural de Herea, que obtiene el triunfo de la carrera con armadura, introducida aquel mismo año, se hace representar en la suya con la armadura que usó en el cer-

(1) Pind. Nem. 6, 15 sqq. Bergk. Pausan. 6, 18. 7, 8.

támen, es decir: escudo al brazo, yelmo en la cabeza y la esquinela en los piés. Un nuevo testimonio de estos hechos nos ofrece la estátua de Timasitheo de Delfos, tres veces premiado en las píticas por su triunfo del Pancracio, y dos veces en Olimpia, donde tambien obtuvo el premio del Pancracio en los años 516 y 512, que, despues de la capitulacion de Cleomenes, murió en la ciudadela de Atenas, donde se habia encerrado con Iságoras (1) el año 507. Aparte del voto ofrecido por Pantares de Gela, anteriormente citado, hay tambien noticia de la estátua de Milon, trasportada al Altis y colocada sobre su pedestal por el mismo atleta.

Tambien los vencedores con cuadrigas hicieron levantar estátuas á sus caballos en el Altis, siendo el primero que dejó este recuerdo de su triunfo Cleosthenes de Epídamno que obtuvo el premio de la carrera de cuadrigas en la olimpiada del año 516. El monumento representaba sus cuatro yeguas, llamadas Fénix, Corax, Samos y Cnaquias con el conductor del carruaje, y le colocó en el Altis «en memoria del triunfo que obtuvo en el hermoso certámen de Jove» (2). Gelon, príncipe de Gela, encargó al artista egineta Glaukias la ejecucion del monumento que le representaba guiando la cuadriga con que obtuvo el triunfo de las carreras el año 488 y que fué colocado en el Altis, dos años más tarde. De igual manera Cimon, hijo de Steságoras perpetuó la memoria de sus tres triunfos obtenidos en Olimpia, colocando las estátuas de los caballos que le ayudaron á ganar el premio, en el «hondo camino» que pasa delante de la puerta melítica de Atenas.

La ejecucion de estos votos y monumentos con que

(1) Pausan. 5, 8, 10. 6, 10, 4. 8, 26, 2. 10, 7, 7. 6, 8, 6. Herod. 5,72.
(2) Pausan. 6, 10, 6.

se perpetuaba el recuerdo de los triunfos alcanzados en Olimpia, abria nuevos horizontes á la escultura helena. En estas obras precisamente se le ofrecia ocasion de reproducir formas hermosas, llevadas por el ejercicio y el arte á un desarrollo extraordinario, y de presentarlas en diversas actitudes: ya en el momento de la lucha, ó en el acto de recibir la corona; aspirando unas veces á hacer un fiel trasunto de los originales, otras contentándose con trasladar á la piedra ó al bronce los rasgos más esenciales que caracterizan el tipo del hombre vigoroso y bello. De esta manera se desenvuelve el verdadero arte plástico, al lado de la escultura al natural; porque en los nuevos monumentos se realzaba la belleza natural del hombre noble con elementos idealas bien marcados y la escultura daba con esto el primer paso, para representar, segun estos modelos así idealizados, á sus principales divinidades. Dedúcese de los hechos que acabamos de exponer que Olimpia ha dejado muestras más numerosas y acabadas de los progresos del arte escultural griego que ningun otro de los centros de su actividad, incluso Delfos.

***

El triunfo obtenido sobre la nobleza por las clases populares al tomar en sus manos las riendas del poder no turbó aquel equilibrio, aquella armonía entre los elementos ideales y reales, entre lo espiritual y sensible, que caracterizan la vida de los griegos. Así como la concepcion poética del mundo habia sufrido una modificacion radical bajo la accion de los fines reales de la vida y la antigua moral, que podemos llamar aristocrática, habia cedido una parte de sus dominios al sentido práctico y á la política; así como las reformas introducidas en el culto habian prestado á la poesía nuevos

motivos, más variadas formas y mayor independencia en su desarrollo, así tambien el arte plástico encuentra ricos motivos en los certámenes panhelénicos, que le dirigen á buscar la union, la compenetracion de lo ideal y de lo sensible.

Los griegos deben ese carácter particular que distingue todas las manifestaciones de su vida, y que constituye la rúbrica de toda su cultura, al individualismo de sus agrupaciones políticas, al particularismo de sus instituciones cantonales, cuyo carácter se destaca todavía más despues de la exaltacion del pueblo llano. Esta lucha de clases, como antes la lucha de la nobleza contra la monarquía, ofrece en cada comarca diferente aspecto, y se desarrolla en cada canton ó ciudad bajo las más diversas formas y extrañas direcciones, dando por último resultado una asombrosa variedad de formas políticas en toda la Grecia.

En los valles montañosos del Epiro y de Macedonia, donde apenas se dejaron sentir los efectos de las convulsiones que agitaron otras comarcas, mantúvose la antigua monarquía; los etólios, acarnanios, locrenses y arcadios habian conservado una forma de gobierno mixta, con predominio del elemento aristocrático; en Tesalia gobernaba la nobleza sobre numerosas tríbus y nacionalizados, aunque cediendo una parte de los derechos soberanos á la antigua casa real del país; en Tebas se hallaba tambien al frente del país la nobleza, que habia hecho prevalecer su superioridad en los ejercicios gimnásticos y en las armas; por más que faltaba en su poblacion el importante elemento de nacionalizados, y en Elis ejercia la aristocracia un gobierno moderado y pacífico, cuya posesion se hallaba asegurada por grandes propiedades en tierras y rebaños. Mientras que en las ciudades marítimo-comerciales del Pe-

loponeso se habia restaurado el régimen aristocrático, bajo formas altamente moderadas, en las poblaciones aqueas de la Baja Italia tenia la plutocracia las riendas del gobierno, en las ciudades siciliotas se constituyó un régimen monárquico que adquiere proporciones desconocidas antes en Grecia y en Esparta se constituye, sobre sólida base un gobierno aristocrático que se propone llevar al terreno de la práctica los nuevos principio políticos que la democracia aplica al régimen de la república ateniense. A partir de la reforma de Jilon, impónese la nobleza espartana la mision de gobernar el Estado con sujecion á principios rígidos y bien definidos, que guardan proporcion con la severa disciplina que para el mejor logro de su objeto se impone; así vemos que funda su poderío, á la vez que en la abstencion de todos los placeres, en la negacion de su propia voluntad y en una pronta disposicion á sacrificarse por el pueblo, en una policía implacable y activa que sabe reprimir cualquier movimiento sedicioso.

Por opuestos procedimientos logra Atenas idénticos resultados que Esparta, concediendo, mediante las reformas de Clistenes, ámplia libertad á los ciudadanos; como si, de esta manera, tratase de ensanchar el horizonte del ideal de la vida «buena y hermosa,» comprendiendo en su círculo los labradores y burgueses, que eran elementos excluidos antes de esa participacion y que ahora entran en el pleno goce de los derechos civiles, y toman parte en la gobernacion de la república como en todas las cargas y servicios del Estado. El buen sentido y la obediencia libre de los ciudadanos sustituyen en Atica la severa disciplina militar de Esparta; los más graves asuntos se resuelven mediante la decision comun ó el voto libre de todos los indivíduos de la república, y esa misma obediencia libre es el úni-

co sosten de sus leyes é instituciones. En Atenas llevan las riendas del gobierno los mismos que llevan el peso del trabajo y dirigen la nave del Estado los que dirigen las industrias y las artes. De esta manera se logró sacrificar al interés y á la seguridad de todos, los rencores de los partidos, y el choque de las más encontradas opiniones.

Es verdad que se halla expuesta á todos los peligros de la libertad: el ódio y la exacerbacion de los partidos; la ignorancia, la movilidad y las pasiones de la muchedumbre; pero tiene tambien de su parte todas las ventajas de la mancomunidad de intereses: la union de todas las fuerzas vivas y ámplio campo en el que pueden desarrollarse todos los talentos y dotes naturales. Todo depende, en casos tales, del elemento que predomine en la balanza de los poderes públicos. Atenas reunia excelentes condiciones para hacer este ensayo de gobierno del pueblo por el pueblo, en el reducido espacio que comprendia, en el predominio de la propiedad rural sobre la industrial y urbana, en la educacion política que se habia dado al pueblo llano y en todas las circunstancias que regulaban la marcha de la vida pública. Así fué que, gracias tambien á los distinguidos caudillos que aparecen en tan críticos momentos, llega á ser Atica el estado de Grecia que más se distingue por su fecundidad, por el ámplio desarrollo que allí adquieren todas las fuerzas vivas y por la importancia de las empresas que acomete.

***

En diferentes ocasiones hemos hecho notar las ventajas que reunia Grecia para desarrollar una política cantonal, con caractéres individuales bien marcados. Hasta mediar el siglo sexto habian difundido los griegos su lengua, sus creencias, sus artes y todos sus conoci-

mientos por la mayor parte del mundo á la sazon conocido, lo mismo en los países de Oriente que en los del Occidente y Mediodía, y sin grandes esfuerzos habíanse establecido sólidamente en las costas asiáticas, en las de Tracia, de la Baja Italia, de Sicilia y del Norte de Africa. Pero desde entonces todo habia cambiado por completo. Las colonias asiáticas habian caido sucesivamente en poder de lidios y persas, al mismo tiempo que los fenicios oponian su veto al desarrollo de los establecimientos griegos de Córcega, de Sicilia y de algunos del Norte de Africa. Cirene y Barca sufren sucesivamente el ataque de los cartagineses y el de los persas, cuyos ejércitos les salen al encuentro desde Egipto, despues de haber invadido, por el lado opuesto, las costas de Tracia, la Macedonia y las comarcas helenas que confinan con el Olimpo. Pero de todas estas pérdidas ninguna era más importante ni de consecuencias más trascendentales para el porvenir del imperio heleno que la pérdida de las colonias de la costa asiática y de las islas del Egeo: Este golpe terrible arrebató á los griegos sus más preciadas posesiones, tanto bajo el punto de vista de la riqueza material como del progreso intelectual, ya que no solo floreció en ellas la epopeya con otras formas poéticas, cuyo conocimiento se difundió desde aquí por todo el imperio heleno, sino que las colonias jónicas fueron la cuna de casi todas las artes y ciencias griegas, de la escultura, de la arquitectura, en parte á lo ménos, de la astronomía, de las ciencias naturales, de la geografía y, por último, de la filosofía. De suerte que todo el vastísimo imperio heleno es víctima de sus eternas rivalidades y divisiones, porque la única porcion que aún tenia condiciones de vida, acababa de darse el golpe mortal con la destruccion de Sibaris, cuya ruina abrió á los tirrenos, oscos y yapyges las puertas de to-

das las colonias de la Magna Grecia, así como acontecimientos análogos habian reducido á los griegos de Sicilia al extremo de mantenerse á la defensiva enfrente de las colonias cartaginesas.

Era llegado el caso de medir sus fuerzas con los enemigos del poder heleno y tambien el momento en que iban á mostrarse todos los inconvenientes y desventajas de su exagerado individualismo, del fraccionamiento de la unidad helena en un sinnúmero de pequeñas nacionalidades. Es verdad que el crecimiento de la metrópoli habia sido más lento que el de las colonias, y su constitucion, por eso, se hallaba asentada sobre bases más sólidas que tendian á establecer cierta mancomunidad de fuerzas y de intereses; que sus adelantos y conquistas en el dominio de la política eran fruto de penosos ensayos y reiterados esfuerzos; que la mayor escasez de recursos habia engendrado mayor severidad de costumbres y comunicado mayor energía al carácter de sus habitantes; pero aun con estas ventajas veíanse tambien reducidos á la defensiva.

Aun en el supuesto, al parecer imposible, de que los cantones, deponiendo rivalidades y rencillas, uniesen todas sus fuerzas para rechazar al enemigo comun, no podian abrigar la mencr esperanza de triunfo, atendida la enorme desproporcion que habia en sus fuerzas y recursos de toda clase. ¿Qué fuerzas tenian que oponer los griegos al más poderoso imperio que registra la historia, que disponía de un numerosísimo ejército, aguerrido y triunfante, que en el trascurso de sesenta años habia llevado sus victoriosas armas desde las playas del Egeo hasta el Indo y la Gran Syrte, y ahora se posesionaba de las comarcas occidentales de Grecia? Además del poder enorme que tenia en su numerosísimo pueblo, que compartía con su rey los frutos de sus conquistas, go-

zaba de una excelente organizacion que últimamente habia recibido de Dario, tanto para el cobro de los impuestos, como en general para el régimen administrativo de sus vastos dominios, cuyas riquezas mantenian lleno el tesoro público. Al frente de esta enorme masa de fuerzas hallábase un príncipe de probada energía, de gran prudencia y de agudo ingénio. Y lo peor de todo era que no pocos griegos favorecian los planes del monarca persa y algunos de los más distinguidos habian ido á buscar auxilio en su córte, donde trataban de acelerar la conquista de los países de Occidente, que era ya propósito decidido del gobierno de Susa.

Tal era el enemigo que se presentaba ante los griegos, cuya desorganizacion tenia tan profundas raíces que apenas podian alimentar la esperanza de unir sus mermadas fuerzas ante el comun peligro. Aun estaban recientes las luchas y guerras sangrientas que, en el sexto siglo sostuvieron los tesalios, primero contra los beocios y luego con los focenses que hicieron sufrir á los primeros derrotas humillantes. Avivado así más y más el ódio que separaba unas razas de otras, no esperaban los tesalios más que una ocasion propicia para vengar su desgracia. Por su parte los beocios, si bien habian logrado reunir bajo su direccion casi todas las ciudades de la comarca, para formar una confederacion política, á semejanza de la asociacion religiosa que antes hacia reunir las ciudades beocias alrededor del altar de la Minerva Itonia; á pesar del prestigio que la daba su carácter de antigua capital de una de las primeras monarquías de Grecia y de contar con aliados tan importantes como Coronea y Thespia, la resistencia de Platea á reconocer su heguemonia y la guerra que con este motivo la declara Atenas, aliada de Platea, eran cuestiones para Tebas más palpitantes que la libertad

de Hellas, y no pensaba en otra cosa que en tomar revancha de las derrotas que la habian hecho sufrir los atenienses.

No presentaban mejor aspecto las cosas en el Peloponeso, donde Argos vivia en constante guerra con Esparta, acechando la ocasion de recuperar la perdida heguemonia sobre el Peloponeso y de vengar la derrota que sufre pretender al reconquistar Thyrea. Entre tanto los mesenios sufrian de mal grado el pesado yugo de los espartanos; los pisates no habian perdido las esperanzas de restaurar su nacionalidad destruida, los trifylios no vivian resignados en su humilde condicion de perioicos de los eleos y los mismos espartanos miraban como una afrenta que exigía reparacion el fracaso de sus tentativas para obligar á Atenas á entrar en su simaquia.

Las últimas reformas y acontecimientos políticos no habian hecho más que aumentar las causas de las divisiones, rencillas y profundas enemistades que minaban las fuerzas de los griegos, poniendo el antiguo partido aristocrático en frente de la democracia y de la burguesía, no sin que todos lucharan juntos contra la monarquía, su comun enemigo que, á su vez, haciendo un supremo esfuerzo para no perder las últimas trincheras que la quedaban, trataba de buscar apoyo en Persia. Eran, pues, muchas y muy diversas las causas que encendian el ódio de unos cantones contra otros. Así la enemiga de los nobles tebanos contra Atenas tuvo un nuevo incentivo en la oposicion de los principios aristocráticos y democráticos que se disputaban el terreno; y de una manera análoga se mantenía cada vez más viva la oposicion entre Atenas y Egina por un lado y Esparta y Atenas, por otro, como consecuencia de la animosidad que existía entre la nobleza y el régimen

democrático. Esparta miraba con recelo el poder creciente de la democracia que oponía un poderoso dique á los progresos de su simaquia, y hacia fracasar sus planes de estender su predominio hasta el centro de Grecia.

Era inminente la lucha entre los partidos opuestos y los principios que se disputaban la direccion de la cosa pública. Si, por un lado, Esparta se apoyaba en la nobleza y fundaba su influencia en todo el Peloponeso en la solidaridad de los intereses aristocráticos, por el otro Atenas habia hecho de los partidos populares de todos los cantones vecinos una poderosa palanca de su política y un sosten no despreciable de su preponderancia. Pero, en último término, resulta aquí un nuevo elemento de discordia que venia á fomentar las divisiones nacidas del cantonalismo y del individualismo que caracteríza la constitucion política de los griegos.



Todos los elementos que podian oponerse á esta division y disgregacion de las fuerzas helenas eran harto débiles para contrarestar sus efectos. Es verdad que en los últimos años se habia despertado con alguna intensidad el sentimiento nacional y se habian multiplicado los lazos de union de todos los cantones: en vez de una se celebraban ahora cuatro fiestas panhelénicas. Pero no existía verdadera organizacion de todas las fuerzas nacionales; no se habia establecido ninguna disposicion preceptiva que las uniese en un momento dado, ya que el reglamento por el que se obligaron los diversos cantones á defender el templo délfico y la libertad de sus juegos píticos tenia un objeto limitado y no sirvió siquiera para evitar la sangrienta lucha que sostuvieron dos de los más antiguos miembros de aquella liga: los focenses y los tesálios.

El oráculo délfico, mediante la autoridad omnímoda de que gozaba en todos los países griegos, se hallaba en las mejores condiciones para terminar estas luchas cantonales y suavizar en sentido nacional los antagonismos de raza; áun más: era un deber que pesaba de un modo especial sobre aquel cuerpo de sacerdotes. Pero segun se evidenció en la guerra de los jónios contra Ciro no era el patriotismo la virtud predominante de los consejeros que componian el oráculo. Efectivamente; éste contribuyó en aquella ocasion más bien á disgregar las fuerzas helenas que á unirlas para rechazar la invasion persa. Pero el principal obstáculo que se oponía á esta union estaba en la organizacion cantonal de sus Estados. Hallábase tan vivo el sentimiento de autonomía y de independencia en todos ellos que los esfuerzos reunidos y la influencia de hombres eminentes, de diversos cantones, que reconocian el peligro que amenazaba á todos los griegos, y la imperiosa necesidad de aunar sus fuerzas y sus voluntades para rechazarle, fueron impotentes para verificar la deseada union, acallar la enemiga de cantones rivales y contener aquel desbordamiento de pasiones que nunca llegaron á reprimirse ante los mayores peligros; la influencia de tales hombres eminentes no traspasaba los límites de sus propios cantones, y no pocas veces bastó que uno desplegase una bandera para que sus vecinos levantasen la bandera opuesta.

Felizmente para los intereses griegos, Esparta habia logrado formar una confederacion compuesta de cierto número de cantones, que por diferentes motivos se habian agregado á su simaquia: los eleos buscan el apoyo de Esparta á fin de contrarestar las pretensiones de los pisates, y los mismos espartanos abandonan su política de resistencia y de conquista por la de alianzas ofensivo-

defensivas, obligados por la actitud de los tegeates en la cuestion relativa á la conquista de Arcadia; la nobleza corintia busca el apoyo de la espartana para conservar en sus manos el poder y los gobiernos de Fliunte, Epidauro y Trecena encuentran en la alianza de la misma Esparta un medio seguro de contrarestar las pretensiones de Argos, que no se resignaba á perder su preponderancia en la federacion argiva. La aristocracia de Megara y Sycion, que acababa de recuperar el mando de estas ciudades, y la de Egina, que habia fomentado de un modo extraordinario el comercio y el poder marítimo de este pequeño Estado, se unieron tambien á la liga espartana que, de esta manera, formó una poderosa confederacion de casi todos los cantones peloponesios en los momentos más críticos para la independencia de Grecia. En el Peloponeso estaba, por consiguiente, el principal centro de resistencia contra la invasion persa, el núcleo de las fuerzas helenas, y reunia las mejores condiciones de seguridad y defensa.

La liga á cuyo frente se hallaba Esparta podia presentar en pié de guerra un número respetable de hoplitas, y los cantones de Corinto y Egina ponian á su disposicion una flota numerosa de triremes. Nadie podia disputar á dicha República el honor de dirigir toda accion ó todo movimiento que tuviese por objeto la defensa de Grecia contra el comun enemigo, por más que algunos cantones se unian con repugnancia á un Estado que se regía por instituciones tan diferentes á las suyas, y cuya organizacion no tenia parecido en toda la Península. Pero los sucesos habian inclinado de su lado la balanza, siquiera no hubiese demostrado hallarse á la altura de su mision, cuando los jónios solicitaron su auxilio contra Ciro. Preciso era suponer que Esparta ahora, aleccionada por la experiencia y por acontecimien-

tos de trascendencia suma para Grecia, acaecidos en el trascurso de cincuenta años, habia mejorado sus dotes de gobierno y que empuñaban las riendas del poder hombres de resolucion y energía.

IX.

EL LEVANTAMIENTO DE LOS JONIOS.

Hacia próximamente medio siglo que las ciudades griegas del Asia Menor, juntamente con las islas de Lesbos y Chio, se hallaban sometidas al imperio persa. Es verdad que la nueva condicion apenas habia producido cambio alguno en su lenguaje, ni en su culto, ni en sus leyes ni en sus costumbres, y que únicamente se les impusieron algunas condiciones tolerables, como: sufrir la vigilancia del lugarteniente del gran rey, poner á disposicion del vencedor sus fuerzas militares de mar y tierra y pagar un tributo, cuya cuantía determinaban ellos mismos, durante los reinados de Ciro y de Cambises, por más que esta libertad se hallaba contrariada por la consideracion de que la cuantía del tributo era la medida del favor que les dispensarian sus nuevos señores; pero era importantísima la concesion que se les hizo de poder ser gobernados por sus propios príncipes.

Dario extendió su dominacion sobre Lemnos, Samos é Imbros y sobre las ciudades de ambos estrechos, no sin hacer más duro al mismo tiempo el yugo de la ser-

vidumbre. Aplicóse tambien á las ciudades griegas la nueva organizacion introducida por Dario en todos los países anexionados al imperio; como la division del territorio en Satrapias, el régimen militar, el sistema de policía y de moneda y un nuevo reglamento de impuestos. Todas las comarcas griegas se incluyen en el nuevo catastro, y en lugar del tributo voluntario que antes pagaban, debian satisfacer ahora anualmente 300 talentos babilónicos ó unos 8.400.000 reales, impuesto que no sufrió modificacion notable despues del levantamiento de los griegos contra los vencedores (1). Para la expedicion al Danubio tuvieron que aprontar 600 trirremes con una dotacion de 120.000 hombres, y ya hemos hecho notar anteriormente la crueldad con que fueron tratados aquellos habitantes de Bizancio, Perintho, Calcedonia, Abidos, Antandro y Lamponion, que cayeron en poder de los persas, al verificar la toma de estas ciudades que se habian sublevado: todos fueron reducidos á la esclavitud.

Ni el tributo que debian pagar las colonias griegas ni la vigilancia del lugarteniente del rey les quitaron la ocasion de continuar sus intestinas luchas y eternas disensiones; á pesar de lo cual, su anexion al imperio persa fué más bien favorable que perjudicial al desarrollo de su comercio, resultado que debe en particular atribuirse á la seguridad de los caminos y mayor facilidad de los cambios, que se obtenía con la unidad de moneda introducida por Dario.

Mileto fué la ciudad más favorecida por el nuevo estado de cosas. Habiéndose sometido al vencedor mediante la celebracion de un tratado, no tuvo que sufrir las consecuencias que lleva consigo la resistencia á los

(1) Herod. VI, 42.

ataques de un enemigo poderoso, y aún la destruccion de otras poblaciones, como Focea y Teos, fué provechosa para el comercio milesio. La elevacion de Polícrates y sus piraterias en el Egeo, á las que en vano trataron de oponerse samiotas y milesios, hicieron un breve paréntesis en la prosperidad de esta plaza, pero la muerte del tirano y la sumision de Samos á los persas colocaron á Mileto en condiciones más favorables que nunca, y su bienestar borró hasta el recuerdo de las sangrientas luchas de sus partidos que la destrozaron en la primera mitad del sexto siglo (1).

Tambien creció de una manera notable el número de colonias fundadas por Mileto en el mar Negro, á partir de la primera mitad del siglo octavo. Cuando, en 548, los habitantes de Teos se vieron reducidos al último extremo por los sitiadores persas, abandonaron la ciudad, dirigiéndose una parte á la costa de Tracia y la otra fué á establecerse más á Oriente en la misma orilla del mar Negro, donde edificaron la villa de Fanagorea, sobre el suelo de Asia bañado por las aguas del Azoff. A su vez los milesios, queriendo asegurar á sus naves la entrada en la Meotide y la comunicacion con los distritos agricolas de los skolotas, fundaron la ciudad de Pantikapeon, hácia el 540, en el extremo del Quersoneso taurico, hoy Crimea. En ella establecieron tambien el culto de Apolo y Céres, cuyas thesmoforias se celebraron desde entonces en ambas orillas del Bósforo, lo mismo que en la costa ática, cerca de Halimo. Estaba situada esta colonia de Mileto sobre una eminencia bañada por el mar, formando, segun atestiguan todavía los restos de sus murallas, un cuadrado prolongado (2).

(1) Herod. VI. 28.

(2) Böckh, Corp. Inscr. Gr. II. p. 91 sig. ha reunido los datos

La inmediata fundacion milesia, en sucesion cronológica, fué Tyras, levantada en la desembocadura del Dniester, y al Sur de Istros y de las colonias establecidas anteriormente en el delta del Danubio, edificaron á Tomi, cuyo orígen milesio, como el de Tyras, se halla bien atestiguado, por más que Herodoto se limite á decir que la desembocadura del Dniester estaba ocupada por griegos (1). Más á Oriente, en el país de los colcos, bañado por el mar Negro, y no lejos de la embocadura del Fasis, establecen la colonia de Dioskuras y la de Fasis en la desembocadura del rio de este nombre; y aunque no sea conocida la fecha precisa de su fundacion, puede asegurarse, desde luego, que tuvo lugar antes de la destruccion de Mileto, ya que no cabe suponer que esta ciudad, despues de su restauracion tuviese elementos para emprender obras de tal naturaleza. La destruccion de Sibaris, que hizo perder á Mileto uno de sus mejores mercados en Occidente, sugirió al príncipe que la gobernaba la excelente idea de fundar una colonia que en parte supliese la pérdida sufrida. Tan extraordinaria actividad hace que no parezca exagerada la cifra de noventa colonias y estaciones comerciales cuya fundacion se la atribuye (2).

Bien demuestra el aprecio en que tenia Dario á los milesios la eleccion que hizo de su príncipe Histieo, hijo de Lyságoras, para mandar la numerosa flota jónica que acompañó á la expedicion contra los skolotas del valle del Danubio. Y no se fundó sólo en que Mileto era la más populosa y más rica de todas las ciudades jó-

que se conocen acerca de la fundacion de esta colonia, y Neumann, Los griegos en la Escitia, p. 485, ha determinado la situacion que ocupaba.

(1) Herod. IV. 51. Estrab. p. 497. Scym. Ch. 765 y 799.

(2) Plin. Hist. N. V. 29, *Detlefsen*.

nicas, como que ella sola armó en esta ocasion ochenta triremes; lo que principalmente le determinó á confiar puesto de tal importancia al indicado caudillo, fué la seguridad de que nadie conocía mejor que los pilotes milesios las costas del mar Negro, y los servicios que podian prestar á la expedicion sus dos colonias de Istros y Tomi. No se defraudaron sus esperanzas, toda vez que el príncipe milesio, al salvar al rey y su ejército de una destruccion segura en las estepas del Dniester, prestó al imperio de los persas un servicio inapreciable.

Los reyes persas no dejaban sin remuneracion los servicios que se les prestaban, y de ordinario premiaban con largueza la fidelidad de sus vasallos. Una vez castigadas las poblaciones de los estrechos que se habian sublevado á espalda del ejército persa, anexionó Dario á sus dominios todo el Quersoneso tracio, juntamente con la Macedonia y las ciudades helenas que habia en aquellas costas. Algo más arriba de la desembocadura del Strymon en el Egeo, dentro del territorio ocupado por las tríbus edonas y á Occidente del Pangeo se halla el lago Cercinitis, rodeado por todas partes de montañas que suministran excelentes maderas de construccion, y, subiendo la corriente del mencionado rio, no lejos del lago Prasias, segun los datos más recientes publicados por el eminente geógrafo Kiepert, se encontraban ricas minas de plata.

No se ocultaba á la penetracion de los caudillos griegos la posicion ventajosa en que se encontraban aquellos bosques, cuyas maderas podian ser arrastradas por la corriente del Strymon qne atrevesaba los dos mencionados lagos. Cuando Dario quiso premiar los servicios de los príncipes que habian permanecido fieles á su causa en la hora del peligro, entre los que se contaban Hippoclo de Lampsaco y Coes que capitaneaba las naves

lesbias, dirigióse, en primer lugar, á Histieo diciéndole que fijase él mismo su recompensa. El príncipe de Mileto le pidió entonces permiso para fundar un ciudad en el territorio conquistado, cerca del Strymon, donde no existia ninguna colonia milesia, no obstante serles conocidos los beneficios que los pisistratidas habian obtenido de las comarcas bañadas por dicho rio. Dario que creia ventajosa á la dominacion persa en aquellos parages, la fundacion de una ciudad bajo los auspicios de un príncipe que tan señaladas muestras de adhesion le diera, otorgó el solicitado permiso que, desde luego, utilizó Histieo, empezando la construccion de la nueva ciudad hácia el año 511, entre el lago Cercinitis y la falda N. O. del Pangeo (1).

No podia desconocer Dario los inconvenientes que ofrecia, para el vasallage de los jónios, la fundacion de esta ciudad, hecha precisamente bajo los auspicios del más poderoso de sus caudillos. Era sin duda alguna peligroso entregar en manos del príncipe de la populosa Mileto una segunda ciudad situada en un territorio apartado del centro del imperio, apenas sometido á la obediencia del soberano, en la que, á lo ménos, estaria más independiente que en Mileto. Con los cuantiosos recursos que le ofrecia el valle del Strymon y la costa inmediata, con el producto de sus minas de oro y el de las que se beneficiaban en Thasos, de que fácilmente podia incautarse, no hallaria grandes obstáculos Histieo para levantar un poder semejante al de Polícrates. Y entonces nada más fácil que caer en la tentacion de negar la obediencia al monarca persa, induciendo á Mileto á seguir su ejemplo.

---

(1) La indicada fecha se deduce del testimonio de Herodoto que pone la fundacion de la ciudad en el tiempo en que residió Dario en Sardes, de regreso de la expedicion contra los escitas.

Segun cuenta Herodoto fué Megabyzo, general de los persas, quien advirtió á Dario de los peligros que aquella empresa podia acarrear á la paz del reino. Era este Megabyzo uno de los príncipes indigenas que en union con Dario venció á Gaumata en Çikathauvatis; y que habiendo ahora sometido el Quersoneso, la costa de Tracia, y la Macedonia, tenia exacto conocimiento de la situacion de estos países. Aun estaba fresca en su memoria la rebelion de las ciudades helenas y en el mismo sitio en que fundaba la nueva poblacion Histieo, acababa él de hacer la guerra á los peones que se le entregaron, gracias á un ardid de guerra. En la misma expedicion al Danubio se habia evidenciado la instable base en que descansaba la fidelidad de algunos príncipes vasallos. Todo lo cual bien considerado por Megabyzo, apenas llegó de su expedicion á Sardes, con los prisioneros peones, habló así al mismo Dario: «Por Dios, señor, ¿qué es lo que haceis dando terreno en Tracia y licencia para fundar allí una ciudad á un griego, tan bravo oficial como hábil político? Allí hay mucha madera de construccion; muchos marineros para el remo y muchas minas de plata. En aquellos contornos viven muchos griegos y no pocos bárbaros, gente toda que si logra ver á su frente á aquel jefe griego, obedecerle ha ciegamente en cuanto les ordene. Procurad, pues, que no lleve á cabo lo que está edificando, si quereis precaver que os haga la guerra en casa. Puede hacerse esto con disimulo, como vos le envieis órden de que se presente en Sardes y, una vez venido, hagais de modo que nunca más vuelva allá» (1).

(1) La exposicion de Herodoto, V, 23, es tanto más verídica, cuanto que la oyó contar á Zopiro el jóven, viznieto de Megabyzo, refugiado en Atenas, el mismo que le dió los detalles de la toma de Babilonia por Zopiro el viejo.

Oyendo estas razones de un político tan sagaz y precavido y no queriendo revocar directamente la licencia que habia otorgado al príncipe milesio, despachó un mensagero para anunciarle su voluntad de que se presentara en la córte. Tan pronto como estuvo en presencia del rey, le hizo saber éste el vivo deseo de que permaneciese cerca de su persona para poder libremente comunicar sus asuntos con un hombre tan sábio y discreto, ordenándole que se trasladase con él á Susa, donde disfrutaria de todos los bienes y regalos del rey, siendo su comensal y consejero (1).

Era esta una distincion con que sólo se habia honrado hasta entonces á los persas más nobles y que más se habian distinguido en el servicio del rey. Histieo la admitió sin repugnancia y, creyendo que las palabras de Dario eran sinceras le siguió á su córte, abandonando las obras de la nueva ciudad, cuyas murallas tocaban ya á su término, y confiando el gobierno de Mileto en calidad de regente suyo, á su primo y yerno Aristágoras. Todas las noticias que tenemos de los actos de Histieo, como príncipe gobernador de Mileto, se reducen á unas cuantas palabras grabadas en una piedra encontrada cerca del templo de Apolo didymo, en las cuales se lee que el citado caudillo ofreció allí un voto al hijo de Letona (2).

*
* *

Desde que Dario llevó á cabo la conquista del Helesponto y del Bósforo y sometió los pueblos de la costa de Tracia y de Macedonia, resolvió imponer tambien el yugo de la dominacion persa á los habitantes de la Pe-

(1) Herod. V, 24. 124.

(2) Herod. V, 24. 106. Newton, discoveries, pág 187.

nínsula helena, compatriotas de los mismos griegos que ya le obedecian en Tracia, en la Jónia, en Lesbos, Chio, Samos, Lemnos é Imbros. Al efecto despachó oficiales persas, para que, valiéndose de naves fenicias, reconociesen las costas de Grecia y de la Italia meridional. Lo mismo los griegos de la Península que los que habitaban las islas del Egeo favorecian con su política las miras del rey.

Al tiempo de salir Dario de Sardes, dejando en ella por su lugarteniente á su hermano Artafernes, fué cuando Hippias, arrojado de Atenas, se trasladó á Sigeo, no tanto para buscar un asilo al lado de su pariente Hegesistrato, como para lograr de los persas que le ayudasen á recuperar el poder. Ya dimos anteriormente cuenta del éxito desgraciado que tuvieron las embajadas que enviaron los atenienses á Sardes en los años 507 y 504, para contrarestar las maniobras de Hippias y no verse atacados por los persas al mismo tiempo que por los espartanos, beocios y calcidios. La última de dichas embajadas volvió á su pátria con la amenaza de una declaracion de guerra por parte de Persia si no se entregaban á Hippias las riendas del gobierno. Y sin embargo, no era el ex-tirano ateniense el que más trabajaba contra su pátria; habia en el destierro gran número de nobles griegos que excitaban sin cesar al gobierno de Susa á emprender la conquista de Grecia y de las islas del Egeo.

Llegados á este punto nos conviene echar una mirada retrospectiva y recordar que el ateniense Pisístrato estableció en el trono de Naxos al tirano Lygdamis, hácia el año 537; que, al cabo de un reinado de trece años, fué derribado de él por los espartanos y corintios coaligados que antes habian tratado de hacer lo propio con Polícrates de Samos, y que el régimen aristocrático es-

tablecido en Naxos á la caida de Lygdamis, se vió muy pronto sustituido por un gobierno democrático, suceso que coincide con el año 501 antes de Jesucristo. Pero antes de proseguir nuestra narracion vamos á fijar la cronología de los acontecimientos que venimos exponiendo.

***

Sírvenos de principal punto de partida la fecha en que tuvo lugar la batalla de Maraton. Herodoto dice expresamente que Mileto fué tomado al sexto año de ocurrido el levantamiento, y que áun trascurrió un año antes de que su completa destruccion dejase á los persas expedito el camino para extender su dominacion más allá de los estrechos. No es tan fácil precisar los años que trascurren desde el término del levantamiento hasta la batalla de Maraton. Sábese que Dario mandó construir buques de trasporte y envió á Grecia heraldos que llegaron á su destino un año antes de dicha jornada, ó sea el 491. El año inmediato á la completa conclusion del levantamiento tiene lugar la expedicion de Mardonio á Macedonia, pero no es posible determinar si los heraldos salen para Grecia inmediatamente despues del regreso de Mardonio ó si lo hacen despues de trascurrido algun tiempo, lo que á mi juicio, parece más probable. Entonces ocurre el levantamiento de Thasos, que es sofocado enseguida, al mismo tiempo que las ciudades de la costa de Tracia reciben guarniciones persas y empiezan á pagar tributo. De todo lo cual se infiere, con grandes visos de probabilidad, que la expedicion de Mardonio tuvo lugar el año 493 y no el 492 como algunos suponen, y que el levantamiento de los jónios da comienzo el año 500.

Parece contradecir esto el testimonio de Herodoto

quien, hablando de la expedicion marítima de Datis y Artafernes, dice que la flota de Mardonio «experimentó en el *protérô étei* en el Athos un gran infortunio y naufragio,» (1) de cuyo dato parece deducirse que la expedicion de Mardonio no tuvo lugar hasta el 491, á lo que se oponen los cálculos que acabamos de indicar. Pero la contradiccion se resuelve tomando la expresion *étos protéron* en su significacion propia de año anterior ó precedente. El 494, que precede á dicha expedicion de Mardonio, tiene lugar la sumision de Samos, Chio, Lesbos y de algunas ciudades más que áun oponian resistencia, mientras que en el anterior ocurre la sumision de los carios y la toma de Mileto. En el otoño del precedente, 496, se libra la batalla de Lada, á cuyo punto habia concurrido, en la primavera del mismo, la flota persa que se hallaba acantonada en Chipre.

Aristágoras abandonó á Mileto antes del regreso de Histieo á Jónia y de la llegada de la flota persa; su salida es, por consiguiente, anterior á la primavera del 496 y al comienzo del sitio de la ciudad. Al decir de Tucídides, este caudillo habia ya muerto el año 497 (2). Puesto que al verificarse la fuga de Aristágoras ya habian sido derrotados los príncipes chipriotas y se habia verificado la toma de Cumas y Clazomenas, fuerza es colocar estos sucesos en el año 498 y principios del 497. La expedicion de los jónios contra Sardes se efectua en la primavera del 499, de cuyo hecho es consecuencia la batalla de Efeso y la retirada de los atenienses. No podemos convenir con Kaegi (3), en colocar el principio del levantamiento y la expedicion contra Naxos en los

(1) Herod. VI, 95.
(2) Tucid. I, 100. IV, 102.
(3) Historia crítica, p. 467

años 501 y 502, toda vez que ambos sucesos ocurren en un mismo año, y es cosa averiguada que la ejecucion del segundo se acordó el anterior. La armada sale en primavera, permanece cuatro meses delante de Naxos, vuelve á estacionarse en la desembocadura del Meandro y entonces, antes de disolverse, es cuando se proclama el levantamiento (1); el hecho, pues, coincide con el otoño del año 500. Los alistamientos de Aristágoras en Esparta y Atenas se efectuan del año 500 al 499, y los desterrados de Naxos se presentan á este caudillo en la primavera del 501.

Las contradicciones en que incurre Herodoto nos obligan algunas veces á recurrir á meras conjeturas. Dario otorga á Histieo el permiso de regresar á su pátria, despues que llegó á Susa la noticia del incendio de Sardes, ó sea en verano del 499, mientras que el caudillo en cuestion no se presenta en Mileto hasta dos años más tarde. El mismo historiador da cuenta del levantamiento de los chipriotas despues que ha dado á conocer el de los carios y caunios, que es posterior á la batalla de Efeso, no sin advertir que Onesilo puso sitio á Amathus luego que llegó á oidos del rey la noticia del incendio de Sardes. Segun eso ocurre el levantamiento de los chipriotas en la primavera del 499 y dura un año, ó sea hasta la misma época del 498. Mas, por otra parte, la armada que condujo allí el ejército persa desde Cilicia, no llega á su destino hasta despues del 497, cuando ya habia salido de Mileto Aristógoras; presentándose en dicho punto, segun todas las probabilidades, en la primavera del 496. Lo mismo el ejército que se reune en Cilicia procedente de las provincias del interior, que las naves que le conducen á Chipre, necesitaron algunos

(1) Herod. V. 31. 34. 36.

meses para llegar á su destino, contados desde el momento de llegar á Susa la noticia del levantamiento, y la flota jónica que acude en auxilio de los chipriotas, no abandonaría seguramente las costas occidentales despues de la batalla de Efeso; por consiguiente, con dificultad quedaría libre antes de la primavera del año 498. Si, por tanto, ocurre en este mismo año la batalla de Salamina, el sitio de las ciudades mencionadas tiene lugar el siguiente, y Herodoto no anduvo desacertado al ver en dicha batalla el término de la libertad de Chipre. Hechas estas indicaciones cronológicas, prosigamos la narracion de los hechos.

***

Un grupo de los aristócratas expulsados de Naxos por la democracia se dirigió á Aristágoras, príncipe de Mileto, pidiéndole auxilio para recuperar el mando. Indudablemente debemos extrañar ver á la nobleza pedir la cooperacion de un tirano, para reconquistar el perdido gobierno; mucho más si se tiene en cuenta que este tirano era vasallo del rey de Persia y lugarteniente de su favorecido Histieo, sin que pueda servirles de escusa la amistad que tenian con éste, pero lo que sobre todo revela su falta de patriotismo es el hecho de haber insistido en sus pretensiones, aun despues que Aristágoras les declara que no podia tomar resolucion alguna sin la vénia de Artafernes, gobernador de todo el país marítimo y general de los ejércitos de mar y tierra. Sabian perfectamente los nobles naxios que su restauracion en el poder mediante el auxilio de los persas equivalía á reconocer la soberanía de éstos sobre la principal de las islas cicladas, que tal acto traería consigo la sumision de todas las demás á Dario, y que de esta ma-

nera se abria el camino al más poderoso enemigo de los griegos para sentar la planta en todas las islas del Egeo y penetrar en el corazon de Grecia (1). El paso dado por los naxios tenia todos los visos de una traicion, tanto más vergonzosa y vituperable cuanto que estando la isla muy próxima á la costa asiática era una posesion justamente codiciada por los persas.

Como quiéra que sea los aristócratas naxios al oir de Aristágoras que el citado general persa haria por él cuanto le pidiera, «dejaron todo el negocio en sus manos, para que lo manejára como mejor le pareciese, no sin añadirle que bien podia de su parte decir al gobernador que no favorecería á gentes que no supieran agradecer tal servicio y que los gastos de la empresa correrian de su propia cuenta; y es que no dudaban que tan pronto como se presentáran en Naxos se rendirían, no solamente la capital, sino tambien los demás pueblos de la isla. Al mostrarse Aristágoras favorable á la pretension de los aristócratas, pensó dentro de sí que, si por su medio volviesen á Naxos los desterrados, lograría él mismo la oportunidad de alzarse con el mando de aquel estado y de obtener del rey el premio á que se hacia acreedor por la conquista de la isla. Hacíale pensar así, tal vez, el ejemplo de su suegro Histieo, á quien no habia faltado el premio de los servicios prestados á Dario.

Con estas miras emprende Aristágoras un viaje á Sardes, donde da cuenta y razon á Artafernes de cómo la isla de Naxos, sin ser una de las de mayor extension, era con todo de las mejores, cercana á la Jonia, muy rica en dinero y abundante de esclavos. «Dos grandes ventajas veo en ello para vos, le dijo: una que, además

---

(1) Herod. V. 30.

de correr de nuestra cuenta los gastos de la armada, tengo aun en mi poder grandes sumas de dinero, con las que me hallo en estado de pagar el beneficio; la otra es que, aprovechandoos de esta ocasion no sólo podreis añadir á la corona del rey la misma Naxos, sino tambien las islas que la rodean, como la de Paros, la de Andros y las otras ciudades. Y luego, dado este paso, bien fácil os será acometer desde allí á Eubea, isla grande y rica, nada inferior á la de Chipre y tan fácil de ser tomada que con una flota de cien naves podreis conseguir todas estas conquistas» (1). Artafernes aprobó el plan del traidor y, encontrándole muy conforme á los intereses del país, envió informes al rey sin pérdida de tiempo.

Una empresa tan en armonía con la política seguida por Dario y con sus planes de extender el imperio persa del lado de Occidente no podia dejar de obtener su aprobacion. Mas á pesar de los medios y facilidades que ofrecian los mismos naxios para su ejecucion y del apoyo que todo su partido prestaría al intento de los nobles, no se creyó tan fácil la conquista como la pintaba Aristágoras, por cuya razon las ciudades de la Jónia recibieron órden de aprestar, en la primavera próxima del año 500, doscientas naves, en vez de las ciento que pedia el caudillo milesio, que debian servir para el trasporte de un ejército reclutado en Persia y en los países sometidos á su soberanía. Para comandante de las tropas se nombró al persa Megabates, de la raza aquemenida, como Dario.

Sumisos al mandato del rey acudieron los príncipes de cada ciudad con sus naves al lugar designado, que era la bahía látmica ó de Mileto. Coes mandaba las naves lesbias, Aristágoras, hijo de Heraclides y príncipe

(1) Herod. V. 31.

de Cumas las de esta ciudad, Histieo, hijo de Tymnes las de Termera, poblacion inmediata á Halicarnaso, Oliatos iba al frente de los buques de Mylasa y á este tenor acudieron otros muchos caudillos con sus naves. Creyó Megabates que seria más seguro el éxito de la empresa si aquella flota se presentaba de improviso delante de Naxos. Al efecto hizo correr la voz de que la expedicion se dirigía al Helesponto y, embarcadas las tropas en Mileto, zarpó con rumbo á Chio, á fin de dar visos de probabilidad á ese rumor, pero con el propósito de volver inesperadamente á Naxos tan pronto como les favoreciese el viento del Norte. Llegó efectivamente á Chío y dió fondo en un lugar llamado Cáucasa, con la mira de esperar que se levantase el viento Boreas (1).

Por más que todas las disposisiones parecian bien tomadas, no logró el persa sorprender al gobierno naxio, bien sea porque este hubiese ya concebido sospechas de los desterrados que se refugiaron en Mileto, ó porque mirase con desconfianza los armamentos realizados en una poblacion tan próxima á su isla, ó tambien porque tuviese noticias confidenciales de la costa ó del mismo campamento enemigo. Como quiera que sea, la isla se puso en estado de defensa, aprovechando sus excelentes condiciones naturales y su compacta poblacion que la permitia poner en pié de guerra 8.000 hoplitas. Convencidos, pues, de que algo se tramaba contra ellos, retiraron á toda prisa lo que tenian en la campiña y, acarreando á la plaza todas las provisiones de boca, se prepararon para sufrir un sitio prolongado. Con esto, cuando los enemigos llegaron á Naxos se vieron en frente de una plaza bien fortificada y prevenida, contra la cual nada pudieron hacer, áun despues de intentado el sitio.

---

(1) Herod. 5. 33. Mionnet descript. Suppl. VI, 393.

Tal vez contribuyó á este fracaso cierta desavenencia que surgió entre los dos principales caudillos Megabates y Aristágoras, en la misma bahía de Cáucasa, acerca de uua cuestion de disciplina. Rondaba Megabates para inspeccionar la vigilancia de los centinelas y en un buque mindiano halló que no se habia establecido guardia. Enojado al ver tal descuido, dió órden de que llevasen á su presencia al capitan de la nave, llamado Scilaces, mandóle poner atado en la portañola del remo inferior, en tal postura que, estando á dentro el cuerpo sacase hácia fuera la cabeza. Cuando Aristágoras tuvo noticia de la manera con que Megabates tenia expuesto al oprobio á su amigo y huésped, se presenta al caudillo persa y se empeña muy de veras á favor del capitan; mas no pudiendo alcanzar lo que pide, va en persona al buque y saca á su amigo de aquel infame cepo. Dióse Megabates por muy ofendido de la libertad que se tomara el caudillo griego y se declaró desde entonces enemigo suyo.

Cuatro meses enteros estuvieron sitiando la plaza de Naxos. Al cabo de este tiempo como á los persas se les fuese acabando el dinero que habian destinado á la empresa, y Aristágoras hubiese ya gastado mucho de su bolsillo, viendo que para continuar el asedio se necesitaban todavía mayores sumas, tomaron el partido de edificar unos castillos en que se hiciesen fuertes los nobles desterrados y resolvieron volverse al continente con toda la armada, malograda de todo punto la expedicion.

La exposicion de Herodoto, añade algunos detalles que juzgamos inexactos, como aquel en que asegura que, resentido Megabates de la osadía con que Aristágoras le hablaba y de sus pretensiones al mando de la flota, despachó un barco para Naxos con unos mensajeros que descubrieran á sus habitantes el secreto de

cuanto contra ellos se tramaba. Herodoto ha seguido en esto ciegamente la tradicion de Mindo y de Halicarnaso y contradice en ese pasage su explícita declaracion de que el mando de la flota se encomendó al persa Megabates, que es, efectivamente, el que comunica las órdenes de marcha y el que designa los puntos de parada y destino. Hay, pues, una palmaria contradiccion entre estos hechos y estas palabras que pone en boca de Aristágoras: «¿quién eres tú y que tienes que ver en eso? ¿No te envió Artafernes á mis órdenes para que vinieras á donde quisiere yo conducirte? ¿Para qué te metes en otra cosa?» (1). Por otra parte no es admisible que un aquemenida, primo de Dario, fuese en la flota á las órdenes del griego Aristágoras; muy al contrario, parece natural suponer que éste mandaba la armada á las órdenes del primero, segun se deduce del mismo texto de Herodoto. Es asimismo increible que los naxios en los pocos dias que mediaron desde que la flota ancló en Cáucasa, pudiesen retirar á la ciudad provisiones para mantener una poblacion numerosa durante cuatro meses siendo así que existian mil caminos por los que pudieron recibir antes noticia de lo que contra ellos se disponía. Aun más sensible es que el mismo jefe de la flota descubriese á los naxios el secreto de la expedicion quitándose á sí mismo la gloria del éxito, por satisfacer el pueril placer de vengarse de Aristágoras. Es evidente la falsedad de tal motivo, ya que un hombre de la posicion de Megabates poseia medios mucho más razonables y seguros para arruinar á Aristágoras y perderle tanto en el ánimo de Artafernes como en el de Dario, sin acudir á un expediente que perjudicaba á su pátria y traía sobre él una responsabilidad que podia serle de funestas consecuencias.

(1) Herod. V, 33.

***

Aristágoras habia prometido mucho y no pudo cumplir lo ofrecido ni aun con una flota que contaba doble número de naves de las que habia pedido. Su situacion era desgraciada, pues no solo era responsable de los gastos que la expedicion habia ocasionado por haberse comprometido á pagarlos en union con los aristócratas naxios, sí que tambien del éxito de la empresa. La enemistad de Megabetes, las acusaciones que contra él se presentarian en Susa y en Sardes ya por sus temerarias promesas ya tambien por los actos con que habia quebrantado la disciplina no podian presagiar nada bueno para la seguridad de su persona. Ocupábanle sin duda estas tristes reflexiones al desembarcar en Mileto, cuando se le presentó de improviso un esclavo de parte de su suegro Histieo, que le traia de Susa una singular embajada. Díjole el mensajero que cortándole á navaja el pelo le mirase la cabeza; porque no hallando Histieo medio seguro para enviarle el aviso que le pasaba, habia rasurado á navaja la cabeza del criado que tenia de mayor satisfaccion y, despues de marcar en ella las letras, esperó que le volviera á crecer el cabello para despacharle á Mileto. Decia la extraña inscripcion que «Aristágoras promoviese una rebelion general de los jónios contra el persa.» En el apurado trance en que se hallaba no le quedada otro recurso que esperar á que viniesen sobre su persona las mayores desgracias ó buscar su salvacion en la fuga; pero la embajada de Histieo le abria un nuevo camino tal vez más peligroso, pero de mayores esperanzas.

Sin pérdida de tiempo reunió Aristágoras á sus partidarios, les dió cuenta de lo que Histieo le prevenia y juntos deliberan sobre el asunto. Hallábanse entre los

convocados Yatrágoras y el historiador Hecateo. Los más eran del parecer mismo de Aristágoras acerca de negar al persa la obediencia; pero votó en contra Hecateo, quien haciendo una detallada descripcion de las muchas naciones que obedecian á Dario y de sus colosales fuerzas y riquezas sostuvo que no les convenia declarar la guerra á un monarca tan poderoso. Mas como viese que no era seguido su consejo demostró la conveniencia de hacerse dueños del mar, sin lo cual seria imposible salir con sus intentos; y para eso le parecia medio expedito echar mano de los tesoros que habia ofrecido Creso en el templo de Didyma, empleándolos en sufragar los gastos de la guerra, ya que sólo el oro de dichas ofrendas ascendia á 270 talentos ú 84.000.000 reales. Y un hombre tan entendido como Hecateo sabia perfectamen mente las sumas enormes que se necesitaban para equipar y sostener una flota cuya dotacion no podia bajar de 60.000 hombres. Tampoco fué seguido este parecer, sin duda por temor de herir los sentimientos religiosos de los jónios y de los lidios, cuyo auxilio intentaban pedir, no obstante lo cual quedó acordada la rebelion.

Aunque la deliberacion no fué pública, segun pretenden algunos, puesto que en tal caso hubiera estado préviamente resuelta la rebelion ó la ruina de los que habian iniciado el movimiento, era forzoso obrar con rapidez suma, si no se queria comprometer de antemano el éxito de la empresa, que al parecer empezaba bajo favorables auspicios (1). La aversion de las ciudades marítimas y de todas las islas hácia los persas era manifiesta; bien patente se habia evidenciado en la expedicion al Danubio y á los Estrechos, y los duros castigos

(1) Herodoto se contenta con decir (V. 36): *ebuleüeto ôn Aristágoras metá tôn stasiôteôn..*

impuestos á los culpables, el penoso servicio que acababa de hacer un ejército numeroso sin provecho ni gloria, y la inconsiderada aplicacion que hiciera Megabates de la disciplina militar, eran hechos que seguramente no habian contribuido á crear atmósfera en favor de la dominacion extranjera.

Pero antes de excitar á las ciudades á la rebelion contra los persas, con el intento de proclamar su libertad, era preciso derribar á los tiranos que habian establecido en ellas los vencedores, y sustituir con un régimen democrático aquel símbolo de la tiranía persa. Este era, sin duda, el primer paso y la precisa condicion de todo cuanto se intentára para sacudir el yugo extranjero, y si esto no se lograba podia darse por fracasado el intento. El primero que debia dar ejemplo era el mismo Aristágoras, resignando el poder en manos del pueblo; su situacion, por lo demás, le brindaba á dar este paso. Sin duda pensaria este caudillo que el éxito de la empresa habia de ser favorable al que habia dirigido el movimiento y dado el primer grito de rebelion, y aspiraría á algo más que á llevar el dictado de libertador de su pueblo. Pero el resultado era harto dudoso y rodeada de peligros la empresa.

Nadie ignoraba en Mileto que veinte años antes habia vencido el mismo Dario la sublevacion de pueblos más poderosos que el jónico, como eran los partos y los bizantinos, los babilonios y susianos, los armenios y los medos. Bien es verdad que todas las ciudades helenas juntas podian reunir una fuerza respetable; porque si habian logrado armar 600 triremes para Dario, debemos suponer que podrian equipar una flota mucho más numerosa para la defensa de sus propios intereses, capaz á lo menos de hacer frente á la armada reunida de los fenicios, egipcios, cilicios y chipriotas que les opondrian

los persas. Una vez señores del mar, nada más fácil que acudir en auxilio de cualquier ciudad que los persas sitiaran por tierra.

Pensaban, además, los jónios que la metrópoli no permanecería indiferente ante un levantamiento general de las ciudades greco-asiáticas, antes por el contrario, pondría en juego todas sus fuerzas y recursos para evitar que la marina jónica cayese en poder de Dario, ya que ella era la única fuerza capaz de cerrar á los persas el camino del Egeo y, por consiguiente, constituía la más segura salvaguardia de la independencia helena; y de la misma manera las ciudades greco-asiáticas se hallaban en condiciones excelentes para oponerse al paso de los ejércitos orientales por los estrechos, camino ensayado ya por el mismo Dario, que habia llevado sus tropas hasta el Axio y el Olimpo.

De regreso de Naxos habia anclado la flota en la bahía de Mileto, desde donde se trasladó á Miunte, cerca de la embocadura de Meandro, por ser aquel punto más cómodo para el desembarco de las tropas. Habíase efectuado éste y Megabates se hallaba en el camino de Sardes con los soldados persas, quedando allí la armada y á bordo de sus respectivas naves los príncipes de Lesbos, Cumas, Mylasa y otros muchos. Era este un momento propicio que no debia desperdiciarse, para proclamar la independencia de los jónios, ante un ejército de 40.000 griegos, no sin prender allí mismo y sin dificultad alguna á la mayor parte de los tiranos que gobernaban sus ciudades. Si salia bien este golpe, no era necesario más para poner en movimiento la Jónia entera.

Yatrágoras fué enviado á Miunte con el encargo de poner presos á los capitanes que se hallaban á bordo de sus respectivas naves y proclamar la rebelion. Todas las

tropas secundaron el grito del comisionado quien, acto contínuo, se apoderó con engaño de la persona de Oliatos el melaseo, de Histieo el termerense, de Coes el lesbio, de Aristágoras el cumense y otros caudillos. El mismo Aristágoras renunció el dominio de Mileto, si bien, como hace notar Herodoto, «no más que de palabra y por mera apariencia, fingiendo restituir á los milesios la libertad para lograr de ellos por este medio que le siguieran en la rebelion». Hecho esto en Mileto se apresuró á hacer otro tanto en las demás ciudades jónicas, ya entregándolas los tiranos presos en Miunte, ya tambien arrojando de sus dominios á los que no habian tomado parte en la expedicion á Naxos.

Los habitantes de las ciudades no mostraron menos empeño que Aristágoras en deshacerse de los tiranos: así Strattis vióse precisado á huir apresuradamente de Chio, Eaces, hijo y sucesor de Syloson, resignó el mando de Samos, y á este tenor obraron las otras poblaciones, de tal suerte que en pocos dias quedó abolida la tiranía en las colonias eólicas, dóricas y jónicas de la costa, comprendidas entre Tenedos y el Triopion (1).

Sólo una de las ciudades abusó de la libertad, y fué Mitilene, cuyos habitantes, apenas tuvieron á Coes en su poder, le sacaron al campo y le mataron á pedradas, tal vez en venganza de los servicios que este sucesor de Pitaco habia prestado á Dario en la expedicion contra los escitas. Las demás, por el contrario, se contentaron con dejar en libertad á sus tiranos sin usar con ellos de otra violencia.

---

(1) En el Helesponto, la Propontide y el Bósforo ocurrió este cambio algun tiempo despues; los dórios tomaron parte en el movimiento, aunque no les nombra expresamente Herodoto, por cuanto se hace mencion de buques y tiranos de Mindo, Termera y Mylasa.

***

Los primeros pasos de los sublevados habian dado resultados que sobrepujaban todas sus esperanzas. A pesar de los peligros inminentes que tal empresa llevaba consigo, ninguna ciudad se habia negado á secundar la rebelion. Libres de los tiranos adictos á la soberanía persa, al finar el año 500 antes de Jesucristo, encontrábanse las colonias greco-asiáticas en armas contra la dominacion extranjera, persiguiondo todas con igual empeño este único objeto. Las fuerzas de que disponia Artafernes, unidas á las de Megabates, acantonadas á la sazon en Sardes, no eran suficientes para coutener un levantamiento tan general y tan rápidamente organizado, pudiendo darse por satisfecho si lograba impedir que se les uniesen los lidios. Los griegos por su parte, contaban con un invierno entero para proseguir y completar sus armamentos.

La presente insurreccion reunia, sobre la que tuvo lugar en tiempo de Creso y de Ciro, la ventaja de que ahora el grito de la rebelion habia partido de la ciudad más poderosa de la Jónia, que era capital de toda ella por derecho propio y que, por consiguiente, correspondía la direccion de la empresa al caudillo que la habia promovido. El mismo Aristágoras adoptó rápidas disposiciones para estrechar más y más los lazos de esta unidad, dando una organizacion robusta á la futura liga, que llegó á tener toda la forma de una verdadera confederacion ofensivo-defensiva. El caudillo milesio dispuso que cada ciudad nombrase un general de su propia milicia y que las naves, con los respectivos hoplitas, se reuniesen en Mileto en la próxima primavera del 499 (1).

(1) Herod. V, 109. 33.

Si examinamos las causas de esta insurreccion, veremos que tanto Aristágoras como Histieo obedecian á motivos puramente personales. El primero, despues de recibir de los persas la investidura de tirano y de trabajar en favor de la dominacion persa no solamente en el continente sí que tambien en todas las islas del Egeo, vuélvese contra Persia cuando ve amenazados sus bienes y su vida. El motivo que tuvo Histieo para aconsejar la rebelion, en parte nacia de la pesadumbre que su arresto en Susa le ocasionaba, pues por tal reputaba aquella honrosa situacion en que el rey le habia colocado, y del deseo de vengarse de aquella afrenta rompiendo las cadenas de oro con que le tenia aprisionado la astucia de Dario, en parte tambien de la esperanza con que se lisongeaba de que, si la rebelion estallaba y tomaba proporciones alarmantes, seria enviado á reprimir el movimiento de las provincias marítimas, como el hombre de probada fidelidad que más influencia ejercia en ellas, y en tal caso se declararía por ó contra el monarca persa, segun las circunstancias. Para evitar la avizora mirada de la policía, que ejercía una severa vigilancia en todo el reino, sobre todo en los caminos, y á fin de que su misiva no cayera en manos de los jefes de las estaciones y pasos ó desfiladeros, que tenian órden de leer todas las cartas ó despachos de los mensageros, ideó el medio antes indicado para comunicar su pensamiento á Aristágoras. Por donde se ve que si éste obedeció á una necesidad del momento, Histieo era el verdadero causante de la rebelion, el que meditó el asunto con sangre fria y sin el menor apresuramiento, siquiera jugase en la partida el porvenir y la suerte no sólo de Mileto, su pátria, si que tambien de toda la Jónia y aun de su propia persona.

Si los motivos y fines inmediatos de la rebelion no

eran muy puros ni levantados, no por eso dejó de hallar eco y de producir entusiasmo el grito lanzado por Aristágoras por estar muy en armonía con los sentimientos y opiniones del país: en aquella manifestacion instantánea y unánime se vió cuán vivo se mantenía en todas las colonias greco-asiáticas el deseo de reconquistar la perdida independencia: todos responden á una vez al grito de libertad. Por lo demás, el levantamiento no era descabellado ni faltaban probabilidades del éxito, siempre que la metrópoli cumpliera tan sólo á medias sus deberes y saliera á la defensa de sus más vitales intereses.

En efecto; para nadie eran ya un misterio los planes que acariciaba Persia contra Grecia, desde la sumision de Macedonia y sobre todo desde que se sabia que varios oficiales de su ejército habian examinado las costas de la Península. Por tanto, el levantamiento de los jónios contra dicha nacion era un hecho que no podia ocurrir más á tiempo y del que podian esperarse felices resultados para los futuros destinos de Grecia. Los mismos jónios á quienes cincuenta años antes rehusaron sus compatriotas apoyo en una empresa semejante, volvian ahora á reclamar el concurso de la metrópoli. La cuestion era tan importante para unos como para otros; porque si se lograba cerrar á los persas las vias del Egeo, que ya habian tratado de asegurar para sus naves mediante la conquista de las Cicladas, si se les arrojaba de los estrechos, donde habia una numerosa poblacion griega dispuesta siempre á sacudir el yugo persa, si toda la Jónia, en suma, lograba mantener su independencia, no solamente se cerraba á tan temible enemigo de Grecia, si no que se inutilizaban por completo las conquistas que habia realizado ya entre el Helesponto y el Olimpo.

***

Esparta se hallaba entonces á la cabeza de todos los cantones griegos, y podia disponer de los hoplitas peloponesios á la vez que de las armadas de Corinto y Egina; en tan favorable coyuntura ofrecíasela excelente ocasion de reparar la falta que antes cometiera al rehusar su apoyo á los jónios y eolios. Una empresa de esta naturaleza, inspirada en espíritu eminentemente nacional, era tambien la más adecuada para tomar revancha del descalabro que los atenienses habian hecho sufrir á sus tropas y hacer olvidar la política innoble que habia seguido con el intento de reinstalar á Hippias en el trono de Atenas. De esta manera velaban por su propia seguridad y defendian la libertad de todo el pueblo heleno. No podian alegar como escusa la distancia del teatro de la guerra y los peligros que envolvia una aventura del otro lado del Egeo, porque ya en otra ocasion tuvieron embarcadas tropas que debian ir en auxilio de Creso y hacia unos veinte años armaron una poderosa flota para combatir á un pueblo de raza helena, el de Samos.

Por otra parte debia pesar en el ánimo de los espartanos que, si á consecuencia de su abandono, sucumbian los jónios, la venganza de los persas no se limitaría á imponer un severo correctivo á sus ciudades cuya ruina era inminente, sino que pudiera extenderse á la Península, en cuyo ataque tomarian, tal vez, parte los mismos jónios que salieran salvos de la contienda. No se trataba de hacer á los persas una guerra ofensiva, ni de llevar á cabo una empresa como la proyectada por Creso atacando al rey de Persia en el corazon de su reino; pedíase á Esparta únicamente su concurso para la mejor defensa de las ciudades jónicas.

El mismo Aristágoras partió en una galera milesia para Lacedemonia, á pedir auxilio á los que «tenian el imperio de la Grecia.» Pero en vano acudió á los argumentos más poderosos de que en tales casos se echa mano, «pidiéndoles por los dioses tutelares de Grecia que ayudasen á sacar de la esclavitud á los jónios, en quienes no podian menos de reconocer su propia sangre; en vano trata de mover el corazon de Cleomenes, llevando el ramo de olivo de los suplicantes en la mano, y de excitar su ambicion describiéndole las riquezas y comodides del Asia, y aun ofreciéndole primero diez, luego hasta cincuenta talentos de indemnizacion, sin duda porque sabia muy bien que este príncipe era tan capaz de vender el auxilio de su pátria por dinero, como de emplear las artes más viles para comprar el favor de la Pitonisa délfica. Por lo demás, la decision del asunto no dependia de Cleomenes, ni aun del voto unánime de este príncipe y de su colega Demarato, que, á lo sumo, podian ejercer alguna influencia en la asamblea de los eforos, cámara gubernativa encargada de resolverle.

Despues de tomarse un plazo de tres dias para dar la respuesta, no se creyó siquiera oportuno convocar el eforado, siendo Aristágoras mal despachado, por razones tan egoistas como falaces. A lo que parece acariciaba Esparta muy otros pensamientos, que solo afectaban á su propio engrandecimiento. Habiendo fracasado sus planes de heguemonia sobre el istmo, proponíase ahora buscar una indemnizacion dentro del mismo Peloponeso, para lo cual necesitaba tener reunidas todas las fuerzas de la liga, á fin de dar el último golpe á los argivos. Cleomenes pudo tener razones particulares para insistir en negar el socorro que se le pedia, ya en su natural aversion á los jónios, ya tambien en su deseo de remediar con algun hecho de armas brillante contra

los argivos la vergüenza de la capitulacion convenida en la Acropolis ateniense y la ignominiosa retirada que le obligaron á emprender los labradores áticos.

Como quiera que sea la negativa de Esparta en esta ocasion, es uno de esos hechos que por sus trascendentales consecuencias deben juzgarse con una crítica tan imparcial como severa. Desde luego consideramos exageradas las pretensiones que Herodoto pone en boca de Aristágoras, quien pinta á Cleomenes como empresa fácil, no sólo la expulsion de Dario, sí que tambien la conquista del Asia entera, con todas sus comodidades y riquezas. Segun ha observado con mucha oportunidad Grote, si alguien se hubiese atrevido el año 500 á hablar de esta manera de los persas ante un concurso de griegos, hubiéranse reido de él ó le habrian tenido por loco. El mismo Herodoto afirma en otro lugar que el nombre y la presencia de los persas infundian pavor á los griegos. La relacion de este historiador se halla seguramente recargada con datos oficiales inventados en la misma Laconia hácia la mitad del quinto siglo, para cubrir con apariencias de razon la negativa del socorro.

De este número es tambien el episodio de la hija de Cleomenes, llamada Gorgo, segun ha observado Nitzsch, refiriéndose á ciertos pasages de Herodoto. Hallábase ésta, niña de 8 á 9 años y única prole que tenia, al lado de su padre, cuando Aristágoras, queriendo agotar el último recurso, le ruega que tenga á bien oirle á solas; respóndele Cleomenes que bien podia hablar sin detenerse por la niña. Entonces fué cuando le ofrece hasta 50 talentos si consentia en otorgarle el auxilio que le pedia; oido lo cual por la niña se volvió á su padre y le dijo: «ese forastero, si no le dejais presto, logrará al cabo sobornaros por dinero.»

Pretenden algunos disculpar á Esparta suponiendo

que era justa su repugnancia en declarar la guerra á Persia con el único objeto de sostener los intereses de Aristágoras. Tal apreciacion es de todo punto infundada, por cuanto no se trataba de la personalidad del caudillo milesio, y sí de la defensa de toda la Jónia, que era al mismo tiempo la defensa de toda Grecia y de la misma Laconia. Tampoco resiste el fallo de la crítica la observacion de que el interés de Grecia exigía como primera medida la destruccion de Argos ó su reduccion á un estado de completa impotencia; porque los intereses comunes que puedan tener varios Estados contra un tercero, no se defienden en manera alguna aplicándose cada uno individualmene á destruir á sus adversarios. Y Esparta no tenia que temer cosa alguna de Argos, aun cuando hubiese enviado á Jónia una parte de sus hoplitas. Además, entonces como ahora se sabia que en la hora del peligro no se aunan las fuerzas contra el comun enemigo por medio de ataques y exigencias irritantes, si no mediante convenios leales basados en la justicia, siendo digno de atencion que, en el caso precente, el ataque partió de Esparta y no de Argos.

***

Perdida toda esperanza de obtener el apoyo de Laconia, salió Aristágoras de su capital tomando el camino de Atenas, ciudad que á los motivos generales de simpatía por la causa de los jónios reunía el particular de ser la metrópoli de Mileto y graves motivos de resentimiento contra los persas, que la habian amenazado con la guerra si no reconocia por su soberano á Hippias. Pensando sin duda que la insurreccion de los jónios alejaba de ellos, por el momento, tal peligro y atendiendo á las muchas razones y promesas que oyeron

del mensagero de Mileto, condescendieron los atenienses con lo que pedia. Efectivamente; si en aquel momento no ofrecian inminente peligro las pretensiones de Hippias, sea que viviese retirado en Sigeo, ó en Lampsaco, al lado de su cuñado, ó en la misma Sardes, las cosas podian variar por completo una vez sofocado el levantamiento.

Desgraciadamente para los jónios Atenas se hallaba tambien en guerra con Egina, y para poder hacer frente á la numerosa flota de esta pequeña república habíase visto precisada á elevar á 70 el número de sus triremes. Segun todas las probabilidades estaba aún Clístenes al frente del gobierno de Atenas, ó á lo menos eran hombres de su partido los que tenian las riendas del poder. Como quiera que sea está perfectamente averiguado que el pueblo ateniense ordenó que fuesen al socorro de los jónios 20 naves equipadas.

Tambien los eretrienses resolvieron enviar 5 triremes en socorro de los compatriotas del otro lado de los mares, como si hubiesen querido pagar de esta manera á los milesios el auxilio que les prestaron en la guerra sostenida contra Chalcis (1). ¡Veinticinco naves! Este fué todo el apoyo que la metrópoli dió á sus opulentas colonias de Asia, sabiendo que su conservacion era la más segura salvaguardia de la independencia de Grecia. Este hecho tan significativo pone de manifiesto las ideas y tendencias que predominaban á la sazon en Laconia, así como el espíritu general de los helenos y la situacion de Grecia en los momentos más solemnes y de mayor peligro por que jamás atravesara.

Una palabra, antes de continuar, acerca de los últimos hechos del ateniense Clistenes y de su pretendido

(1) Herod. V, 99. 102.

ostracismo. Que por este tiempo no habia sufrido alteracion el gobierno popular de Atenas, lo demuestra el decreto que expidió ordenando el equipo de las 20 naves. Tocante al fin de Clistenes, sólo sabemos que su sepultura estaba en Atica y se hallaba situada cerca del camino que iba de la ciudad á la Academia (1); habiendo terminado su construccion antes del año 496. Es asimismo cosa averiguada que Hipparco, hijo de Jarmos y de la familia pisistratida, desempeñó el cargo de primer arconte el año 496, sufriendo despues la pena del ostracismo (2); hecho que revela una desorganizacion de los partidos que sólo puede explicarse despues de la muerte de Clistenes. El ostracismo de Hipparco vuelve las cosas á su anterior estado, puesto que al regresar Milciades del Quersoneso á Atenas el año 494, aparece al frente de la República Xantippo, casado con una sobrina de Clistenes, que prosigue la política de éste y recibe la acusacion que se presentó contra Milciades de haberse alzado con la tiranía ó dominio del Quersoneso y de la que fué absuelto, por más que, segun parece, el mismo Xantippo era uno de los émulos del ilustre general ateniense (3).

El ostracismo de Clistenes no es un hecho fuera de duda, por cuanto fué sepultado en Atenas y le contradice el testimonio de Androcio, segun el cual el primer ostraciado fué Hipparco, hijo de Jarmos. Por otra parte, el ostracismo de Clistenes no pudo tener lugar antes del regreso de Milciades á Atenas, en cuya época tampoco se comprenderia, dada la influencia que á la

---

(1) Pausan. I, 29, 6.

(2) Dionys: Hal. 5, 77. 6, 1. Plut. Nicias, 11. Harpocration *Hipparjos*. Ateneo 609. Philoch. fragm. 79. b. M.

(3) Herod. VI, 104. 136.

sazon ejercia su pariente Xantippo. Por consiguiente, los que defienden el supuesto ostracismo de Clistenes, se refieren, sin duda, á su expulsion por Iságoras el año 506, á cuya época debe tambien referirse el hecho á que alude Ciceron (de legg. 2, 16) cuando dice que Clistenes, no teniendo confianza en la seguridad de su hacienda, encomendó á la Juno de Samos la custodia del dote de sus hijas, ya que despues del levantamiento de la Jónia no ofrecia la menor seguridad aquel santuario.

La noticia del ostracismo de Clistenes tuvo orígen en Eliano (1) y no hay más datos que la confirmen. Nómbranse los legisladores á quienes con este motivo se aplicaron sus propias leyes, pero el ejemplo de Clistenes es, por lo ménos, tan dudoso como el de Zaleuco que á continuacion se cita. En un fragmento de pápiro, ya citado anteriormente, se expresan los nombres de varios ostraciados, y aun se lee allí *parjos*, tal vez fragmento de *Hipparjos*, pero ninguna mencion se hace de Clistenes. Por último, segun indicamos antes, su ostracismo, en todo caso, debió preceder al año 495 en que ya figura Xantippo al frente de los negocios de Atenas.

***

No perdió ánimo Aristágoras á la vista del insignificante auxilio que se le concedia, antes bien, trató de insurreccionar todas las tríbus que habitaban en la costa asiática. Los primeros que tomaron las armas fueron los gergitas, pueblo descendiente de los antiguos teucros que habitaba en la region del Norte, y si hubo alguna vacilacion en los carios, debe culparse de ella al oráculo délfico que les disuadió de su propósito de ligar-

(1) Var. hist. 13, 25.

se con los milesios, diciéndoles que «en otro tiempo fueron los milesios hombres animosos,» como en anterior ocasion disuadió á los gnidios de su intento de oponerse á la dominacion de Ciro.

Al comenzar la primávera del 499 hallábanse reunidas en la bahía de Mileto las naves de los jónios juntamente con los 20 trirremes atenienses conducidos por Melánthio y los cinco de Eretria, que mandaba Eualcides, varias veces vencedor en los juegos panhelénicos, todas con sus respectivos hoplitas. Aristágoras nombró dos generales de todo el ejército: un milesio, que fué su hermano Jaropino y Hermofanto, natural de otra de las ciudades jónicas. El primer ataque debia dirigirse contra Sardes, para lo cual se trasladó la armada con el ejército á Efeso, desde donde se dejarian caer los hoplitas sobre la capital de Lidia. El plan era excelense, porque si esta ciudad caia en poder de los griegos no dejarian de levantarse los lidios contra la dominacion persa.

Dada la superioridad de la milicia y armamento griegos sobre los persas no habia exageracion en esperar buen éxito de esta primera parte de la empresa. Pero Dario acudió con acertadas disposiciones á cortar de raíz el movimiento. A la primera noticia que tuvo de la rebelion de los jónios ordenó que salieran tropas de las provincias interiores en direccion á la costa de Cilicia, para ser desde allí conducidas, en naves fenicias, á Jónia. Al mismo tiempo debian trasladarse á Sardes sin pérdida de tiempo las tropas persas que guarnecian las provincias situadas más allá del Halys, á fin de unirse á las de Artafernes y Megabates y defender juntas la vasta satrapia de Lidia, con su capital Sardes, por más que otros suponen (1) que este ejército se formó

(1) Herod. V, 100. 102.

á consecuencia del ataque de los griegos á dicha capital, version poco verosímil puesto que en tal caso no hubieran encontrado allí á los griegos.

Como quiera que sea, éstos, guiados por efesios conocedores del país, se adelantaron á los persas, siguiendo la direccion del rio Caistro y, pasado el monte Tmolo, se dejaron caer tan inesperadamente sobre Sardes, que nadie osó oponerles resistencia, retirándose á la fortaleza toda la numerosa guarnicion que mandaba Artafernes, á fin de esperar allí la llegada de nuevos refuerzos (1). Mas un suceso imprevisto impidió que los griegos sacaran todo el partido posible de esta ventaja. De pronto empezó á arder una casa y en pocos minutos se apoderó el fuego de la ciudad entera, por ser la caña el principal material empleado en su construccion. Entonces los lidios y muchos persas que no tuvieron tiempo para retirarse á la ciudadela, viéndose rodeados de llamas por todas partes, fuéronse retirando hácia la plaza y orillas del Pactolo, hoy Sarabat. Sucedió, pues, que la misma necesidad obligó á los lidios á combatir, en union con los persas, á los griegos, ya que no podian mirar como aliados y amigos á los que incendiaban su ciudad; y como viesen esto los jónios y se apercibiesen, además, de que venia contra ellos parte de la guarnicion del castillo, fueron retirándose en buen órden hácia el Tmolo.

Desde allí pudieron hacerse cargo de la magnitud del desastre y de la perniciosa influencia que el incendio ejerceria en el éxito de su empresa, pues no podian atribuir á otra causa la oposicion que habian encontrado en los lidios, sus naturales aliados. Todos los santuarios de la ciudad, incluso el suntuoso templo de

(1) Jaron de Lampsaco, citado por Plutarco de malign. Herod. 24.

Cibeles, diosa propia y nacional, situado al pié de la ciudadela y á orillas del Pactolo, fueron pasto de las llamas (1). Dado el carácter religioso do los griegos no debe maravillarnos que mirasen estos hechos como una prueba de la cólera de los dioses tutelares de Sardes; circunstancia que, unida al conocimiento que tenian sus caudillos de la aproximacion de las tropas persas procedentes de las provincias del Halys, influyó en la resolucion que tomara de retirarse hácia sus naves, como lo hicieron en cuanto llegó la noche. De otro modo, hubiéranse visto precisados á aceptar la batalla que les ofrecería un ejército mucho más numeroso que el suyo, sin tener á la espalda el apoyo de la armada.

Siguiéronles de cerca los persas, de tal modo, que ambos ejércitos llegaron casi al mismo tiempo á Efeso, yendo mandados por Otanes, hijo de Sisamnes, que antes habia reprimido la insurreccion de Bizancio y Calcedonia y tomado á Lemnos é Imbros, por Hymeas y por Daurises. Admitieron los jónios la batalla que les presentaron los adversarios, pero fueron de tal modo derrotados, que entre otros muchos guerreros de nombre que allí murieron, se cuenta el jefe de los eretrios, Eualcides, buscando los demás su salvacion en la fuga ó en las naves.

Fué este un golpe muy rudo, que amortiguó no poco la confianza que hasta entonces habian tenido los jónios en sus propias fuerzas y paralizó los ánimos de todos. Habia fracasado el primer ensayo cayendo por tierra todos los planes que con él se relacionaban; pues con la primera batalla dada al enemigo, perdieron toda esperanza de apoyo por parte de los lidios. Y lo peor de todo fué que los atenienses desampararon de tal manera á los jónios que, á pesar de los repetidos ruegos é ins-

(1) Herod. V, 102. VII, 8.

tancias que les hizo despues Aristágoras por medio de sus diputados, se mantuvieron firmes en la resolucion de negarles su asistencia, aprobando el pueblo la conducta de su caudillo Melanthio. Con esto mostraron los atenienses que daban por perdida la causa de los jónios (1).

Los eretrios permanecieron aun algun tiempo fieles á su compromiso, aunque Plutarco pretende lo contrario, por el pueril capricho de contradecir á Herodoto (2). Está probado que sus naves tomaron parte en la batalla que sostuvieron contra los fenicios «en el mar de Pamfylia;» por el contrario, el desembarco de los eretrios en Efeso, y su ataque á Sardes para distraer á los persas del sitio de Mileto, son fábulas inventadas y propagadas por un exagerado patriotismo.

Pero los jónios, aunque se vieron destituidos del apoyo de Atenas, no por eso perdieron la esperanza ni dejaron de aprestarse para continuar la guerra. En realidad, estaban sus asuntos mejor que en tiempo de la guerra de Ciro contra Creso, que terminó con la derrota del segundo: hoy poseian una armada numerosa que podia llevar pronto socorro á las ciudadqs atacadas por los persas y existia un consejo que servia de lazo de union entre los confederados.

No encontrando, por el momento, ningun buque enemigo que se opusiera á sus movimientos, tomó la flota el rumbo del Helesponto, de la Propontide y del Bósforo, donde se adhieren á la insurreccion todas las ciudades helenas de aquellos parages: Dárdano, Abydos, Percote, Lampsaco, Cyzico, Proconneso, Calcedonia y Bizancio, á pesar de la crueldad con que Otanes habia

(1) Herod. V; 102. 116.

(2) De Malign. Herod. 24.

tratado á sus habitantes en el levantamiento ocurrido hacia doce años. Nada se dice de la suerte que cupo á los tiranos, puestos en algunas por los persas, como Hegesistrato de Sigeo é Hípproclo de Lampsaco, pero es de suponer que, con el desterrado Hippías, se refugiarian en Sardes.

Terminada ya la mision que la habia llevado á aquellos parajes, volvió la armada á navegar con rumbo al Mediodía, donde su sola presencia bastó para que se uniesen al partido de los jónios casi todas las poblaciones carianas y caunias (1). Sucedia esto en otoño del año 499. Entonces se les unió tambien otro auxiliar más poderoso, con el que no habian contado.

Habíanse rebelado contra Dario, en la primavera, todos los príncipes de la isla de Chipre, cuya sublevacion fué causa de que permaneciera estacionada en las cercanías la armada fenicia al servicio de Persia, juntamente con las tropas que se habian reunido en Cilicia. Hemos ya dado á conocer la preponderancia que, mediante un série lenta, pero progresiva de trabajos y esfuerzos, habian adquirido los griegos sobre los fenicios en dicha isla, desde el siglo sétimo, en que aun se hallaban equilibradas las fuerzas de ambos rivales, hasta la primera mitad del sexto en que, sometidas ya las poblaciones fenicias del continente al nuevo imperio babilónico, adquieren los griegos decisivo predominio. Déjase ver éste en la amistosa recepcion que hace á Solon el príncipe de Soli y en la importancia que adquiera Salamina, á mediados del citado siglo, bajo el gobierno de Euelton.

Hácia el año 535, despues de la destruccion del imperio babilónico por Ciro, que le anexionó á sus vastos

(1) Herod. V, 103. VI, 33.

dominios, juntamente con toda la Siria, sométense los príncipes chipriotas á la soberanía de Egipto, aunque muy pronto les vemos sacudir su yugo para rendir homenaje á Cambises, cuando este impone momentáneamente su ley á Egipto y convoca en la bahía de Acco las armadas de sus vasallos helenos y fenicios para apoyar su expedicion al país de los faraones, en 525. Para asegurar la sumision de los príncipes á la soberanía persa, les confirmó Cambises en sus respectivos dominios.

A Euelton siguieron sucesivamente en el gobierno de Salamina Siromo, Jersis y Gorgo, el mayor de los tres hijos de Jersis. Pero uno de sus hermanos llamado Onesilo le aconsejó repetidas veces que se rebelase contra los persas y oyendo ahora hablar de la sublevacion de los jónios le hizo las mayores instancias sobre lo mismo. Viendo que no podia salir con sus intentos le expulsó de la ciudad, valiéndose de una estratagema, y se alzó contra los persas. El príncipe rebelde logró que todos los soberanos de la isla le imitasen en negar la obediencia á los persas, fuera del de Amatonta. Para obligar á los amantontios á unirse al levantamiento, puso sitio á la plaza en union con Stasanor, príncipe de Kurion, con el soberano de Soli y demás caudillos de la isla. Pero habiendo ya empezado el trasporte del ejército reunido en Cilicia al mando de Artybio, que debia ser trasportado á Chipre en naves fenicias, solicitó Onesilo el auxilio de los jónios.

La sublevacion de esta isla proporcionaba una diversion de fuerzas enemigas altamente favorable á los jónios; y aunque las formas de gobierno de unos y otros eran diferentes, despues de la expulsion de los tiranos en las ciudades griegas, no vacilaron en acudir al llamamiento de Onésilo, despachando á Chipre en la pri-

mavera del año 498 una armada numerosa, con órden de auxiliar á los príncipes chipriotas, de vigilar aquellos mares y evitar que la flota fenicia se acercase á las costas de Asia. Pero sucedió que, al mismo tiempo que las naves griegas surcaban las playas de Chipre, marchaban ya las tropas venidas de Cilicia, por tierra, en direccion á Salamina, con el intento de atacar el núcleo del ejército rebelde y sofocar el levantamiento en su orígen. Viéronse, pues, precisados los príncipes chipriotas á levantar el sitio de Amatonta para ir en socorro de Salamina, y tan pronto como llegaron á esta ciudad, situada cerca de la desembocadura del Podico, ordenaron sus tropas en frente del enemigo.

Entre tanto la flota fenicia habia doblado ya el cabo Nordeste de la isla, de suerte que las dos armadas se encontraron frente una de otra en el mar pamfilio. En la batalla naval que siguió inmediatamente vencieron los jónios á los fenicios, haciendo aquel dia prodigios de valor y los que mejor se portaron en la jornada fueron los samiotas, aunque tambien se distinguieron las cinco naves eretrias.

Pero en el combate de tierra habian sucedido las cosas muy de otro modo. Luchaban los chipriotas con gran ventaja puesto que la extensa llanura que rodeaba la ciudad les permitía hacer maniobrar sus carros de combate; mas la traicion vino á dar un giro inesperado al éxito de la jornada. Habia escogido Onésilo el puesto que correspondia al que en frente ocupaba Artybio, hallándose rodeado de los más animosos soldados de Salamina y de Soli. El general persa embistió con su marcial caballo contra el principal autor de la insurreccion, pero éste dispara contra él y al sentirse herido se alza sobre los piés embistiendo al que tenia delante con las manos, segun se le habia enseñado, yendo á dar sobre

el adarga de Onésilo; entonces el escudero de éste le dá un certero golpe de hoz y se las siega entrambas. El caballo, manco ya, da consigo en el suelo, arrastrando en la caida al general persa que encontró allí la muerte.

La pérdida de su general hubiera desconcertado á los persas si en el momento mismo Stasanor no hubiese huido alevosamente con la numerosa division que mandaba; porque habiendo seguido su mal ejemplo los carros de combate de Salamina, los persas empezaron á llevar ventaja y acabaron por vencer al enemigo. Dos generales chipriotas quedaron en el campo de batalla: Onésilo y el príncipe de Soli. Los salaminios restituyeron inmediatamente el mando de la ciudad á Gorgo; reconociendo de nuevo la soberanía de Dario. Libres de este cuidado pudieron los persas emplear mayores fuerzas en someter las demás ciudades, siendo Soli la que resistió por más tiempo, toda vez que no se rindió hasta pasados cinco meses de sitio (1).

***

Los marinos jónios, viendo perdida la causa de Onésilo y de la insurreccion chipriota, en general, dieron la vuelta á Jónia. El levantamiento no estaba sofocado, por más que habian sucumbido de nuevo bajo el yugo persa todas las poblaciones del Helesponto. Despues de la batalla de Efeso permaneció acampado el ejército persa en diversos puntos de Jónia hasta que el levantamiento de las ciudades del Norte obligó á los generales Hymeas y Daurises á dirigirse á aquel punto con la mayor parte de las fuerzas, en tanto que Otanes emprendia, con otra parte, el sitio de Clazomenas. Hymeas tomó á su cargo la sumision de las poblaciones de la Propontide y Daurises se dirigió contra las del Helesponto, donde con rapidez

(1) Herod. V. 116.

pasmosa volvió á la obediencia de Dario las plazas de Dardano, Abydos, Percote y Lampsaco. Dirigíase á la ciudad de Pario cuando recibió aviso de los progresos que hacia la insurreccion de los carios, novedad que le obligó á dejar el Helesponto para marchar contra dichos sublevados, en la misma primavera del 498.

Entre tanto Hymeas habíase apoderado de Cio, ciudad de la Propontide, cuando, sabedor de que Daurises partia con sus tropas hácia Caria, se trasladó él mismo al Helesponto, donde, además de los eolios que habitaban en la Troade, logró rendir á los gergitas, descendientes de los antiguos teucros.

Los carios, habiendo recibido noticia de que iba contra ellos Daurises, juntaron sus fuerzas en cierto sitio de la frontera del Norte llamado «Columnas blancas,» cerca de la confluencia del Marsyas que, bajando del Sur va á confundirse allí con el Meandro. En la junta que tuvieron los caudillos carios antes de la batalla, hubo diversos pareceres respecto del sitio más adecuado para librarla con ventaja, citándose como uno de los más dignos de atencion el que dió Pixodaro, hijo de Mausolo y príncipe de Cindio, no lejos de Halicarnaso, el cual fué de parecer que, pasando el Meandro entrasen los carios en batalla contra los persas, dejando el mencionado rio á las espaldas, pues de esa manera, viendo cerrado el paso á la fuga, la misma necesidad de no poder abandonar su puesto les haria aun más valientes y animosos de lo que eran naturalmente. Pero rechazado este voto, se siguió el contrario de que no los carios sino los persas tuvieran á sus espaldas el Meandro, con la mira de que si éstos, perdida la batalla, quisieran huir diesen luego con el rio.

Muy luego aparecieron los persas y, pasando el Meandro, trabóse una encarnizada batalla, en la cual,

si bien los carios resistieron por largo tiempo al enemigo haciendo los mayores esfuerzos de valor, tuvieron que ceder por fin al mayor número de los adversarios, quedando el triunfo por Daurises. Este perdió en la jornada 2.000 hombres, y por parte de los carios quedaron 10.000 en el campo de batalla. Los que de éstos quedaron salvos huyeron en direccion al Sur yendo á refugiarse á Labranda, en el sagrado bosque de plátanos consagrado á su númen tutelar Júpiter Stratio. Al tener noticia de la aproximacion de los persas empezaron á deliberar acerca del medio más seguro de salvarse, proponiendo unos que seria más conveniente entregarse á los persas á discrecion y opinando otros que debian pedir al enemigo la retirada libre bajo promesa de abandonar de todo punto el Asia Menor.

Pero estando aún los caudillos carianos en su consulta ven llegar hácia ellos á los milesios sus aliados con el objeto de prestarles asistencia y socorro. Los jónios que habian excitado á los carios á la rebelion se consideraban obligados á dar este paso, en el que veian además un medio seguro de alejar á los persas de sus ciudades, no dudando que si eran vencidos los carios muy luego tendrian el enemigo á las puertas de Mileto. La llegada de los jónios obligó á Daurises á abandonar su propósito de sitiar á los rebeldes para pensar en su propia defensa, ya que no habia podido impedir la reunion de los confederados. Trabado nuevo combate, hicieron los carios una resistencia más viva y larga aún que la vez primera, pero fueron al fin vencidos, pereciendo muchos de ellos, aunque en esta jornada padecieron más que nadie los auxiliares milesios.

Pero los indomables carios rehacen con asombrosa rapidez sus destrozadas huestes y vuelven á probar fortuna. Sabiendo que los persas marchaban descuidados

en direccion á Mylasa, los arman una emboscada en el camino, cuyo artificio les salió mucho mejor de lo que pudieron imaginarse, porque habiendo dado de noche los persas en la celada fueron pasados á filo de espada, pereciendo casi todas las tropas, y con ellas los generales Daurises, Amorges y otros principales caudillos. El adalid y verdadero autor de la emboscada fué un ciudadano de Mylasa, llamado Heraclides, hermano, segun parece, del tirano Oliatos.

Respecto de la batalla de Mylasa y la parte que en ella tuvieron los griegos, existen diferentes versiones, además de la de Herodoto, que hemos aceptado como la más probable, por fundarse en las tradiciones de Halicarnaso, lugar inmediato al del suceso, y muy particularmente en noticias fidedignas trasmitidas por los lygdamidas. Damor supone que todas las fuerzas de los confederados griegos acudieron al socorro de los carios y que pereció la inmensa mayoría de ellas. Segun Diodoro (1) y el autor de los Escolios á Aristófanes (2), que siguen la version del citado Damor, en la junta de los jefes carios se emiten varias opiniones: una que aconsejaba completa sumision á los persas y otra que votó por pedir el auxilio de los milesios, pero al fin prevaleció el parecer de consultar al oráculo délfico y éste les contestó que «en algun tiempo habian sido los milesios hombres valientes.» Al divulgarse este oráculo por las ciudades del Asia, acusaron los milesios á la adivina pitonisa de parcialidad por los medos, cuyo oro la habia sobornado, siendo esta la causa de que saliesen todos los confederados para auxiliar á los carios en su contienda con los persas, pereciendo de la manera dicha. Pero no

(1) Excerpt. Vatic. 38. 39.
(2) Plut. 1002.

es posible suponer que los carios cercados en Labranda tuviesen tiempo y medio de consultar al oráculo délfico, por cuya razon se supone con más visos de probabilidad que la indicada consulta se hizo con motivo de la invitacion que les envió Aristágoras de unirse al levantamiento de los jónios. A este propósito conviene fijar la atencion en la analogía que ofrece este oráculo, por sus tendencias políticas, con aquel otro que anunció á los milesios la ruina de su ciudad.

***

A pesar de los tres grandes triunfos alcanzados por los persas en Efeso, en el Meandro y en Labranda, el resultado final de la campaña se redujo á volver á la obediencia del rey las ciudades del Helesponto y de la Troade. Y sin embargo, las esperanzas de los griegos eran en la primavera del año 497 muy poco halagüeñas. Clazomenas habia caido en poder de Otanes, y entretanto Hymeas, apaciguada ya la Troade, habia vuelto sus armas contra las colonias eólicas, siendo Cumas una de las primeras que reconquistaron los persas. Inútil es advertir que la caida de la capital llevó consigo la de todas las demás poblaciones de los eolios. Al mismo tiempo se completaba la sumision de Chipre, quedando libre la armada para emprender la marcha á las playas de Jónia y desembarcar allí el ejército victorioso que habia hecho la campaña de Chipre. Los atenienses persistian en su neutralidad, negando á los jónios un socorro que, á lo menos, hubiera servido para levantar el decaido espíritu de las ciudades de que partiera el levantamiento, únicas que se mantenian en armas contra los persas.

Por su parte Aristágoras, autor de toda esta perturbacion, mostróse hombre de corazon poco constante en

las adversidades y, perdiendo toda esperanza al saber que se acercaba la flota dō Chipre, solo pensó en poner en salvo su persona. Al efecto llamó á consulta á sus partidarios y les propuso, si la necesidad les obligase á desamparar á Mileto, conducir una colonia de milesios bien á Cerdeña ó á Mircino (1).

Hallábase entre los congregados el historiador Hecateo, cuyo parecer era de no enviar la colonia á ninguno de los puntos indicados, proponiendo en cambio que el mismo Aristágoras se encargase de levantar una fortaleza en la isla de Leros, perteneciente á Mileto, y situada al Sur del promontorio de Poseidon, entre Patmos y Calymna, para que pudiera servir de asilo, en el caso de que Mileto cayese en poder del enemigo. Aristágoras, empero, no escuchó el consejo del sábio historiógrafo, que era el más conveniente á su deber de permanecer al lado de aquellos á quienes habia arrastrado á la rebelion; guiado tan solo por la idea de no caer en manos de los persas, insistió en su pensamiento de fundar una colonia en Mircino, plaza situada en las orillas del Strymon; que habia fortificado el mismo Histieo, despues de recibirla de mano de Dario en premio de sus servicios. Aquel le parecia tambien lugar más adecuado y más seguro para aguardar favorable coyuntura á la realizacion de sus proyectos.

Encargando, pues, el gobierno de Mileto á uno de los hombres más acreditados de la ciudad, por nombre Pitágoras, toma consigo á los ciudadanos que se ofrecen á seguirle y se hace con ellos á la vela para Tracia, donde fácilmente se apodera del país deseado. Pero un suceso inesperado vino á darle el premio de su cobarde egoismo. Estaba sitiando una plaza de los edones, pró-

(1) Herod. V, 124.

xima á la embocadura del Strymon, cuando la guarnicion manifestó deseos de capitular, bajo la condicion de poder abandonar la fortaleza sin ser molestada. Otorgó Aristágoras lo solicitado, y cuando más desprevenidos estaban los griegos, cayeron sobre ellos los bárbaros y los degollaron (1). Sucedió este hecho en la primavera del año 497.

---

(1) Arn. Schaefer Rer. p. bell. Pers. tempp. p. 16.

X.

LA BATALLA DE LADA.

Vencidas ya las ciudades del Helesponto y de la Troade y las colonias eólicas de la costa; impuesto de nuevo el yugo persa á los habitantes de la Propontide y del Bósforo, que apenas ponian cuidado en conservar sus murallas y fortalezas; mantenidas á la espectativa las ciudades dóricas del mediodia que sólo se resolverían á salir de su neutralidad cuando los jónios conquistasen el dominio del mar y los carios contuviesen por tierra el avance de los persas; reducida de nuevo Clazomenas; adversas Efeso y Colofon á toda idea de guerra con los persas y victoriosos estos en casi todos los encuentros habidos con los jónios; sin esperanza alguna de recibir socorro ni áun de la metrópoli que persistia en su propósito de permanecer neutral en la contienda; con todos estos inconvenientes, y á pesar de los refuerzos que cada dia recibia el ejército persa, resolvieron los jónios y carios coaligados continuar la guerra contra el comun enemigo.

La poderosa coalicion, cuyos representantes se reunian en otoño cerca del promontorio de Micala para honrar á Neptuno, habia quedado reducida á un corto

número de ciudades; á la solemnidad del 497 enviaron representantes, además de Mileto, Miunte, Priena, Erythrea, Teos y Focea, faltando, por consiguiente, Clazomenas, Efeso, que seguia en importancia á Mileto. Lebedos que tuvo siempre escasa significacion en la liga y Colofon que habia sufrido enormes pérdidas materiales en lucha con los persas y de hombres á consecuencia de la emigracion. Smyrna habia estado excluida siempre de aquella confederacion político-religiosa y su importancia además era nula desde que la tomó el rey Alyattes.

De las seis ciudades que habian permanecido fieles á su antigua alianza, Priena, Miunte y Erithrea no podian presentar sino fuerzas insignificantes, Focea habia perdido la inmensa mayoría de sus habitantes, que huyeron de la invasion persa y casi en iguales condiciones se encontraba Teos. Es verdad que Samos y Chio podian compensar las pérdidas de estas ciudades y que últimamente se habia adherido á la confederacion Lesbos, cuyos habitantes, aunque eólios, habian resuelto correr la misma suerte que los jónios.

La asamblea de Micala decidió abandonar la lucha en el continente y hacer un supremo esfuerzo para mantener el dominio del mar, ya que el triunfo obtenido en Pamfilia sobre la flota fenicia hacia esperar en éste mejor resultado que en tierra. De acuerdo con esta dicision debian armarse á toda prisa todas las naves de guerra de los coaligados, equipándolas del mejor modo posible, sin que una sola dejase de prestar servicio. La defensa de cada ciudad corria á cargo de sus habitantes, debiendo prestarse mútuo auxilio en caso necesario; á la flota correspondia llevar á donde fuera preciso los socorros necesarios en hombres y provisiones de toda clase, mision que podria cumplir fácilmente si lograba

mantener el predominio en el mar. Los estrategos llevarian en comun el mando de la armada, representando cada uno el voto de la ciudad, cuyos buques tenia á su cargo. Por último se acordó que la flota se reuniese, en la primavera próxima de 496, alrededor de la pequeña isla de Lada que se alza en frente de Mileto.

Esperábase en Sardes la vuelta del ejército y de la armada de Chipre, cuando llegó de Susa Histieo, que estaba impaciente por saber el éxito de su estratagema. El sagaz caudillo heleno habia asegurado á Dario que «si él se hubiera hallado presente en la Jónia, ninguna ciudad hubiera osado mover un dedo contra el monarca persa, y que por no tenerle á su vista los jónios se habrian quizá animado á ejecutar lo que tiempo ha deseaban.» En vista de lo cual, aconsejó al rey que le permitiese partir con toda diligencia para Jónia á fin de reponer los asuntos en el mismo pié de antes, no sin prometerle además que le entregaria preso á su regente si tales cosas habia maquinado. Aún prometió más: por los dioses tutelares de su imperio juró que, despues de ajustadas dichas turbulencias á satisfaccion del rey, no habia de quitarse la misma túnica con que bajara á la Jónia antes de conquistar la gran isla de Cerdeña, haciéndola tributaria de la corona.

Dario le otorgó el deseado permiso. Viéndose en libertad para marchar á las provincias griegas creyó que nada podria oponerse al logro de sus aspiraciones en uno ú otro sentido, teniendo gran confianza en el éxito de un plan con tanta astucia preparado. No pudo siquiera ocurrírsele, atendidas las órdenes expresas del rey, que Artafernes opusiera dificultades al cumplimiento de su mision. Ya en este camino sabia que los jónios habian ido demasiado léjos para poder entrar en negociaciones; por el contrario, si le nombraban su jefe

tenia probabilidades de alcanzar de Dario mejores condiciones en el caso de que fuesen vencidos, ó de exigirlas de los persas, con las armas en la mano, y si no eran admitidas, proseguir la guerra hasta perecer ó fundar un Estado jónio en frente del imperio de los persas.

Pero muy luego se desvanecieron todos estos sueños y cayeron por tierra sus planes. Artafernes sea que tuviese noticias más precisas que Dario ó que penetrase más en el fondo de las cosas, como si leyese la verdad á través del profundo disimulo de Histieo, le lanzó á quemaropa esta tremenda acusacion: «esos zapatos que se calzó Aristágoras, se los cortó y cosió Histieo.» Quedó éste desconcertado, y no asegurándose del gobernador persa, como de quien estaba ya sabedor de la verdad, apenas llegada la noche salió de Sardes y alcanzó la costa desde donde pasó, sin detenerse, á Chio.

Los habitantes de esta isla, creyendo que un favorito y comensal de Dario no podia ser sino un espia enviado con el intento de procurar su perdicion, le pusieron preso. Defendióse de tan injusta acusacion, haciéndoles ver que él era el verdadero autor del levantamiento, el que habia aconsejado á Aristágoras á promover la rebelion, no sin decirles que lo habia hecho por haber sabido que Dario tenia el propósito de establecer á los fenicios en la Jónia y hacer que los jónios fuesen trasplantados á Fenicia. Puesto de nuevo en libertad trató de ganar la voluntad de los sublevados, conservando en cuanto fuera posible su prestigio en Sardes. Artafernes sabia ó sospechaba por lo menos que Histieo era el instigador del levantamiento de los jónios. Por eso sin duda intentó el astuto caudillo deshacerse del gobernador persa, valiéndose de ciertos cortesanos que moraban en la misma capital de Lidia, con quienes mantenía se-

cretas relaciones. Envióles al efecto un mensajéro, llamado Hermippo, oriundo de la comarca griega de Atarneo, con cartas dirigidas á varios persas comprometidos para fraguar una sublevacion; pero el atarnaita les hizo traicion y, en vez de entregar las cartas á aquellos á quienes iban destinadas, las puso en manos del mismo Artafernes. Este se las devolvió ordenándole que las entregase á quien iban de parte de Histieo, pero que recogidas las respuestas las pusiera en sus manos. Descubierta de este modo la conspiracion, Artafernes mandó ajusticiar á todos los que contestaron afirmativamente.

No tuvieron mejor resultado sus maquinaciones en Mileto. Sus habitantes se negaron á recibirle y, habiendo intentado entrar de noche y á viva fuerza, salió herido en un muslo de mano de un vigilante, sin haber logrado el objeto de su tentativa. Dió entonces la vuelta á Chio, mas no pudiendo inducir tampoco á sus moradores á que le confiasen sus fuerzas de mar, pasó á Mitilene, donde pudo lograr de los lesbios que le dieran ocho galeras, despues de prometerles que él aprontaría hombres y dinero para hacer la guerra al gran rey. Partió con esta pequeña armada en direccion á Bizancio y, apostado en el estrecho, fuese apoderando de cuantas embarcaciones entraban en el Ponto ó salian de aquel sitio, vendia aquella parte de sus cargamentos que no servia para el sostenimiento de su tripulacion, y obligaba á los hombres á entrar al servicio de su causa.

***

Entre tanto un numeroso ejército persa se dirigía hácia Mileto. Los jónios, por su parte, habian reunido su flota en la pequeña isla de Lada. He aquí las naves de que se componia esta flota y su equipo. Mileto habia

armado 80 naves; Chio dió 100 embarcaciones, de suerte que su contingente no sólo era el más numeroso sino tambien el mejor equipado, puesto que cada nave iba tripulada por 40 hoplitas escogidos. Samos puso 60 naves y los lesbios acudieron con 70 embarcaciones; Teos aprontó solo 17, los de Priene 12, Erythrea 8, Focea y Miunte solo dieron tres cada una. Resulta, pues, que las tres islas armaron más de la mitad de la flota, ó sea 230 triremes y las ciudades de la costa que habian votado por la continuacion de la guerra aprontaron tan sólo 125 embarcaciones. Aun habia podido reunir una pequeña parte de la Jónia, castigada ya por tremendas derrotas, 353 galeras, es decir, una armada más numerosa que la que hubieran podido aprontar todos los cantones de la metrópoli reunidos.

La tarea que se imponian los valientes jónios era por extremo difícil. La flota fenicia habia recibido considerable refuerzo de triereos procedentes de las ciudades cilicias, de Egipto y de Chipre, subiendo á 600 naves en la primavera del año 496. El ejército de tierra era proporcionado á esta fuerza marítima. Los generales persas, sin embargo, reunieron todas las tropas en un sólo cuerpo, haciendo que se les agregara la division mandada por Otanes é Hymeas, que hasta entonces habian operado en la costa por su cuenta, y dispusieron que se dirigiese un vigoroso ataque contra Mileto, cuya caida produciría la defeccion de las demás poblaciones jónicas y carias.

Púsose cerco á Mileto; pero los generales se convencieron muy pronto de que este sistema no daria inmediato resultado, en tanto que la armada griega estuviese en condiciones de poder socorrer la ciudad y reforzar su guarnicion. Por su parte los caudillos de la flota enemiga no se atrevian á atacar á los jónios, á pe-

sar de la inmensa superioridad numérica de sus naves. Parecióles, pues, más seguro tratar de introducir la division en el ejército griego, valiéndose de los mismos tiranos que, echados antes de sus dominios por Aristágoras, venian en el ejército persa. Encargáronles que cada cual procurase apartar á sus vasallos de la liga de los conjurados, influyendo primeramente sobre los que tuviesen mucho que perder en el asunto; diéronles autorizacion para prometer inmunidad completa á las ciudades que se apartasen de la liga; por el contrario las que persistiesen en la rebelion, serian entregadas al fuego, sin perdonar sus templos; sus moradores serian vendidos por esclavos, sus hijos hechos eunucos, sus doncellas trasportadas á la Bactriana y su país entregado á otros habitantes. Los generales persas quedaron esperando el efecto de esta embajada.

Tampoco los jónios se dieron mucha prisa á provocar la inmediata resolucion del conflicto, temerosos de que la superioridad numérica del enemigo acarrease su ruina. Así trascurrieron varios meses en la más completa inaccion. Habia entre sus estratégos uno de gran penetracion y elocuencia, general de los triremes focenses, llamado Dionisio. Educado en la antigua escuela de los marinos de su pátria, comprendia perfectamente las necesidades del ejército griego y lo que debia hacerse para suplir la deficiencia del número, ya que de la inmediata jornada dependia la suerte de Jónia.

El triunfo sobre un ejército tan numeroso como el que poseía el enemigo sólo podian obtenerle los griegos oponiéndole una gran superioridad en las maniobras militares, una facilidad extraordinaria para poner en movimiento las naves, y una direccion tanto más prudente, vigorosa y resuelta cuanto mayores eran las dificultades y peligros de la empresa. De todo esto care-

cian los griegos. Los estratégos de cada contingente obraban con perfecta independencia; la más insignificante medida era resultado de largas y acaloradas discusiones ya que, segun la constitucion democrática, que se habian dado las ciudades despues de la expulsion de los tiranos, debia ser consultado en todos los asuntos el ejército entero. Para poner término á tan graves inconvenientes levantóse un dia el citado general focense, en la asamblea del ejército y les arengó de esta manera: «La balanza está ya al caer, y en ella anda suspensa nuestra suerte, puesto que de su caida dependerá el que nosotros quedemos libres ó que nos veamos tratados como esclavos y como esclavos fugitivos. Si quereis, pues, imponeros algun esfuerzo por un poco de tiempo, será necesaria, de contado, mayor molestia, pero el fruto de nuestro breve trabajo será, sin duda, el triunfo sobre el enemigo y el premio de la victoria vuestra libertad. Mas si persistis en vuestra inaccion, viviendo sin órden y á vuestras anchuras, en verdad os digo que no espero hallar medio alguno para librarnos despues de las manos del rey y del castigo que se debe á unos rebeldes. Así, pues, creedme á mí, teniendo por bien entregaros en mis manos, que yo con el favor del cielo os aseguro una de dos: ó que el enemigo no osará entrar en batalla con vosotros, ó si entra saldrá muy descalabrado y roto» (1).

Oidas estas razones, estrategos y soldados se pusieron á las órdenes de Dionisio quien, sin perder un momento, emprendió la obra de ejercitar á los remeros y hacer adquirir á todos la mayor facilidad en las maniobras. En las primeras horas de la mañana hacia que todo el ejército subiese, con su completa armadura, á

(1) Herod. VI, 11.

las galeras y, formando la escuadra en dos alas, la sacaba en alta mar, haciendo que simulasen combates navales, y practicasen todos los ejercicios y maniobras consiguientes. El objeto era poner á las tripulaciones, remeros principalmente, en condiciones de verificar los movimientos con la mayor rapidez y exactitud posible.

Al efecto debia ejercitarse la fuerza de los remeros y enseñarles á verificar las maniobras con perfecta uniformidad, ajustándose al compás marcado por los delanteros, á obedecer en un momento dado las órdenes de su jefe, para efectuar los cambios de avance ó retroceso y las embestidas á derecha é izquierda, que exigian diferente intensidad en el remo ó un cambio más ó ménos completo en su direccion, siendo estas á veces diferente en una misma nave, segun el lugar que ocupaban los remeros, cuyo número, segun hemos advertido en otro lugar, pasaba en ocasiones de 150.

Para esquivar con toda la prontitud posible las embestidas del contrario, debian aprender así mismo á cambiar con extraordinaria ligereza la posicion de los remos ó de las correas que los sujetaban y á evitar su destruccion por el contrario, adquiriendo la habilidad necesaria para verificar esa destruccion en la nave enemiga, resultado que dependia de la buena direccion del golpe hacia el punto más débil de la ligadura. Todas estas múltiples maniobras exigian gran precision y mucha práctica; y despues de largas horas de agobiante trabajo debia conservar el marino fuerza suficiente para, en un momento dado, lanzar su nave á toda velocidad contra el trireme enemigo, á fin de echarle á pique.

Desgraciadamente para la causa de los griegos desplegó Dionisio un celo exagerado en su cometido. El servicio de los remeros, de suyo harto penoso, lo era

doblemente durante la época del calor. En lugar de ejercitar gradualmente las fuerzas de las tropas, impúsolas desde luego las más duras fatigas. Cuando la flota regresaba de los ejercicios matutinos obligaba á los soldados á pasar el resto del dia á bordo, sacrificio tanto más penoso cuanto que de ordinario solo permanecian el tiempo indispensable en los espacios harto reducidos de las naves. Como hubiesen hecho esta penosa maniobra á las órdenes de Dionisio durante siete dias consecutivos, viéndose rendidos al octavo con tanto trabajo, empezó la mayoría á manifestar su descontento. Varias fueron las causas que contribuyeron á aumentar la indisciplina. Habia entre los soldados gente acostumbrada á una vida de comodidades y placeres; muy pocos habian hecho alguna vez ejercicios tan penosos; de suerte que, hallándose además acosados por los rayos del sol, muchos cayeron enfermos, otros se dejaron vencer por el temor de sufrir igual suerte y la mayor parte estaban rendidos de fatiga. Agréguese á esto que muchos eran de opinion que la marina griega, segun lo habia demostrado la experiencia de la campaña de Chipre, era ya superior á la fenicia sin necesidad de imponerla tan rudas faenas; que Dionisio era precisamente oriundo de una de las ciudades más insignificantes de la liga, que solo habia aprontado tres galeras y no parecerá extraño, dado tambien el carácter levantisio de los griegos, que estallase en el ejército un grito unánime y que todos á una voz exclamasen: «¿qué crímen hemos cometido para darnos á tan desastrosa vida? ¿No somos unos insensatos en entregarnos á merced de un focense fanfarron que, por tres naves que conduce, se levanta con el mando imponiéndonos intolerables afanes? Antes que pasar por esto vale más sufrirlo todo; menos mal será aguantar la servidumbre del persa, que estarnos aquí luchan-

do con esta miseria» (1). Desde aquel momento negaron todos la obediencia á Dionisio, y plantadas sus tiendas en la isla, descansaban á la sombra, sin querer salir á bordo ni volver al ejercicio.

Entre los generales de Mileto y Chio no se encontró uno solo que apoyase las salvadoras medidas del estratego focense ó quisiera tomar sobre sí la tarea de continuar con más moderacion la obra por él empezada; y sin embargo, entre el personal de la armada habia muchos que aplaudian la conducta de Dionisio y lamentaban la actitud en que la mayoría se habia colocado. Esta persistió, sin embargo, en sus propósitos antipatrióticos y la empresa pudo darse por fracasada desde el momento en que se despojó á Dionisio del mando supremo; aquella igual indisciplina, la falta de obediencia y de union, eran preludios de un éxito desgraciado. La desorganizacion hizo rápidos progresos en la armada y en lugar de la disciplina introducida por el estratego focense cundió en las filas la más completa anarquía.

De esta manera trascurrió el verano. Los generales persas no podian dejar en la inaccion un ejército tan numeroso como el que tenian á sus órdenes, sin exponerse á graves contingencias. En la armada helena se precipitaban igualmente los acontecimientos; porque los generales samios, viendo la indisciplina que reinaba en el ejército y la imposibilidad de oponerse en tal situacion al persa, se decidieron á aceptar el partido que Eaces, hijo de Syloson, y pretendiente á la tiranía de Samos, les habia propuesto de órden de los generales persas, con objeto de poner en salvo los intereses de la isla. De esta manera, en vez de apoyar los propósitos de Dionisio y tratar de renovar con mejor acierto su en-

(1) Herod. VI, 12.

sayo, abandonó resueltamente la causa de los griegos uno de los contingentes más numerosos de su armada.

Y sin embargo, la batalla era inevitable. Celebrábanse á la sazon las fiestas thesmoforias en Efeso; por consiguiente mediaba el mes Pyanepsion, toda vez que dicha solemnidad empezaba en Atenas el 11 del citado mes, y hácia el mismo tiempo empezaría en Efeso (1).

Sin sospechar siquiera los traidores amaños que en su mismo seno se fraguaban, mandaron los estrategos jónios formar las naves en órden de batalla, en el momento en que se dejó ver la armada persa que venia hácia ellos desde mediodía, más confiada en la traicion que en sus propias fuerzas, á pesar de la superioridad del número. Formando el ala izquierda y más próximos á la costa veíanse las naves milesias, á las que seguian los contingentes de Priene, Teos y Myunte, haciendo un total de ciento doce galeras; el centro le constituian las escuadras de Chio, Erythrea y Focea, con ciento once naves y formando el ala derecha estaban, en alta mar, las setenta naves lesbias y las sesenta de Samos, ó sea en junto ciento treinta galeras. Tal es la disposicion que presenta Herodoto y la que tambien se deduce de la facilidad que tuvieron los chienses y samios para retirarse respectivamente á Micala, Samos y Chio (2).

Apenas trabado el combate, observaron los jónios que cuarenta y nueve galeras del ala derecha maniobraban en opuesto sentido al que reclamaban las operaciones de la lucha, izaban velas y, abandonando la línea de combate bogaban, en direccion al Norte. Eran las naves samiotas que, segun lo concertado y á una señal convenida se retiraban de la pelea, abandonando de esta manera la causa de los jónios precisamente los

(1) Hesych. ánodos. Schol. Aristoph. Thesm. 834.
(2) Herod. VI, 8.

que más se habian señalado, hacia poco tiempo, en la guerra de Chipre. De la escuadra samiota solo quedaron en su puesto de honor once naves, cuyos capitanes no quisieron obedecer la órden de retirada.

La inesperada defeccion de los samios introdujo el desaliento en las naves lesbias que ocupaban el lugar inmediato y, al verse atacadas de flanco, dieron por perdida la batalla y siguieron á sus vecinos buscando su salvacion en la fuga. Muy de otro modo se portaron los soldados de Dionisio y los de Chio. Aunque se vieron desamparados por la mayor parte de sus aliados, continuaron la lucha contra las naves enemigas prendiendo gran número de ellas. Dionisio se apoderó tambien de tres galeras; pero cuando vieron el pleito de todo punto perdido, habiéndose retirado al puerto de su ciudad las naves milesias que formaban el ala izquierda, viendo que casi todas las naves del centro se habian ido á pique ó habian sido destrozadas en desigual combate, se hicieron á la vela las pocas embarcaciones que restaban de Chio, Erythrea y Focea, huyendo hácia su pátria. Samos les habria ofrecido más próximo y seguro asilo; pero en vista de la traidora defeccion de sus naves no se creyeron allí seguros y buscaron su salvacion en Chio.

A pesar de los esfuerzos que hace Herodoto para atenuar el acto vergonzoso realizado por los caudillos samiotas, la historia tiene que juzgarle con la severidad que merece. Las relaciones en que el citado historiador se encontraba respecto de Samos disculpa la excesiva indulgencia que revelan sus palabras: «no puedo de fijo decir cuáles fueron los jónios que se portaron bien y cuáles los que obraron mal en la refriega, pues los unos, para disculparse, echan la culpa á los otros.» Luego dice que «es fama que entonces los samios se fueron navegando hácia Samos,» de cuyo hecho tenia seguridad,

puesto que á renglon seguido afirma que «los samios honraron á los once capitanes que se mantuvieron en su puesto, haciendo que se grabasen en una columna sus nombres» (1).

*
* *

La causa de los jónios estaba perdida y nadie esperaba ya poder reparar el golpe recibido en Lada. La caida de Mileto con todas las demás ciudades marítimas sublevadas era ya simple cuestion de tiempo y las islas no tenian probabilidad alguna de poder sostenerse despues de la defeccion de Samos. Es verdad que los jónios tenian delante un plazo bastante largo para reponer sus fuerzas y reparar sus daños. Habiéndose dado la batalla al finar el mes de Octubre, la flota persa, que tambien habia sufrido grandes pérdidas y averias, no podia reanudar las operáciones hasta la primavera próxima, ya que sus naves no eran apropósito para mantenerse en alta mar durante el invierno. Esto hacia que tampoco Mileto tuviese que temer un sitio inmediato.

Sin embargo, los sucesos tomaron rumbo distinto del que parecía señalar el curso natural de las cosas. Como si todo se conjurase contra los milesios, no solo persistió la metrópoli en su inaccion, sino que el oráculo délfico hubo de amenazar á su ciudad con las mayores desgracias, en una sentencia concebida en estos términos: «Entonces, oh Mileto, máquina llena de maldad, serás una y expléndida presa para no pocos; tus damas lavarán los piés de cabelluda raza, y otros serán los que sirvan en Didyma mi templo» (2).

A pesar de eso los milesios hicieron una resistencia

(1) Herod. VI, 12. 14. 25.
(2) Herod. VI, 19.

heróica, viéndose obligados los persas á agotar todos los recursos y máquinas de asedio para rendir la plaza, cuyo hecho tuvo lugar en el verano del 495, despues de haber arruinado las murallas. La mayor parte de los hombres que defendian la plaza murieron á manos de los persas; sus mujeres é hijos fueron reducidos á la condicion de esclavos; la ciudad entregada al saqueo y al fuego, y de la misma manera lo fué el templo de Apolo en Didyma, que estaba lleno de riquezas y se hallaba unido á la ciudad, de la que distaba dos millas, por una série de monumentos y estátuas. Dícese que fué trasportada á Ecbatana entre el botin, una de éstas, en bronce, obra del artista sicyonio Kanajos, que representaba á Apolo llevando en la mano derecha un cervatillo y sosteniendo con la izquierda el arco flojo.

Sólo un corto número de milesios logró ponerse en salvo, huyendo en las naves que defendian por mar la plaza en direccion á Samos. Los prisioneros fueron conducidos á Susa desde donde los hizo trasportar Dario á Ampa, ciudad situada no lejos de la embocadura del Tigris, no quedando en Mileto, á lo que parece, uno solo de sus habitantes griegos, ó como dice Herodoto «quedó despoblada de milesios.»

Atendida la fecha en que se puso cerco á Mileto no pudo ocurrir antes su toma por los persas, toda vez que, segun el testimonio del mismo Herodoto, se hallaba Histieo en el Bósforo cuando recibió la noticia de la batalla de Lada, y tuvo tiempo de pasar á Lesbos, fortificarse allí, conquistar á Chio, levantar un gran ejército y sitiar la ciudad de Thasos, antes que la armada y ejército de los persas, una vez tomada Mileto, pudiese acudir al socorro de Chio y Lesbos. Luego demostraremos tambien que el oráculo délfico, relativo á la toma de Mileto, no puede ser anterior al año 496. Algunos

escritores, copiando á Estrabon, afirman que el templo didymeo fué incendiado por Jerges (1), lo cual es indudablemente un lapsus de este escritor que atribuye al mencionado monarca el incendio de todos los demás templos griegos, con la única excepcion del de Efeso (2).

Tras una defensa heróica sucumbió la ciudad de Neleo, la primera de todas las colonias griegas de Asia y la más importante por su bienestar, su industria y su comercio; una de las que más se distinguieron en esta época por el cultivo de la poesía y la que dió mayor número de hombres eminentes en las ciencias naturales y filosóficas, tan notable por su explendor y su riqueza que no tuvo más rival que Sibaris. La caida de Mileto dió por inmediato resultado la sumision de toda la Caria, cuyos habitantes ó fueron subyugados por las armas ó se sometieron voluntariamente. Una porcion del territorio milesio se entregó á los carios de Pedaso, poblacion situada al Sur de Mylasa.

Con los carios volvieron á la obediencia de Dario las ciudades dóricas de la costa, de suerte que en la primavera del año 494 pudo el ejército persa, de mar y tierra, emprender con más vigor la represion del levantamiento, reducido ya á las islas de Samos, Chio y Lesbos; á Priene, Teos, Focea y Erythrea, y, por último, á unas cuantas ciudades de la Propontide y del Bósforo. Ambos ejércitos debian operar en combinacion, costeando la flota el país de los carios, en direccion á Samos, al mismo tiempo que el ejército de tierra marchaba á lo largo de la costa sobre las mencionadas poblaciones, con órden de embarcar gente si era necesario para vencer la resistencia de las islas.

(1) Estrab., p. 634.

(2) Respecto del traslado de la estátua de Kanajos, véase Pausanias 1, 16, 3. 2, 10, 5. 9, 10, 2.

El pueblo samiota no estaba conforme con la conducta observada por sus estrategos en la batalla de Lada, como lo demostró con los honores que tributó á los once trierarcos que permanecieron fieles á la causa de los jónios. Pero una vez dado aquel paso no se creyó oportuno renunciar á la amnistía ofrecida por los generales persas á los estrategos como premio de su traicion. Así vemos que esta isla se mantuvo neutral durante el sitio de Mileto, y una vez vencida esta ciudad, cuando comprendieron que nada podia oponerse á la marcha de la armada persa, «los samios que tenian en casa algo que perder, tomaron el acuerdo de ir á fundar una nueva colonia, antes que volviera Eaces á entrar en la isla, partiendo para Sicilia, en compañía de los milesios que habian podido escaparse de la ruina de su pátria. Estaban ya lejos de Samos cuando entró en ella Eaces, restituido á su gobierno por los persas, despues de haber sufrido seis años de destierro.» Otorgóse á los samios la prometida amnistía, sobre la cual dice equivocadamente Herodoto que «por haber retirado sus naves del combate naval de los jónios, fueron los únicos, entre los que se habian sublevado contra Dario, que libraron del incendio sus templos y ciudades;» siendo cosa averiguada, segun lo declara explícitamente Estrabon, que tambien fué respetada la ciudad de Efeso con todos sus templos, sin duda por haber renunciado á la resistencia.

Veamos, antes de proseguir nuestra narracion, cómo se coordinan estos hechos, cuya sucesion aparece algun tanto confusa en la exposicion de Herodoto. De ella parece deducirse que los samios emigraron «inmediatamente despues del combate naval» (1); y sin embargo, de todo el contexto resulta evidente que entonces no hi-

(1) Herod. VI, 22, 25.

cieron más que «tomar el acuerdo de salirse de su pátria,» ya que tampoco deben tomarse al pié de la letra las palabras del mismo historiador cuando afirma que «despues del combate de Lada, los fenicios, por órden de los persas, restituyeron á Samos á Eaces,» toda vez que entre dicho combate y la restitucion de Eaces medió, por lo menos, el tiempo necesario para erigir en el mercado la columna en honor de los once capitanes fieles á la causa de los griegos, ereccion que no hubiera tenido lugar ni bajo el reinado de este tirano ni aun bajo la impresion de su inmediato arribo á Samos. Por lo demás, y sin atribuir gran importancia á este hecho ni á la invitacion que los jónios recibieron de los zancleos sicilianos, para que fuesen á fundar una colonia en Calacta, invitacion que no se comprende sino despues de la derrota de Lada, ó sea cuando se daba por fracasado el levantamiento, el mismo Herodoto, al decir que los milesios que se habian salvado de la ruina general partieron en compañía de los samios, da claramente á entender que la emigracion es posterior á la toma de Mileto (1). Agréguese á esto que, segun Diodoro, Anaxilao de Region, que se apodera de la tiranía el año 494, la ejercía ya cuando los emigrados se presentan á la vista de Locroe; y puesto que, segun las intenciones manifestadas desde un principio marchan directamente á Sicilia, su partida de Samos no pudo tener lugar antes de la primavera del 494.

***

Tiempo es ya de volver á Histieo que se hallaba en las cercanias de Bizancio, cuando recibió la nueva de lo que acababa de suceder en Mileto. La noticia del desastre le inspiró el proyecto de apoderarse del mando de las

(1) Herod. VI, 22, 14.

islas y fundar un Estado semejante al que gobernó Polícrates. Habiéndole favorecido particularmente los lesbios en sus correrias por el Bósforo y sabiendo que su isla estaba más amenazada de sufrir la invasion persa que ninguna otra, dirigióse á ella y obtuvo, sin dificultad, el mando supremo de todas sus fuerzas militares. Dueño ya de Lesbos trató de enseñorearse tambien de Chio, isla que, como dijimos antes, habia presentado la escuadra más numerosa y mejor equipada en la batalla de Lada, donde sus marinos hicieron proezas de valor. Durante su regreso habíanles acaecido no pocas desgracias.

Algunas de sus naves que por los dostrozos sufridos no se hallaban en disposicion de huir, tomaron la derrota hacia Micala, donde la tripulacion, despues de varar en la playa las galeras, tomó la resolucion de buscar un asilo á lo largo de la costa. Caminaban, efectivamente, por el territorio efesio y, llegados ya de noche cerca de la ciudad, quiso su desgracia que las mujeres del país estuviesen ocupadas en aquel momento en celebrar á Ceres las thesmoforias, que tenian lugar fuera de la poblacion. Los efesios, que no tenian noticia de lo ocurrido á los de Chio, al ver aquella tropa, la tomaron por una cuadrilla de salteadores que venian á robarles las mujeres y, saliendo en masa á socorrerlas, acabaron con los más valerosos defensores de la libertad helena, ellos que cobardemente la habian abandonado.

Los chienses rehusaron someterse á Histieo quien, con sus lesbios, desembarcó por fuerza y cayendo sobre sus mermados habitantes se apoderó de la isla. Teniendo ya un ejército relativamente numeroso, trató de adquirir provisiones y dinero para sostenerle, antes de afrontar el combate que le ofrecerian los persas tan pronto como terminase el asedio de Mileto. Sin abandonar

los recursos que le proporcionaban las contribuciones que imponia su lugarteniente á las naves quo cruzaban el Helesponto; fijó sus miras en la costa de Tracia, donde se halla Thasos, con sus ricas minas de oro que, explotadas desde la más remota antigüedad por los fenicios, daban todavía un rendimiento anual de 200 á 300 talentos, ó sea de cinco millones de reales próximamente. Estaba ya sitiando esta plaza, con un fuerte contingente de jónios y eolios, cuando, en la primavera del año citado 494, le llegó la noticia de que la armada fenicia salia contra las islas dominadas aun por los griegos, sabedor de lo cual, dióse mucha prisa en partir con toda su gente hacia Lesbos, convencido como estaba de que no podria mantener la posesion de Chio.

Pero en la seguridad de que tendría que sufrir un largo asedio en Mitilene, pensó en aumentar su acopio de víveres y provisiones. Con este propósito y para disminuir al mismo tiempo las del enemigo, pasó al continente, llevando numerosa escolta, con ánimo de segar as ricas mieses, así del territorio atarneo como del campo Caico y llevar las gavillas á Lesbos, pues era el tiempo preciso de la recoleccion. Hallábase en aquellas cercanías con numeroso ejército el general persa Harpago, quien se encontró en Malene con las fuerzas de Histieo, ocupadas en la citada faena. Trabóse inmediatamente desigual combate, en el que por mucho tiempo estuvo dudosa la victoria, hasta que al fin, arremetiendo la caballería persa logró poner en fuga á los griegos. Al huir á las naves el caudillo griego con el resto de sus tropas observó que le perseguía de cerca un soldado enemigo y, viendo que iba á pasarle con un golpe de parte á parte, le habló en lengua persa y se le descubrió diciendo ser el milesio Histieo. Es tradicion que si el infortunado caudillo hubiera sido presentado vivo á

Dario, este le hubiera perdonado la ofensa en atencion á los servicios que le prestó en la expedicion al Danubio. Pero enviado preso á Sardes, el gobernador Artafernes le hizo colgar inmediatamente de una cruz y envió á Susa su cabeza para que la viera Dario. Parece ser que el monarca desaprobó la resolucion de su ministro y hubo de reprenderle porque no le habia presentado vivo el prisionero de guerra. Así terminó este hombre, adornado de relevantes prendas, de penetrante mirada y habilidad extrordinaria para la inteligencia de los acontecimientos; tan pronto para resolver como para poner en práctica sus propósitos; tan inagotable en recursos de todo género como falto de conciencia para su eleccion. Pero áun juzgando con toda la severidad posible los motivos que le impulsaron á promover este levantamiento que tantos males acarreó á los griegos, no puede negarse que su intento, en último y definitivo término, era prestar un servicio inapreciable á la causa nacional helena que, tal vez, hubiera tenido el apetecido éxito si en la Península, en los gobiernos egoistas de los cantones se hubiera mantenido más vivo el sentimiento nacional y sus representantes hubiesen mirado el porvenir con la imparcialidad y la alteza de miras que el patriotismo reclamaba.

***

Una vez instalado Eaces en el gobierno de Samos, dirigióse la armada persa contra Chio. Despues de las pérdidas que la infortunada isla sufriera en hombres y buques, y hallándose una gran parte de sus combatientes en el ejército de Histieo, no podia pensar en resistir largo tiempo á los persas; así vemos que ya se habian hecho dueños de ella cuando Histieo regresó de Thasos. La derrota de Malene y prision de Histieo dió

tambien al traste con todo pensamiento de defensa por parte de los lesbios, cuya isla fué, lo mismo que la de Chio, devastada, derruidos los muros de sus ciudades, las casas y los templos pasto de las llamas, cazados como fieras y reducidos á esclavitud todos sus moradores, escogidos sus niños más gallardos para hacer otros tantos eunucos y las doncellas más hermosas para enviarlas á la córte. Igual suerte sufrieron los habitantes de Myunte y Priene; Teos, Erythrea y Focea, con todo cuanto en sus poblaciones habia.

Poco faltó para que, despues de la derrota y prision de Histieo, cayese tambien en manos de los persas Milciades, que gobernaba las ciudades del Quersoneso y habia sido siempre uno de los más terribles adversarios de Dario. En la expedicion al Danubio quiso Milciades hacer maniobrar la flota griega de tal suerte que hubiera causado sérios disgustos al monarca persa, sin la intervencion de Histieo. Entonces, adelantándose al rey, que iba á repasar el Helesponto, y á las fuerzas de Megabyzo y Otanes, encargadas de reprimir el levantamiento de las ciudades de esta region y castigar á los rebeldes que aún quedaban á la espalda de Dario, pudo escaparse Milciades, refugiándose entre los tracios aliados de los griegos. Allí, hácia el año 510, tomó, en segundas nupcias, por esposa á la hija de Oloro, rey tracio que regentaba la comarca septentrional de la costa, en frente de Thaso. En ella tuvo á Cimon que hubo de nacer el mismo año (1).

El levantamiento de los jónios, secundado por las ciudades del Helesponto, de la Propontide y del Bósforo

(1) La expedicion al Danubio tuvo lugar el 513. Cimon fué enviado como embajador de Atenas á Esparta el 479; por consiguiente, la edad que debia tener entonces coincide con la fecha asignada á su nacimiento.

en la primavera del año 499, le abrió el camino para regresar al Quersoneso y tomar de nuevo en sus manos el gobierno de su principado. Segun el testimonio de Herodoto le ayudó á reconquistar el mando la tríbu tracia de los doloncios, hecho tanto más fácil de comprender cuanto que, habiéndose declarado siempre en franca y abierta oposicion con los invasores persas, tenia sobrados títulos para merecer la confianza de los que no simpatizaban con la tiranía extranjera. Así vemos, por la narracion del citado historiador, que no solamente los doloncios sino todas las ciudades helenas de aquella region obedecian á este caudillo.

No conocemos los detalles de la participacion que tuvo Milciades en la lucha contra los persas; pero es seguro que la rendicion de Dardano, Abydos, Percote y Lampsaco al persa Daurises en la primavera del año 498, no ocurrió sin resistencia y combate, ya contra las guarniciones extranjeras, que las defendian antes del levantamiento, ya tambien contra las fuerzas encargadas de sofocarle (1). Uno de los fines que con más empeño persiguió Milciades fué el de recabar el apoyo de Atenas en favor de los sublevados, haciendo que volviese á su primer acuerdo.

Tampoco sabemos si secundaron el levantamiento las islas de Lemnos é Imbros, incorporadas en 512 á los dominios persas por Otanes, quien instituyó por regente de Lemnos á Lykareto, hermano de Meandrio de Samos; pero al verificarse el movimiento aparece al frente de dicha isla cierto Hermon y puesto que se hace notar expresamente que este caudillo abrigaba recelos y sospechas de los persas, no es aventurado suponer que Lemnos siguiera el ejemplo de sus vecinos Lesbos y Te-

(1) Herod. V, 117.

nedos, máxime si se tiene en cuenta que los persas no podian acudir á dicha isla sin haber antes sometido las ciudades de la costa y varias islas inmediatas á ella (1).

Presentóse Milciades con los triremes del Quersoneso delante de Eleunte, ciudad marítima de Lemnos, exigiendo de sus moradores que reconociesen la soberanía de Atenas, so protexto de que el Quersoneso habia pasado á ser propiedad de los atenienses, y que ya no le pertenecia á él (2). Por declaracion de Herodoto se sabe que obedecieron entonces su intimacion los de Efestia, capital de la isla, situada en la parte septentrional, así llamada del númen tutelar de la comarca; pero los habitantes de Mirina, que era su segunda poblacion; asentada en la costa occidental, respondieron que no conocian por qué razon el Quersoneso era tenido por territorio ático y rehusaron el solicitado vasallaje, hasta tanto que, sitiados por el caudillo ateniense, viéronse precisados á entregarse. Sin embargo, esta exposicion lisa y llana de Herodoto no se halla á cubierto de toda censura y merece las aclaraciones que vamos á dar.

Por lo que respecta á la fecha, debemos consignar que Milciades no pudo llevar á cabo la conquista de Lemnos sino en los años que median desde 499 á 496. Antes de la expedicion al Danubio apenas tuvo tiempo más que para fortificarse en el Quersoneso y no cabe siquiera suponer que pudiera ocurrírsele hacer un presente tan valioso, como el de Lemnos y del Quersoneso, al asesino de su padre. Sábese, por otra parte, que ni Lemnos ni Imbros se sometieron á Dario antes de la citada campaña del Danubio y que en la historia de dicha sumision no figuran Milciades ni Atenas. Es verdad

(1) Diodor. Exc. Vatic. 35. Hesiquio apellida á Hermon tirano de Lemnos.
(2) Herod. VI, 40.

que, segun el testimonio de Suidas, cuando Dario hubo sometido los países que encontró al paso, en su expedicion á Tracia, Hermon entregó la isla de Lemnos á los atenienses, hecho que confirma Zenobio (III, 85); pero en estas noticias puede muy bien haberse confundido un hecho con otro; por ejemplo, la campaña de Megabyzo con la que se hizo para volver nuevamente á la obediencia las ciudades sublevadas. Herodoto afirma que «Milciades intimó á los pelasgos que abandonasen la isla,» mandato que obedecieron voluntariamento los de Efestia y por fuerza los de Mirina, «artificio de que se valieron los atenienses para conquistar dicha isla, por medio de Milciades.» Tambien Diodoro habla del abandono de la isla y de su entrega á los atenienses, siendo su exposicion muy semejante á la de Suidas, y análoga deduccion puede hacerse de ciertas indicaciones que leemos en Tucidides (IV, 109) y en Cornelio Nepote, segun el cual los carios emigraron al presentarse en la comarca el caudillo ateniense.

De todos estos datos parece deducirse que Milciades expulsó la poblacion indígena de Lemnos y pobló la isla con colonos quersonesios ó, tal vez, con atenienses domiciliados en el Quersoneso. Y sin embargo, nada hay más improbable que semejante expulsion, atendida la situacion general de aquellos países, principalmente de todo el pueblo griego. Desde el año 448, por consiguiente, despues de los acontecimientos reseñados, encontramos en Lemnos, segun ha demostrado Kirchhoff (1), clerujos atenienses, con todos los derechos de ciudadanía, y no quersonesios, al mismo tiempo que Efestia y Mirina eran ciudades tributarias. El nombre Efestia es evidentemente de orígen griego, derivado de

(1) Memorias de la Academia de Berlin, 1873, p. 32, 33.

la divinidad helena Hefaistos, mientras que Mirina es vocablo usado por los carios, tanto de las islas como de la costa asiática. Al formarse el contingente entregado por Lemnos para la expedicion de Gerges tampoco se hace mencion de los atenienses. En nuestro sentir, la noticia de la expulsion de los pelasgos, por otro nombre tirrenos, ha tenido orígen en la creencia de que pelasgos y helenos eran dos pueblos diferentes, supuesto lo cual, el patriotismo de los griegos no podia consentir la permanencia de los pelasgos en Lemnos; y en Herodoto ocurre aun la circunstancia especial de haber relacionado la emigracion de los pelasgos y minyos que se refugiaron en Atica ante la invasion de los tesalios y arneos, con la conquista de Lemnos, sin duda con el propósito de hacer valer el derecho de los atenienses sobre dicha isla. Pero antes hemos visto que fueron minyos de pura raza griega y pelasgiotas del Peneo, tan helenos como los primeros, los que se incautaron de Lemnos, que á la sazon estaba ocupada por fenicios, tracios y carios.

En la version de Diodoro es Hermon, jefe de la isla, el que por temor á los persas se somete á Milciades; opinion que concuerda con lo que afirman otros escritores de haber entregado dicho caudillo la isla á los atenienses en apariencia por un acto voluntario, pero en realidad movido por el recelo que le inspiraba Dario. Esto nos hace suponer que el mismo Hermon fué quien entregó á Milciades la capital Efestia, considerando, sin duda, que una vez negada la obediencia á Persia, y dada la insuficiencia de los jónios para contener la marcha invasora de este reino, segun aparecia ya evidente en el estio del 497, necesitaba la isla el apoyo de un Estado más poderoso. A este acto de Hermon, respecto de Lemnos, se refiere indudablemente el dicho griego «dones

hermónicos,» *Hermônios járis*, para designar aquellas donaciones forzosas que se hacen aparecer como voluntarias.

***

Las relaciones de Atenas con el principado filaida del Quersoneso fundado por el segundo Milciades no habian sido íntimas ni cordiales durante los reinados de Pisistrato y de Hippias. Mas cuando Milciades, iniciado ya el levantamiento de los jónios y expulsado de Atenas el tirano pisistratida, pudo recuperar el gobierno de su pequeño Estado, fué uno de sus cuidados normalizar sus relaciones con la república libre de Atenas. En realidad no pudo manifestar mejor sus intenciones conciliadoras que considerando el Quersoneso como país ático, lo cual equivalía á declararse á sí mismo ciudadano y súbdito de Atenas, aumentando de esta manera los dominios atenienses con la anexion no sólo del citado Quersoneso, sí que tambien de Lemnos é Imbros, presentes mucho más valiosos que el de Salamina, que hizo á la misma república su antepasado Filaeo hijo de Ayas.

La posesion de Lemnos é Imbros daba á Atenas una preponderancia efectiva en los estrechos del Helesponto. Pero Milciades tuvo un propósito más levantado que el de asegurar á su persona un poder influyente en la república ateniense; por medio de tan valiosa cesion esperaba obtener lo que no habian logrado las rendidas súplicas de Aristágoras: el apoyo de Atenas en favor de los jónios; porque, al defender esta república sus nuevas posesiones con el interés que requería su importancia, prestaba eficaz auxilio á la causa de los sublevados. Milciades llegó á fundar en este plan nada menos que la salvacion de toda la Jónia. Pero Atenas persistió en mantener su actitud egoista, y para no verse precisada

á tomar parte activa en aquella empresa nacional, á pesar de la halagüeña perspectiva que se la ofrecía, despreció los ricos presentes de Milciades como habia despreciado las súplicas de Aristágoras. Y es que los alcmeonidas, que á la sazon regian los destinos de dicha república, no creian conveniente á sus personales intereses aceptar dones de los filaidas, y por otra parte se hallaban empeñados en guerra con Egina.

Una vez sometidas á la obediencia de su soberano las islas de Lesbos y Tenedos, pensaron los generales persas en recuperar el dominio de los estrechos y reducir las comarcas sublevadas en aquellos parages; y estando ya castigadas y sumisas hacia tres años las ciudades situadas á este lado del Helesponto, el primer objetivo de sus ataques era el mismo Helesponto. Segun todas las apariencias, Milciades esperó hasta el último extremo el auxilio de los atenienses. Pero informado de que la numerosa armada fenicia se hallaba ya en Tenedos, se hizo á la vela con cinco galeras. Salió apresuradamente de Cardia, costeando el Quersoneso, con ánimo de refugiarse en Atenas; pero el enemigo, que ya se hallaba en el mar de Tracia, le dió caza, á pesar de lo cual pudo Milciades escaparse con cuatro de sus naves y llegar á Imbros. Inútil es encarecer el empeño que pondrian los persas en coger prisionero al caudillo que durante más de diez y nueve años habia hecho ilusoria la dominacion persa en las comarcas del Quersoneso y presentarle vivo al rey; pero únicamente lograron apresar la quinta nave cuyo capitan era Metioco, hijo del mismo Milciades, que le hubo en su primera esposa; cuando los fenicios supieron el rango de Metioco le presentaron al rey (1). Herodoto supone que la persecucion

(1) Herod. VI, 104. 41. 133.

de Milciades por los persas fué resultado de las calumniosas acusaciones que presentó contra él al general Hydarnes cierto Lyságoras, hijo de Tisias, oriundo de Paros, respecto de la conducta observada por el caudillo en el paso del ejército de Dario por el Danubio; pero aun suponiendo que este Hydarnes sea el mismo príncipe que subyugó á Gaumata en union con Dario, tales acusaciones eran de todo punto supérfluas, ya que nadie conocia las intenciones de Milciades mejor que los persas.

La armada persa fué sujetando, una tras otra, todas las ciudades del Quersoneso bañadas por el Helesponto y, pasando á la Propontide, hizo lo propio con Perintho y Selymbria. Pero los bizantinos y calcedonios, temiendo sin duda un castigo tan terrible como el que sufrieron, por una causa análoga, diez y ocho años antes, abandonaron sus hogares antes que llegase la armada fenicia y se dirigieron en sus naves al mar Negro, refugiándose en Mesambria, ciudad fundada por fugitivos de la primera sublevacion, compatriotas suyos, en la parte de la costa tracia situada entre Apolonia y Odessa (1).

Arruinadas las dos mencionadas ciudades, se dejaron caer sobre Proconeso y Artace y, despues de entregarlas al saqueo y al fuego, hiciéronse de nuevo á la vela hácia el Quersoneso con ánimo de arruinar ó castigar las ciudades que aun no se habian sometido. A Cizico no se acercaron los persas, porque los naturales, antes de su llegada, capitulando con el sátrapa de Dascilio, Ebares hijo de Megabazo, se habian entregado al rey. Cárdia opuso tal resistencia que no pudieron someterla por entonces los invasores, quienes hubieron de suspender

(1) Herod. VI. 33. Scymn. Ch. 739-742. Eustath. ad Dionys. 803. 804.

en aquella sazon las hostilidades, estableciendo cuarteles de invierno, á lo que parece en el Quersoneso y Helesponto (1).

***

El levantamiento podia darse por terminado. En el espacio de unos setenta años era la tercera vez que los persas tuvieron que reprimir una sublevacion casi general de los griegos de Oriente. Tanto los jónios como los eolios habian hecho verdaderas proezas de valor y, á pesar de algunas defecciones lucharon esta vez mejor que lo hicieron en las campañas contra Creso y Ciro. Pero aparte de que la metrópoli no les prestó auxilio alguno, tampoco hubo entre ellos un solo caudillo á la altura de las circunstancias. Es verdad que habian rechazado el único jefe que habia dado efectivas muestras de inteligencia, so pretesto de que procedia de una ciudad insignificante y pobre y de que habia extremado el rigor de la disciplina.

A pesar de tan desfavorables circunstancias, la represion de este levantamiento fué más costosa bajo todos conceptos que la de las grandes sublevaciones ocurridas en el Eufrates y Tigris, en los montes de Armenia y en la meseta de Iran con motivo de los sucesos de Cikathauvatis. Los jónios no lograron conmover el imperio persa en sus cimientos, pero contuvieron sus progresos en direccion á Occidente, siendo necesarias seis campañas para someterlos, y los cinco años que median del 499 al 494. La sublevacion fué casi obra exclusiva de los griegos, toda vez que los carios hicieron débil resistencia y al frente del levantamiento de Chipre figuran tambien elementos griegos.

(1) Herod. VI, 33. 42. 43.

Por Diodoro sabemos que, una vez reprimida la sublevacion, enviaron los jónios al logografo Hecateo, para que fuese su mediador con Artafernes. Este hubo de responder al discurso del sábio milesio, que aparte de la conducta que él mismo pudiera observar con relacion á los jónios, éstos tendrian siempre que llorar los males que se habian acarreado al oponerse á la dominacion persa. A lo que respondió Hecateo, que si el recuerdo de los sufrimientos que se nos hacen sufrir engendra aversion, la memoria de beneficios recibidos despertaria en las ciudades cariño hácia los persas, cuya observacion pareció agradar al representante de Dario (1).

Tambien Herodoto hace mencion de varias providencias, muy útiles y humanas que los persas tomaron con respecto de los jónios. En primer lugar convocó Artafernes á los diputados de las ciudades de la Jónia, obligándoles á que acordasen entre ellos sus estatutos y convenios á fin de ajustar en juicio las diferencias mútuas, sin valerse del derecho de las armas unos contra otros, pasándolo todo á sangre y fuego y saqueándose mútuamente. Acto contínuo hizo medir sus tierras por parasángas y señaló, con sujecion á esta medida, los tributos «que se mantuvieron segun la regulacion de Artafernes y era casi la misma que antes existía» (2).

Infiérese de estos datos que las ciudades tomadas á viva fuerza no fueron destruidas por completo, ni en su parte material ni en su poblacion, y que el mismo lugarteniente de Dario adoptó eficaces medidas para que pudieran restaurarse y rehacerse, hasta las poblaciones más castigadas. Para esto era indispensable reformar los impuestos, ya que no era posible exigir la misma

---

(1) Diod. Exc. Vatic. p. 38.
(2) Herod. VI, 42.

cuota que antes á las comarcas que habian quedado poco menos que arruinadas y desiertas y, puesto que el cupo general, segun la observacion de Herodoto, apenas sufrió alteracion, debe suponerse que este resultado se logró recargando más á los pueblos menos castigados y disminuyendo la cuota de los que más habian sufrido.

En absoluto puede considerarse como un beneficio para las ciudades la providencia, en virtud de la cual se ampliaba á todos los ciudadanos el derecho de aplicacion de las leyes quedando, en cambio, abolida la costumbre de apelar á las armas para componer cualquier pequeña diferencia. Mas al propio tiempo se ensanchaban las atribuciones de los lugartenientes extranjeros y se daba más amplitud á la jurisdiccion de los sátrapas ó de sus representantes, que eran los que, en última instancia, resolvian las diferencias de las ciudades, habiéndose establecido además una cláusula por la que se prohibia reedificar las fortalezas y restaurar las murallas de las poblaciones (1).

El nombramiento de tiranos para el gobierno de las ciudades no habia sido en todas partes favorable á los persas, ya que algunos habian vuelto sus armas contra los mismos que les habian encumbrado. Sin embargo, fueron reinstalados en sus dominios todos los príncipes que permanecieron fieles, como Eaces de Samos y Strattis de Chio, devolviéndose tambien el gobierno de Lampsaco á Hippoclo ó á su hijo Eantides y el de Sigeo á los pisistratidas. Pero en otros puntos se estableció un nuevo régimen más conforme á la situacion de los pueblos despues de la guerra; así se juzgó tambien inútil dejar guarniciones en aquellas ciudades que habian que-

(1) Tucid. 4, 51. 8, 16.

dado medio arruinadas y perdido gran parte de su anterior importancia.

Tal es indudablemente el sentido que debe darse á la afirmacion que hace Herodoto de que Mardonio destituyó á los tiranos de la Jónia para establecer en sus ciudades un régimen democrático. Efectivamente, no sólo vemos conservada ó restaurada la forma monárquica en Chipre, sino que el mismo Herodoto hace mencion de los tiranos de Kalydna y Alabanda, en Caria, de Lygdamis, de Pisindelis, de la Artemisia de Halicarnaso y de su misma ciudad natal, que era un principado hereditario. Enumera despues á Strattis como tirano de Chio bajo el reinado de Jerges y cuenta que Dario dió el año 487 á Demarato los extensos territorios en que estaban enclavadas las ciudades de Pergamo, Teuthrania y Halisarna y que Jerges nombró á Teomestor tirano de Samos (1). Sábese, además, que el erethriense Gongylos obtuvo el mando de Gambrion, Myrina y Gryneon; por Tucidides sabemos igualmente que despues de la muerte de Hippoclo reinaron en Lampsaco su hijo Eantides y los descendientes de éste (2). Por otra parte, es evidente que Mardonio, general persa muy allegado á la familia real, no podia tener interés en mantener el régimen democrático, tan solo por la consideracion de haber sido infieles algunos tiranos, pudiendo citarse tan numerosos hechos que contradicen esas tendencias; ya que en la misma Lesbos y en otros puntos donde no se restableció la tiranía, encontramos al frente de los pueblos oligarquías y no gobiernos democráticos (3). De todo lo cual se infiere que Herodoto presenta la

---

(1) Herod. VI, 43. VII, 99. 195. VIII. 132. 85.
(2) Tucid. VI. 59.
(3) Tucid. 3, 27. 8, 21.

deposicion de algunos tiranos por Mardonio y la circunstancia de no haber sido restablecidos otros, como una prueba de que Mardonio era tambien partidario de la democracia, con lo que, sin duda, quiso acusar de falsedad á los griegos que habian atacado su relato de que Otanes habia recomendado la democracia como el mejor gobierno para Persia.

***

Es un hecho probado que aun las ciudades más castigadas, por haber resistido hasta el último trance, se repoblaron con rapidez, restaurándose las viviendas derruidas y prosperando en ellas la agricultura, el comercio y la industria. La misma Mileto volvió de nuevo á la vida; otras poblaciones como Samos, Efeso, Cizico, Lebedos y Colofon restauraron muy pronto las escasas pérdidas sufridas; las ciudades dóricas no las tuvieron de importancia y las del Helesponto, del Bósforo y de la Propontide pudieron recuperarse muy luego, gracias á su posicion excelente y al extraordinario movimiento de la navegacion en aquellos mares.

Más no se crea por eso que las ciudades jónio-eólicas volvieron á alcanzar el esplendor que antes tuvieron. Pruébalo claramente un hecho ocurrido algunos años despues. Sabemos que en el combate naval de Lada presentaron solas seis ciudades jónicas, con las islas de Chio y Samos más de trescientas galeras; y catorce años más tarde no pudieron aprontar todos los pueblos jónios reunidos más de ciento, á pesar de la violencia que para aumentar ese número ejerció sobre ellas el gobierno persa.

Si las ciudades vuelven á adquirir una parte de su bienestar material y á recuperar, hasta cierto punto, su anterior importancia: si llegaron á florecer nuevas co—

lonias, en cambio el movimiento intelectual, que tan ópimos frutos habia dado, se paralizó en términos que no volvió á dar señales de vida. Aquella imaginacion fresca y vigorosa, aquella esquisita sensibilidad, aquel sencillo sentimiento de moralidad, aquel impulso creador que hizo florecer entre jónios y eólios la epopeya, que dió orígen á la elegia moral y á los severos cantos corales, al mismo tiempo que produjo los apasionados versos de la oda é hizo prosperar el gracioso juguete de la fábula al lado de la profunda investigacion científica, que echó los cimientos de las matemáticas, de la astronomía, de la geografía y de la etnografía, creando además grandiosos monumentos de escultura y arquitectura en sus templos y en las murallas de sus ciudades, todos estos hermosos ensayos de civilizacion que empezaron á decaer desde la represion del primer levantamiento por los persas, sufrieron ahora tan rudo golpe que no volvieron á renacer, aun despues que desaparecieron hasta las huellas de la guerra y amanecieron mejores dias para estos infortunados países.

Respecto de los demás griegos que huyeron de la armada persa, hemos ya dicho que los bizantinos y calcedonios buscaron una nueva pátria en Mesambria, ciudad tracia bañada por el mar Negro. Pero el bravo general focense Dionisio, aunque vió la causa de los jónios completamente perdida en Lada, tomó la resolucion de no volver á Focea, su pátria, dirigiéndose á las mismas costas de Siria, donde continuó la guerra contra los fenicios por su cuenta y riesgo, habiéndose apoderado de muchas naves mercantes que acudian á los puertos de Biblos, Tiro, Sidon y Arados, hasta que, enriquecido con sus despojos, las echó á pique y se hizo á la vela para el mar Tirreno. Allí se dió tambien á perseguir

barcos enemigos, apresando todos los cartagineses y tirrenos que podia coger (1).

Los sámios que se embarcaron en la primavera del año 494, en compañía de los milesios escapados de la ruina de su ciudad natal, se dirigieron tambien á Occidente con el propósito de fundar una colonia en la parte Norte de Sicilia que se llamaba la «hermosa costa.» El tirano Anaxilao, que acababa de apoderarse del mando en Region, les dió el consejo de caer sobre Zancle y atacar de improviso esta ciudad cuya toma no ofreceria dificultad, por estar sus hombres de armas en campaña contra los siciliotas. Antes dimos á conocer la manera con que llevaron á cabo tan innoble consejo y el poco tiempo que gozaron de su conquista, que les arrebató algunos años despues el mismo Anaxilao, auxiliado por un grupo de mesenios emigrados que, atravésando sigilosamente los estrechos, dieron á la ciudad conquistada el nombre de Messana.

---

(1) Herod. VI, 17.

XI.

GUERRA ENTRE ESPARTA Y ARGOS.

Esparta era el único canton heleno que no podia presentar excusa por la indiferente neutralidad con que habia presenciado la desigual lucha de los jónios con los persas. Atenas podia alegar como disculpa la guerra que sostenia con Egina, y otros cantones la excepcional situacion en que les habia colocado la liga espartana. Mas esta república no solo se hallaba en condiciones de obligar á Egina á ajustar la paz con Atenas, sinó que podia llevar á los jónios el poderoso auxilio de toda su simaquia; pero en vez de acudir en auxilio de los hermanos que sucumbian, ó de procurar siquiera la paz y la concordia entre los diferentes cantones de la Metrópoli, dirigió todos sus esfuerzos á fomentar sus ódios y rivalidades. Egina podia servir de instrumento para vengar la humillacion que poco tiempo antes la habia hecho sufrir Atenas, y este mezquino pensamiento se sobrepuso á la conveniencia de poner fin á una guerra desastrosa; tampoco fueron pensamientos de paz los que la movieron á rechazar las súplicas de Aristágoras, y sí la necesidad de tener unidas sus fuerzas para extender su dominacion por todo el Peloponeso, como para consolarse del fracaso de sus planes egoistas sobre el Istmo.

Así, pues, en tanto que Atenas consumia recursos y fuerzas luchando con Egina y Beocia, Esparta maduraba el plan de acabar con el poder de los argivos; no constituian éstos ya un poder peligroso para los lacedemonios, pero sí un Estado enemigo que jamás olvidaría el despojo de Thyrea y la humillacion que allí recibió de las armas espartanas. Segun todas las apariencias, Esparta no se proponia menos que la destruccion de la república argiva al resolver la continuacion de la guerra el año 495.

Pausanias afirma que fué Cleomenes quien dirigió la campaña contra Argos, en cuyo caso hubiera empezado la guerra hácia el año 518, ó sea dos próximamente despues de su advenimiento al trono; pero esto se opone al oráculo délfico, segun el cual Argos y Mileto sufririan al mismo tiempo una gran desgracia; vaticinio que los sucesos hicieron referir á su destruccion, á pesar de que, segun todas las apariencias, no se hizo tal anuncio hasta despues de la batalla de Lada, cuando ya no era difícil prever el resultado de la contienda, ó sea en fin de Octubre del 496. Opónese igualmente al relato de Pausanias el hecho de haber tomado parte en esta campaña, al lado de Esparta, Egina y Sicyon, que entraron en su simaquia el 516 y 506 respectivamente, así como la misma tradicion de los argivos, segun la cual Cleomenes les mató 6.000 hombres, segun confesion que ellos mismos hacen en Otoño del 481, por cuya razon piden luego un tratado de paz por treinta años, con la mira de que creciese entre tanto su juventud hasta la edad varonil, porque, de otro modo, quedarian expuestos á ser vasallos de los espartanos, si antes de concertar aquella suspension de armas con ellos sufrian algun descalabro en la guerra contra los persas (1). De todo lo

(1) Herod. VII. 149.

cual se infiere que esta guerra no se remonta más allá del 495.

De la época que siguió al combate de los trescientos y sus desgraciadas consecuencias no tenemos otras noticias relativas á Argos, fuera de que: Pisistrato se dirigió allí, despues de su segunda expulsion; que se casó en terceras nupcias con una mujer del propio país y que soldados argivos le ayudaron á reconquistar el trono en Pallene. Era, pues, natural que esperasen auxilio, en la contienda con Esparta, de un príncipe que tan importante servicio les debia. Perdida ya Cynuria y Thyrea; habiéndose adherido Fliunte, Trecena, Epidauro y Sicyon á la simaquia espartana, la influencia de Argos, quedaba reducida á Cleonea, á las ciudades aqueas de Micena y Tiryns, á Hysiea y Cencrea, habitadas por perioicos y situadas más al Sur, y á Midea, en el Norte.

Segun Herodoto, «consultando Cleomenes, en cierta ocasion al oráculo délfico, fuele respondido que lograría rendir á Argos,» pero luego atribuye al mismo oráculo esta otra sentencia que parece prometer lo contrario á los argivos: «cuando la mujer victoriosa repela en Argos al hombre y lleve la gloria de valiente, hará que corran las lágrimas á muchos argivos y que alguien, pasado aquel tiempo, diga: horrible yace el triple dragon, domado por la lanza» (1).

Cleomenes, lleno de confianza, condujo á los espartanos contra la república argiva; mas al llegar cerca de la capital se mostraron desfavorables los augurios de las víctimas á su paso por el Erasino, rio que baña el territorio argivo. Visto lo cual por Cleomenes dijo que le parecia muy bien que no quisiera el Erasino ser traidor á

---

(1) Herod. VI, 77. El dragon es el símbolo de Argos; Sophocl. Antig. 125. Eurip. Phoen. 1137.

sus vecinos, pero que no se felicitarian mucho por tal fidelidad los argivos. En efecto, volvió con sus tropas á Thyrea, pidió naves á los eginetas y sicyonios y, embarcando en ellas sus tropas, las hizo tomar tierra en los confines de Tirinto (Tiryns) y de Nauplia, juntamente con los eginetas y sicyonios que habian conducido las embarcaciones.

«Sabido esto por los argivos salieron armados hácia las costas á la defensa del país, y, llegados cerca de Tirinto, plantaron sus trincheras en frente del campamento lacedemonio, en un lugar llamado Sepea; animosos, como estaban, para entrar en batalla campal, solo se recelaban de alguna sorpresa insidiosa; así que, para su mayor seguridad, les pareció prudente seguir en su propio campo las órdenes que diese en el de los enemigos el pregonero de éstos, y lo practicaron tan puntualmente que lo mismo era hacer una señal el pregonero espartano que poner por obra los argivos lo que intimaba á los suyos.» Pero esto fué precisamente lo que más favoreció á los contrarios.

«Cuando Cleomenes tuvo conocimiento de que los argivos ejecutaban con exacta precision lo que su pregonero indicaba á sus tropas, dió órden á éstas de que cuando el pregonero les tocase á comer, tomando las armas, embistiesen al punto á los argivos. Con aquella órden los lacedemonios se dejaron caer de repente sobre el enemigo en el momento en que estaba comiendo, y llevaron á cabo con tal éxito su artificio, que muchos de los contrarios quedaron tendidos en el campo y muchos más se refugiaron en el bosque sagrado de Argos, donde les cerraron el paso para la salida. Informado Cleomenes por ciertos fugitivos que consigo tenia del nombre de los retirados en aquel sitio, mandó á su pregonero que, acercándose al bosque, llamase afuera por su propio

nombre á algunos de los refugiados, diciendo que les daba libertad como á prisioneros cuyo rescate ya tenia en su poder, ó sea dos minas por prisionero. De esta manera habia hecho ya morir á cincuenta de ellos, sin que los refugiados del bosque hubieran notado lo que pasaba con los que acudian al llamamiento, á causa de la espesura extraordinaria de la arboleda. Pero uno de ellos subió á la cima de un árbol y observó lo que acontecía á los llamados; desde entonces nadie volvió á salir del bosque; visto lo cual por Cleomenes dió órden á los hilotas de que rodeasen el bosque de leña seca y la prendiesen fuego. Prendian ya las llamas por todas partes, cuando se le ocurrió á Cleomenes preguntar á uno de los desertores á qué númen estaba consagrado el bosque, y como le respondiese que era del dios de Argos, dijo con un gran gemido: «cruelmente me has burlado, adivino Apolo, al decirme que rendiría á Argos; concluido está todo, á lo que veo, y cumplido tu oráculo.»

«Entonces da licencia Cleomenes al grueso del ejército para que se vuelva á Esparta, y tomando consigo mil soldados escogidos fué á ofrecer un sacrificio al Hereo; mas luego que el sacerdote le vió entrar, le cerró el paso diciendo que no era permitido sacrificar allí á ningun extranjero. Cleomenes ordena á sus hilotas que aparten del ara al sacerdote y despues de ofrecer el sacrificio regresó á Esparta. Aquí le citaron sus enemigos á comparecer delante de los eforos, acusándole de soborno por no haber tomado la ciudad de Argos en ocasion tan propicia; á los cuales contestó Cleomenes, no se si mintiendo ó diciendo verdad, que una vez dueño del sagrado bosque de Argos, habíale parecido quedar ya verificado el oráculo délfico, por cuya razon juzgó que no debia hacer la tentativa de rendir la misma ciudad, hasta haberse cerciorado de que el númen no era

contrario á la empresa; que si bien el sacrificio ofrecido al efecto le habia presentado favorables agüeros, una llama que vió salir del pecho del ídolo de Juno le hizo pensar que no estaba reservada para él la toma de la plaza de Argos; si, por el contrario, la llama en vez de salir del pecho de la estátua hubiera salido de la cabeza, habria creido poder tomar á viva fuerza la ciudad. Esta excusa pareció á los espartanos tan justa y razonable, que en su virtud dieron por absuelto á Cleomenes» (1).

Esta tradicion recogida por Herodoto, tuvo sin duda orígen en el sentimiento religioso del pueblo griego, que no encontrando justo quedaran sin severo castigo las profanaciones cometidas por Cleomenes en los santuarios de sus dioses, supone además que las expió con la pérdida del juicio y con muerte violenta. Es indudable que Herodoto ha seguido en su relato de la guerra la tradicion oficial de Esparta, pero esto no garantiza suficientemente la exactitud de sus datos, algunos de los cuales no pueden admitirse sin reserva. Es sin duda alguna extraño que, resultando desfavorables los augurios del sacrificio ofrecido al Erasino, sea reconducido el ejército á Thyrea para ser desde allí trasportado en buques procedentes de Egina y Sicyon, cuyo alistamiento en las mejores condiciones no podia menos de producir gran pérdida de tiempo. No es menos singular el procedimiento por el que surge en los argivos el temor de ser atacados, y el medio que emplean para precaver semejante sorpresa. Apenas puede creerse que Cleomenes, despues de tener asediados durante algun tiempo á los fugitivos del ejército argivo, de rodear de leña seca y prender fuego por diferentes puntos el bosque, todo lo cual exigía muchos dias, cayese en la cuenta de averi-

(1) Herod. V., 77 sigs.

guar si la selva tenia alguna consagracion religiosa, en cuya noticia funda el licenciamiento de casi todo su ejército. Una vez despedidas las tropas es cuando explora, por medio de un sacrificio, la voluntad de Juno acerca de la toma de Argos, como si bastaran los mil escogidos para tan árdua empresa.

⁂

No es difícil restablecer la verdadera relacion de los hechos. La retirada desde el Erasino á Thyrea hace suponer una tenaz resistencia que obligó á los espartanos á batirse en retirada, sin necesidad de admitir opuestos agüeros de las víctimas; el auxilio reclamado de Egina y Sicyon prueba que esparta no pudo, con sus solas fuerzas, vencer la resistencia del enemigo; y del traslado del ejército desde Thyrea á Nauplia y Tirinto, se trasluce el propósito de emprender por Oriente el ataque dirigido antes con adversa fortuna por Occidente, á cuyo efecto se cortaron las comunicaciones de Argos con su puerto de Nauplia, facilitando así á los tirintianos su separacion de la liga argiva. Por lo que respecta al oráculo, que se supone en relacion con el incendio del bosque sagrado de Argos, tiene todos los visos de un pretexto inventado para disculpar la retirada del ejército espartano delante de los muros de Argos. En efecto; despues de matar á los argivos 6.000 hombres no podian oponer éstos ningun obstáculo sério á la marcha de Cleomenes sobre su capital. Para cubrir con apariencias honrosas el fracaso de la campaña contra esta república se supone tambien que, preguntado el caudillo espartano acerca de los motivos que le obligaron á desistir de la toma de Argos, respondió: «para que no nos falten aquellos en los que se ejercita nuestra juventud» (1).

(1) Herod. VII, 148. Plut. Apophth. Lacon. Cleomen. 17.

Como quiera que sea no cabe dudar que el ataque de la ciudad se llevó á efecto y que Cleomenes fué acusado ante los eforos con el propósito de que se castigára en el jefe el mal resultado de la campaña; pero la tradicion espartana ha desfigurado la relacion de un suceso que tuvo para ellos éxito desfavorable. Esto es lo que se desprende con bastante claridad de la narracion de Herodoto.

La tradicion argiva suministra algunos datos que completan el anterior relato. Siguiendo la exposicion menos compleja averiguamos que Cleomenes ajustó al sétimo dia una trégua con los argivos; pero cuando se convenció de que, fiados en el convenio de armisticio se entregaban al descanso sin poner guardias, les acometió de noche matando á unos y cogiendo prisioneros á otros; y para sincerarse del perjurio que habia cometido solia decir que habia jurado guardar la trégua de dia mas no de noche. De lo que se infiere que, faltando á la fé jurada atacó la ciudad, pero fué rechazado, en cuya operacion tomaron parte las mujeres, con armas que sacaron de los templos (1).

Conviene con nuestra exposicion lo que cuenta Plutarco, siguiendo al escritor Sócrates de Argos, segun el cual «luego que Cleomenes hubo hecho numerosas bajas en el ejército argivo, que algunos hacen subir precisamente y por mero capricho á 7.777, marchó contra la ciudad. Entonces las mujeres, obedeciendo á impulso del cielo tanto como á su propio valor, forman el propósito de rechazar al enemigo, y conducidas por Telesilla, cogen las armas y se apostan detrás de las almenas de las murallas, dejando poseidos de asombro á los contrarios. Cleomenes fué rechazado con pérdida de muchos

(1) Plut. Apophth. Lacon. Cleomen. 2. 4.

de los suyos, y su colega Demarato, que logró penetrar en el barrio de los pamfilos, sufrió igual suerte que Cleomenes. De esta manera se salvó la ciudad, y las nuevas amazonas dieron sepultura á las compañeras que habian perecido en la contienda al lado del camino que conducia al templo de Juno; mientras que las sobrevivientes obtuvieron permiso para edificar á Enyalio un santuario que perpetuara el recuerdo de su heróica hazaña.»

Segun algunos tuvo lugar este combate el dia 7, segun otros el primero del cuarto mes, que los argivos llamaban antes Hermeo; el mismo en que aun hoy celebran las Hybristicas; las mujeres vestidas de Jiton y manto y los hombres con el peplo y velo propios de aquéllas. Para suplir la falta de varones libres no acudieron al recurso de dar á los esclavos derecho de ciudadanía, como pretende Herodoto, sino que se le otorgaron á los perioicos que juzgaron más acreedores á esa distincion, á los que dieron por mujeres las viudas, sin que por eso dejaran de considerarles, á pesar de tal enlace, como inferiores en categoría, segun se desprende claramente de sus mismas leyes» Polieno conviene en todo con esta relacion, aun en lo de suponer que las bajas hechas por Cleomenes á los argivos fueron precisamente 7.777 hombres (1).

Tampoco andan, en nuestro sentir, acertados los que pretenden que las Hybristicas son fiestas creadas para conmemorar la derrota de Sepea y la salvacion de Argos por las mujeres; tal recuerdo envolvería manifiesta injusticia por cuanto aquella desgracia no se debió á cobardía de los hombres. Las hybristicas son indudablemente un resto del culto establecido en Nauplia por los fenicios en honor de Afrodita Area, adorada en

---

(1) Plut. Mul. Virt. 4. Polyaen. 8, 13.

Siria como númen de la guerra y de la generacion; y análogo orígen tuvo aquella ley argiva que prescribía á las mujeres gastar barba para ciertos actos de trato íntimo con los hombres. Es cosa notoria, segun dijimos en su lugar, que en Siria se celebraba á esta diosa una fiesta en la cual las mujeres se presentaban armadas y con vestidos mujeriles los hombres; y que una fábula de este pueblo suponia que habia trocado con Melkart no sólo el traje, sí que tambien la esencia y las maneras, por cuya razon se la erigieron estátuas barbudas. La circunstancia de celebrarse en dia 7 es asimismo indicio de orígen sirio; de donde tambien se ha deducido la fecha de la batalla, la época del armisticio concluido entre Cleomenes y los argivos y aun el número 7.777 que expresa los indivíduos que Argos perdió en el campo de batalla.

La relacion de esta guerra con la mencionada fiesta tuvo orígen en tiempos antiguos. Ya Aristóteles habla de los argivos que mató Cleomenes en el dia sétimo (1). Pero no creemos que la leyenda del combate de los espartanos con mujeres argivas haya tenido orígen en la costumbre de presentarse en dicha solemnidad los hombres con traje femenino y viceversa las mujeres, como pretenden algunos. Admítase, en buen hora, que tal uso ha podido contribuir á dar mayor importancia á la tradicion aludida, pero no cabe suponer en buena crítica que sea una fábula. El hecho fué motivado por un conjunto singular de circunstancias, y es tanto más verosímil cuanto que no se encuentra aislado en la historia: sucesos análogos nos ofrece la de Zaragoza y del Tirol.

Son varios los testimonios que confirman el hecho; tales son, entre otros, los sepulcros de las mujeres que

(1) Polit. V, 2, 8.

sucumbieron en la refriega, situados al Norte de Argos; el santuario que las nuevas amazonas erígen en honor de Ares y aquel oráculo que anunció duelo á muchas argivas cuando la mujer venciese al hombre. Ante el pedestal del ídolo de Venus que se veneraba en el templo de la mencionada capital veíase la estátua de Telesila, de cuerpo entero, en ademan de ponerse el yelmo que tenia en la mano, y á sus piés yacian rollos de los poemas de que era autora (1).

Tampoco las tradiciones espartanas ponen en tela de juicio la defensa de Argos por las mujeres, antes al contrario, algunas aluden evidentemente á ese hecho extraordinario. Una de ellas dice que el adivino advirtió á Cleomenes que no condujese á su ejército ante los muros de Argos, porque la retirada seria vergonzosa. Y cuando el rey encontró cerradas las puertas de la plaza y vió á las mujeres que ocupaban sobre las murallas el lugar de sus maridos muertos en la contienda, hubo de decir al adivino: ¿Te parece vergonzosa la retirada delante de mujeres que han cerrado las puertas para ocupar el sitio de sus maridos? Al mismo hecho se refiere indudablemente esta otra leyenda espartana: Cuando los lacedemonios, despues de asesinar á los que se habian refugiado en el santuario de Argos, avanzaron hácia la ciudad con ánimo de tomarla, armó Telesila á todas las mujeres jóvenes y robustas, conduciéndolas contra el enemigo. A la vista de tan extraño ejército retroceden los espartanos, teniendo por cosa vergonzosa guerrear con mujeres, ya que ninguna gloria proporcionaría el triunfo sobre ellas y ser derrotado por sus armas seria una gran vergüenza (2).

---

1) Plut. l. c. Pausan. II, 20, 8. Lucian. Amor. 70.
(2) Suidas v. *Telésilla.*

Oigamos, además, la relacion de Pausanias: Despues de haber sufrido los argivos una derrota, sobre toda ponderacion terrible, habiéndoles quemado Cleomenes en la selva sagrada 5.000 hombres, aparte de los que sucumbieron en la misma batalla, reunió Telesila sobre las murallas á los esclavos y á todos los que por su gran juventud no habian podido salir á campaña, juntamente con las mujeres que estaban en buena edad, armólas á todas con las armas que habia en los templos ó en las casas y las colocó en los sitios más amenazados por el enemigo. Cuando llegaron los lacedemonios y vieron que las mujeres, lejos de asustarse al oir el grito de guerra, se mantenian firmes y peleaban con valor, las dejaron libre el campo, considerando que una victoria obtenida contra mujeres seria ignominiosa y más vergonzosa aun la retirada en tales condiciones (1). Resulta, pues, que en Esparta existian dos versiones para explicar la retirada de su ejército ante los muros de Argos: una que suponia ya cumplido el oráculo con la toma de la selva sagrada, y otra que daba por razon la imposibilidad de combatir con un ejército de mujeres.

***

Veamos ahora la verdadera relacion histórica que de todo esto se deduce. Esparta emprende sola, sin el auxilio de sus propios aliados, la guerra contra Argos, por más que esperaba encontrar una resistencia igual, por lo menos, á la que opuso en caso análogo Atenas. El ejército espartano penetra por el Sur y, pasando por Thyrea, Hysiea y Cencrea, se detiene en la orilla del Erasino, rio caudaloso, cerca del cual se habian apostado los argivos para rechazar la invasion. Los laconios

(1) Pausan. III, 4, 1. II, 20, 8.

hacen vanos ensayos para forzar el paso y resuelven poner en práctica un nuevo plan de guerra que exige nuevos preparativos y armamentos. Aprovechándose de la rivalidad de Sicyon con Argos y de la ambicion de Egina, que aspiraba á destruir toda plaza comercial que pudiera hacerla competencia, las invitan á hacer causa comun contra los argivos. Aceptada la invitacion, ceden sus naves para conducir al ejército lacedemonio á Nauplia, quedando así cortada la comunicacion de Argos con la costa y los aqueos de Tirinto en libertad de proclamar su independencia, abandonando la liga argiva. Los dos ejércitos acampan en la orilla del mar, cerca de Sepea, nombre que parece aludir á un lugar pantanoso. Segun la tradicion argiva se ajusta un armisticio, pero le quebranta Cleomenes y sorprende alevosamente, durante la noche, el campamento argivo. Esta version es indudablemente más fidedigna que la de Herodoto, quien atribuye á los argivos una credulidad estúpida y apenas concebible; por lo demás, todo lo que sabemos de Cleomenes nos le presenta capaz de cualquier perfidia. La crueldad usada con los fugitivos quedó tan profundamente grabada en las tradiciones helenas, que desde entonces se hizo proverbial la frase «estar en la colina de Argos» para expresar un estado de necesidad extrema (1). En cualquiera de las versiones citadas se descubre palpablemente el propósito de aniquilar la república argiva, sin reparar en los medios que hubieran de emplearse; por cuya razon no cabe suponer que Cleomenes mudára de consejo y se retirase pacíficamente á su país, precisamente cuando, destruido ya todo el ejército argivo, no quedaban defensores en la capital. Sin poner en tela de juicio el sacrificio ofre-

(1) Diogen. Laerc. III, 10.

cido á Juno y los augurios de las víctimas, podemos asegurar que no son éstos los que motivan la decision del asunto, sino la resuelta actitud de la poblacion de Argos, que, enardecida por las fogosas palabras de una poetisa que la misma tradicion helena eleva al nivel de Safo, se une en una sola aspiracion, confundidos hombres y mujeres, libres y esclavos, para vengar la ignominiosa matanza de sus esposos, padres y señores, aunque todos hubiesen de perecer en la demanda (1).

Queda demostrado que Argos no pudo ser tomado por el ejército espartano; y aun es dudoso que Demarato lograse penetrar en el barrio de los pamfilios, segun confiesa la misma tradicion argiva, uno de los cuatro en que la capital se hallaba dividida, cuyos nombres, hyleo, dymano y hyrnathio, correspondian á los de sus cuatro tríbus. El hecho, sin embargo, no es imposible, ya que en un ataque semejante es en el que las mujeres pudieron tomar activa parte, atacando al enemigo desde ventanas y tejados: recuérdese la muerte de Pirro que, entrando en Argos procedente de Nauplia, como los espartanos, pereció al golpe de un ladrillo que le arrojó una mujer desde un tejado. Este hecho explicaría tambien la acusacion de Cleomenes ante el eforado, en la que se presentaría como principal cargo el abandono en que habia dejado á su colega Demarato; circunstancia que, á su vez, explicaría la implacable enemistad que desde esta fecha dividió á los dos monarcas espartanos (2).

«Quedó Argos, de resultas de aquella guerra tan huérfana de ciudadanos, que los esclavos que en ella

(1) Max. Tyr. Diss. 21.

(2) Corp. I. G. Num. 1130. Está bien probado que los dos reyes podian salir juntos á campaña, si bien uno solo llevaba el mando supremo de las tropas aliadas.

habia, apoderados del Estado, se mantuvieron en los empleos públicos, hasta que los hijos de los argivos allí muertos llegaron á la edad varonil, pues entonces recobraron el dominio, quitando á sus esclavos el mando y echándolos de la ciudad, si bien los expulsados lograron, con las armas en la mano, hacerse dueños de Tirinto. Por algun tiempo quedaron así los negocios en paz y sosiego, hasta tanto que quiso la desventura que cierto adivino llamado Cleandro, natural de Figalia en Arcadia alarmó á dichos esclavos excitándoles á la guerra contra sus señores. Encendióse con esto una larga contienda entre señores y esclavos, de la que á duras penas salieron vencedores los argivos» (1). Si hay algo de verdad en esta relacion de Herodoto, el mismo historiador se encarga de desmentirse en otro pasaje, tocante al punto más principal de su relato. En efecto; al hablar de las negociaciones habidas entre los diversos cantones para ajustar una alianza contra el persa, no dice que los aliados tuvieron que tratar con un gobierno constituido por esclavos: y sin embargo hace notar que los argivos se fundan en la pérdida de los seis mil ciudadanos que habian perecido á manos de los lacedemonios para pedir una trégua de treinta años con éstos, durante los cuales sus hijos llegarian á la edad varonil; por otra parte un gobierno de esclavos no hubiera osado pedir la mitad del mando del ejército aliado y menos pretender para su rey el derecho al mando total de las tropas (2). De donde se infiere que al frente del Estado argivo se hallaban las familias de aquellos 6.000 ciudadanos muertos en la contienda con Esparta; que entre ellas ocupaba un lugar preeminente, aunque ya no soberano, el descendiente de sus antiguos reyes, que aun des-

(1) Herod. VI, 83.
(2) Herod. VII, 148.

empeñaba ciertas funciones sagradas y gozaba de honoríficos privilegios, para el cual reclaman el puesto que ocupó uno de sus antepasados en la guerra de Troya, no queriendo ceder á otros el imperio que ejerció la antigua Argos.

Síguese, por tanto, que catorce años despues de la batalla de Sepea no dominaban en esta república los esclavos, y aun es inseguro que tuviesen en sus manos las riendas del gobierno muy poco tiempo despues de aquel suceso. El mismo Herodoto reconoce el predominio que inmediatamente volvió á recobrar Argos sobre sus antiguos aliados, afirmando que, en castigo del auxilio prestado á los lacedemonios, poniendo á su disposicion no solamente naves sí que tambien tropas de desembarco, impusieron 500 talentos de multa á cada una de las dos repúblicas aliadas; los siçyonios, confesaron su culpa en el desembarco y redimieron la multa mediante el pago de 100 talentos; en tanto que los eginetas no escusaron la culpa y rehusaron pagar cantidad alguna. El pago de una suma tan respetable por parte de Sicyon, 2.800.000 reales, demuestra que esta ciudad reconocía la heguemonia de Argos, hecho que nunca hubiera tenido lugar bajo un gobierno de esclavos, que habria cambiado la manera de ser de aquella antigua república de los dórios (1).

La reclamacion de dicha suma fué anterior al año 491. Cuando los altivos eginetas, vencidos por los atenienses, llamaron en su socorro á los argivos, no quisieron éstos acudir en su ayuda, porque no habian pagado la multa. He aquí otro hecho que contradice el relato de Herodoto; ya que no se comprende que los de Egina, abandonando la simaquia espartana, pretendie-

(1) Herod. VI, 92.

sen volver á la antigua federacion argiva, si la república hubiese estado en poder de un gobierno de esclavos.

Aristóteles reduce á sus verdaderos términos este dominio de los esclavos en Argos. Dice en su Política que tambien pueden ocurrir cambios en los Estados por haberse modificado las relaciones existentes en las diversas clases que componen la sociedad; en Taras, por ejemplo, subió al poder la democracia por haber perecido muchos de los ciudadanos más importantes á manos de los yapyges; y de la misma manera «en Argos se vieron precisados á otorgar derecho de ciudadanía á varios perioicos, en reemplazo de los argivos que murieron el dia sétimo á manos de Cleomenes» (1).

Antes dimos á conocer la situacion de los descendientes de la poblacion indígena, de raza aquea, vencida por los dórios en el territorio argivo. Los que no fueron reducidos á la condicion de siervos, llamados aquí gymnesios, quedaron en calidad de perioicos bajo la denominacion de orneatas, gentes de condicion libre que vivian sometidos á la autoridad de administradores nombrados por el gobierno de la capital, en Ornea, Midea, Cencrea y Hysiea. Unicamente se otorgaron condiciones más honrosas y favorables á los aqueos de Mycena y Tiryns; así es que en 480 aparecen estas dos ciudades regidas por instituciones autonómicas y siguiendo una política si no diametralmente opuesta á lo menos bien distinta de la de Argos. Por lo que hace á Tiryns, es evidente prueba de la condicion libre de sus habitantes el trofeo consagrado por los griegos al númen délfico, y formado con el botin procedente del combate de Platea, puesto que en él aparece el nombre de los ti-

(1) Polit. V, 2, 8.

ryntianos en igual categoría que el de los espartanos y atenienses.

Esta admision de los perioicos al derecho de ciudadanía en Argos, es sin duda lo que tradujo Herodoto por gobierno de los esclavos, y el mismo historiador parece atribuir la situacion independiente de Tiryns respecto de Argos, despues de la guerra, á los siervos y esclavos que buscaron allí un asilo, procedentes de dicha capital. Lo único que está bien averiguado es que, tras una breve contienda, volvieron á vivir en buena armonía Tiryns y Argos, hasta que, unos treinta años despues de la guerra, lograron los argivos subyugar y destruir esta ciudad con la de Mycena (1).

***

Si Esparta, á pesar de los reprobados medios de que echaron mano sus caudillos, no pudo realizar la completa destruccion del Estado argivo, al menos logró debilitar extraordinariamente sus fuerzas, allanando á las dos ciudades que acabamos de mencionar el camino para declararse independientes y buscar el apoyo de Esparta contra Argos. La nueva situacion de estas ciudades, que solo distaban dos y tres millas de Argos respectivamente, era inadmisible para dicha capital, ya que Tiryns podia hasta cerrar su comunicacion con el puerto de Nauplia, y tanto la una como la otra podian servir de asilo á los siervos, esclavos y criminales procedentes de la metrópoli.

No debe, pues, maravillarnos que los argivos, algun tanto repuestos del rudo golpe sufrido en el sagrado bosque de Apolo y ordenados sus asuntos interiores, tratasen de reducir á la obediencia á los rebeldes tiryntia-

---

(1) Diodor. 11, 65. Pausan. V, 23, 3.

nos ó de evitar, á lo menos, nuevas defecciones; esta consideracion fué, sin duda, la que les movió á otorgar á sus perioicos un derecho de ciudadanía que, de otro modo, pudieran haber solicitado de las ciudades rivales. A pesar de esta medida no lograron por entonces los argivos someter las dos ciudades ni mantener la comunicacion con Nauplia. Y sin embargo, en tanto que Mycena y Tiryns se inclinasen más del lado de Esparta que del de Argos, no podia ésta desarrollar una política propia y libre de toda influencia extranjera.

Ocho años despues de la guerra con Esparta pareció que se presentaba ocasion propicia de salir de tan enojosa situacion; cuando los eginetas, que de un modo tan directo habian contribuido á crearla, pidieron auxilio á los argivos, quienes ya en otra ocasion se le habian prestado contra los mismos atenienses, que ahora les ponian en tan grave apuro. Es verdad que no habian pagado la multa que, como jefes de la liga, les habian impuesto en castigo de su defeccion, mas de todos modos creian que la alianza seria bienvenida para una república tan duramente castigada como la de Argos. Pero el oráculo délfico disuadió á los argivos de entrar en esta nueva aventura, diciendo á sus diputados: «ó tu, odiado por tus vecinos (los de Mycena y Tiryns), querido de los dioses inmortales, quédate cauto en tu casa, deten la lanza y guarda bien la cabeza que ha de salvar tu cuerpo» (1).

Quísoles dar á entender con esto el oráculo, sin duda, que ante todo procurasen estar apercibidos para la defensa de Argos y que, en vez de salir á campaña tuviesen reunidas sus fuerzas para defenderla, toda vez que su capital estaria así en condiciones de asegurarles

---

(1) Herod. VII. 148. Tucid. V, 14. 22. 28. 41.

el dominio sobre los perioicos y siervos. En virtud de este oráculo les negó toda asistencia oficial el comun de los argivos, por más que dejó en libertad de podérsela prestar á los particulares. En realidad fué este un recurso prudente para conquistar la amistad de los eginetas sin oponerse al consejo del oráculo; porque aun acudieron mil voluntarios en socorro de Egina, al mando de Eurybato, la mayor parte de los cuales perecieron combatiendo con los atenienses que desembarcaron allí antes que ellos. Este fué un nuevo contratiempo para Argos.

En suma, Esparta obtuvo notables ventajas de esta guerra, puesto que mermó de tal manera las fuerzas de los argivos, que en mucho tiempo no pudieron recuperar lo perdido, quedando reducidos á la mayor impotencia é imposibilidad para causar el menor daño á su enemigo. Pero su misma impotencia era un peligro, porque cuanto mayor fué la humillacion y más duro el castigo, tanto más pronta estaria Argos para aliarse con cualquier Estado que pudiera ayudarla á salir de tan penosa situacion y á vengar tan inmerecido agravio.

XII.

RESTAURACION DE LOS FILAIDAS.

A la muerte de Clistenes, cuyo sepulcro se veia en el camino que conducia de la ciudad á la Academia, le sucedió, en vez de su hijo Megacles, su primo Xantippo, hijo de Arifron, casado con una hija de Hipócrates, hermano de Clistenes (1). Hombre diestro en la guerra y de carácter enérgico hasta la exageracion, era sin duda el más apropósito para contrarestar el prestigio y la influencia de la casa alcmeonida. Ayudábale en el gobierno Arístides, hijo de Lisimaco, que conservó para Xantippo la íntima amistad que habia profesado á Clistenes, cuya política pusieron en práctica (2).

Sin pertenecer á ninguna de las familias aristocráticas más distinguidas, estaba unido por relaciones de parentesco con la de Calleas y de Hipponico, estando clasificado, por su riqueza territorial, entre los pentacosiomedimnos. Nació por el año 540, de suerte que se hallaba á la sazon en el meridiano de su vida y habia, por consiguiente, podido apreciar ya los sucesos acaeci-

(1) Plut. Pericl. 3. Pausan. I, 29, 6. Böckh, Explic. Pind. Pyth. 7.
(2) Plut. An seni 12; Aristid. 2.

dos en los últimos años del gobierno de Hippias y las luchas políticas que siguieron á su expulsion. Segun todas las probabilidades fué colaborador de Clístenes en las principales reformas que llevó á cabo, particularmente en los últimos años de su reinado. Sin poseer dotes extraordinarias de aptitud intelectual, era hombre de sano criterio y recto juicio, desinteresado como pocos y de todo punto inaccesible al soborno. Defendia con teson sus opiniones, sin cuidarse de que le granjeasen alabanzas ó vituperios, ni mirar si serian ó nó del agrado de los demás; pero aunque atacaba con dureza á sus adversarios políticos, parece ser que nunca guardó en su corazon rencores personales; y si el bienestar del Estado pedia la paz no era el último en ajustarla con sus más inveterados enemigos (1).

Hemos dado ya noticia de las negociaciones entabladas por Hippías con el gobernador persa de Sardes, para recabar de él que le ayudase á recuperar el mando y de los planes adversos que revelaban las contestaciones dadas á las dos embajadas de Atenas. El auxilio que esta república envió á los jónios tuvo, pues, el doble objeto de ayudar á sus hermanos del otro lado del Egeo y de alejar un peligro que amenazaba ya muy de cerca su existencia; apoyo que fué menos cuantioso, sin duda, en razon á tener en casa la guerra con Egina, encendida por los tebanos. Mas lo que no ha podido excusar la política ateniense es la retirada de sus naves al primer descalabro sufrido por la flota helena en Efeso, y la persistencia con que, desde aquel momento, rehusó

(1) Segun el testimonio de Nepote (Aristid. 3) murió Arístides fere post annum quartum quam Themístocles erat Athenis expulsus, lo que daria el año 466 ó 465. Sábese con certeza que sobrevivió á la representacion de los *Siete contra Tebas* de Esquilo, que tuvo lugar el 468 ó el 467. Schol. Aristoph. Ran. 1055.

todo auxilio á los jónios, á pesar de las reiteradas instancias de Aristágoras, del ofrecimiento que se la hizo de la soberanía del Quersoneso y de las islas de Lemnos é Imbros; y no obstante que reclamaba una política muy diferente la marcha de los sucesos en Jónia, segun pudieron observar sus gobernantes en un plazo de muchos meses. De esta conducta antipatriótica fueron responsables Xantippo y Aristides; por más que la tradicion no suministre datos suficientes para juzgar hasta qué punto puede servirles de disculpa la guerra con los eginetas, ni si intentaron ajustar las paces con ellos en el caso de que se lo permitieran las circunstancias (1). Lo que está fuera de duda es que si los 20 triereos áticos hubieran concurrido en 496 á la batalla naval de Lada, los jónios se hubieran batido aun con mayor brio y su presencia habria comunicado tal confianza á los griegos que pudiera haberse evitado la defeccion de los estrategos samios, en cuyo caso hubiera sido muy diferente el resultado de la batalla.

El retraimiento de Atenas en la contienda con Persia produjo, en la opinion pública del pueblo ático, una corriente desfavorable en alto grado á la familia reinante. Las clases trabajadoras y comerciales, en general, recordaban con sentimiento los buenos tiempos del régimen pisistratida, en que florecía el tráfico y se ocupaban numerosos brazos en importantes obras públicas, que ahora estaban paralizadas, al mismo tiempo que languidecía el comercio marítimo á causa de la guerra con Egina. Asi es que la familia pisistratida y los numerosos parciales que aun contaba en las clases acomodadas, atribuyeron la neutralidad de Atenas en el con-

---

(1) Los atenienses que sucumbieron en esta guerra recibieron sepultura en el Ceramico. Pausan. I. 29, 7.

flicto jónio-persa, al temor que infundieron á dicha república las amenazas de Dario, y ese tímido retraimiento hizo renacer las esperanzas de los partidarios de la tiranía. Solo un cambio de esta naturaleza operado en la opinion pública en favor de la parcialidad pisistratida, puede dar razon del nombramiento de Hipparco, hijo de Jarmo de Jolargo y próximo pariente de los pisistratidas, para el cargo de primer arconte en las elecciones del año 496, cuya eleccion, hecha por mayoría de votos, fué ratificada por la doquimasia de la Heliea (1).

Este resultado sembró el pánico en las huestes de los alcmeonidas, quienes hubieron de aunar todas sus fuerzas para contener el empuje de la reaccion y no sucumbir en la contienda, logrando, al terminar el año de arcontado de Hipparco y bajo el de Filipo que, propuesta por el consejo de los quinientos la pregunta de si habia motivo para dictar sentencia de destierro contra un ciudadano, respondiese afirmativamente la mayoria de la Asamblea popular, cuyos votos sentenciaron con el ostracismo á Hipparco; siendo éste el primero que sufrió tal pena, en 495. El peligro quedaba por el momento conjurado, y los alcmeonidas tuvieron que agradecer semejante resultado á los votos de la aristocracia y de los labradores de la tercera clase del censo (2).

Mas no era este el único punto por el que se veian

---

(1) Dionys. Halyc. Antiq. V, 77. 6, 1.

(2) Vita Sophocl. p. 126. Westerm. Plutarco, Nicias, 11, dice esplícitamente que el primer ostraciado fué Hipparco, hijo de Jolargo. Igual afirmacion hace Harpocracion: *Hípparjos ho Jármu perí de tútu Androtiôn en té B fêsin hóti suñguenès men èn Peisistrátû tû tiránnû kai prôtos exôstrakíszê.* Ateneo, p. 609, habla tambien de Jarmo.

amenazados los alcmeonidas; aun más peligroso que el de los pisistratidas era para su gobierno el partido amigo de los jónios, cuya irritacion por el abandono en que se les habia dejado, no conocia límites. La caida de Mileto, aquella colonia predilecta de Atenas, era una desgracia irreparable. Un poeta ateniense, Frínico, hijo de Fradmon, cuyo canto coral obtuvo ya el premio, bajo el gobierno de Hippias, en las dionisiacas del año 512, abandonando las antiguas leyendas de los héroes, presentó á los atenienses, reunidos ante las aras de su ídolo favorito Dioniso, una descripcion exacta y animada de las luchas y desgracias presentes, pintándoles, bajo la forma de drama lírico, la toma de Mileto. La representacion de Frínico hizo en el ánimo de sus oyentes una impresion mucho más profunda que la celebrada elegia de Solon, titulada «Salamina.» Al oir sus patéticas descripciones todo el auditorio prorumpió en llanto. Tan acerba diatriba contra la política alcmeonida era capaz de acabar con todo el prestigio de esta orgullosa familia, por cuya razon se apresuró á prohibir la representacion de la «toma de Mileto» y multó al poeta en mil dracmas «por haberse atrevido á renovar al pueblo la memoria de sus males propios» (1).

***

Si era fácil prohibir la representacion del drama sobre la caida de Mileto, no habia medio de apartar de los ojos del pueblo el testimonio vivo de la destruccion de Jónia, que, en aquel mismo tiempo, se presentaba en Atenas: Milciades entró en el Falero con solas tres naves en el Otoño del año 494, despues de escapar con trabajo á la persecucion de las galeras fenicias.

(1) Herod. V, 21. Callistenos citado por Estrab. p. 635.

Los alcmeonidas no podian mirar con buenos ojos que un caudillo filaida pisára de nuevo el suelo ático; su sola presencia bastó para que se despertára de nuevo la rivalidad de las dos casas. Y es que la familia de Milciades igualaba, si no aventajaba, á la de Alcmeon en antigüedad y en riquezas, lo mismo que en el explendor de sus blasones, y era bien notoria su oposicion al establecimiento de la tiranía en Atica, derribada luego por los alcmeonidas. Los hechos que habian labrado la fama de la una no eran más brillantes que las hazañas que oponia la otra; y si los alcmeonidas, despues de sufrir obligado destierro, habian unido su nombre, de una manera brillante, á la historia del templo de Delfos, los filaidas, en cambio, desterrados por voluntad propia, habian fundado un principado para ofrecerle como inestimable donativo al pueblo ático, á la manera que en otro tiempo el patriarca de su casa le ofreciera la isla de Salamina. El representante de esta familia, autor de tan precioso regalo, cuyo padre murió á manos de los tiranos de su pueblo, á quien los persas acababan de arrebatar su hijo único, se presentaba ahora de improviso en las playas atenienses, cubierto de gloria y de inmarcesibles laureles ganados en desigual lucha con los persas, desde su brillante accion en el puente del Danubio hasta los últimos encuentros habidos en el Egeo, con el no menos glorioso recuerdo de sus persecuciones y de su destierro; todo lo cual constituía una envidiable hoja de méritos contraidos en el servicio de la pátria; este hombre, cuyos donativos rehusaron por miras puramente personales los alcmeonidas, era, donde quiera que se presentase, la más severa condenacion de su política egoista, un vivo reproche del abandono en que habian dejado á sus hermanos de Jónia y de las ciudades del Quersoneso fundadas por colonos atenien-

ses. Otras circunstancias abrillantaban más y más los méritos de Milciades: era yerno de un príncipe de Tracia; disponia de naves propias y de un ejército completamente adicto á su persona, y las preciosas posesiones que tenia su familia cerca de Brauron, en la costa oriental, y en la comarca de Lakiadae, junto á la via que une á Atenas con Eleusis, recibieron ahora cuantioso aumento con los tesoros traidos del Quersoneso.

Puesto que en 524 desempeñó el cargo de primer arconte, debió nacer Milciades hácia el año 555; contaba, por consiguiente, á la sazon unos 60 años y se hallaba en plena posesion de sus fuerzas intelectuales y corporales. Todas estas circunstancias debieron infundir en el ánimo de los gobernantes alcmeonidas sérios temores de verse suplantados en el mando de la república. Algunos le atribuyeron, desde luego, la intencion de arrastrar al Atica á la guerra contra Persia, ya que todavia se mantenian libres puntos extratégicos importantes, como Cardia en el Quersoneso, y aun era posible acudir á tiempo al socorro de Lemnos é Imbros amenazadas por los persas. Mas, por otra parte, presentábase contra él la duda de que pudiera aspirar á la tiranía sobre Atenas; que como fiel imitador de la política de Histieo y Aristágoras se propusiera cambiar simplemente el título de tirano del Quersoneso por el de Atica.

No sabemos el juicio que formaron los alcmeónidas tocante á Milciades; pero está fuera de duda que le tuvieron por enemigo irreconciliable de su política y uno de sus más temibles adversarios; por cuya razon y queriendo ahorrarse una guerra de éxito dudoso, concibieron el pensamiento de acabar con tan peligroso huésped. En efecto, no bien puso Milciades los piés en suelo ático, cuando sus enemigos le llamaron á juicio por ha-

berse alzado con la tirania del Quersoneso, pidiendo para él la pena de muerte. Indudablemente que bajo el nombre genérico enemigos se oculta la mano de Xantippo, aunque Herodoto no le presente sino como autor de la segunda acusacion, con la que trató de conseguir lo que no pudo lograr con la primera. El ódio que estas dos familias se profesaban era tan profundo, que los atenienses no vacilaron en acusar á los alcmeonidas como autores de las señales que se dieron á los persas, desde las montañas de Atica, al tiempo de librarse la batalla de Maraton, para lo cual no les faltaban razones en que fundar sus sospechas. (1)

La cuestion de la tirania era un punto que tocaba la fibra más sensible del pueblo ático; de suerte que si los acusadores lograban convencerle de que efectivamente traía Milciades las intenciones que se le atribuian, el éxito de la maniobra era seguro. Es verdad que los hechos en que se fundaba la acusacion habian ocurrido hacia 20 años: decíase que al incautarse del gobierno del Quersoneso habia encarcelado á los diputados de las ciudades, rodeándose de una guardia de 500 hombres. Que su gobierno tuvo bien poco de tirano lo demuestra el hecho de haber sido recibido con entusiasmo cuando pudo regresar al Quersoneso, despues de haber huido de la persecucion de los persas. Por consecuencia á nadie podian ocultarse las razones que habian dado origen á la acusacion; á lo menos para él no eran un misterio. Es evidente que pudo empezar su defensa recusando la competencia de los jueces, ya que en aquel tiempo aun no habia ofrecido al Atica la soberanía de su principado; pero con semejante protesta húbiera re-

(1) Herod. VI, 104. 136, La frase *diplóos zánatos* que emplea el citado historiador no permite dudar que la acusacion pidió la pena de muerte.

nunciado al derecho de ciudadanía ática, al mismo tiempo que ponia en tela de juicio la mencionada cesion del Quersoneso.

Milciades opuso á la acusacion un hecho menos expuesto á capciosas interpretaciones: el Quersoneso no habia sido nunca república. Pero aun existia otro argumento que echaba por tierra los cargos de los acusadores de Milciades, contra su primer gobierno del Quersoneso. Este caudillo volvió á entrar en pacífica posesion de su principado, del que le despojaron temporalmente los persas, precisamente en los momentos en que todas las ciudades griegas de Oriente se deshacian de sus tiranos. Ahora bien; si en la primera época no hubiera sido equitativo y justo su gobierno, es evidente que los quersonesios hubieran empleado con él un procedimiento análogo al usado por las demás ciudades con sus respectivos jefes. Tenemos, por tanto, sobrados motivos para creer que el supuesto régimen tiránico de Milciades es una acusacion frívola, opuesta á hechos perfectamente probados, sostenida por el ódio del partido dominante, aunque tenga en su apoyo el testimonio de Plutarco. El ilustre caudillo fué absuelto, á lo que parece, por un tribunal de heliastas (1). Demostenes asegura que fué condenado á pagar una multa de 30 talentos, como condicion precisa para poder dirigir la palabra al pueblo, cuya pena, por esta circunstancia, no puede referirse á la segunda acusacion. El hecho, por lo demás, es enteramente anómalo, ya que en ninguna parte aparece tal castigo impuesto á los tiranos (2).

---

(1) Plut. An seni c. 12. Herodoto dice simplemente: apofügòn tûs diôxantas.

(2) Dem. c. Aristag. II. p. 802 R.

***

Poco antes del regreso de Milciades se habia hecho notar al lado de Xantippo, Megacles y Aristides, un jóven, que ejercia ya influencia en las masas, aunque seguia distinta direccion política. Pertenecía Temístocles á la familia de los lycomidas, principalmente conocida por el privilegio que ejercia de cantar en las fiestas de Céres ciertos antiguos himnos, que en ella se trasmitian de padres á hijos, y de dirigir el culto de una capilla situada en la comarca de Flya. Fué su padre Neocles, casado con una mujer natural de Acarnania (1).

La tradicion helena ha envuelto la vida de este hombre en una nube de fábulas y leyendas, á través de las cuales se destaca una clara inteligencia, sano criterio, perspicaz mirada, voluntad enérgica y ambicion nunca satisfecha. Parece tambien seguro que durante su juventud hubo de entregarse á excesos reprobados, á los que sin duda aludia en estas palabras que se le atribuyen: «de los más fogosos potros nacen los mejores caballos.» A lo menos Plutarco le presenta llevando en su juventud una vida desarreglada (2). Como uno de los rasgos que con más propiedad pintan el carácter de Temistocles, en sus juveniles años, se cuenta que estando excluido de la Academia, por ser hijo de madre extranjera, se dió tal arte con sus compañeros y amigos que muchos iban con él al Cynosarges, lugar donde practicaban los ejercicios gimnásticos los que, por la razon

(1) Plut. Compar. Arist. et Caton. maj. 1. Hesych. Lükomidai. Pausan. 1, 22, 7. 4, 1, 5. Plut. Themist. 1. Aunque Herodoto no hace mencion de esta circunstancia, no hay motivo para dudar de la veracidad de Nepote (Them. 1) que sienta la nacionalidad acarnaniense de su madre.

(2) An seni 12.

apuntada, no gozaban del derecho completo de ciudadanía, borrando de esta manera la diferencia entre ciudadanos completos y medios.

Las noticias de la vida de este repúblico son por extremo deficientes. Nació por el año 525 ó sea poco tiempo despues que tomó Hippias en sus manos las riendas del gobierno de Atenas; de suerte que entró en la edad de los efebos cuando ocurrió la caida de los pisistratidas. Hizo su primer ensayo militar hácia el año 506, en la guerra contra los beocios y chalcidios, incorporado á los hoplitas de la tríbu de Leontis, á la que pertenecía la comarca de Frearia, parte de la cual estaba formada por la hacienda de su padre, incluido en la clase de los pentacosiomedimnos. Pero donde principalmente adquirió fama de buen soldado fué en la guerra de Egina con Atenas, que le presentó sobradas ocasiones de adquirir experiencia en el combate naval.

Tanto del testimonio de Plutarco, que le da 65 años de vida, como del hecho de haber desempeñado el cargo de primer arconte en 493 se deduce que nació por el 525. Su muerte pudo ocurrir hácia el 465 ó 464, ya que tres años antes tuvo lugar su huida á Persia; mientras que la accion de Cimon, amenazando á Chipre y á Cilicia, y el levantamiento de los egipcios parecen indicar el año 460 ó uno de los inmediatos (1). Desde luego podemos rehusar nuestra fé á la noticia de Stesimbroto que le hace discípulo de Anaxágoras y de Melisso, toda vez que al empezar el primero su carrera docente contaba Temístocles, por lo menos, 50 años; y no es creible que un hombre eminentemente práctico como él era, se entregase entonces á estudios teóricos (2). Aun es más dudosa

---

(1) Plut. Themist. 31. Cimon 12. Diodor. 11, 71.
(2) Bauer, Themistocles, p. 55.

la amistad que se supone existió entre este caudillo y Mnesifilo, partidario y amigo de Solon, por cuya razon debemos poner en cuarentena la entrevista que, segun Herodoto, celebraron antes de la jornada de Salamina (1). Cuéntanse de él no pocas anécdotas que son cronológicamente imposibles, como aquella del niño Temístocles que se negó á ceder el paso al repúblico Pisistrato, y la relativa al *Tropaeon* de Milciades que no dejaba conciliar el sueño al jóven Temístocles; todas inventadas para hacer resaltar más la energia y entereza de su carácter (2); nada diremos de la fábula de las cuatro hetaeras expuesta por Ateneo, que traspasa los límites de lo inverosímil y repugna al buen sentido, por más que sea cierto que, en esta época precisamente, vivian los ricos atenienses entregados á los regalos y placeres sensuales (3). Por tanto no hay motivo alguno para creer que su padre le excluyese de la herencia paterna y que su madre se diese ignominiosa muerte, por el pesar que la causaba la desordenada vida de su hijo, hechos que niega el mismo Plutarco (4), y que contradicen tambien, respecto del primer punto, Teopompo, Teofrasto y Critias al afirmar que la herencia paterna de Temístocles subia á tres talentos, fortuna que otros elevan á cinco talentos (5).

Era Temístocles hombre de carácter resuelto y enérgico, tenaz en sus propósitos, de valor indomable y consumado en el arte de juzgar á los demás. Tucídides le caracteriza con las siguientes palabras: «Temístocles

(1) Plut. Themistocl. 2; An seni 23. Herod. VIII, 5. 7. Wecklein, S. B. M. A. 1876, 300.

(2) Aelian. Var. H. 3, 21. 2, 12. Plut. Them. 3.

(3) Aten. p. 533. 576. 553.

(4) Nepos Themist. 1; Val. Max. 6, 9, 2. Plut. Themist. 2.

(5) Theop. citado por Plut. Them, 25. Critias citado por Aelian. Var. Hist. 10, 17. Plut. Comp. Aristid. et Caton. maj.

era un hombre en el que se manifestaba la fuerza incontrastable de su carácter natural de un modo nada comun, siendo en esto más señalado y más digno de admiracion que los demás hombres. Mediante la agudeza natural de su ingénio, á la que nada habian añadido la educacion ó la enseñanza, se hallaba en disposicion de emitir un juicio adecuado acerca de cualquier acontecimiento, por inesperado que fuese, y con solo reflexionar sobre él breves instantes, no siendo inferior su habilidad para prever los acontecimientos futuros. Poseía gran facilidad para exponer aquellos asuntos que habia estudiado con algun detenimiento, y aun solia juzgar con acierto de aquello en que no estaba bien versado. Conocia perfectamente lo que era mejor ó peor en los asuntos del porvenir y, lo que compendia todas sus excelentes cualidades, la extraordinaria virtud de su naturaleza y la rapidez con que se preparaba para cualquier evento le hacian el hombre más diestro para resolver ó hacer lo más conveniente sin buscar recursos fuera de sí mismo» (1).

Difícilmente estaria Temístocles de acuerdo con la política seguida por el partido reinânte, desde la batalla de Efeso, en el asunto de la Jónia; tampoco estaria de acuerdo con que, despues de la caida de Mileto, no se adoptase ninguna medida á fin de proteger el Quersoneso, Lemnos é Imbros. Hay indicios para creer que no era extraño á la representacion de la «Toma de Mileto,» y que tal vez obró por inspiracion suya Frínico, con quien le vemos despues mantener estrecha amistad. Sea de esto lo que quiera, gozaba ya Temístocles de fama y renombre cuando arribó Milciades á las playas

(1) Tuc. I, 138.

áticas, al punto de que en la primavera próxima del 493 fué elegido primer arconte (1).

Por parte de Persia se trabajaba para sacar partido de las ventajas alcanzadas sobre el enemigo, tratando en primer término de volver á someter en la costa de Tracia las comarcas que, durante el levantamiento, habian proclamado su independencia. Hasta donde llevaria con este motivo sus operaciones y si éstas envolvian algun peligro inmediato para Grecia, eran cuestiones difíciles de resolver entonces, por más que los planes de aquel reino respecto de la península helénica no eran ya un misterio para sus políticos. Sin duda alguna tendrian éstos en cuenta que se habia destruido ya la ante muralla levantada en Jónia para defensa de la metrópoli, y que las escasas fuerzas que allí restaban obedecerian sin la menor resistencia las órdenes del gran rey, aunque tuviesen por objeto el ataque de los puertos griegos.

No solamente por la parte de Tracia y Macedonia podian emprender los persas la conquista de Grecia; dueños ya de todas las colonias jónicas y de las principales islas del Egeo, en cuyo número contarian muy pronto las Cicladas, nada más fácil que trasportar por mar sus ejércitos á las costas de Grecia, que carecia, á su vez, de fuerza marítima suficiente para rechazar un desembarco. En efecto, la flota ateniense estaba comprometida en la fratricida lucha con Egina, que podia oponerla fuerzas superiores, y los demás cantones eran impotentes para hacer séria resistencia á tan temible enemigo.

Segun hace notar Tucidides «ninguno vió con más claridad que Temistocles que los persas habian de prefe-

(1) Tucid. I, 93. Dionys. Halic. Antiq. 6, 34. Cp. Euseb. Chron. Olymp. 71, 1.

rir la vía marítima al camino de tierra para llegar á Grecia (1).» Por lo cual tuvo el pensamiento de hacer indicaciones para que se construyera una flota en sustitucion de la que se habia perdido en Lada. Mas suponiendo que nadie habria prestado oidos á semejante proposicion y que los atenienses, sin excepcion, hubieran considerado irrealizable tan atrevido proyecto, ideó otro medio más llano y más modesto para salir con su patriótico intento: propuso que se aumentase la armada nacional, ya que la experiencia habia demostrado que era insuficiente aun para contrarestrar la de Egina é impedir los enormes perjuicios que ésta ocasionaba al comercio ateniense; esta consideracion daba al proyecto grandes probabilidades de éxito, siendo éste el único medio de acabar con la ruinosa guerra de piratería que hacian las naves eginetas.

Otra de las necesidades más imperiosas de Atica era la posesion de un puerto que ofreciera á sus naves más seguro asilo que el Falero: si la flota era indispensable para la defensa del comercio y de las costas, no era menos preciso un buen puerto para el resguardo de la armada. Así lo comprendió Temistocles «que, segun la observacion del ya citado historiador, fué el primero que se atrevió á sostener que su pátria debia limitar sus aspiraciones al dominio del mar,» y el único que, de acuerdo con este principio, «sucesivamente y á paso lento llevó la ciudad hasta el mar (2).»

El mantenimiento de una armada numerosa exigía no solamente la posesion de un espacioso y seguro puerto, sí que tambien de astilleros, docks, arsenales y de todo cuanto hace referencia á la industria naval. La ex-

(1) Herod. I, 93.
(2) Tucid. l. c. Plut. Themis. l. 4.

tensa bahía del Falero, á la sazon puerto de Atenas, estaba abierta á los temporales que azotaban por el mediodía, lo mismo que á los ataques del enemigo; por consiguiente no era este lugar apropósito para emprender las indicadas construcciones, que estarian á merced de los adversarios de Atenas, como lo habian evidenciado poco antes los eginetas, que pudieron impunemente saquear el puerto (1).

La construccion de un buen puerto debia, pues, servir de base para la restauracion de la armada; y era segura la aprobacion del proyecto si se trazaba de tal manera que al mismo tiempo hiciese las veces de puerto militar y comercial, ofreciendo abrigo lo mismo á la armada de guerra que á la pacífica flota mercante. Temistocles puso de manifiesto, con habilidad suma, estas dos ventajas que podian obtenerse al mismo tiempo, si se elegía para la construccion del nuevo puerto una extensa bahía que se abria á continuacion de la del Falero, con amplitud suficiente para todas las obras proyectadas.

A Occidente del citado puerto se introduce en el mar un promotorio roquizo, de estrecha garganta que se ensancha luego, hasta terminar en una extensa loma, formando, por el lado occidental, una espaciosa bahía regularmente abrigada, y por el Oriental otra más pequeña casi cerrada por las rocas de la mencionada Peninsula. La gran ensenada del Oeste, en la que estaba situada la aldea del Pireo, ofrecia espacio para una flota numerosa, que podia ponerse al abrigo de todo peligro, tanto de los elementos como de enemigos, por medio de diques, mientras que la más pequeña, llamada de Zea, ofrecia ya seguro albergue para 200 triereos. De la garganta misma de la Península en cuestion arranca, en

(3) Herod. V, 81.

direccion á Oriente, el pequeño promontorio de Muniquia, cuya cima, que se alza á 300 piés sobre el nivel del mar, estaba coronada por un templo de Diana; dos lenguas roquizas que se introducen en el mar, al Sur de la misma, formaban un tercer puerto con cabida para 100 triereos. Aquella eminencia dominaba por completo los tres puertos.

Defendidos estos por fortificaciones convenientemente dispuestas, serian una excelente base para la creacion de una gran armada y fundamento, además, del poder marítimo de Atenas; esta era la opinion de Temístocles, que la sostuvo como el único medio de llegar á hacer de Atenas la primera potencia marítima de Grecia. No se sabe cuando presentó este caudillo su proposicion relativa á la construccion del puerto del Pireo; mas es cosa averiguada que fué aprobada ejerciendo él las funciones de primer arconte y que en el mismo año empezaron las obras. Tampoco tenemos datos para apreciar la extension que se dió á éstas, desde un principio; sí abrazaban una parte ó todo el proyecto de Temistocles, ya que, en ambos casos, la ejecucion exigía varios años de constantes trabajos, empleando un número respetable de brazos. Como quiera que sea la comision ejecutiva de losquinientos, aceptó la proposicion de Temistocles, que, segun las disposiciones vigentes pasó á la Asamblea popular. En esta hubo de combatirla Milciades, segun afirma Stesimbroto de Thaso. A ser cierto el testimonio de este escritor, no siempre escrupuloso en las noticias que suministra, habria que suponer que la oposicion del citado caudillo no tanto provenia de que desconociese las ventajas que las proyectadas obras reportarian á la nacion, un hombre que con tanto interés habia pedido el auxilio de la marina ateniense para la defensa del Quersoneso, de Lemnos y de Imbros, cuya

soberanía solo podia mantenerse con una poderosa armada capaz de hacer frente á la flota persa, como de que comprendiese la necesidad de adoptar medidas más perentorias y de más pronta ejecucion que las propuestas por su colega.

Es tanto más verosímil esta interpretacion cuanto que, por aquel tiempo, pisaba ya el ejército persa el suelo de Macedonia y su armada seguía los mismos derroteros, sin que un solo canton de Grecia se aprestase á la defensa ni adoptara medida alguna que indicase el propósito de rechazar la invasion. Por lo demás la oposicion no debió ser muy enérgica, toda vez que la Asamblea aprobó tambien los proyectos, y Temistocles tuvo tiempo de dirigir personalmente los primeros trabajos, antes de terminar el año de su arcontado (1), hecho atestiguado tambien por estas palabras del Canon de Eusebio; «Piraeus munitus est a Themistocle (2).»

La afirmacion de Stesimbroto cae por tierra con solo probarla en el crisol de la crítica. Plutarco da esta noticia relacionándola con el proyecto de Temistocles, siendo así que, segun los testimonios citados, las obras dieron ya principio bajo el arcontado de su mismo autor, hecho que confirma Plutarco cuando dice que Temistocles llevó la ciudad paso á paso hasta el mar, aunque parece contradecirse cuando afirma, que los proyectos en cuestion empezaron á realizarse con la construccion de cien triereos y mediante la promulgacion de una ley de minería, actos que revelan una actividad extraordinaria en la ejecucion de los indicados planes. Eso sería, además, empezar las obras por donde debian terminar, lo que seguramente se opone al carácter de Temis-

(1) Tucid. I, 93.
(2) Olymp. 71, 1=496.

tocles y altera notablemente su proyecto, por cuanto, para la construccion y conservacion de 100 triereos, eran menester astilleros, docks y otros recursos de que á la sazon carecia Atenas. Este rápido aumento de la marina ática se halla en contradiccion con lo que dice Tucidides: «poco antes de las guerras medas y de la muerte de Dario tenian los corcyrenses y los tiranos de Sicilia gran número de triereos, siendo sus armadas las más poderosas de Grecia antes de la campaña de Jerges, puesto que los eginetas, atenienses y tal vez otros cantones tenian pocas naves y eran, en su mayoría, penteconteros; poco despues fué cuando Temistocles indujo á los atenienses á construir las naves que emplearon en la guerra contra Egina y luego contra los bárbaros; pero tampoco estas tenian cubierta completa;» (1) por donde claramente se ve que, poco antes de la expedicion de Jerges, aun no existía la gran armada ateniense, y que Milciades más bien que al aumento de la armada se opuso á la construccion del puerto.

Segun todas las probabilidades, durante el arcontado de Temistocles se construyeron los dos diques que por el Norte y el Sur cercaban la gran bahía, cuyos restos aun se conservan, y se empezó á levantar el muro de circunvalacion, con piedras extraidas de la misma Península. Filocoro dice que los arcontes que empezaron á circundar de murallas el Pireo erigieron una estátua á Mercurio (Hermes), númen tutelar del comercio y del tráfico, que tan notable impulso debian recibir con el nuevo puerto, en la cual hicieron grabar la siguiente inscripcion: «obedeciendo las decisiones del consejo y del pueblo, te hemos consagrado esta obra, nosotros que hemos empezado la construccion de las murallas (2). El órden

(1) Tucid. I, 14.
(2) Harpocracion: *Hermês ho pròs tê pülidi y Pròs tê pülidi Hermês.* Suidas *Pròs tê pulídi.*

natural de las cosas da á entender que la estátua en cuestion se erigió en el Pireo, si no lo digera explícitamente Demóstenes (1). Mas no debe confundirse este Hermes con el Hermes agoraeos, cuya estátua se erigió en el mercado bajo el arcontado de Cebris, de fecha desconocida, y que nada tiene que ver con la precedente (2).

Algunos opinan, en nuestro sentir sin fundamento, que la primera estátua no se erigió hasta la conclusion de las guerras medas, por la razon de no haber empezado hasta entonces la fortificacion del Pireo. El saqueo verificado en el Falero por los eginetas, puso de manifiesto que, para tener la flota mercante á cubierto de semejantes emboscadas, era preciso cerrar la entrada del nuevo puerto del Pireo, dejando tan solo una pequeña abertura que pudiera tambien cerrarse y abrirse á voluntad, no sin rodear, al propio tiempo, de muralla toda la Península. Por eso vemos que la flota de Jerges, segun Herodoto, se refugia en el Falero y allí regresan tambien las naves que se salvan del combate de Salamina. Respecto del estado de las obras del nuevo puerto, al verificarse la invasion de los persas en Atica, no tenemos más datos que los ya apuntados. Eusebio y tal vez Apolodoro opinan que las de fortificacion dieron principio antes del arcontado de Temistocles, y la mayoría de los escritores conviene en afirmar que se reanudaron tan pronto como terminaron las guerras me-

---

(1) Dem. c. Euerg. p. 1146 R.

(2) Que se trata de dos estátuas lo prueba Filocoro, quien hace mencion de la última en el Lib. III y de la *pròs tè pülídi* en el Lib. V, aparte de las noticias de Harpocracion y Hesiquio. Por tanto no creemos que deba admitirse la hipótesis de Böckh, (Mem. de la Ac. B. 1827, p. 131), que identifica á Cebris con Hybrilides, citado por Dionisio como eponimo del año 492.

das (1). Por consiguiente es seguro que, al empezar éstas, se hallaban los trabajos en sus principios y que su conclusion, además de ser problemática, podia prolongarse durante varias generaciones: en primer lugar era difícil prever cuántas veces interrumpirian las obras los eginetas, y luego no era probable que los persas dejasen á Temistocles ó á sus sucesores el sosiego necesario para llevar á feliz término sus planes.

FIN DEL TOMO X.

(1) Tales como Jerónimo y Syncello, Olymp. 76, 1=476. Tucidides asegura, que despues de dichas guerras Temistocles movió á los atenienses á «*kai tû Peiraiôs tá loipá oikodomeín*.

ÍNDICE.

I.

ESPARTA BAJO EL REINADO DE CLEOMENES.

II.

INTERVENCION DE ESPARTA EN ATENAS CONTRA LA DEMOCRACIA.

III.

REFORMA DE CLÍSTENES.

IV.

SITUACION DE ATENAS BAJO EL RÉGIMEN DEMOCRÁTICO.

V.

CROTON Y SÍBARIS.

VI.

LA MONARQUÍA SICILIANA.

VIII.

ESTADO GENERAL DE LOS GRIEGOS Y DE SU CULTURA.

IX.

EL LEVANTAMIENTO DE LOS JÓNIOS.

X.

LA BATALLA DE LADA.

FIN DEL ÍNDICE.